
5
CAMBIAFORMAS MALDITOS
MAGIA CAUTIVA
CHARMAINE ROSS

Magia Cautiva

Cambiaformas malditos

Charmaine Ross

Copyright © 2026 por Charmaine Ross

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo y por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Aviso de contenido

Este libro contiene material que puede resultar angustioso o perturbador para algunos lectores. Por favor, tenga en cuenta que la historia incluye, entre otros temas:

- Escenas de tortura física y psicológica
- Violencia explícita, batallas y muerte
- Encarcelamiento, cautiverio y trauma derivado del abuso y la tortura
- Representaciones de TEPT (trastorno de estrés postraumático), ataques de pánico y problemas de salud mental
- Temas de pérdida, duelo y culpa del superviviente
- Magia no consensuada y obediencia forzada (análogo al abuso)
- Menciones al tráfico de personas y la esclavitud (fuera de escena)
- Contenido sexual explícito (consensuado, contexto de compañeros predestinados)
- «Body horror» (horror corporal) y transformaciones monstruosas

- Menciones y recuerdos de negligencia infantil, inanición y maltrato
- Personajes que lidian con el trauma y las secuelas de un nivel significativo de abuso y violencia. Si estos temas le resultan sensibles o pueden afectarle negativamente, por favor, proceda con precaución o consulte otras reseñas para obtener más información.

Este libro está escrito para un público adulto (mayores de 18 años) debido a su lenguaje, contenido y temas explícitos.

Contents

1. Capítulo uno
2. Capítulo dos
3. Capítulo tres
4. Capítulo cuatro
5. Capítulo cinco
6. Capítulo seis
7. Capítulo siete
8. Capítulo ocho
9. Capítulo nueve
10. Capítulo diez
11. Capítulo once
12. Capítulo doce
13. Capítulo trece
14. Capítulo catorce
15. Capítulo quince
16. Capítulo dieciséis

17. Capítulo diecisiete
18. Capítulo dieciocho
19. Capítulo diecinueve
20. Capítulo veinte
21. Capítulo veintiuno
22. Capítulo veintidós
23. Capítulo veintitrés
24. Capítulo veinticuatro
25. Capítulo veinticinco
26. Capítulo veintiséis
27. Capítulo veintisiete
28. Capítulo veintiocho
29. Capítulo veintinueve
30. Capítulo Treinta
31. Capítulo treinta y uno
32. Capítulo treinta y dos
33. Capítulo treinta y tres
34. Capítulo treinta y cuatro



Capítulo uno

El frío me mordía la piel, me roía los huesos, me raspaba el interior de los pulmones con cada bocanada de aire. Tenía la piedra presionada contra la espalda. Áspera. Mojada. El hielo cubría la superficie, y los cristales se me clavaban en la columna. Mis dedos arañaron el suelo; las uñas se enganchaban en la escarcha.

Un dolor estalló tras mis ojos cuando logré abrirlos. Incandescente. Cegador.

¿Dónde estaba la selva? ¿Y los mangos que pesaban en mi morral? Había tenido el corazón rebosante, sabiendo que no pasaría hambre esta noche. La luz del sol se filtraba entre las hojas de la canopea, moteando el suelo del bosque de verde y oro mientras regresaba a mi choza. El sudor me bajaba por la espalda. Mis pies descalzos conocían cada raíz, cada piedra.

Entonces, la luz. Una claridad cegadora, antinatural, que rasgó el aire. La fuerza me hizo dar vueltas. El arriba desapareció. El abajo se convirtió en cielo. Una presión me aplastó el pecho, el viento aullaba dentro de mi cráneo. El mundo se deshizo, los hilos se soltaron violentamente. Célula a célula. Caí a través del vacío, ensordecida por el rugido; la materia se deshilachó, no quedó nada más que estática y pérdida.

La piedra golpeó contra mi columna. El frío me caló hasta los huesos a través de la ropa empapada y destrozada. No había tierra,

solo hielo. Ni sol, solo una oscuridad asfixiante que me presionaba los párpados y se hundía en mi esqueleto. El aire me quemaba los pulmones. Tenía las extremidades desparramadas, inútiles. Cada articulación gritaba. Los músculos aullaban en señal de protesta; los nervios se negaban a reaccionar. Mi cuerpo entero se había hecho añicos para luego ser pegado de nuevo de forma incorrecta.

—Estás despierta. Ya era hora—dijo la mujer desde la penumbra, con una voz de terciopelo sobre acero—. El sonido me recorrió la piel, deteniéndose en las zonas heridas.

Sus palabras venían de todas partes. Mi cabeza se negaba a levantarse. Tenía los nervios destrozados, como si alguien me hubiera vaciado el tuétano. Las manos no se movían. Las piernas no respondían, estaban huecas.

Pasos que se acercaban a mí. Clic. Clic. Clic. El sonido resonaba contra paredes invisibles. Cada paso era afilado, cortante, una cuenta atrás.

Muévete. Muévete, joder. *Levántate*.

El pánico me ardía en la garganta. Me castañeteaban los dientes. La oscuridad se congregaba a mi alrededor, tragándose la luz, tragándose la esperanza porque no podía moverme. El frío apretaba más. Los dientes expectantes de la tiniebla se afilaban.

—Es curioso que te matara y aquí estés. Volviendo a la vida—dijo con una pausa; su voz se enroscaba como el humo—. Seguro que puedes imaginarte que esto me resulta *de lo más* extraordinario.

Muerta. La palabra rebotó en mi cráneo. Yo no había muerto. No podía haber *muerto*. La muerte no daba segundas oportunidades. La muerte era permanente. Final. El fin de todo.

No. Mentía. Tenía que estar mintiendo. Eran juegos mentales, quería quebrantarme antes de lo que fuera a venir después. La gente no moría y regresaba. Eso no era posible.

Un resplandor carmesí se filtró a través de la oscuridad, demasiado brillante y nítido para ser luz natural.

Magia.

Ojalá no supiera lo que era. Ojalá no hubiera aprendido nunca a reconocer esa aberración. Porque saberlo significaba comprender el peligro en el que me encontraba. Saberlo significaba que no podía

mentirme sobre lo que vendría a continuación. Ni sobre a quién pertenecía.

Solo los Seis y sus mascotas elegidas brillaban con una magia tan fuerte. Cualquiera que naciera con magia terminaba muerto. Las mazmorras de la fortaleza de Titán apestaban a ella, a magia quemada tallada en la piedra por el Cuadro. Sinon, Peder y Kalos. Los sabuesos infernales de Titán, imbuidos de su magia y lo bastante malvados como para blandirla.

El Cuadro me había encontrado en la selva mientras buscaba comida. Sabía que me había alejado demasiado de la protección de las panteras, pero quería traer algo de fruta fresca para los niños. Supe quiénes eran esos machos en el instante en que surgieron de entre los árboles. Corrí como haría cualquier persona cuerda. Me atraparon. Con la magia prestada de Titán, no les resultó difícil.

Sinon, Peder y Kalos me arrastraron de vuelta a la fortaleza y me arrojaron a una mazmorra gélida. Me lanzaron puñetazos, patadas y preguntas a la cara entre crujidos de nudillos. Querían que les hablara sobre los cambiapieles pantera. Secretos, si es que los tenía. No les di nada. Ni cuando la sangre me llenó la boca y el mundo daba vueltas con cada nueva patada.

Una mujer en las sombras había observado cada latigazo de magia, en silencio, obligada a presenciar cada golpe. Sus ojos nunca se encontraron con los míos hasta que los machos se aburrieron al ver que yo me quedaba quieta y callada. Me llamaron inútil, menos que nada, luego escupieron sobre mi cuerpo ensangrentado y me dejaron tirada en la podredumbre dándome por muerta.

Habría muerto allí de no ser por esa mujer. Ella me salvó la vida. Me levantó de la piedra cuando la noche se volvió calma y silenciosa y me llevó de vuelta a la selva, usando los túneles putrefactos bajo el castillo para llevarme a la libertad.

Se lo debía todo.

La magia se extendió por el techo, arrastrándose y ramificándose como escarcha viva. Zarcillos carmesíes del color de la sangre serpenteaban por cada junta, venas gélidas desangrándose en la piedra. La temperatura cayó en picado. Mi aliento se volvió blanco, el

vaho se escapaba de mis labios agrietados. El hielo tintineaba en mis pestañas. Cada inhalación escocía.

Una figura tomó forma en el corazón de la luz. Piel impecable. Pálida. Ojos del color del vidrio antiguo. Cabello pálido como el hueso, recogido, sin un mechón fuera de su sitio. Sus labios se torcieron y no hubo movimiento alguno en su mirada. Vestía un traje de chaqueta y llevaba tacones de aguja. Parecía fuera de lugar en este infierno helado.

El sabor a cobre inundó mi boca. Apreté la mandíbula, luchando contra el grito que hervía tras mis dientes cuando mi cerebro aturdido logró encajar todas las piezas.

Ese rostro. Todo el mundo conocía ese rostro eterno y esa letal magia carmesí. Una de los Seis y una mujer a la que hubiera deseado no tener nunca la desgracia de conocer.

Su nombre resonó en mi cráneo por medio de gritos.

Britheva.

—¿Estás lista para darme lo que busco, ratoncita?

No te quedes ahí tirada. Corre. Grita. Muévete. Haz algo. Escapa. ¡Escapa! Huye*.*

Mi cuerpo se negó. Estaba paralizada. Una fuerza me inmovilizaba contra la piedra, cadenas invisibles que me rodeaban las muñecas, los tobillos, la garganta. La presión aumentó. Las costillas crujían. El aire se volvía escaso. Magia.

—Tienes algo que yo quiero—. Britheva se acuclilló a mi lado y su rostro llenó mi visión. Unos ojos brillantes me estudiaban como si fuera un espécimen. Interesante. Prescindible—. Dentro de ti. Bajo llave, bien segura.

—No lo sé... No sé qué es lo que quiere...— Tenía la lengua pesada y torpe.

—No te hagas la tonta—. Su mano quedó suspendida, con los dedos pálidos extendidos sobre mi pecho—. Puedo saborearlo. Magia vieja. Magia antigua. El grimorio. Entretejido en tu alma. Tan *sumamente* delicioso. Tan hábilmente oculto.

Su magia brotó de su muñeca y se derramó sobre mi pecho; zarcillos gélidos serpentearon sobre mi piel. La escarcha me recorrió

los brazos, trepó por mi garganta y extendió su infección bajo mi ropa.

—He pasado siglos buscando este grimorio. Ha sido la perdición de mi existencia. Lo dábamos por perdido hasta que descubrimos tu pequeño secreto. ¿A quién se le ocurriría dividir el grimorio en seis partes y esconderlo en linajes de sangre?—. Su sonrisa se afiló, mostrando todos los dientes. —Y luego, cuando fuimos a reclamar lo que era nuestro..., puf, desaparecido otra vez. Imagina mi decepción. Mi consternación. Y ahora... ahora te he encontrado. Y me lo vas a entregar.—

Su voz resonaba contra la piedra mientras su magia se clavaba en mi pecho. Me arqueé, con los talones raspando el suelo. Esto no era dolor. Era aniquilación. Mi destrucción. Mi mente se hizo jirones, los nervios ardían, cada célula se desgarraba y gritaba pidiendo aire.

Me estaba desentrañando desde dentro, tanteando entre la sangre y la médula, buscando secretos que yo no poseía. Mis huesos traqueteaban. Mi cabeza se partía. Los músculos se tensaron, bloqueados, y el frío apretaba con tal ferocidad que me dolían los dientes.

Algo cambió en mi interior. Muy adentro, bajo la agonía, el destello de unas escamas esmeralda. El fogonazo de un cuerpo largo y serpenteante enroscándose en la oscuridad. La visión se desvaneció antes de cobrar fuerza, dejando solo un eco.

Britheva siseó un sonido inhumano, un ramalazo de furia bajo su pulida crueldad. La magia se retiró bruscamente, abrasando al salir.

El aire entró de golpe en mis pulmones. Me atraganté. La sangre llenó mi boca, resbalando por mi lengua mientras jadeaba y me estremecía sobre la piedra mordida por el hielo.

—Protegida.— La palabra destilaba veneno. —Lo sellaron con un sacrificio. Magia de sangre. Magia de muerte. Del tipo que requiere...— Se detuvo. Inclinó la cabeza. —Ah. Tus padres. Qué conmovedor, pero qué fútil entregar sus almas para mantener con vida a alguien como tú.—

No.

—Te querían lo suficiente como para morir por ti. Qué inusual. Qué desperdicio.—. Sus dedos recorrieron mi clavícula. El hielo la siguió.

—Pero toda magia tiene límites. Todas las protecciones tienen fisuras. Primero necesito quebrantarte.—. Apoyó las yemas de los dedos sobre mi estómago.

Palabras inútiles brotaron de mi boca. —No. Por favor. Se lo ruego...—.

La magia me golpeó de lleno, inundando mis venas, convirtiendo la sangre en hielo, deteniendo mi corazón a mitad de un latido.

La oscuridad lo engulló todo. El frío se volvió absoluto. Mi cuerpo dejó de existir. No quedó nada excepto caer a través de un vacío interminable, abajo y más abajo y...

Una bocanada de aire.

Aire. Ardiendo. Mis pulmones se convulsionaron, arrastrando oxígeno por conductos que no deberían funcionar, hacia un corazón que no debería latir.

La cueva se materializó a mi alrededor. Piedra. Hielo. La sonrisa aún más fría de Britheva.

Me mató de nuevo.

Y otra vez.

Y *otra vez*.

Cada muerte era distinta. El corazón deteniéndose. Los pulmones inundándose. La garganta cerrándose. La columna rompiéndose. Cada renacimiento peor; obligándome a volver, arrastrándome a gritos desde la oscuridad hacia la agonía.

El tiempo dejó de tener sentido. Solo existía en ciclos: morir, volver, morir, volver. La voz de Britheva se entretejía en todo ello, culta y paciente, explicando la magia, la teoría, los pasos para romper las protecciones ligadas a la muerte.

Dejé de luchar. Dejé de pensar. Me convertí únicamente en dolor y terror y en el desesperado instinto animal de hacer que parase, *por favor, dioses, haced que pare*.

—¿Dónde está?—su voz, pegada a mi oído—. El fragmento del grimorio. Puedo sentirlo dentro de ti. Dime cómo sacártelo.

—No lo...—Mi voz se quebró. Cruda. Destruida—. No lo sé...

—Quizá lo he estado haciendo todo mal. Quizá deba intentar algo un poco distinto. Si no me lo dices tú, lo harán tus recuerdos.

La magia me desgarró. Esta vez no fue la muerte. Fue peor. Britheva invadió mi mente, hurgando entre mis recuerdos, abriendo a la fuerza pensamientos que había enterrado, desenterrando cada pesadilla, cada vergüenza, cada momento de terror impotente tras años bajo el dominio de Titán.

Me hice añicos.

No existía nada excepto la violación. El ser abierta, expuesta, con todo lo que había ocultado pelado y dejado en carne viva para que ella lo examinara. La vergüenza escocía; cada secreto arrancado hacia el frío, cada pedazo roto en exhibición. La magia de Britheva se arrastró más profundamente, raspando lugares dentro de mí que jamás habían visto la luz.

No pararía nunca. Quería algo que no estaba allí, cavando, arañando y desgarrando, una y otra vez. La realidad parpadeaba. El delirio me presionaba, haciendo que el mundo se pusiera de lado. El pensamiento se desmoronó.

Una luz dorada parpadeó en mi conciencia, apareciendo y desapareciendo en un instante. Cálida donde todo lo demás estaba frío. Brillante donde la oscuridad presionaba. Un latido de algo más. La luz se desvaneció antes de que pudiera alcanzarla, dejando solo el eco de una calidez destrozada antes de que un rugido estallara a mi alrededor con una fuerza que vibró a través de la piedra, a través de mis huesos, dentro de mis dientes. El sonido desesperado y enfurecido estremeció cada nervio, arrancándome del borde del olvido.

Britheva se quedó gélida. Retiró la mano de un tirón de mi pecho mientras tres formas irrumpían por la entrada. Demasiado rápidas, demasiado brillantes, con los cuerpos chisporroteando de energía.

Serpientes.

Serpientes *monstruosas*. Las escamas brillaban a lo largo de sus cuerpos, largos y gruesos como árboles antiguos. Una de un azul zafiro profundo, con las escamas bordeadas de plata. Otra de un citrino brillante con chispas turquesas recorriendo su longitud. La tercera era de un cobalto de medianoche con sombras acumulándose entre cada anillo. Las criaturas se retorcían por la caverna, con los cuerpos moviéndose con una velocidad imposible y

una gracia líquida. Su presencia consumía el aire, sofocante, ineludible.

La serpiente zafiro se lanzó contra Britheva, con las enormes mandíbulas abiertas. Ella levantó las manos, la magia cobrando vida, una luz carmesí siseando hacia fuera. La cola de la serpiente barrió a Britheva, lanzándola contra la pared de piedra. Debería haber quedado inconsciente por el impacto. En cambio, ya se estaba levantando mientras el golpe retumbaba en mi cuerpo, a través del suelo, a través de cada centímetro inútil de mí.

El terror me atravesó cuando las otras dos serpientes se precipitaron hacia mí. Mi mente se ahogó en viejas pesadillas. Fiebres infantiles, veneno convirtiendo mi sangre en fuego, escamas deslizándose por mis brazos, siseos rodeando mis sueños. Cada músculo gritaba por moverse, por correr, pero mi cuerpo yacía inútil.

Las escamas de la serpiente citrino rozaron mi hombro. La de cobalto se presionó contra mi costado, sólida y firme. La punta de la cola de la serpiente zafiro fustigó mi muslo; tres puntos de contacto al mismo tiempo.

Brotaron escamas por mis brazos, un verde esmeralda iridiscente convirtiéndose en mi piel. Me dolió la mandíbula, la boca se ensanchó, los dientes se alargaron y se afilaron. Las extremidades se encogieron, se retorcieron, se fundieron con mi cuerpo. Mis sentidos se dividieron: el gusto engulló el olfato, aparecieron patrones de calor por todas partes, el aire plagado del sabor metálico de la sangre, el miedo y el veneno. Mi vista se nubló, luego se agudizó. Nuevos colores, nuevas formas pintadas por toda la cueva.

La magia recorrió mi columna, fría y eléctrica. El mundo se redujo a sensaciones. La fricción del hielo bajo mi vientre, el siseo de mi aliento, la vibración de los corazones de mis compañeros latiendo a mi lado.

Yo era...

Había *Cambiado*...

El ozono restalló a mi alrededor mientras las serpientes se convertían en hombres. Tres figuras donde antes habían estado los monstruos.

De piel azulada. Musculosos. Hermosos.

Erróneos.

Inhumanos.

Fae.

Cada rostro de rasgos afilados, esculpido con un propósito feroz. Los ojos brillaban, demasiado radiantes para la penumbra de la cueva. Uno zafiro, uno aguamarina veteado de oro, uno profundo e implacable como una noche añil. Escamas plateadas salpicaban sus pómulos. Los colmillos relucían entre los labios entreabiertos. El que tenía el pelo platino corto fijó su mirada en mí, con unos ojos que me atravesaban la piel. La mano del varón rubio dorado temblaba, con el calor de su palma flotando sobre la mía. El más alto, oscuro y corpulento de los tres se movió sin decir palabra, situándose entre Britheva y yo, con su cuerpo como un muro vivo, cada músculo tenso y listo para la violencia.

—Compañera—, la palabra salió de los tres a la vez. Superpuesta. Reverente. Absoluta.

El pánico me oprimió el pecho. Mi cuerpo no era mío. Eran colmillos, escamas, hambre, un ovillo de instinto tensado al máximo.

El chillido de Britheva cortó la magia. La rabia deformó su rostro impecable en algo irreconocible.—¡Osas detenerme!

El varón de piel oscura gritó:—¡Cambia!

El poder estalló en la caverna, una fuerza más allá de cualquier límite que yo hubiera conocido. Onduló directamente a través del músculo y el hueso, alterando mi forma de nuevo. Un parpadeo, y volvía a ser humana, colapsada y temblando sobre la piedra helada, desnuda y jadeando en busca de aire.

—¡Cogedla, hermanos!—, su voz cortó el martilleo en mis oídos.

El varón de pelo platino me alzó con brazos fuertes. El mundo dio vueltas mientras me lanzaba sobre su hombro; mi estómago chocó contra el músculo duro. Su agarre aseguró mis muslos. Cada zancada me sacudía el vientre, su hombro ancho hundiéndose en mi tripa, sacándome el aire de los pulmones, cada paso una nueva sacudida. Mis manos colgaban, con los dedos entumecidos por el frío y la conmoción. La sangre rugía en mis oídos.

—¿Crees que esto la salva? ¡No sabéis nada!—, el caos estalló a nuestras espaldas. La magia de Britheva restalló, chisporroteando en el aire, astillando la piedra a nuestro alrededor. Los pasos tamborileaban sobre la roca y la arenilla. La piedra dejó paso a la nieve; el aire gélido me quemaba las mejillas, con el pelo ondeando a mi espalda. El viento aullaba al pasar, calándome hasta los huesos.

El aire frío me golpeó la cara. El viento. Gritos. Un blanco infinito extendiéndose en todas direcciones.

Estábamos fuera. Corriendo. La nieve saltaba bajo sus pies mientras huían. El grito de Britheva rasgó el aire congelado.

El de pelo platino apretó su agarre.—Cambiad y corred. ¡Hacia la ventisca!

Apenas registré el muro de blanco furioso, una masa agitada de hielo y viento, cuando la magia restalló en el aire. Las escamas brillaron en zafiro, citrino y cobalto de medianoche mientras los varones cambiaban a sus serpientes monstruosas una vez más.

La serpiente zafiro se enroscó a mi alrededor y me levantó en vilo. Las escamas se apretaron contra mi piel desnuda mientras nos alejábamos a toda prisa. La nieve me golpeaba la cara; las partículas de hielo herían cada centímetro de piel expuesta. La magia carmesí impactó en el hielo detrás de nosotros. El golpe hizo que saltaran fragmentos en todas direcciones, esquirlas afiladas como cuchillas que silbaban al pasar, pero la serpiente me protegió mientras la ventisca helada nos engullía por completo.



Capítulo dos

El frío se me calaba hasta los huesos. El viento aullaba. Las escamas atronaban contra la nieve. Cada vaivén sacudía mi cuerpo; cada arremetida hacia delante era un impacto que me recorría la columna. La serpiente de color azul medianoche que me transportaba se movía como el agua sobre el hielo, con los músculos ondulando bajo sus lisas escamas. El viento pasaba rugiendo, con un hielo implacable que me laceraba la carne expuesta. Me castañeteaban los dientes con tanta fuerza que me dolía la mandíbula.

Estos machos se habían jugado la vida para sacarme de aquella cueva y..., ¿cómo habían sabido que estaba allí? No obtenía respuestas por mucho que las gritara en mi cabeza. Golpeé la cola de la serpiente, pero su agarre no flaqueó ni un segundo.

Y no dejaban de correr.

La nieve pasaba en ráfagas cegadoras. El tiempo se fragmentó. No sabría decir si pasaron minutos u horas. Me pegué más a la serpiente, desesperada por sentir calor. Su calidez se filtraba en mí en cada punto de contacto, pero el frío seguía arreciando.

La magia carmesí de Britheva hendía la ventisca, lanzando zarcillos que restallaban y siseaban a través de la tormenta. Cada uno de ellos atravesaba la nieve y el hielo y teñía todo con destellos de un rojo sangre.

La serpiente azul medianoche que me sujetaba se lanzó por una pendiente pronunciada. La nieve estalló a nuestro alrededor y el polvo de hielo me lastimó las mejillas. Las demás serpientes se acercaron, formando un muro a nuestro alrededor mientras bajábamos a toda velocidad por la ladera helada hasta un lago negro y congelado.

Cada movimiento provocaba chasquidos y crujidos mientras nos deslizábamos por la superficie. Una serpiente golpeó el hielo con la cola, la superficie se fracturó y un gemido profundo resonó bajo nosotros.

El mundo se hundió en un estruendo de hielo resquebrajado. El agua surgió y nos tragó por completo. Mi cuerpo quedó bloqueado, con los músculos rígidos y los pulmones cerrándose de golpe. El frío iba más allá del dolor; quemaba primero para luego cerrarse con fuerza, congelándolo todo.

Los músculos de la serpiente ondularon con potencia mientras nos impulsaba a través del agua hacia el fondo del lago. Se me acalambraron los pulmones, con la presión aumentando bajo mis costillas y apretando más con cada latido frenético de mi corazón. Forcejeé, intentando liberarme antes de ahogarme, pero era imposible soltarme.

Empecé a ver lucecitas. El pecho me subía y bajaba con violencia, luchando contra el agua que me presionaba por todas partes, con el frío mordiendo cada centímetro de mi piel. Una ristra de burbujas se escapó de mis labios mientras mi preciado aliento se me iba al correr hacia una fauce negra que se abría entre las piedras.

La serpiente nos introdujo en la cueva justo cuando la oscuridad empezaba a bordear mi visión. Por encima de nosotros, una luz ondulaba. Atravesamos la superficie centelleante de un disparo y mi pecho se contrajo; el aire me quemaba en los pulmones mientras jadeaba una y otra vez, aferrada a las escamas de la serpiente. Gracias a los dioses. El aire —*aire* de verdad— llenaba la caverna.

Una luz borrosa brillaba a mi alrededor; las paredes estaban repletas de formaciones cristalinas que se elevaban altas e irregulares en muros que palpitaban con su propio resplandor suave. Vetas de cuarzo azul se entrelazaban en la piedra, captando y

dispersando la luz en patrones fracturados y cambiantes. El musgo cubría las paredes y lo bañaba todo de un verde luminiscente. El aire estaba impregnado de humedad, minerales y el más leve rastro de dulzor.

La serpiente que me llevaba se dirigió a una poza de agua en el centro de la caverna, de cuya superficie emanaban jirones de vapor. Se sumergió directamente en la poza humeante y me llevó con él. El calor estalló sobre mi piel. El agua me hería como cuchillos diminutos, y pinchazos de fuego me recorrían la carne. Mi cuerpo se quedó rígido, atrapado entre el ardor y la congelación, incapaz ya de distinguir la diferencia.

Las escamas cambiaron bajo mi cuerpo, volviéndose suaves antes de que la carne se apretara contra mí. Un pecho ancho y musculoso me acunó. —Lo siento mucho, pequeña compañera. Tenía que darte calor y esta es la forma más rápida. Lo sientes tan caliente por el hielo por el que hemos nadado, y venir aquí era la única forma de escondernos de la impostora —la voz del macho era como terciopelo contra mi oído.

El macho me sujetó con fuerza contra él. Su pecho subía y bajaba, firme bajo mi mejilla, y el contacto de su mano era suave mientras me acariciaba la espalda para calmarme. Otros dos se acercaron. Uno me apartó el pelo húmedo de la frente y trazó con las yemas de los dedos un camino delicado por mi sien. El otro me sostuvo la nuca, acariciando con el pulgar la base de mi cuello.

—Deberíamos movernos pronto —el macho que me sostenía habló por encima de mi cabeza—. Todavía no está a salvo.

—Todos sabemos que este lugar está protegido. La impostora nunca nos sentirá aquí. Y nuestra compañera necesita entrar en calor —dijo otra voz, más ronca—. Mírala, apenas está consciente.

—La impostora estará buscando —dijo una tercera voz, tranquila y analítica—. Tenemos horas antes de que el hechizo de ocultación se debilite. No puedo arriesgar su seguridad.

—Entonces aprovecharemos estas horas al máximo. —El pecho bajo mi mejilla retumbó con autoridad—. Nuestra compañera debe recuperarse de su calvario primero.

Tardé unos instantes en recobrar la compostura y en observar a los machos que me rodeaban. Eran de una belleza sobrenatural. Oscuros. Peligrosos. Su belleza se sentía errónea, como algo diseñado para atraer a la presa antes de hincarle el diente.

El macho de pelo largo color medianoche levantó la mano hacia mí. Me quedé mirando el agua que goteaba de su brazo desnudo, con la mente dándome vueltas, incapaz de procesar lo que estaba viendo. Cerró el puño y bajó la mano.

Aquel macho era grande. Pura fuerza bajo un músculo curtido. La luz se reflejaba en los tatuajes de serpientes plateadas que se enroscaban en su garganta y por su clavícula. Un rugido bajo vibró en su pecho mientras me observaba.

Desvié la mirada hacia el macho de pelo platino cortado a trasquilones. Ángulos y bordes afilados esculpían sus facciones. Unas pupilas oscuras devoraban el zafiro profundo de sus ojos. El tercer macho tenía el pelo corto de color azul marino enmarcando unos pómulos altos. La preocupación marcaba su frente y la suave curva de sus labios.

Mi mirada se quedó clavada en su boca. En las marcas de su labio inferior donde los colmillos presionaban contra la carne.

El macho de pelo platino exhaló. Unas puntas plateadas brillaron.

La boca del de pelo largo se movió. Él también tenía colmillos.

Los tres poseían los mismos dientes de depredador. Puntas blancas relucientes, hechas para desgarrar y sujetar.

Serpientes.

Culebras.

Enormes fae cambiaformas serpiente.

Me aparté del macho que me sostenía en su regazo, resbalando contra la piedra húmeda, con el corazón acelerado. Esos colmillos. Ese músculo de depredador que podría aplastarme en segundos. —¡Alejaos de mí!

El macho del pelo largo se quedó quieto, con las palmas abiertas, y retrocedió. —Tranquila, pequeña. No vamos a hacerte daño —su voz resonó hasta en mis huesos.

—Eso dicen todos los depredadores que he conocido. —La poza se sentía demasiado pequeña con todos nosotros desnudos entre el

vapor que subía y sin ningún lugar donde esconderse—. ¿Quiénes demonios sois?

—Por favor, perdonadnos. —El macho de pelo platino inclinó la cabeza—. Mi nombre es Navaree. Arcanista de la corte del rey Cedar.

Rey Cedar. El nombre brilló en mi mente y rescató historias medio olvidadas. Susurros sobre el todopoderoso rey fae que abandonó a la humanidad a su suerte hace mil años.

—Soy Talesian —el de pelo largo sonrió, con un gesto brillante y temerario, decidido a romper la tensión—. Ingeniero, inventor y a veces un incordio, dependiendo de a quién le preguntes.—

—Soy Seakal —el varón de cabellos azabache habló con una autoridad que se filtraba en cada sílaba—. Estratega de guerra. Y tu compañero.—

Compañero. La palabra me golpeó, robándome el aire de los pulmones y congelando cada uno de mis músculos.

Algo se tensó en mi pecho. Un anzuelo clavado en lo más profundo que tiraba de mí hacia ellos. Hilos de color aguamarina brillaron, estirándose, tanteando, intentando conectar.

Cerré de golpe cada puerta mental que tenía.

—No —La negativa salió disparada de mi boca—. No. Eso no es... yo no soy...

—No es todo lo que eres. También eres una maga. Una cambiapieles serpentina. Y una de las Elegidas —dijo Navaree.

Maga. Cambiapieles. *¿Elegida?* —¿De qué estáis hablando? Soy humana. Solo una humana. No soy nadie. No tengo magia. No puedo...

—Cambiaste. En la cueva. Cuando los tres te tocamos, adoptaste tu forma de serpiente. Un cambio forzado solo ocurre entre compañeros. Eres una cambiapieles serpentina. Como nosotros. Y eres absolutamente deslumbrante —dijo Talesian.

Mi mente dio vueltas. La conmoción me recorrió en oleadas, arrastrándome a lo profundo. Esto no podía ser cierto. ¿Cambiar? Yo no había cambiado. Me habría dado cuenta. Estaban mintiendo, o delirando, o...

—¿Cómo me habéis encontrado? —La pregunta salió desgarrada de mi interior—. ¿Cómo sabíais que estaba en esa cueva? ¿Cómo me

habéis encontrado?

—Nos guio hasta ti el fragmento del grimorio encerrado en tu interior con magia de muerte y vinculado mediante un sacrificio de sangre. Seguimos su atracción hasta dar contigo. Eso es lo que la impostora intentaba arrebatarte, y también así es como supimos quién y qué eres —dijo Navaree.

Las palabras se emborronaron. Magia de muerte. Sacrificio de sangre. Grimorio. Cada término rebotaba en las paredes de mi cráneo sin llegar a posarse. Lo oía hablar, pero el sentido se me escapaba, reemplazado por el martilleo de mi corazón y el dolor en el pecho, donde esos hilos imposibles tiraban y tiraban y tiraban.

¿El... grimorio? Las palabras de Britheva resonaron en mi cabeza. *Tus padres. Qué conmovedor. Dámelo.* Me había abierto una y otra vez por algo que no podía estar ahí.

¿Cómo iba a estar ahí? No sabía nada de eso. Ni de mis padres; me abandonaron cuando era una niña. Unos padres así no morían por unos hijos a los que no querían. Y yo no era poderosa en lo más mínimo. Ni siquiera tenía magia natural propia. Nada tenía sentido. Mis pensamientos se enredaron, deshilachándose por los bordes.

—Esto es una locura. No puede ser. Yo no... Y vosotros no podéis ser... Esto no... —Me rodeé el pecho con los brazos, a modo de escudo inútil. Me palpitaba el cráneo, cada punzada de dolor era un redoble de tambor tras mis ojos antes de que me aferrara a lo único que tenía sentido—. ¡Estáis mintiendo!

Seakal se acercó un poco hacia mí. Algo brilló intensamente en mi pecho, estirándose, envolviendo mis costillas, tirando de ellas. Colores que no podía ver pero que sentía. Aguamarina. Zafiro. Cobalto. Presionando contra mí como manos de las que no podía escapar. La sensación recorrió cada nervio, colapsando en una única y abrumadora percepción.

Había oído a otros cambiapieles susurrar sobre los hilos del alma en tonos reverentes. Conexiones predestinadas. Vínculos eternos. Pero nunca había entendido a qué se referían. Nunca pensé que fueran reales. Y si era esto...

—Pequeña compañera... —Talesian alargó la mano hacia mí.

—No—. La palabra salió estrangulada. —No te acerques más. Y no me llames así.

Se detuvo. Cada línea de su cuerpo gritaba frustración, pero se detuvo.

¿Por qué decían todo eso? ¿Qué querían? Esa historia sobre grimorios, magia y compañeros... Querían algo. Tenían que querer algo. Pero yo no tenía nada. Ni poder. Ni riqueza. Ni contactos. No era nadie.

La mirada de Seakal se posó en mí. —Entendemos tu asombro y lamento que esta sea la forma en que tengas que enterarte, pero lo cierto es que no hay una manera fácil de decir esto. Por favor, comprende que no tenemos motivos para mentir. No a ti. Jamás a ti. Hay otra como tú aquí. Gilda. Una cambiapieles de grifo, humana, maga y Elegida. Te la traeremos, y ella te ayudará a comprender. Al igual que tú, fue traída a Faerie desde la Tierra después de que la onda de choque mágica desgarrara el velo. Esa misma onda de choque te trajo a ti aquí, junto con tres de los impostores.

—Ahora dos—, dijo Talesian.

Todo lo que decían tenía cada vez menos sentido. Quería volver a mi cabaña en la selva profunda. Puede que estuviera sola, pero estaba a salvo. Escondida y solitaria, pero allí nadie podía tocarme. Nadie podría volver a hacerme daño jamás. Me llevé los dedos a las sienes y me las froté. No sirvió de nada. —¿Dos?

—Gilda mató a Christian—, dijo Seakal.

El aire escapó de mis pulmones. Eso no podía... Nadie era tan fuerte... Christian era el monstruo que protagonizaba mis pesadillas. La razón por la que había hecho todo lo posible por ser invisible. Se equivocaban. Tenían que estar equivocados.

La mirada de Seakal no flaqueó. —Y tú eres igual de poderosa.

Habían ido demasiado lejos. Nunca había sido poderosa en mi vida, a menos que pensaran que mantenerse invisible y salir adelante a duras penas cada día significaba poder, cuando solo era supervivencia.

Sacudí la cabeza, deseando que todo esto fuera una gran pesadilla. Que despertaría con la luz del sol moteando el suelo de

tierra de mi cabaña. Que despertaría empapada en sudor, dando gracias a los dioses por haber salido de este horror.

—Basta. Parad ya—. La piedra se me clavó en la espalda mientras me encogía, alejándome de ellos, deseando con todas mis fuerzas que todo desapareciera.

Las elegantes cejas de Navaree se arquearon hacia abajo. Me froté el pecho ante un pulso de calor ajeno que me inundaba. Unas luces parpadearon, bordeando mi conciencia y avanzando hacia el interior. —Entendemos cómo suena esto, pero tu cuerpo sabe quiénes somos los unos para los otros. Confía en tu alma. Siente nuestras luces del alma. Conócenos. Sientes tanto dolor que resulta insoportable. Somos tus compañeros y haremos cualquier cosa para aliviar tu carga. Déjanos ayudarte. Por favor, déjanos entrar.



Capítulo tres

Una risa estalló, demasiado aguda, demasiado débil. Me desgarró la garganta. —No. No, eso es... —El resto se disolvió cuando se me revolvió el estómago. Me incliné hacia delante, con arcadas, hasta que el sonido se convirtió en un sollozo seco. El corazón me latía con la fuerza suficiente para ahogar el silencio goteante de la caverna.

El agua se agitó cuando los dedos de Navaree rozaron mi hombro, suaves y cautelosos, apenas un toque. Mi talón resbaló contra la piedra resbaladiza y me aparté de un empujón, enviando una ola contra su pecho. —No lo hagas —jadeé. La palabra salió entrecortada, más un aliento que un sonido.

—Quiero consolarte. Por favor, m... —La palabra inacabada quedó suspendida en los labios de Navaree antes de que yo le interrumpiera.

—Zahra. Me llamo Zahra.—

Se quedó inmóvil, con sus ojos de zafiro clavados en los míos. —Zahra. —Envolvió la palabra con la lengua, de forma lenta y deliberada, alargando cada sílaba como si fuera un voto. Íntimo. Habría sido más fácil si me hubiera llamado compañera.

Me apreté los brazos contra el cuerpo, pero el escalofrío llegó de todos modos. La decepción parpadeó, pequeña y aguda, antes de que yo la reprimiera. Ese sentimiento no me pertenecía.

—Estamos aquí si quieres hablar. Al menos, nos aseguraremos de que tu cuerpo mantenga todas sus piezas importantes. Si eso es lo que necesitas —dijo Talesian.

Claro. Porque todo en esta situación gritaba normalidad.

—Estoy bien.— Las palabras rasparon una garganta irritada por el miedo y el silencio.

—Mentirosa. —El tono de Navaree se mantuvo calmado. —Has soportado un trauma físico, emocional y mágico. Necesitas descanso. Cuidados. Consuelo.

—Nos necesitas —dijo Seakal.

—Demasiado, hermano. —Navaree le lanzó una mirada antes de volverse de nuevo hacia mí—. —Queremos que sepas que no estás sola.

No estás sola. Las palabras golpearon como una bofetada. Nada en mi vida había sido jamás tan sencillo.

—Respiro. —Forcé la barbilla hacia arriba aunque el dolor me recorrió las costillas y la columna—. —Eso es lo único que importa.

—Respirar no es lo mismo que sanar —dijo Seakal.

Su intensa atención me presionaba. Sus ojos de color medianoche leían demasiado hondo, sin dejar lugar donde esconderse. Una presencia en mi interior se desplazó, presionando bajo mi piel, enroscándose con fuerza en mis costillas. Me froté el esternón, reprimiendo un estremecimiento, deseando que volviera a su sitio. Odiaba el movimiento viscoso y deslizante bajo la piel, el susurro de escamas contra el hueso. Sabía lo que era.

Me había transformado en una serpiente. En un momento había sido humana y luego, cuando me tocaron, me había transformado en una criatura hecha de mis peores pesadillas.

—No necesito sanar. Necesito saber qué está pasando. ¿Qué tenéis planeado hacerme?

—Dale espacio. Está aterrorizada—dijo Seakal.

—Ahora mismo necesita información más que espacio—rebatió Navaree. —Comprenderla ayudará a sentirse…

—Nada de lo que digas servirá de ayuda ahora mismo. Mírala. El tono de Seakal denotaba finalidad.

La sonrisa de Talesian se ensanchó. —Lo que necesita es distraerse de sus problemas. O al menos verlos con buenos ojos. Como, por ejemplo, los tres cambiaformas serpiente excepcionalmente atractivos que te encontraron.

—Para.

—Que has descubierto que eres una maga y una Elegida, más rara que la luz de las estrellas e igual de hermosa.

—He dicho que pares.

—Y tienes un fragmento del grimorio más poderoso jamás creado tejido en tu alma. Ya sabes, lo típico de un martes cualquiera.

Me temblaban las manos, no por el frío, sino por la tormenta que crecía en mi interior. Rabia. Terror. Aquella cosa que se retorcía y a la que no quería poner nombre.

—Esto no tiene ninguna gracia.

—No.—Los colmillos de Talesian brillaron en su sonrisa triste. —No la tiene. Pero el humor es mejor que los gritos, y creo que ya has gritado bastante para toda una vida.

Se me secó la boca. Se me encogió el estómago, y no de hambre.

Deja de mirar. Son varones desconocidos, no…

¿No qué? ¿No las cosas más hermosas que había visto nunca? ¿No hacían que se me tensaran los pezones bajo mis brazos cruzados?

Un siseo susurró en mi mente, sibilante y hambriento.

Míos.

Obligué a mi atención a centrarse en el vapor que subía de la poza.

—Tienes que comer. Tu cuerpo está funcionando sin combustible. Bromas aparte, la adrenalina y el miedo no te mantendrán en pie— dijo Seakal.

—No tengo hambre—. Aplasté la palma de la mano sobre mi estómago cuando este rugió al mencionar la comida; la última ración de mangos se había consumido hacía mucho.

La mirada añil de Seakal me robó el aire de los pulmones. —¿Cuándo comiste por última vez?

—Ayer. Quizá. El tiempo se había fracturado. Las escenas se mezclaban. —El tiempo está...

—Roto. A tu mente le cuesta procesar los eventos secuenciales cuando la supervivencia es la prioridad —dijo Navaree.

La verdad de aquello me caló hondo. Había perdido la cuenta de las veces que Britheva me había matado. *Me había matado*... El aliento se me escapó entrecortado, atrapado en algún punto entre un sollozo y una risa.

Talesian ladeó la cabeza, torciendo los labios. —Razón de más para comer. Todo se vuelve manejable con el estómago lleno. Su sonrisa se ensanchó cuando no discutí. —Ya me lo parecía. Deja que busque algo que pueda gustarte.

Salió primero de la poza; el agua resbalaba por su piel, quedándose atrapada en los huecos y bordes de sus músculos magros. Se movía sin prisas, con cada movimiento de su cuerpo largo y fluido, hombros anchos, cintura estrecha, la fuerza contenida en cada paso. La luz perfilaba la curva de su pecho, los surcos de su abdomen y el contorno de sus muslos mientras subía a la repisa de piedra. Su larga melena plateada colgaba como seda sobre sus anchos hombros y por su espalda.

—No puedes comer en el agua. Y necesitarás ropa limpia. —Seakal siguió a Talesian fuera de la poza. El agua se deslizaba sobre los planos duros de su cuerpo mientras emergía. Las gotas recorrían los marcados tendones musculares que desaparecían en la sombra entre sus gruesos muslos. Su largo cabello oscuro caía por su espalda en una onda húmeda y cada mechón captaba el brillo de la luz de los cristales mientras cruzaba la piedra. Caminó hacia Talesian, que estaba en cuclillas junto a una hilera de cofres apoyados contra la pared de la caverna.

—Iré a por algo para que te seques. —Navaree fue el último en salir de la poza. El vapor se arremolinaba alrededor de su alta figura mientras se movía. Las escamas plateadas que salpicaban sus sienes captaron la luz cuando se dirigió a un cofre y lo abrió para sacar una toalla y un par de pantalones oscuros.

Mi mirada me traicionó, demorándose en el pecho de Seakal, en las gotas que trazaban el camino sobre sus abdominales y costillas, en las marcadas clavículas de Talesian, en los brazos de Navaree,

fibrosos y con sigilos brillantes como la tinta mientras todos se secaban y se vestían.

Talesian me pilló mirándolos. Ladeó la cabeza y sus ojos color aguamarina se deslizaron sobre mí antes de arquear una ceja y curvar la boca en una sonrisa de suficiencia. El calor me subió por el cuello, directo a las mejillas.

Se dio la vuelta, y los músculos de su espalda se contrajeron al acuclillarse junto a la repisa de roca. —Veamos qué tenemos para desayunar —dijo con una alegría exagerada—. Más vale que este cofre tenga un pan decente o enviaré una queja formal a los dioses.

Un sonido se me escapó; agudo, inesperado. Casi una risa. Cerré la boca de golpe, horrorizada. ¿Qué me pasaba? ¿Cómo podía reírme cuando...?

Talesian giró la cabeza bruscamente, con los ojos brillantes por algo que parecía esperanza.

Aparté la mirada antes de que pudiera decir nada.

Me obligué a no mirarlo, lo que significó, por supuesto, que miré directamente a Navaree en cuanto este regresó.

Cruzó la caverna hacia mí, con una gran piel doblada sobre un brazo. El vapor se adhería a su piel, reluciendo sobre el rastro plateado de sus sienes. Se me hizo un nudo en el estómago cuando se detuvo al borde de la poza.

—Zahra. —Mi nombre salió de su boca más suave de lo que lo había oído nunca—. ¿Puedo ayudarte a salir?

La pregunta —*¿puedo?*— me desarmó más que si me hubiera echado mano. Extendió su mano. Vacilé, con los dedos temblando sobre la superficie. Esperó, sin presión en su postura, sin mandato en sus ojos. Solo paciencia silenciosa.

El agua estaba caliente, pero no podía quedarme desnuda en la poza para siempre. Un calor me recorrió cuando puse mi mano en la suya. No el calor abrasador del pánico, sino un calor constante y reconfortante que mitigó el temblor de mis piernas. Su agarre era firme, pero delicado, manteniendo la distancia suficiente para que yo pudiera respirar.

Me ayudó a ponerme en pie y luego dejó caer la piel sobre mis hombros. Me quedé helada cuando el peso se asentó contra mí,

esperando algún atisbo de dominación, algún precio oculto en la delicadeza. No hubo nada.

—¿Mejor? —preguntó.

Las palabras apenas llegaron a través del martilleo en mis oídos. Asentí de nuevo, aferrando la piel para cerrarla con ambas manos como si la suavidad por sí sola pudiera evitar que me desmoronara.

—Ven, siéntate —murmuró Navaree, con tono precavido. Inclinó la cabeza hacia un círculo de piedras planas situadas cerca de la pared del fondo. Seakal estaba allí agachado junto a un cuenco de roca donde ardía un fuego azul; las llamas chisporroteaban como fragmentos de cristal. Su luz bañaba la caverna de un tono frío, transformando el vapor en errantes cintas de plata.

Observé mi entorno mientras cruzaba el espacio. Una salida tras ellos. El mismo pasaje que habíamos usado para entrar en la caverna. El agua brillaba al otro lado del tosco umbral, contenida por un muro invisible. La única forma de salir era volviendo a través del lago helado, y nos habíamos sumergido a tal profundidad que nunca alcanzaría la superficie por mi cuenta. Archivé ese detalle, pues mi instinto de supervivencia catalogaba cada dato incluso mientras el agotamiento me arrastraba.

Talesian ya estaba afanado, colocando comida sobre piedras más pequeñas alisadas por el tiempo. El vapor se enroscaba en los platos, llenando el aire con los aromas de un festín que hizo que se me encogiera el estómago.

Había trozos de carne asada, con los bordes crujientes y relucientes por el glaseado, y el centro lo bastante tierno como para desmenuzarlo con los dedos. A su lado descansaban hogazas pálidas de pan caliente, con la mantequilla derritiéndose en charcos brillantes por la superficie. Un cuenco poco profundo contenía un guiso rico en hierbas y trozos de tubérculos. Fruta de colores vivos reposaba en una fuente al borde de aquel despliegue.

Me quedé mirando la comida. La sospecha luchaba contra el hambre que me arañaba las entrañas. Nada se daba gratis y no me fiaba de lo que exigirían como pago. —¿De dónde habéis sacado todo esto?—

Talesian señaló el montón de suministros. —De los cofres. Obviamente.—

Navaree puso los ojos en blanco mientras se acomodaba en una roca y llenaba su plato. —No ha preguntado lo obvio. Buscaba una respuesta de verdad, Talesian.—

La boca de Seakal se curvó con el leve atisbo de una sonrisa mientras llenaba un cuenco con guiso. —Es obra de Talesian. Encantó los cofres para que proporcionen cualquier suministro que necesitemos, siempre que lo necesitemos.—

La suavidad de su tono me hizo parpadear. Se debía al afecto auténtico y real. No estaba acostumbrada a esa clase de naturalidad entre las personas. Esa forma discreta de preocuparse sin necesidad de demostrarlo. Era algo sencillo y constante, el tipo de cosa que siempre había presenciado desde la distancia. Me pregunté cómo sería que alguien pronunciara mi nombre con esa misma calidez serena.

Talesian agachó la cabeza y el color se intensificó en sus mejillas. Un azul más oscuro se extendió desde los pómulos hasta la punta de las orejas. —En realidad, no es para tanto.

—Es algo importantísimo. —Seakal me entregó el cuenco lleno y Navaree puso un pan plano en otro plato y lo dejó a mi lado—. Ese hechizo es complicado. Talesian lo domina. Gracias a él, podemos quedarnos aquí abajo todo el tiempo que queramos, disfrutando de la intimidad, al abrigo de todo lo que hay arriba. Bueno, siempre que no nos busquen activamente.

—Lanzó el hechizo hace ocho siglos, cuando el lago no era un baño de hielo. El clima aquí solía ser templado, incluso caluroso. Era el mejor lugar para refrescarse—, dijo Navaree rápidamente, sin duda intentando alejarnos del recordatorio de que teníamos un límite de tiempo.

—Ocho siglos. —Las palabras no tenían sentido. ¿Ochocientos años? Eso era... no podía retener la cifra en mi cabeza. Mi cerebro se negaba a procesarlo, estancado en lo inmediato: comida, calor, el dolor en mis huesos. Más tarde. Ya pensaría en números imposibles más tarde.

Intenté imaginar el mundo que describían, pero mi cuerpo hambriento no me dejaba. Mis ojos se clavaron de nuevo en la comida. Mi cuerpo tomó la decisión antes de que mi mente pudiese reaccionar. El instinto de supervivencia que me había mantenido viva durante años tomó el mando. La necesidad anuló la sospecha. El hambre siempre ganaba. Y cuando había comida, yo comía. No se sabía cuánto tiempo pasaría hasta la siguiente comida. Al menos, cuando vivía en la selva podía recolectar por mi cuenta, pero este mundo estaba hecho de nieve y hielo.

Arranqué un trozo del pan plano, recogí un poco de guiso y me lo metí en la boca. Me dolía al tragar, pero metí más de todos modos, masticando con fuerza. ¿Y si le habían echado alguna droga? El pensamiento parpadeó y murió. No importaba. Morirse de hambre era una muerte más lenta que el veneno. Al menos, si me querían muerta, moriría con el estómago lleno.

Talesian me tendió un odre. —Toma. También necesitas beber. Solo es agua.

Mantuvo los ojos fijos en mí, con la preocupación grabada en cada línea de su rostro. Debajo de eso, algo más. Un tipo diferente de hambre.

No era de comida.

Alargué la mano y cogí el odre. Nuestros dedos se rozaron. Una sensación recorrió mi brazo por el contacto. Estallaron colores tras mis ojos: un citrino brillante, cálido y efervescente.

Me aparté bruscamente. El agua se derramó sobre mi mano. La ignoré, a ella y a ellos, y bebí.

—¿Mejor?—. Las cejas arqueadas de Talesian subieron.

—Sabes que sí—, dije, ignorando la sonrisa que se extendía por el devastador y atractivo rostro de Talesian.

Me concentré en la comida. A medio cuenco, la saciedad me golpeó con fuerza. Mi cuerpo no estaba acostumbrado a tal opulencia. La cuchara tintineó contra el borde cuando la solté. El aire se espesó y el calor del fuego se volvió borroso. Ahora que tenía el estómago lleno, el cansancio se arrastraba por cada articulación, extendiéndose como la niebla por mis extremidades.

—Necesitas descansar—. Navaree se levantó y se dirigió a los cofres, sacando más pieles gruesas. Las sacudió y las extendió sobre un trozo llano de arena. Cuando se volvió, sus ojos azules captaron la luz del fuego, todo calidez e invitación silenciosa. —¿Te gustaría descansar aquí, Zahra?

Las pieles parecían tentadoras, suaves como nubes. Mi boca formuló un silencioso «sí» antes incluso de que pretendiera responder.

—Deja que te ayude—, dijo Talesian.

Me ayudó a ponerme de pie antes de entrelazar sus dedos con los míos y guiarme por la cueva. Cada roce de su piel hacía que la conciencia recorriera mi carne.

—Aquí puedes dormir segura —murmuró.

Navaree se cruzó de brazos mientras su mirada me recorría.— Haremos guardia mientras descansas.

Mis pies me llevaron hacia las pieles antes de hundirme entre ellas; el grueso montón cedió bajo mi peso. La suavidad me hizo suspirar, y mis músculos se relajaron mientras me envolvía con fuerza en aquel calor. El dulce aroma de unas extrañas flores de caverna flotaba en el aire. Los cristales incrustados en las paredes enviaban cintas de luz azul y plateada por el techo mientras los varones se acomodaban junto al fuego y terminaban la comida, y sus voces silenciosas se desvanecían en el bajo chisporroteo de la llama.

Segura. Por un instante, me sentí... *segura*.

Incluso si no lo fuera en realidad, mi cuerpo estaba a punto de colapsar, exigiendo descanso. Mis ojos se cerraron y el sueño me arrastró. En cuestión de instantes, el rostro de Britheva floreció tras mis párpados. Unos ojos fríos y brillantes me inmovilizaron. Esa sonrisa. El dolor desgarrando mi pecho mientras ella me buscaba, me esculpía, me deshacía...

Abrí los ojos de golpe. Mi respiración era corta y rápida.

—¿Pesadillas? —la voz de Talesian sonó suave en la oscuridad.

Estaba sentado con la espalda contra la pared de la caverna, a una distancia prudente, lo bastante cerca para que su presencia me alcanzara a través de la oscuridad.

Me envolví con más fuerza en la piel, como si fuera a protegerme del frío interior. No lo hizo. Nada lo hacía jamás. Ni siquiera el calor de la selva.—Algo parecido.

—¿Recuerdo o miedo?

Negué con la cabeza. Ambas cosas. Eran ambas cosas.

El silencio se prolongó. Luego:—¿Te gustaría oír una historia sobre nosotros? Quizá ayude.

—No soy una niña.—Las palabras salieron más afiladas de lo que pretendía, pero no las retiré.

—Nunca he dicho que lo fueras. Pero las historias tienen poder. Distracción. Verdad. A veces ambas. —Su sonrisa vaciló—. ¿Me darás el gusto?

Debería negarme. Debería mantener la distancia. Pero, después de todo, un acto de amabilidad era más de lo que nadie me había ofrecido en mucho tiempo...

—Está bien.

Talesian se movió, acomodándose. Sus trenzas plateadas se deslizaron hacia delante, y las cuentas y el hilo de oro captaron la luz.

—Cuando era joven —y sí, eso es más joven de lo que parezco, no preguntes—, mi obsesión eran las estrellas. No esas cosas muertas que hay ahí arriba. Estrellas mágicas. De las que hacen que todo el aire vibre y te piquen las venas.

Hizo una pausa, apoyando los codos sobre sus rodillas dobladas. —En la Academia, cerraban los dormitorios a cal y canto tras la puesta de sol. Pensaban que unos cuantos hechizos viejos nos mantendrían dentro. Idiotas. Yo me escapaba por el muro sur, arrastrando a Navaree tras de mí, y a Seakal si conseguía que se moviera más rápido que un glaciar. Corríamos hasta la colina más alta que pudiéramos encontrar, con la escarcha crujiendo bajo nuestros pies y el frío mordiéndonos la cara. Las estrellas parpadeaban sobre nosotros, tan brillantes que juraría que los dioses nos miraban fijamente, preguntándose quiénes eran los tontos que alzaban la vista hacia ellos.—

Sus labios carnosos se curvaron. —Mapeábamos las estrellas con tiza, con pequeños marcadores de hueso, con cualquier cosa que

hubiera birlado de las cocinas. Nos desafiábamos a canalizar la oleada más grande. Navaree refunfuñaba todo el tiempo, jurando que tendría que recoger nuestros cuerpos carbonizados de la hierba, pero siempre estaba allí. No podía resistirse a la magia más de lo que podía yo. Seakal… —hizo una pausa, y su mirada se suavizó—. Él nunca decía mucho. Solo nos servía de ancla. Una mano en el suelo, otra mano en mi hombro, manteniéndonos integrales mientras la magia me hacía castañetear los dientes.—

Su voz se volvió sosegada. —Navaree nos sermoneaba durante horas después. Decía que nos freiríamos el cerebro. Aun así, aparecía todas las veces. Nunca dejó que lo hiciéramos solos.—

Levantó la vista y se encontró con mis ojos. La fanfarronería desapareció. —Nos convertimos en hermanos de vínculo en la Academia. Nos elegimos hace mucho tiempo y doy gracias cada día por haber hecho ese voto.—

Su mirada permaneció en mí, sin parpadear. Despojada de bromas o ligereza. —A veces no es el destino lo que te salva. A veces son los idiotas a los que eliges responder cuando el cielo empieza a arder.—

—¿Y habéis cumplido vuestra promesa mutua?—

—Siempre.—Sencillo. Absoluto. —A través de la guerra. A través de la pérdida. A través de todo. Seguimos aquí. Siguiendo eligiéndonos.—

Se me cerró la garganta. El calor me escoció tras los ojos.

—Debe de ser agradable. Tener a gente que te elija.—

—Lo es. Y ahora te elegimos a ti, Zahra.—

No respondí. No pude. Me habría gustado pertenecer a algún sitio alguna vez. Antes de aprender lo que costaba pertenecer. Antes de ver con qué facilidad los vínculos se convertían en armas, cómo el afecto se convertía en chantaje. La gente no protegía: poseía. Y cada promesa que había escuchado venía con una cadena oculta. Así que me giré sobre el costado. Lejos de él. Lejos de esa franqueza, vulnerabilidad y honestidad aterradora.

Su voz flotó a través del espacio. —Y siempre lo haremos, sin importar cuánto tiempo tardes en elegirnos tú a nosotros.—



Capítulo cuatro

Unos anillos me rodeaban las costillas, expulsando el aire de mis pulmones. Las escamas raspaban la piel desnuda, frías, resbaladizas y asfixiantes. El cuerpo de la serpiente se tensó, apretando hasta que los huesos amenazaron con astillarse. Sus ojos brillaban esmeraldinos y despiadados mientras los colmillos descendían hacia mi garganta, con el veneno goteando como fuego líquido.

Me desperté jadeando, empapada en sudor y temblando. Las pieles se pegaban a mi piel, húmedas y demasiado calientes. Mi pulso se aceleraba a medida que la conciencia regresaba de golpe. Seakal estaba agachado a un metro de distancia, con la mirada clavada en mí. La luz del fuego pintaba su piel azul con matices de cobre y sombra. Sus ojos de medianoche seguían cada una de mis respiraciones.

—Has tenido una pesadilla. —Se adelantó un centímetro cuando no respondí. Solo uno. Tanteando el terreno. Como si quisiera tocarme pero no supiera si yo se lo permitiría. No lo haría—. Hemos sentido tu miedo.

Hemos.

Esa palabra me ataba a ellos, lo quisiera o no. Una sola palabra que se atrevía a entrelazar mi nombre con los suyos, como si la pertenencia fuera algo inevitable, predeterminado e ineludible.

Raspaba los bordes sensibles de mi mente, susurrando promesas en las que no confiaba. Mentiras vestidas de anhelo.

—Por favor, ¿puedo abrazarte...?

¿Por qué iba a querer abrazarme? Su voz sonó baja. Ronca. Una súplica que cargaba con un peso que presionaba contra mi piel. Seakal levantó la mano, con la palma abierta y los dedos curvos. Su movimiento fue cuidadoso. Medido.

—No. Quédate atrás. ¡Por favor! —Mis palabras rebotaron en la piedra húmeda y me devolvieron un sonido más débil y mezquino de lo que pretendía. Mi voz me sobresaltó. Temblaba al borde de un sollozo que me negaba a soltar.

La flexión de sus dedos se detuvo, suspendida entre nosotros, y la línea de sus hombros se quedó inmóvil. Estaba arrodillado lo suficientemente cerca como para que el calor de su cuerpo me recorriera la piel en oleadas y, sin embargo, no acortó la distancia. Luego bajó la mano. La apoyó en su muslo, con la palma abierta, como para mostrarme que no tenía malas intenciones. Exhaló, un sonido tan silencioso que apenas pertenecía al mundo.

—Como desees. —Se acomodó sobre sus talones, con su enorme complexión replegándose en la quietud. Sus ojos azules se elevaron y me ahogaron en su profundidad. Un anzuelo se hincó en la carne blanda de mi corazón. Mi mano se disparó hacia el esternón, con los dedos aferrándose a la piel, intentando arrancar el dolor.

Seakal gruñó, apretando el puño contra su pecho mientras el color estallaba dentro de mi cráneo. Un recuerdo. Una visión. Sentida más que vista. El cobalto de medianoche chocó con un esmeralda iridiscente que brillaba como fuego vivo. Saltaron chispas donde se tocaron. La sensación no era dolor como el de una herida, sino un dolor como el de una rotura.

—Para —susurré, aunque no sabía a quién. ¿A la magia? ¿A mí misma?

¿A él?

Seakal se estremeció antes de obligarse a abrir los ojos; se negó a apartar la mirada incluso cuando el dolor se arqueaba entre nosotros. Los colores implosionaron en blanco. El dolor desapareció

y dejó atrás un vacío persistente, el fantasma de un rayo en mi pecho.

—Lo siento. —La disculpa salió sin más. Lo sentía por todo lo que nunca sería para ellos. Por haber sido arrojada a una tierra helada. Sentía que esto nos estuviera pasando a todos.

—Nunca pidas perdón por protegerte, pequeña compañera —dijo Seakal.

Pero la sensación de incorrección entre nosotros no se alivió. Ese tirón discordante raspaba cada terminación nerviosa, chirriante y en carne viva.

Aparté bruscamente la mirada de él e inmediatamente me arrepentí.

Talesian y Navaree estaban sentados cerca de la hoguera, y las llamas arrojaban una luz inquieta sobre su piel desnuda. Ambos sin camisa, ambos hermosos de una manera que robaba el pensamiento. Las sombras se deslizaban por el pecho de Talesian, y los matices dorados de su piel relucían cálidos a la luz del fuego. El juego de luces trazaba las líneas magras de su abdomen, el corte marcado de sus caderas, donde los pantalones le quedaban bajos. Sus trenzas plateadas capturaban el resplandor, con las cuentas y los hilos centelleando con cada pequeño movimiento.

Navaree estaba sentado frente a él, y el fuego esculpía su rostro en planos de sombra y brillo. El cabello de platino caía sobre un ojo de zafiro, y los mechones brillaban pálidos contra el arco más oscuro de sus pestañas. Escamas plateadas salpicaban sus pómulos, y cada una se encendía brevemente cuando las llamas cobraban fuerza. Sus hombros anchos y su torso esculpido reflejaban un calor constante, todo dominancia silenciosa y fuerza equilibrada.

Un fuego líquido se estancó en lo más profundo de mi ser, pulsando con cada latido. Apreté los muslos, desesperada por calmar el ansia que aumentaba con cada centelleo de las llamas sobre sus cuerpos. El calor que me lamía la piel no procedía solo del fuego, y el aire a nuestro alrededor se volvía demasiado pesado, demasiado denso, cargado de todo lo que no debería desear pero no podía dejar de imaginar.

Esto estaba mal. Era inapropiado.

Cosa de locos.

No eran mis captores. No me habían encadenado ni amenazado, pero ¿cuál era la diferencia cuando ellos ostentaban todo el poder? ¿Cuando ellos decidían a dónde iba, qué comía, si vivía o moría porque el universo había decidido que yo les pertenecía?

No, no eran captores. Eran mis compañeros. Los que el destino decidió que yo debía desear. Se suponía que los compañeros debían desnudar sus almas el uno ante el otro, abrirlo todo y confiar en que la otra persona no lo destruiría.

Ese tipo de confianza hacía que mataran a la gente.

Mi corazón era mío. Era lo único que siempre había sido mío. Porque yo había visto lo que ocurría cuando un vínculo se convertía en una correa. Cuando las personas se convertían en propiedad.

Y ahora estos tres querían que creyera que esto era diferente. Que estaba a salvo con ellos. Que este vínculo no era una trampa, pero no soy estúpida.

Y, sin embargo, aquí estaba, mirándolos como si nunca hubiera visto un cuerpo masculino. Como si quisiera recorrer cada línea de músculo con mis dedos. Con mi lengua.

Dioses, ¿qué me pasaba?

Volví a clavar la mirada en Seakal, lo cual no ayudó en nada. Estaba allí arrodillado, irradiando su propia intensidad silenciosa de la que no podía apartar la vista. Ni de su pecho ancho. Ni de sus brazos poderosos. Ni de esos ojos añil que veían directamente a través de mí.

Hermosos. Los tres. Devastadoramente imposibles, de formas que hacían que se me secara la boca y se me dispersaran los pensamientos. Y me odiaba a mí misma por darme cuenta. Odiaba la forma en que mi cuerpo ignoraba cualquier razón lógica para estar aterrorizada y simplemente... deseaba.

Navaree levantó la cabeza y sus ojos brillaron cuando vio que lo observaba.

—Estás despierta —dijo, con una voz lo bastante firme como para cortar el caos de mi cabeza—. Yo... tengo algo para ti.

Apartó de las llamas una tetera que colgaba de un trípode de hierro con un paño doblado, comprobando el peso como si lo

hubiera hecho cien veces, y cogió una taza de madera de una pila junto al hogar. El vapor se arremolinó mientras inclinaba la tetera y el líquido corría ambarino y fragante.

Trajo la taza, se agachó para que estuviéramos a la altura de los ojos y me la ofreció.

—Bebe esto. Ayudará.

Me subí más la piel, hiperconsciente de cómo rozaba la parte alta de mis muslos, de cómo el aire besaba cada centímetro desnudo de mí.

—¿Ayudar con qué? —repliqué—. ¿Con las pesadillas? ¿Con la parte en la que me despierto desnuda en una habitación con desconocidos? ¿Con... lo que sea que es esto... que hay entre nosotros?

—Con las pesadillas. Con el dolor —hizo una pausa y su boca se suavizó—. Con la... discordia entre nosotros, sí. Podrías decir que no y la dejaría junto al fuego para que se mantuviera caliente hasta que estuvieras lista.

—¿Qué lleva? —señalé la taza con la barbilla.

—Flor de luna. Un antiguo remedio fae para la... tensión del vínculo. No te adormecerá. Ni anulará tu voluntad. Simplemente... suaviza los bordes del desgarro —un destello cruzó sus ojos—. No quiero verte sufrir. Sabemos que no has pedido nada de esto, por mucha bendición que seas para nosotros. Algún día espero que lo veas, pero por ahora —respiró hondo—, podemos intentar aliviar el dolor.

El dolor en mi pecho se intensificó, un hilo caliente y retorcido. *¿Tensión del vínculo? ¿Es eso lo que siento? ¿Esta tensión discordante dentro de mí?* Odiaba necesitar nada de ellos, pero una pequeña parte de mí estaba agradecida. No por el vínculo que no pedí, ni por nada de este lío imposible. Sino por la tetera ya caliente, por la forma en que se agachaba para no dominarme mientras yo estaba sentada desnuda bajo estas pieles.

—Esto no significa que yo quisiera nada de esto.

Navaree se quedó inmóvil.

—Lo sé. Significa que estás sufriendo y nunca ignoraremos cómo te sientes.

Palabras bonitas, pero no había forma de saber cuánto tiempo las mantendría. O si las decía en serio. Alargué la mano para coger la taza. Un zafiro brillante estalló tras mis ojos cuando nuestros dedos se rozaron, con hilos plateados en espiral y el calor saltando por cada nervio en carne viva. Duró menos de un latido, pero mi piel vibró como si hubiera agarrado un rayo. Me aparté de golpe y me quedé con la taza. El líquido se agitó cerca del borde.

—Cuidado —dijo él, más suave—. Está llena. Y es fuerte. —La palabra misma se extendió para sostenerme.

Levanté la taza y olisqueé el contenido. No estaba segura de qué buscaba. Veneno, engaño, costumbre. El aroma era dulce, floral con un rastro de especias, y no hizo saltar ninguna alarma en mis entrañas. Aun así, miré a Navaree por encima del borde, estudiando cada inclinación de su cabeza, cada destello de esos ojos de zafiro. Nada de presunción. Ni una sonrisa oculta. Sin presiones.

Bebí un sorbo, dejando que el calor se extendiera por mi garganta y floreciera en mi pecho. La presión que no me había dado cuenta de que tenía en el pecho cedió. No desapareció, pero... era soportable, como un puño que se abre.

—El dolor subirá y bajará. Si vuelve a subir, dímelo. No tienes por qué pasarlo sola.

Resoplé. —Eso suena mucho a confianza. —No tenía espacio para la confianza. La confianza la otorgaba la gente que aún tenía fe en el mundo.

—Suena a verdad y al comienzo de un pacto con el que ambos podemos vivir —dijo él.

Talesian se levantó de su asiento junto al fuego y sonrió. —Al menos estás despierta y no te estás muriendo. Esa es una verdad aún mejor. Ahora vamos a meterte comida de verdad en el cuerpo. Estoy pensando en huevos. Quizá esa salchicha especiada que tanto le gusta a Seakal. Tostadas con mantequilla y...

—Estoy bien —solo muerta de miedo.

—Tu estómago se está comiendo a sí mismo. Todos podemos oírlo. —Su sonrisa fue rápida, ocultando la tensión en sus ojos—. Deja que te alimentemos.

Mis dedos se apretaron en la piel para que no vieran el temblor que recorría mi brazo. —He dicho que...

—Zahra. —La voz de Navaree cambió. Autoridad envuelta en seda —. Tienes que comer. Tu cuerpo requiere sustento para sanar. No comiste lo suficiente anoche. No luches contra nosotros con esto.

Seremos indulgentes contigo si no luchas contra nosotros en esto.

Mi visión se estrechó, la caverna se redujo a un punto rodeado de una oscuridad asfixiante. El sonido se apagó, excepto el rugido de la sangre en mis oídos y el eco de otras voces, otras órdenes.

Arrodíllate, perra.

La vista abajo.

No hables si no se te habla.

Obedece o sangra.

Manos rudas en mi pelo, tirando con la fuerza suficiente para hacerme arder el cuero cabelludo. El chasquido de los nudillos contra mi mejilla cuando no me movía lo suficientemente rápido. Dolor que irradiaba por todo mi cuerpo. Castigo por la infracción más pequeña.

Respiraba a bocanadas cortas. Un agarre brutal se apretó alrededor de mis bíceps. No lograba coger suficiente aire. Las paredes me presionaban más cerca, piedra y vapor y un peso aplastante...

—Zahra. Respira. Mírame —exigió Seakal.

No podía. No podía moverme, no podía pensar y...

—Zahra —más firme ahora. No una orden, sino un ancla, una cuerda lanzada a una mujer que se ahoga—. Respira conmigo. Inspira. Mantén. Espira.

Su voz me envolvió. Me aferré a ella como a un salvavidas.

Inspira. Espira. Inspira. Espira.

La caverna volvió a enfocarse. Los ojos de Navaree estaban muy abiertos por el horror y algo que parecía autodesprecio. Mi mirada bajó a sus manos en mis bíceps y él se retiró.

—¿Adónde te has ido, dulzura? —no había risa en la voz de Talesian.

Mi corazón seguía latiendo con fuerza. Me había asustado. Eso era todo. El recuerdo me había golpeado rápido y fuerte, arrastrándome

al fondo antes de que supiera lo que estaba pasando. En un segundo estaba aquí, y al siguiente, atrapada en el pasado sin salida.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. —Luché contra ellos. Dijeron que serían indulgentes conmigo si les decía lo que querían saber, pero sabía que me mentían. Nunca iban a parar, estaban...

Los tres intercambiaron una mirada a través del fuego, silenciosa y tensa con algo parecido a la aflicción. La mandíbula de Navaree se tensó. —¿Qué te hicieron? —preguntó.

—Yo...

La risa de Sinon mientras me azotaba. El crujido de mis costillas cuando Kalos me pateó. El olor a mi sangre y a carne quemada que se impregnó en las paredes de mi cámara de tortura y nunca se fue.

La selva había sido solitaria, sí, pero nunca exigió mi sumisión. Allí fuera podía respirar, aunque significara respirar sola. Apreté el agarre en la piel, obligándome a sentir la textura suave.

—Ya no estás en la Tierra. Nunca te haremos daño —dijo Talesian.

Un sonido escapó de mí. Mitad risa, mitad sollozo. —No podéis detener a ninguno de ellos. Los Seis son demasiado fuertes. Nadie se enfrenta a ninguno de los Seis y vive para contarlo.

Muchos lo habían intentado mucho antes de que yo naciera. Muchos habían fracasado mientras yo vivía. Las cabezas en el puente levadizo de Titan no habían sido un elemento disuasorio suficiente. La desesperación siempre llevaba a la gente a hacer cosas desesperadas.

—Lo haremos. Ella está en nuestro mundo ahora. Y su magia no es rival para la tuya. Eres fuerte —dijo Seakal.

Eres fuerte.

El color estalló tras mis ojos. Remolinos de esmeralda, cobalto y oro, cada uno con un pulso de sentimiento puro. Era demasiado. Demasiado crudo. Demasiado real. Emociones que no eran mías me atravesaron. Calor. Seguridad. Un amor tan feroz que dolía. Llenándome. Inundándome.

Todo dentro de mí ya estaba hecho jirones. Mis defensas habían desaparecido, despojadas por el agotamiento, el miedo y

demasiadas verdades imposibles.

Un muro dentro de mi mente, que nunca supe que estaba allí, se agrietó. Un recuerdo se deslizó por la abertura, borroso en los bordes como un sueño medio olvidado. Vi el rostro de una mujer. Ojos marrones, suaves y familiares, su cabello del mismo tono profundo que el mío. Parecía amable. Cansada. Fuerte. Su sonrisa dolía al mirarla. Sus manos enmarcaron mi rostro, más pequeñas de lo que recordaba, temblando un poco.

Mi pequeña serpiente. Qué valiente. Qué fuerte.

Otras manos se unieron a las suyas. Más grandes, más rudas. Unas cuantas sombras detrás de ella, tres hombres, rostros que no podía retener del todo. Firmes, gentiles, protectores.

Tienes que olvidar, amor. Es la única forma de mantenerte a salvo.

Te encontraremos de nuevo cuando sea el momento.

Vive, Zahra. Vive por nosotros.

Entonces, dolor. Brillante, blanco e infinito. Algo quemándome a través de mí, dentro de mí. El aire olía a hierro y humo. Y luego nada. Solo silencio.

El recuerdo se escapó tan rápido como llegó, dejando solo un vacío doloroso.

Las lágrimas me escocieron en los ojos antes de que me diera cuenta de que estaban cayendo, porque con el recuerdo vino el contexto. Conocía esos rostros.

El aire se volvió escaso, inútil en mis pulmones. Intenté aspirarlo de todos modos, pero el pecho se me bloqueó.

Eran mis padres.

La palabra resonó en mi interior, demasiado grande, demasiado definitiva como para encajar. Mis padres. Los rostros, las manos, el calor. Las personas que me habían sostenido, besado el pelo, susurrado promesas que no había comprendido. No eran fantasmas ni sueños. Eran reales. Eran míos.

Un sonido se desgarró de mí, algo entre un sollozo y un jadeo. La caverna se inclinó. Me doblé, presionando la frente contra el suelo frío porque no había otro lugar donde poner el peso que me aplastaba el pecho. Eran mis padres.

Y me habían hecho olvidarlos.



Capítulo cinco

Aquello era una traición. Una traición que me había destrozado.

Mis padres habían hecho que los olvidara. Y ese olvido me había convertido en la mayor de las presas en un mundo de depredadores. Me moría de ganas de gritarles por haberme robado su recuerdo, por dejarme vacía y preguntándome por qué me habrían abandonado. Desechada y olvidada como basura. Lágrimas ardientes golpearon la piedra, extendiéndose en manchas oscuras y rápidas que se emborronaron a medida que caían más.

—No..., no...

Un lamento desgarrador me arañó la garganta. Me acurruqué con fuerza, rodeándome las rodillas con los brazos, balanceándome porque el movimiento era lo único que evitaba que me desmoronara por completo. —¿Cómo pudieron hacerme pensar que me habían abandonado?

Se suponía que me querían más que a nadie. Mis padres. Mi *familia*. Los que deberían haberme elegido por encima de todo lo demás. Y habían elegido hacer que los olvidara. Despojarme de cada recuerdo, de cada rastro de quien había sido, y dejar que me pudriera en un mundo que odiaba lo que yo era.

Navaree soltó un suspiro tenso. —Intentaban salvarte. La magia de la muerte rara vez se sostiene por sí sola. Suele ir acompañada de un bloqueo de memoria. El olvido no es crueldad. Mitiga el dolor

de la separación, suaviza el trauma de lo perdido. Solo las personas que aman con todo su ser pueden siquiera blandir ese tipo de magia. Les cuesta la vida, pero te permitieron seguir viviendo en lugar de hundirte bajo el peso de la pena.

Para mí, obligarme a olvidar no tenía nada de noble ni de reconfortante. Era insoportable. Mis padres habían cambiado sus vidas por la mía, borrando todo rastro de sí mismos para que yo pudiera seguir respirando, para que no me derrumbara bajo el peso de su sacrificio. Aquello era una atrocidad. Había vivido años rota por no poder recordar. Rota, perdida y furiosa.

Su mirada sostuvo la mía. —Tus padres querían que sobrevivieras a sus muertes. Sin el olvido, no habrías podido seguir adelante. Habrías cargado con esa pérdida cada día. Te habría destruido antes de que fueras lo bastante fuerte para despertar lo que llevas dentro.

—¡Yo no les pedí que murieran por mí! ¡Nunca pedí nada de esto y borrar mis recuerdos no hizo que mi vida fuera mejor! —El grito salió desgarrado de mi interior.

¿Por qué? La pregunta me atravesó hasta que el pensamiento se nubló y solo quedó el dolor. ¿Por qué harían eso mis padres? ¿Por qué sacrificar a una hija de la manera más absoluta? No matándola, sino borrándola. ¿Por qué tomar todo lo que me hacía suya y dejarme como un fantasma de lo que habían amado?

Llegué al ojo de la tormenta que asolaba mi mente. Una claridad fría y dura me golpeó de lleno. —No se sacrificaron por mí. Nos sacrificaron a todos por el grimorio.

Mis padres no habían muerto por su hija. Habían muerto por lo que yo portaba. Por el grimorio. Por el poder enterrado en mi alma que necesitaban mantener con vida, ese que ellos mismos habían puesto ahí.

No habían salvado a su hija; habían asegurado un recipiente.

Yo no era un milagro.

Yo era una contención.

Iba a vomitar. La comida que acababa de ingerir se volvió pesada y revuelta, removiéndose en mis entrañas hasta que cada aliento me supo a hiel. El estómago se me contrajo con una fuerza dolorosa,

una advertencia de que la verdad me estaba envenenando desde dentro.

Anhelaba mi selva, la tierra húmeda bajo mis pies, el zumbido de los insectos, el canto de los pájaros desde la copa de los árboles. El olor de la lluvia, la calidez del aire, la vida pequeña y tranquila que me había construido. Allí había sido feliz. Después de todo lo que había soportado, estaba a salvo. Por fin era libre. Y ahora…, ahora estaba de vuelta en otra pesadilla. En otra mazmorra.

—Sé que duele. Tienes todo el derecho a estar enfadada. Pero tus padres dieron su vida como un último acto para salvar ambos mundos. Nunca pretendieron destruir lo que eras. Solo protegerte hasta que fueras capaz de reclamar tu poder —dijo Navaree.

Sus palabras no colmaron el vacío. Se deslizaron sobre el hueco de mi interior sin llenarlo. —Odio esto —dije; era una frase infantil, pero era lo único que me quedaba—. Lo odio todo.

—Lo sé. —La voz de Navaree se suavizó—. Pero tienes que ver su sacrificio como el regalo que es. Y yo no puedo odiarlo sabiendo que significó que nos encontraríamos. Que el grimorio nos permitiría encontrar a la compañera que hemos esperado durante todas nuestras largas vidas. Un verdadero regalo.

Regalo. La palabra me escoció en la mente. *Compañera* golpeó con más fuerza todavía. Habían esperado siglos por una persona destinada a pertenecerles, y de algún modo esa persona era yo. Hablaban de ello como si fuera el destino, algo hermoso, pero para mí eran como cadenas que se apretaban a mi alrededor.

Quería estar furiosa, pero el ardor ya se había consumido, dejando solo un dolor hueco debajo. La devoción que me ofrecían con tanta facilidad debería haberme aterrado, pero una pequeña parte de mí envidiaba esa certeza, ese propósito. En ese aspecto, el olvido había sido una bendición. Significaba que no le había dicho nada a La Facción ni a Titán que pusiera en peligro el grimorio en aquella mazmorra. Pero también significaba que toda mi vida se había basado en la supervivencia.

El olvido me había moldeado de formas que el recuerdo nunca habría podido.

Bajé la mirada hacia los gruesos pliegues de piel acumulados a mi alrededor; su textura se veía borrosa por el temblor de mis dedos. —No sé qué pensar.

Todo era demasiado. Demasiado grande. Ni siquiera había empezado a procesar que ya no estaba en la Tierra, y ahora los bordes de esa comprensión se mezclaban con el saber que mi vida no me pertenecía. Que a las fuerzas ajenas a mí les importaba poco si yo me rompía en el proceso.

Era demasiado para asimilarlo. El mundo se inclinaba bajo mis pies y seguía inclinándose, una verdad imposible tras otra hasta que no quedó suelo firme. No estaba en la Tierra. Mis padres se habían sacrificado. Me habían robado los recuerdos. Mi vida nunca había sido mía para empezar.

Mi cuerpo se desplomó bajo el peso del agotamiento. No sabía cómo seguir moviéndome cuando cada aliento se sentía como cristales rotos. No me quedaban fuerzas para luchar, ni plan, ni un camino claro hacia adelante. Solo el conocimiento de que, si me detenía, tal vez no volvería a levantarme.

Incliné la cabeza, cerrando los ojos contra el escozor. —No sé cómo seguir adelante. Es demasiado.

—Respira una vez y luego otra. Eso es todo lo que tienes que hacer. —Navaree se sentó en la piedra a mi lado y me apartó un mechón de pelo de la mejilla—. Has de saber que eres deseada. Los latidos de nuestro corazón, cada aliento nuestro, te sienten en ellos. Eres la vida encontrando el camino de vuelta a nosotros.

Debería haberlo apartado. Debería haberle dicho que parara. Mis instintos me lo gritaban, pero mi cuerpo me traicionó, inclinándose hacia su calor como si yo no tuviera voz ni voto. Su aroma llenó mis pulmones, limpio y penetrante, con una nota más oscura que me enganchó.

Navaree recorrió la línea de mi mandíbula. Su aliento rozó mis labios hasta que se me escapó el sonido más leve. Una exhalación temblorosa que delató la atracción que ejercía sobre mí.

Tal vez deseaba el consuelo que se me había negado durante tanto tiempo. El anhelo de ser querida me apretaba contra él, denso y absorbente, ahogando cada advertencia que mi mente lanzaba.

Había pasado años ansiando seguridad, anhelando un calor que no tuviera un precio. Ahora lo tenía a centímetros de mi piel y no sabía cómo respirar ante su presencia.

—Lo que sientes es el vínculo. Así es como me haces sentir tú a mí. Me dan ganas de tomar todo lo que eres y entregarte todo de mí a cambio —susurró.

Un destello rozó mis sentidos. El azul zafiro se entrelazó con el verde y me bañó en una oleada silenciosa de calidez. El eco de la luz se deslizó por mi pecho, llenando los huecos vacíos. El deseo que sentía por mí emanaba de él, constante y sin reservas, demasiado real para dudar de él.

—Dime que no, Zahra —murmuró—. Dime que no sientes esto. Dime que no nos deseas. Que no me deseas.

No debería desear esto. No debería estar pensando en nada que no fueran los restos de mi vida, las mentiras sobre las que me habían construido, la ruina de todo lo que creía ser. Pero la atracción estaba ahí, enhebrada entre mis costillas, hundiéndose profundamente, uniéndome a él. Tentándome. Y, cielos, después de todo, ¿acaso no merecía saber qué se sentía al ser deseada?, ¿ser tocada aunque fuera una vez en la tierra calcinada de mi existencia?

Solo por una vez quería saber qué era ser querida. Deseada. Ser tocada de una manera que me encendiera en lugar de incinerarme. El mundo se redujo al espacio entre nosotros y luego desapareció cuando su boca encontró la mía.

Nuestro beso fue menos un roce y más una reclamación del aliento, el lento deslizamiento de bocas y lenguas que enviaba chispas que recorrían mi columna. Cada bocanada de aire entre nosotros estaba cargada, el mundo se estrechaba hasta el ritmo de sus labios contra los míos.

Mi pulso tropezó, se detuvo y luego se aceleró. Intenté quedarme quieta, pero su urgencia silenciosa me desarmó y arrancó de mi garganta pequeños sonidos que no reconocí como míos. Apreté la piel de mis costados, luego la solté, temblando por el esfuerzo que me costaba no atraerlo más hacia mí. Cada roce de su boca hacía que otra parte de mí cobrara vida de una manera que nunca antes había experimentado.

Rompió el beso. El aire entre nosotros era cálido, desigual, lleno de cosas que yo no estaba lista para nombrar. Su pulgar rozó la comisura de mi boca y me estremecí, atrapada entre el deseo de huir y el de que siguiera hasta que olvidara quién era yo. —No te deseamos solo por el destino. O porque se supone que debemos desearte por un reclamo cósmico alineado por otros. O por una maldición o un grimorio. Nada de eso importa cuando lo único que queremos es que tú también nos desees.

Me hormigueaban los labios, hinchados por su beso. Mis pensamientos se dispersaron.

El pulgar de Navaree me acarició la mejilla. —Eres preciosa más allá de las palabras, dulce compañera. Quiero algo más que besarte. Quiero reclamar tu cuerpo, tu corazón y tu alma. Pero solo cuando sea el momento adecuado —miró más allá de mí, hacia Seakal y Talesian, y cada línea de su cuerpo se volvió rígida.

La sonrisa de Talesian había desaparecido, dejando al descubierto algo crudo. El deseo y la contención se enredaban en las sombras de sus ojos. Los ojos de Seakal brillaban con la misma hambre mientras se ajustaba los calzones de cuero.

—Se nos acaba el tiempo. Cuanto más nos quedemos, mayor será el riesgo de que Britheva nos encuentre. Sugiero que vayamos al palacio del rey Cedar. Taredd y su manada están allí para ayudar a protegeros y es el único lugar que Britheva no tendrá fuerza suficiente para traspasar.

—Avisaré a Taredd. Les haré saber que hemos encontrado a nuestra compañera y que la traemos con nosotros —anunció Talesian. Caminó hacia un arcón de suministros y sacó una esfera no más grande que una manzana. La luz palpitaba en su interior, con cintas de colores que cambiaban bajo la superficie.

Sus largos dedos se extendieron sobre el cristal. Tenía las palmas callosas y las venas marcadas en los antebrazos. En el momento en que su magia tocó el orbe, el aire cambió. Se densificó, vibrando con una energía que hizo que se me erizara cada vello de los brazos.

Una cadencia de palabras que no comprendí brotó de la lengua de Talesian. Cada palabra envolvía el aire y se enroscaba en mi piel, imbuida de un poder que se filtraba en mis poros. El orbe

resplandeció, blanco incandescente. La luz se derramó sobre su rostro, trazando los planos de sus pómulos, la línea afilada de su mandíbula y la tenue cicatriz que cortaba una ceja antes de apagarse.

Talesian exhaló y bajó los hombros; la frustración asomó en su expresión. —O la distancia es demasiado grande o las líneas están fracturadas. Sea cual sea la razón, la conexión está muerta.

—Solo tenemos que llegar al palacio —musitó Seakal, lanzándome una mirada preocupada—. Y tenemos que hacerlo por nuestra cuenta.



Capítulo seis

Los machos recogieron armas y suministros de los baúles. Ojalá hubiera tenido algo así en mi choza. No habría pasado hambre cuando la selva no ofrecía nada. Cuando las noches se volvían frías y mi ropa no era más que harapos. Cuando la mordedura de serpiente se infectó y necesité una medicina que no tenía. Habría vivido con más facilidad. No mejor, tal vez, pero sí con más facilidad.

Seakal se sujetó una hoja al muslo; sus dedos largos y delgados tensaron las hebillas de cuero. Los músculos de sus antebrazos se flexionaron y las venas resaltaron contra la piel azulada. Navaree examinaba viales en el borde de la caverna; su cabello de platino caía hacia delante ocultándole el rostro, pero capté la línea tensa de su mandíbula mientras hacía sus selecciones.

Talesian estaba agachado junto al baúl de suministros, todavía sin camisa, y extrañamente aquello no me preocupó lo más mínimo. La luz del fuego incidía en los matices dorados de sus sienes y, cuando se inclinó más, el músculo se onduló por sus costillas.

Me senté envuelta en pieles, inútil y dolorida, viendo a tres machos prepararse para arriesgarlo todo por alguien a quien apenas conocían. La impotencia me escocía, pero bajo ella acechaba algo peor. Algo que hacía que la piel me quedara demasiado estrecha y que mi respiración se volviera superficial.

Hambre.

No de comida.

De ellos.

De la forma cuidadosa y competente en que Seakal manejaba su hoja. De la gracia letal de los movimientos de Navaree. De la forma en que Talesian sonreía incluso mientras se preparaba para la batalla.

La «cosa» en mi interior se agitó. Necesitaba ponerle un nombre. La serpiente dentro de mí siseó y presionó contra mis costillas como si intentara salir a zarpazos para caer en sus brazos. Los quería a ellos. Quería saborear su piel, sentir su tacto, reclamarlos de la misma forma que ellos afirmaban que yo era suya.

Jamás la dejaría lo bastante suelta como para hacer eso.

—¿A qué distancia está ese palacio?—pregunté.

—A cuatro días, si tenemos suerte—. Navaree detuvo su mano sobre un vial de líquido ambarino—. Más si Britheva nos rastrea y tenemos que desviarnos.—

Cuatro días. Cuatro días corriendo por un infierno helado con estos tres. Cuatro días con ese maldito vínculo tirando de mí con todo lo que tenía. Cuatro días intentando no entrar en combustión por desear algo que me negaba a permitirme.

Cuatro días con ellos. Eso es todo. Luego podría desaparecer entre las multitudes del palacio y ellos olvidarían a la chica rota que no pudo salvarse a sí misma.

—¿Y si nos atrapa antes de que lleguemos?—

La mandíbula de Seakal se tensó, el músculo saltó bajo la piel suave. —No lo hará. Nos aseguraremos de ello—.

Su absoluta certeza no debería haberme afectado, pero las entrañas se me contrajeron y un calor se extendió por mi estómago. Su promesa inquebrantable me hacía querer creer en cosas imposibles.

¿Cuántas noches me había preguntado cómo sería no estar sola? ¿Tener a alguien que estuviera a mi lado en lugar de verme luchar por sobrevivir? Solía imaginar cómo se sentiría dejar de cargar con todo yo sola. Y ahora tenía a personas que me miraban como si importara, que luchaban por mí sin querer nada a cambio.

Pero otro temor echó raíces bajo el calor. El miedo a perderlos. A ver cómo me arrebataban esta frágil cosa que apenas había empezado a comprender. Ahora que tenía algo, la idea de que me lo quitaran era peor que cualquier hambre o soledad que hubiera conocido jamás.

—No puedes saberlo—. Me apreté más la piel, intentando sofocar la conciencia que tenía de ellos—. Ha vivido mil años. Ha sido malvada durante mil años. No hay mucho que no haya visto. Que no haya hecho. Que no haya perpetrado.

—Y nosotros hemos sobrevivido el mismo tiempo. —Talesian se enderezó; toda jovialidad había desaparecido de su rostro. El cambio fue sorprendente. Sin la sonrisa y la luz en sus ojos, parecía peligroso. Feroz. Su mirada oscura se clavó en la mía—. Conocemos esta tierra. Sabemos cómo cazar. Cómo escondernos. Cómo matar cualquier cosa que amenace lo que es nuestro.

La posesividad de esa última palabra me envió un escalofrío por la espalda.

—No soy vuestra—, dije, pero mis palabras salieron sin aliento, poco convincentes.

—Tienes razón. Pero nosotros somos tuyos—, dijo Seakal—. Incluso si no puedes encontrar en tu interior el modo de aceptarnos.

El silencio se prolongó. Los bordes de sus emociones se filtraban en las mías. Deseo. Feroz, hambriento y mantenido a raya por hilos tan finos que podrían romperse.

—Hay ropa en el baúl. Encantada para que te quede bien. Elige lo que quieras; el hechizo se encargará del resto—, dijo Talesian.

Cierto. Ropa. Sí. Eso podía hacerlo.

Mis piernas apenas me sostenían cuando me puse de pie. Cada parte de mí estaba pulverizada, como si Britheva me hubiera desmontado y me hubiera vuelto a montar mal. ¿Cuántas veces había muerto? ¿Cuántas veces me había resucitado? Los recuerdos se desdibujaban, cada muerte se fundía con la siguiente resurrección hasta convertirse en una pesadilla interminable.

—¿Necesitas ayuda?—preguntó Seakal.

Negué con la cabeza; la terquedad pesaba más que el agotamiento. —No, puedo hacerlo. Solo... daos la vuelta.

Él vaciló y luego asintió. —Como desees.— Los tres se dieron la vuelta, con los hombros tensos. Me dieron la privacidad que pedí sin quejarse.

Los observé un momento, recordando lo abiertamente que los había mirado antes, bebiéndome cada flexión de músculo y cada tramo de piel desnuda. Querer privacidad ahora me parecía hipócrita, pero eso no evitó que me apretara más la piel alrededor del cuerpo.

Caminé tambaleante hasta el baúl; mis piernas temblaban de agotamiento. Las manos me temblaban tanto que forcejeé con la tapa y, cuando lo logré, no encontré nada dentro. Solo madera lisa y vacío. —Aquí no hay nada.

—Imagina lo que te gustaría llevar, *Sweetness*. Cualquier cosa con la que te visualices, la magia la creará—, dijo Talesian.

Miré su ropa. Cada uno de ellos tenía un estilo determinado. Lo único que yo había llevado siempre eran harapos, prendas de oportunidad que cogía cuando podía. Nunca tuve la opción de elegir lo que quería. Pero ahora... ahora tenía una elección.

Cerré los ojos, imaginando la ropa que quería. Algo práctico, cálido, algo que me cubriera. Cuando abrí los ojos, las prendas estaban dobladas en el baúl, pero mal. La túnica era enorme, de un tamaño para alguien que midiera el doble que yo; los pantalones eran absurdamente pequeños.

La frustración ardió a través de mi agotamiento. No podía hacer bien ni esta sencilla cosa.

Cerré los ojos de nuevo, concentrándome más esta vez. Concentrándome en cómo debía quedar la tela, en cómo debía sentirse. Cuando los abrí, la ropa estaba doblada, como si siempre hubiera estado allí. Funcionó. Solté la piel y alargué la mano hacia la ropa, ansiosa por ponerme prendas de verdad.

Los pantalones se amoldaron a mis piernas como una segunda piel. La túnica caía hasta la mitad del muslo y, cuando me la bajé, la tela susurró sobre mi piel sensibilizada, haciéndome morder el labio ante la sensación.

La tela era suave como la mantequilla. El tejido era apretado y uniforme. Sin parches ásperos que se engancharan en la piel, sin

zonas finas que se rompieran al primer tirón. El dobladillo de la túnica estaba cosido, no deshilachado y deshaciéndose. Este era el tipo de ropa que había visto en las hijas de los mercaderes, en los sirvientes favorecidos de la fortaleza de Titán. El tipo que había imaginado llevar cuando era joven y lo bastante estúpida como para soñar y pensar que la vida podía ofrecerme suavidad. Ahora se aferraban a mí como si hubieran sido confeccionados por maestros sastres que conocían cada curva y hueco de mi cuerpo.

—Ya estoy vestida —,dije.

Los ojos de medianoche de Seakal se oscurecieron cuando vio lo que llevaba; sus pupilas se dilataron mientras recorrían desde mi rostro hasta donde la túnica se ceñía a mis caderas. Los labios de Talesian se entreabrieron y su lengua asomó para humedecerlos mientras su mirada se demoraba en la forma en que la tela moldeaba mis pechos. Un músculo saltó en la mandíbula de Navaree.

Como si quisieran devorarme entera y saborear cada bocado.

La garganta de Navaree se movió al tragar saliva. —Me gusta tu elección de ropa.

Seakal sacudió la cabeza, como si despejara telarañas. —Necesitamos enseñarte un control básico antes de irnos. Cómo acceder a tu serpiente sin perderte en ella.

Todo mi cuerpo retrocedió ante la idea. —No puedo...

—Ya lo has hecho. En la cueva de Britheva. Cambiaste. El cambio parcial te mantendrá con vida ahí fuera —,dijo Talesian.

La serpiente se inquietó ante su cercanía. Ante la cercanía de todos ellos. Quería salir. Ansiaba saborear su magia, entrelazarse con sus luces de alma, sentir sus escamas contra las suyas. Necesitaba control, y la única forma de conseguirlo era dejar que me ayudaran. Si no lo hacía, ella rompería mis defensas por su cuenta.

—Yo... no sé cómo. —Tampoco quería saberlo. Se me ponía la piel de gallina al saber que una parte de mí era una serpiente. No quería que ella tomara el control. No quería sentir que mi piel se convertía en escamas. Que mis dientes se alargaban hasta ser colmillos. Me llevé la mano al estómago cuando empezó a revolverse.

—No es algo a lo que debas temer. Cierra los ojos y siéntela dentro de ti —,dijo Navaree, bajando mucho la voz, íntimo—. No como algo extraño. Como una parte de ti misma que ha estado enjaulada. Hambrienta. Desesperada por ser liberada.

Una ondulación lenta y hambrienta comenzó en la base de mi columna. La presión aumentó bajo la superficie, las escamas empujando desde el músculo y el hueso, buscando un punto débil. Ella se enroscó a lo largo de mis costillas, se deslizó por mi pecho, un destello de conciencia y deseo recorriendo cada nervio.

—Invítala a mostrarse. Pregúntale qué quiere. Qué necesita. —La voz de Seakal llegó desde mi derecha, tan cerca que su aliento me agitó el pelo—. ¿Cuándo se había movido?

Lo que necesita. La respuesta de la serpiente llegó de inmediato. *A ellos*. Los necesitaba a ellos. Quería su tacto, sus dientes, su po...

—No puedo. —Las palabras salieron de mí atropelladamente—. Ella quiere... —No pude terminar.

—Sabemos lo que quiere. Es una criatura primaria. Una parte de ti, pero una que es puro instinto.—Talesian también se había movido, situándose a mi izquierda, rodeándome, enjaulándome entre sus cuerpos sin tocarme—. Sentimos tu deseo, Dulzura, tu miedo y la forma en que luchas contra ambos.—

La humillación me quemó por dentro, mezclándose con la excitación hasta convertirse en una sola llama abrasadora. Lo sabían. Sentían cuánto los deseaba, lo húmeda que me estaba poniendo por su proximidad, por sus voces y por la promesa de su tacto.

—No hay vergüenza en ello. Somos tus compañeros. El vínculo lo amplifica todo, especialmente en tu segunda forma. Es natural querer a tus compañeros—, dijo Navaree.

—Tu serpiente conoce la verdad, aunque tú aún no quieras admitirla.—La voz de Seakal me acarició el oído, tan cerca que di un respingo. Seguía sin tocarme, pero, ¡dioses!, lo sentía.

Me hormiguearon los antebrazos.

—Eso es—, murmuró Talesian—. Ahora abre los ojos. Mira lo que ella te muestra.—

Parpadeé y abrí los ojos para ver cómo las escamas brotaban por mis antebrazos, iridiscentes, hermosas y equivocadas. Su presencia creció en mi interior, tensando mi piel, y el mundo estalló en sensaciones.

Los colores se volvieron de una nitidez imposible. Las escamas salpicaban los pómulos de Navaree; los destellos de azul más claro en los ojos aguamarina de Talesian brillaban; el rastro plateado en el cabello color medianoche de Seakal resplandecía. Su almizcle distintivo me envolvió: los minerales del manantial y la leve excitación que me hacía la boca agua.

Y el calor.

¡Dioses, el calor!

Ardían como hornos vivientes, con un calor que irradiaba de sus cuerpos en oleadas que yo saboreaba en la lengua.

Cada sentido se volvió demasiado, demasiado agudo, demasiado intenso. Sus latidos tronaban en mis oídos: el de Seakal, constante y profundo; el de Navaree, controlado pero acelerándose; el de Talesian, galopando bajo su sonrisa. Sus respiraciones se desincronizaron y yo sabía cuándo inhalaba cada uno, cómo se expandían sus pechos, cómo cambiaban sus músculos bajo la piel. Las corrientes de aire cambiaban cuando se movían; el espacio entre nosotros era como un ser vivo que suplicaba ser cerrado. Mi piel hormigueaba, consciente de cada centímetro de distancia, de cada lugar donde no nos tocábamos, pero podríamos estar haciéndolo. Deberíamos estar haciéndolo. La serpiente trazaba el mapa de sus cuerpos, catalogando la curva de la garganta de Talesian que quería saborear, la anchura de los hombros de Seakal a los que quería trepar, el corte afilado de la mandíbula de Navaree que quería recorrer con los colmillos. Mis colmillos. La distinción se volvió borrosa.

Me tambaleé hacia ellos. La mano de Seakal salió disparada para sostenerme y cerró los dedos alrededor de mi antebrazo escamoso. Arqueé la espalda cuando la sensación me inundó. Un placer puro y sin diluir comenzó en el punto de contacto y recorrió mi cuerpo. Se acumuló caliente y líquido en mis pechos, haciendo que mis pezones se endurecieran hasta doler, y luego bajó más. Mi abdomen se volvió

fundido, un calor resbaladizo se acumuló mientras mi cuerpo se preparaba para ellos. Gemí, un sonido a medias entre la conmoción y la necesidad.

Seakal apretó el agarre antes de soltarme como si le hubiera quemado. —Joder—.

Me miré el brazo donde me había tocado. Allí las escamas brillaban más, palpitando con luz. —¿Qué ha sido eso?—

—El contacto amplifica nuestro vínculo. Especialmente cuando estás en una transformación parcial. Tu serpiente nos reconoce—, dijo Navaree con voz tensa.

Los quiero.

Necesito a mis compañeros.

—Haced que pare—, supliqué. Golpeé las escamas, pero tocarlas me envió otra sacudida de placer. Mis rodillas flaquearon mientras mi clítoris palpitaba.

Esta vez los tres se movieron, pero Talesian me sostuvo contra su pecho, con un brazo alrededor de mi cintura y la otra mano acunando mi cabeza. Piel contra piel donde mis escamas se habían extendido hasta mis costillas bajo el jubón.

El contacto me desoló. Mis pezones se endurecieron, presionando contra la suave tela de mi jubón; cada respiración hacía que rozaran y me enviaran nuevas chispas. La humedad se acumuló entre mis piernas, mi clítoris pulsaba al ritmo de mi corazón acelerado, hinchado y desesperado por la fricción. Mis caderas rodaron hacia adelante, buscando presión, buscando cualquier cosa que aliviara el deseo.

—Joder. Dulzura. Eres hermosa—. Su gemido profundo y urgente vibró desde su pecho hasta el mío. Su luz de alma citrina acarició la mía esmeralda, una caricia fantasmal que se deslizó sobre mi clítoris. Lenta. Deliberada. Provocadora. Nuestras luces bailaban una alrededor de la otra, su citrina persiguiendo a mi esmeralda en espirales.

Nuestras luces de alma buscaban fusionarse, prometiéndolo todo si me dejaba llevar, si dejaba de luchar y trenzaba nuestras almas. Él estaría dentro de mí, pero de una forma más profunda que física. Completa. Él sería mío y yo sería suya. Todo lo que tenía que hacer

era dejar de resistirme, relajar esa última barrera, dejar que su luz se hundiera en la mía y...

—¡Suéltala! Ahora, Talesian. Antes de que ella...—

¿Antes de que yo qué? ¿Entrara en combustión? ¿Cediera? ¿Les suplicara que me tocaran por todas partes, que me mostraran lo que este vínculo podía hacer?

Talesian me soltó tan rápido que tropecé.

Seakal me atrapó esta vez, pero me mantuvo a una distancia prudente, con cuidado de no dejar que su piel tocara mis escamas. —Vuelve a meter a tu serpiente hacia dentro.—

Lo intenté, arañando los bordes de mi mente donde ella se enroscaba, intentando arrastrarla de vuelta a los rincones oscuros donde la había mantenido oculta. Pero hacerla retroceder era como intentar contener el agua. Se deslizaba entre mis dedos mentales, siseando su disgusto. Imaginé muros, jaulas, cadenas... cualquier cosa para contenerla. Pero ella estaba ebria de placer, del sabor de ellos, de la promesa de más. No quería retirarse a la oscuridad y la vergüenza. Quería que la tocaran de nuevo. Quería sentir ese placer devastador otra vez.

—Zahra—. El rostro de Navaree llenó mi visión, sus ojos de zafiro ardiendo—. Si no la haces retroceder, tendremos que hacerlo nosotros por ti. Y eso dolerá. A nosotros y a ti.—

El tono cortó la neblina. Me aferré a la amenaza de dolor para dominar a la serpiente. Luchó conmigo, furiosa y frustrada, pero se retiró. Las escamas se desvanecieron, hundiéndose de nuevo en mi piel.

El mundo volvió de golpe a la normalidad. Los colores se desvanecieron a matices ordinarios, los olores desaparecieron hasta ser nada, la exquisita sensibilidad se esfumó como una puerta que se cierra de un portazo. Ahora todo estaba amortiguado, como si experimentara la vida a través de un cristal grueso. La ausencia de esa conciencia agudizada me dejó vacía. Había perdido algo esencial que nunca supe que necesitaba.

Me desplomé en el agarre de Seakal. Cuando levanté la vista, su rostro parecía tallado en piedra, con la mandíbula tan apretada que

le saltaba un músculo. Sus ojos ardían con un hambre apenas controlada.

—Por eso—, dijo lentamente—, tenemos que enseñarte a controlarte. Antes de que nos pongas a los tres de rodillas... y, dulzura, ya estamos a mitad de camino.—

La mortificación me invadió. Lo habían sentido todo. Cada pulso desesperado de excitación, cada pensamiento de necesidad que no pude controlar. Quería desaparecer, fundirme con la piedra bajo mis pies. Mi piel quemaba tanto que me sorprendió que no brillara. —No era mi intención. Lo siento.—

—No tienes por qué disculparte.— Talesian retrocedió, poniendo distancia entre nosotros, pero sus ojos eran amables a pesar de la tensión de su cuerpo. —El vínculo hace que todo sea más intenso. El tacto, especialmente. No estabas preparada.—

—¿Y vosotros lo estabais?— La pregunta salió pequeña, más incierta que acusatoria. —Parecéis todos...—

—¿Destrozados?— añadió Navaree, con su cabello de platino desordenado como si se hubiera pasado los dedos por él repetidamente. —¿Desesperados? ¿A punto de perder la cabeza por desearte?— Se encontró con mi mirada. —Sí, Zahra. Todo eso. Sentir que respondías, sentir tu placer a través del vínculo, casi acaba con nosotros. No tienes idea de lo que nos haces. De lo perfecta que te sentías. De cuánto queremos volver a hacerlo, como es debido, cuando estés lista.—

Seakal se aclaró la garganta. —Cada vez que nos tocamos así, piel contra escamas, el vínculo se fortalece. Intenta completarse, unirnos de forma permanente. Por eso se siente tan... intenso.—

—¿Quieres decir que se vuelve *peor*?—

—Mejor. Se vuelve mejor. Más intenso, sí, pero de la mejor manera posible. Cuando estés preparada. Cuando lo elijas en lugar de luchar contra ello—, dijo Talesian con voz rasposa.

—¿Y si sigo luchando?—

—Esperaremos todo el tiempo que necesites. Esto no es algo que deba apresurarse, especialmente mientras aún estás procesando todo lo que te ha pasado—, dijo Seakal.

—Pero vosotros también estáis sufriendo.— Una banda invisible se apretó alrededor de mi pecho. —Siento cuánto... lo difícil que es esto para vosotros.—

—Hemos esperado siglos por nuestra compañera. Por ti—. Navaree me apartó un mechón de pelo de detrás de la oreja. —Y la espera ha valido la pena cada minuto. Tu comodidad y tu consentimiento importan más que cualquier malestar que podamos sentir nosotros. —

—Cuando nos unamos, pequeña compañera, no será en una cueva escondiéndonos de enemigos. Será cuando te sientas a salvo. Cuando nos desees tanto como nosotros te deseamos a ti. Cuando pidas nuestro contacto en lugar de temerlo—, dijo Talesian.

—Mereces que te valoren, que te deseen, que te amen sin condiciones ni expectativas. Y eso es lo que te ofrecemos, Zahra. No posesión. Compañerismo—, dijo Navaree.

La sonrisa de Talesian se volvió pícara. —Aunque cuando estés lista, pensamos adorar cada centímetro de ti hasta que olvides cada momento de dolor que hayas soportado jamás. Hasta que comprendas lo preciosa que eres para nosotros.

Un calor se extendió por mi interior ante la promesa de sus palabras, pero esta vez no era solo deseo. Era algo más suave, más peligroso. Esperanza. La realidad regresó de golpe, afilada y fría como el aire que nos esperaba fuera de la caverna.

—Deberíamos irnos. Antes de que esta conversación se convierta en algo para lo que no estás preparada.

—Deberíamos practicar más el control de la serpiente —dijo Seakal —. Ella necesita…

—Lo que necesita es no morir cuando Britheva encuentre esta cueva —interrumpió Talesian.

—Otra hora no… —comenzó Navaree.

—Podría significar que Britheva atraviese las protecciones. Ya hemos estado aquí bastante tiempo. Demasiado. —La voz de Talesian se endureció—. —Nos vamos ahora.

Seakal apretó la mandíbula y luego asintió. —Tienes razón.

Fue hacia el arcón, rebuscando entre los objetos hasta que sacó un pequeño frasco de cristal lleno de un líquido azul intenso veteado

de verde. Se acercó y el tenue resplandor del interior se reflejó en sus nudillos. —A falta de que te transformes parcialmente, este elixir ayudará con el frío. Es seguro, Zahra.

La duda se retorció en mis entrañas, pero algo en su tono me atravesó. El vínculo zumbó, un pulso de honestidad tranquila que no dejaba espacio para la sospecha. Cogí el frasco.

El cristal estaba caliente. Lo descorché y me lo llevé a los labios. Sabía a miel con un fondo de menta gélida, y luego sentí un fogonazo de calor que me quemó la garganta al tragarlo de una vez. Se me encogió el estómago y luego se relajó mientras el calor se extendía por mi pecho y mis extremidades. Sentí un hormigueo en los dedos. Mis escalofríos remitieron.

Me dio vueltas la cabeza y la visión se me nubló por un fugaz instante. El calor se extendió, pero se llevó algo con él: los bordes de mis pensamientos se volvieron borrosos. Un precio bajo por no morir congelada.

Seakal observaba con los brazos cruzados. —¿Mejor?

—Sí —dije, limpiándome la boca—. —No está mal.

Él asintió brevemente una vez. —Bien. Te mantendrá caliente por un tiempo.

Navaree sacó un abrigo de piel del color del humo, forrado en plata pálida. —Este tiene un hechizo para mantener tu temperatura corporal. Seguirás caliente sin importar el frío que haga ahí fuera.

Me lo colocó sobre los hombros. El abrigo se ajustó a mi silueta; pesó solo un segundo antes de que el peso desapareciera. El calor caló en mi piel hasta que el frío de la caverna desapareció. Luego sacó un gorro de piel del mismo color medianoche, con bordados plateados relucientes. Me lo puso en la cabeza, apartando algunos mechones de pelo rebeldes.

—Hermosa —murmuró, y su hilo de alma cobalto rozó el mío.

Decía la verdad. No era un cumplido superficial, sino algo más profundo. Veía belleza en mí, incluso estando rota y asustada como estaba. Se me cerró la garganta y tuve que apartar la mirada antes de hacer una estupidez como echarme a llorar.

O besarle.

Ahí fuera, Britheva nos cazaba. Ahí fuera, un páramo helado infinito esperaba para tragarnos enteros. Pero quedarse aquí tampoco era una opción. No con esos tres varones que hacían que mi cuerpo ardiera y mi resolución se desmoronara con una sola mirada. Con cofres mágicos o sin ellos, no podríamos escondernos para siempre. Y, sinceramente, estar atrapada en un espacio cerrado con ellos, sintiendo esa atracción cada segundo, podría ser más peligroso que enfrentarse a Britheva. Al menos entendía las amenazas externas.

—Es hora de irse —la voz de Navaree me envolvió como la seda.

Su cuerpo se alargó y cambió, los huesos se remodelaron bajo una piel que se convirtió en escamas brillantes cuando se Transformó. En cuestión de latidos, una serpiente enorme se enroscó donde él había estado, hermosa y letal. Sus escamas eran de un azul zafiro profundo con matices plateados que captaban la luz, cada una perfecta y reluciente.

—Yo te llevaré, pequeña compañera. Trabajaremos en tu Transformación cuando estemos a salvo. La forma de serpiente nos da velocidad y no me arriesgaré a que te quedes atrás —dijo Seakal.

—No... —empecé a protestar, pero ¿qué podía decir? ¿Que me aterraban sus formas de serpiente incluso cuando me atraían? ¿Que no confiaba en mí misma para no perder el control de nuevo?

La piel azul medianoche de Seakal se oscureció mientras las escamas brotaban por todo su cuerpo. Su forma se convirtió en algo antiguo y poderoso. Magnífico. Una criatura de leyenda, todo músculo enroscado y gracia letal. Su cola me rodeó, levantándome con una fuerza tan cuidadosa que apenas sentí el movimiento hasta que las escamas calientes se presionaron contra mis piernas.

—¿Estás segura? ¿Cómoda? —preguntó Talesian, todavía en forma humana.

Asentí, aunque «a salvo» era lo último que me sentía. Talesian cerró las tapas de los arcones, apagó el fuego y, satisfecho de que la caverna estaba tal como la habíamos encontrado, se Transformó. Su transformación fue la más rápida, su cuerpo cambió en un abrir y cerrar de ojos.

Me giré para mirar atrás mientras nos deslizábamos hacia un túnel en el que no me había fijado antes. La caverna se hacía más pequeña con cada movimiento hacia adelante. Este lugar había sido un santuario. La primera seguridad que conocía en tanto tiempo. Nos adentramos en el túnel y el pensamiento me golpeó con fuerza. Estaba dejando atrás algo más que una cueva.

Nos deslizamos hacia arriba por el túnel, con una inclinación pronunciada pero corta, excavada en la roca. Una luz azul ondeaba a lo largo de las vetas de cristal en las paredes, y su brillo se intensificaba a medida que subíamos. La roca resbaladiza por el agua se estrechaba a nuestro alrededor; el aire frío me cortaba las mejillas mientras Seakal avanzaba por el pasaje sin esfuerzo.

Más adelante, un muro de magia llenaba el túnel, extendiéndose de suelo a techo. Relucía como cristal fundido, con colores que lo recorrían en ondas de violeta, verde y plata. La superficie curvaba la luz como si el mundo al otro lado se moviera bajo el agua. El poder zumbaba en el aire, un pulso constante que vibraba contra mi piel.

Todo mi cuerpo se tensó, pero las serpientes no frenaron. Se lanzaron directas hacia la barrera. Me apreté contra las escamas de Seakal y contuve el aliento. La magia me recorrió en corrientes de hormigueo mientras atravesábamos el muro, y la luz inundó mi visión. Durante un latido, floté en su interior; luego el mundo volvió a cobrar nitidez cuando atravesamos el velo y entramos en el infierno.



Capítulo siete

La tundra helada se extendía en todas direcciones, un paisaje infernal blanco bajo un cielo gris. El viento aullaba a través de la tierra yerma, arrastrando cristales de hielo que me herían las mejillas expuestas. Este lugar no solo era frío. Era un páramo que quería devorar cualquier cosa que estuviera viva.

Tan pronto como atravesamos la barrera, Seakal me hizo girar para que me subiera a su espalda. Su cuerpo macizo se lanzó hacia adelante, arremetiendo a través de la nieve en un estruendo de polvo y luz. Navaree y Talesian nos flanqueaban; sus formas de serpiente surcaban los ventisqueros con una potencia que era a la vez aterradora y magnífica.

Seakal se movía debajo de mí en ondas largas y ondulantes; cada embestida de músculo nos impulsaba más rápido a través del aliento gélido de Faerie. Mis muslos se apretaron con fuerza alrededor de su cuerpo, aferrándose a escamas suaves y calientes. Cada espira, cada flexión, rozaba contra mí. El pulso me martilleaba entre las piernas, cada latido una chispa contra el frío interminable. El mundo podía estar congelado, pero yo ardía viva.

Cuatro días de esto y perdería la cabeza antes de que llegáramos al palacio.

Mío.

Escamas esmeralda destellaron tras mis ojos mientras la serpiente en mi interior se agitaba, surgiendo del lugar oscuro donde la mantenía enterrada. Presionó contra mis costillas, haciéndose notar, su hambre recorriendo mi torrente sanguíneo hasta convertirse en la mía propia. El pensamiento me golpeó, no era mío sino de ella. Quería saborear sus escamas, entrelazar su cuerpo con los suyos hasta que nadie pudiera distinguir dónde acababa una serpiente y empezaba la otra.

Dioses. Para.

Obligué a mi atención a apartarse de mi excitación no deseada hacia el paisaje helado mientras Faerie se desangraba en una devastación cristalina a nuestro alrededor. Planeamos sobre lo que alguna vez había sido un bosque, ahora un cementerio de árboles destrozados por el hielo que nos buscaban con dedos esqueléticos. No eran gigantes dormidos esperando a la primavera. Eran cadáveres, asesinados en mitad de un grito. El hielo lo cubría todo en una muerte inmaculada, atrapando fragmentos de luz gris y fracturándola en arcoíris que no tenían derecho a existir.

Este no era el sueño natural del invierno que terminaría cuando la tierra se descongelara en primavera. La tierra no se había quedado dormida gradualmente. Alguien le había presionado una almohada sobre la cara y la había mantenido sujeta hasta que dejó de luchar, y parecía que llevaba así mucho tiempo.

Coronamos una cresta helada y se me partió el corazón. El cadáver de una ciudad se extendía bajo nosotros. Torres que antaño habían arañado el cielo yacían partidas en el suelo. Las casas estaban congeladas en pleno derrumbe, con las paredes estalladas hacia fuera, suspendidas en su momento de destrucción. Las calles seguían siendo visibles bajo la nieve, el esqueleto de una civilización desvalijada por la catástrofe.

—¡Dioses!— La palabra surgió desgarrada de mi garganta.

La devastación continuaba sin tregua, sin fin. Pasamos sobre puentes que cruzaban ríos, con el agua congelada en olas que nunca llegarían a romper. Campos que deberían haber alimentado a miles se habían convertido en cementerios de hielo, con surcos tallados en tierra muerta.

Este no era mi mundo. Esta no era mi gente. No tenía recuerdos de este lugar antes del hielo y, sin embargo, lloraba por la tierra como si la pérdida me arrancara pedazos del alma.

Un destello en el borde de mi visión me devolvió a la extensión helada. Luces doradas brillaban sobre la nieve. Se extendían hacia afuera en una red de vetas que atravesaban el bosque muerto y relucían bajo capas de hielo.

Un extraño tirón tiró de mí, suave al principio, luego más fuerte, atrayéndome hacia las luces doradas que se enhebraban en la nieve. El resplandor llamaba a algo enterrado en mi interior, algo que lo reconocía incluso cuando mi mente se negaba a hacerlo. No era peligro. No se sentía como ninguna amenaza que hubiera conocido antes. Se sentía... familiar.

Una imagen cruzó por detrás de mis ojos: un tomo antiguo, las páginas susurrando al ser pasadas por una mano invisible. No podía leer el lenguaje garabateado en ellas, pero las ilustraciones brillaban con vida. Un calor me recorrió, no proveniente del mundo frío que me rodeaba, sino del recuerdo mismo. Su consuelo me envolvió el pecho. La sensación era absurda, imposible. ¿Amiga de un libro? Ridículo. Sin embargo, el sentido de pertenencia se mantuvo firme.

La imagen cambió. Las páginas se derritieron en un río de oro vivo que fluía junto a otro hecho de agua marina. Las dos corrientes se entrelazaban, sus colores arremolinándose hasta convertirse en uno solo. El conocimiento me golpeó de lleno: *magia*. Dos tipos de magia. Dos fuerzas vinculadas. El oro brillaba con un poder que no era mío. El agua marina brillaba con más intensidad, más salvaje, resonando en mi interior hasta que comprendí lo que estaba viendo.

El agua marina era mi magia.

Magia. Mía. No... no podía ser verdad, y sin embargo eso era lo que los machos me habían dicho. El dolor floreció detrás de mis ojos. Esto era demasiado. La imagen persistía, arrastrándome con ella hasta que me quedé ciega ante la devastación helada que me rodeaba.

La magia dorada se me mostró moviéndose junto a otra corriente, un agua marina profunda y centelleante que pulsaba al ritmo de mi respiración. Las dos corrientes se fusionaron por un instante, calor y

luz entrelazándose hasta que las chispas recorrieron mi piel. Otro interruptor se encendió.

Mía. *Mi* magia.

La verdad ya no era un rumor ni una teoría lejana. Era real. Innegable. Algo vivía dentro de mí. Me quedé en esa certeza, aturdida, esperando casi que se rompiera en pedazos o que se desvaneciera hasta la nada. No fue así.

La imagen se disolvió, desprendiéndose hasta que solo quedó el mundo helado. El paisaje volvió a enfocarse de golpe. Las vetas doradas aún brillaban bajo el hielo, pero ahora hilos carmesíes pulsaban a través de ellas. El color manchaba el oro como una podredumbre que se arrastra por el agua limpia.

Un escalofrío me caló hondo, algo que no tenía nada que ver con el aire frío que me azotaba la cara. El carmesí se retorcía dentro del resplandor, vivo, hambriento. Mal. A medida que el cuerpo de Seakal arremetía hacia adelante debajo de mí, más y más carmesí se filtraba en el oro.

Estaba mal. Muy mal. La sensación de que algo iba mal tiraba de mí hasta que no pude pensar en nada más. Hasta que se convirtió en una compulsión. En una *necesidad*.

Toqué el cuello ancho y escamoso de Seakal con la palma de la mano. —Para, Seakal. ¡Por favor, para!—

El mundo se tambaleó mientras su largo cuerpo frenaba, los músculos ondulando debajo de mí. El viento aún gritaba al pasar hasta que, con una última embestida, se clavó en la nieve y se quedó quieto. Durante un latido, todo se quedó en silencio excepto el golpe de mi pulso. Navaree y Talesian crearon un círculo a nuestro alrededor mientras nos deteníamos deslizándonos. A pesar de llevar horas viajando a través de un frío intenso, ninguno de ellos respiraba con dificultad, apenas notando la desesperada velocidad a la que íbamos.

Señalé hacia donde las luces carmesíes bailaban más densas, contaminando el oro. —Ahí. Llévame ahí. Por favor.—

La lengua de Seakal salió y entró, rozando mi mejilla. Estaba caliente y seca, y una pregunta se formó en mi mente. Una pregunta que comprendí, pero no me detuve a preguntarme cómo.

Señalé. —Quiero ir allí. A las luces.

La enorme cabeza de Talesian giró, pero ninguno se movió. No podían ver las luces.

—Os lo enseñaré. Tengo que bajar —dije.

Seakal descendió hasta que su cuerpo se presionó contra la nieve y me deslicé de su espalda. Mis piernas se hundieron profundamente, la nieve me tragó hasta la mitad del muslo. La nieve me apresaba las piernas mientras luchaba por llegar a la mancha carmesí, atraída por una fuerza que me arrastraba hacia adelante hasta que estuve tan cerca que podía estirar la mano y tocar las luces.

Hilos carmesíes se enganchaban a burbujas doradas. El oro se atenuaba, parpadeaba y luego se oscurecía. El carmesí brillaba más con cada burbuja dorada que consumía. Dioses, el carmesí se estaba comiendo el oro.

Los tres machos cambiaron de nuevo a su forma humana, rodeándome en un círculo de calor y aliento. El vínculo fluctuaba entre nosotros, enredado con su preocupación y su cercanía. Su piel azul brillaba de sudor, los músculos marcados en relieve contra la nieve. El frío no parecía afectarles. El poder irradiaba de cada uno de ellos, pero lo único que había en sus rostros era preocupación.

—Zahra, ¿qué necesitas? ¿Te has hecho daño? —Navaree me examinó buscando heridas.

—Esas luces. Están mal. Tenía que parar. Tenía que verlas —dije.

—¿Luces? ¿Qué luces? —El largo cabello de Talesian restallaba al viento.

—Las luces pequeñas y doradas que brillan, justo ahí. —Señalé el suelo de donde las luces brillaban desde el hielo. No era posible que no pudieran verlas. Estábamos justo delante.

—¡Luces de líneas ley! —Todo el rostro de Talesian se iluminó. Su mirada ardía de emoción al convertirme yo en su foco absoluto e intenso. —Puedes ver las líneas ley, dulzura. Esto demuestra lo especial que eres. Son la savia de Faerie, la corriente que mantiene vivo el reino. Las líneas ley no se aparecen ante nadie, excepto ante los magos más poderosos.

¿Una maga poderosa? Nunca había sido poderosa en nada. Había sobrevivido desapareciendo antes de que la gente se fijara en mí. Saber lo que era, que se me mostrara esta luz, no cambiaba eso. No me hacía estar lista para nada de esto. Me sentía en carne viva y expuesta, poco preparada para lo que veían cuando me miraban. No quería hablar de ello, no quería pensar en lo que significaba y, sin embargo, el orgullo de Talesian inundaba el vínculo. Y con ello vino el recuerdo de su cuerpo contra el mío en la cueva. La forma en que me sujetó. Me besó.

Quería que lo hiciera de nuevo. Clavé las uñas en las palmas, apartando el impulso. —¿Y qué hay de esas luces carmesíes? Parece que están matando a las doradas.

Las cejas lisas de Talesian se juntaron. —¿Matándolas? ¿A qué te refieres? No debería haber carmesí en las líneas ley. Dime qué ves.—

—El carmesí envuelve a las burbujas de oro y luego se vuelven negras. —Mientras observaba, el carmesí se extendía—. Es como... un cáncer propagándose.

Los tres varones se quedaron helados.

—La magia de Britheva es carmesí —dijo Navaree.

La mandíbula de Talesian se tensó. —Y Britheva anda suelta por Faerie. Esto no es una coincidencia. Su magia está pudriendo el reino desde dentro.—

Un impulso surgió en mi interior, una marea que no podía contener. Presionaba contra cada centímetro de mi piel, pugnando por liberarse hasta que mis músculos temblaban por el esfuerzo de retenerlo. El tirón atravesó el pensamiento y la razón, dejando solo necesidad. Tenía que alcanzar las burbujas doradas. Tenía que tocar ese resplandor, verterme en él, arreglarlo de nuevo. El impulso lo consumía todo: el miedo, la lógica, la precaución, hasta que solo quedó el anhelo de sanar lo que había sido corrompido.

—Yo... tengo que arreglarlas.—

La necesidad presionaba mi pecho, urgiéndome a acercarme hasta que el pensamiento se redujo a un impulso abrumador. No podía detenerlo. No quería. Tenía que hacerse. Tenía que arreglarse.

—¡No! ¡Zahra! —El grito de Navaree desgarró el aire a mi alrededor.

Pero no pude detener la compulsión y hundí la mano en el centro de la mancha carmesí.

La esencia de Britheva golpeó mis sentidos. No su cuerpo, sino el eco de su alma, un vacío forrado de dientes afilados. No había empatía. Ni compasión. Ni un destello de calor humano. Solo hambre sin fin, una codicia que lo tragaba todo. No sentía alegría, ni pena, ni amor; solo la fría aritmética de lo que podía arrebatar, de a quién podía devorar, de cuánto poder podía robar. La ausencia de humanidad era peor que cualquier monstruo. Estaba hueca. Vacía. Un vacío con rostro de mujer.

Pero mientras absorbía su esencia, absorbía su intención. La luz carmesí era su magia y la estaba usando para robar vida a la tierra. Desangrándola mientras ella se desangraba en la tierra.

El asco me dio un vuelco. Esto no era poder. Era una profanación.

La magia carmesí se hinchó y otra intención se alzó sobre la necesidad de devorar. Una forma surgió de la fisura, maciza y contrahecha. Una criatura formada de sombra helada y sangre cristalizada, de tres metros y medio de altura, toda hecha de ángulos erróneos y articulaciones imposibles. Seis brazos sobresalían de un torso que se dividía y reformaba con cada aliento. Su cabeza era una calavera envuelta en carne translúcida, con la luz carmesí de su interior pulsando como venas visibles. Donde deberían estar los ojos, unos pozos negros se tragaban el resplandor. Abrió la boca y aparecieron hileras de dientes blancos como el hueso en espiral hacia adentro. La criatura se cernió sobre nosotros antes de arremeter.



Capítulo ocho

Las escamas destellaron cuando mis compañeros Cambiaron, sus cuerpos estallando en gigantes serpentinos. Los macizos anillos de Seakal me envolvieron, su cola anclándonos mientras Navaree y Talesian atacaban, con los colmillos al descubierto y las colas hendiendo el aire a través de la tormenta de nieve.

La criatura se retorció, con seis brazos cortando el aire. Las garras arañaron las escamas de Seakal, desgarrando profundos surcos en su piel. El humo se elevaba allí donde la magia golpeaba. Navaree se lanzó hacia delante, convertido en un borrón de azul y plata. Se enroscó alrededor de la criatura, apretando hasta que el aire estalló en los pulmones de esta. La abominación gritó y le rajó el flanco. La sangre salpicó la nieve en arcos brillantes mientras Navaree se zafaba. Talesian arremetió y hundió sus colmillos en el inestable pellejo del monstruo. La herida se abrió de par en par y luego se cerró de nuevo, regenerándose en un instante.

—¡Cuidado! —grité cuando otro brazo brotó del torso de la criatura, terminando en una hoja de carmesí helado. Cruzó el costado de Talesian y dejó un tajo humeante que empapó el hielo con su sangre.

Seakal giró la cabeza hacia él, pero la criatura aprovechó su oportunidad. Unas garras de hueso rasgaron la garganta de Seakal y

mordieron a través de su armadura de escamas. No cedía; cada golpe restallaba contra sus anillos y le arrancaba las escamas.

Navaree siseó y atacó. Sus colmillos perforaron el cráneo de la criatura, pero esta se soltó de un giro y le rodeó el cuello con dos brazos. La presión obligó a Navaree a abrir las mandíbulas y el monstruo se escabulló, dejando rastros de un lodo carmesí que se adhería a sus escamas. Él se debatió, intentando quitárselo de encima. Allí donde el lodo tocaba, el azul brillante se volvía gris pálido.

La cola de Talesian impactó contra la sección media de la criatura y la partió en dos. Por un instante pensé que la había matado, pero la herida se ensanchó aún más. Un segundo cuerpo salió gateando del primero, y ambos horrores volvieron sus rostros sin ojos hacia Talesian.

—¡No! —Mi voz se quebró cuando un monstruo le agarró la cola y tiró de él hacia abajo mientras el otro le saltaba a la espalda. Las escamas se desprendieron, la sangre chorreó por su piel azul brillante. Su rugido de dolor desgarró el cielo.

La idea de perderlos me atravesó de parte a parte. Algo más profundo, feroz y posesivo, surgió en mi interior. La serpiente que mantenía enterrada arremetió contra mis costillas, exigiendo ser liberada.

Déjame salir. Morirán sin nosotras.

Su rabia y su desesperación inundaron mis sentidos. Unas imágenes cruzaron mis ojos. Lo que podríamos ser juntas, el poder que podríamos ejercer si dejara de luchar contra mi naturaleza. La serpiente me mostró visiones de mí misma luchando junto a mis compañeros. Me mostró el veneno que portábamos, lo bastante potente como para destruir al monstruo de Britheva. Me mostró la magia que podríamos canalizar si aceptaba lo que era en realidad.

¡Ahora! ¡Antes de que sea demasiado tarde!

El grito de la serpiente hizo añicos mi última resistencia. El suelo desapareció bajo mis pies mientras mis piernas se fusionaban, la nieve cedía bajo mi peso mientras el Cambio me arrastraba hacia el interior de la tormenta. Mi piel se rajó y mi columna se alargó, las vértebras chasquearon a medida que se formaban nuevos

segmentos entre ellas. Mi mandíbula se dislocó y estiró mi cráneo. Los colmillos brotaron de mis encías y remodelaron mis dientes humanos.

Las escamas se extendieron por mi piel, enlazándose y encajando hasta que me erguí, más alta de lo que jamás había sido. El mundo cobró nitidez, con bordes lo bastante afilados como para cortar. Caté el aire con una lengua bífida y capté el hedor ácido de la criatura, el aguijonazo metálico de la sangre de mis compañeros, el gélido sabor mineral del hielo.

Mal. Todo se sentía mal. Demasiadas extremidades, sentidos equivocados, cuerpo equivocado. Quise gritar, pero las serpientes no gritan. El pánico me inundó. Estaba en un cuerpo que no era el mío.

Mi centro de gravedad se volvió inalcanzable. El peso se desplazaba a través de músculos que seguían moviéndose incluso cuando intentaba quedarme quieta; el tirón de la longitud y los anillos me desorientaba. Cada movimiento me arrastraba de lado, sin nada familiar que anclara mi cuerpo. Había demasiado músculo, demasiada piel que no era piel. Mi mente tartamudeaba, buscando rodillas, brazos, los límites que antes marcaban dónde terminaba yo. El pánico se precipitó sobre mí. Intenté zafarme de él, abrirme camino de vuelta a algo humano, pero la forma se mantuvo, extraña e interminable, hasta que cada respiración se convirtió en una lucha.

Uno de los monstruos se volvió hacia mí. El instinto me impulsó hacia delante, mi nuevo cuerpo se movió con una fuerza que nunca había reclamado como propia. Ataqué y hundí los colmillos en la no-carne, el veneno inundó la herida.

La criatura me arañó la cara, sus dedos de hueso rasparon mis escamas y dejaron líneas ardientes. El dolor me abrasó, pero me negué a soltarla. La serpiente en mi interior se aferró y no cedió, su voluntad era absoluta. Me enrosqué con más fuerza, apretando hasta que el cuerpo del monstruo se desgarró y se soldó en tres horrores idénticos.

Seakal arremetió contra una de las criaturas, estampándola contra la nieve. Sus anillos se tensaron hasta que los seis brazos del monstruo se quebraron hacia atrás, rajando sus escamas y derramando sangre oscura. Navaree rodeó a una segunda, su cola

apretando hasta que unas garras le rajaron el flanco y lo hicieron tambalearse. Talesian se lanzó a través del caos, atacando una y otra vez hasta que la última criatura le atrapó la garganta a mitad de un envite; cuatro manos se cerraron sobre él, aplastando las brillantes escamas azules de su cuello.

Lancé un latigazo y fallé. Mi cola golpeó la nieve con el peso de un alud. El impulso me llevó más allá de mi objetivo. Era fuerte pero torpe, un arma sin puntería.

Deja de luchar contra mí. Somos una.

La voz de la serpiente presionó mi mente, su voluntad palpitaba con cada latido mientras una criatura envolvía a Talesian. Me lancé, hundiendo mis colmillos en su hombro. El veneno se vertió en su cuerpo. Unas garras de hueso me rasgaron el costado, la magia carmesí quemaba allí donde tocaba, pero aguanté y seguí bombeando veneno hasta que me dolieron las mandíbulas.

La criatura convulsionó, su forma ondeando de dentro hacia fuera, y luego se dividió de nuevo, pariendo dos copias más que se abrieron paso a zarpazos.

Dioses, no. Estábamos perdiendo.

Una nueva sensación presionó los límites de mi conciencia, atraída por la batalla y acercándose rápido. Un frío me recorrió la nuca, un escalofrío que no tenía nada que ver con el hielo o el miedo a la muerte. Esto era más profundo, más antiguo, una oscuridad que conocía mi nombre.

Britheva.

Su presencia se deslizó sobre el campo de batalla, atraída por la sangre derramada sobre el hielo. La atracción de su magia rozó la mía, un reconocimiento que escocía. Venía a por nosotros, y si nos alcanzaba, destruiría a mis compañeros.

Las burbujas doradas fulguraron bajo el hielo, y el poder dentro de mí surgió para ir a su encuentro. El grimorio arañó mi interior y una orden atravesó mi mente. El impulso era demasiado grande para negarlo. Mi cola golpeó el cúmulo más brillante de burbujas doradas que aún no habían sido devoradas por el carmesí.

La energía dorada recorrió mi columna, colisionando con la magia aguamarina de mi interior. La fuerza me sacudió, demasiado vasta

para ser contenida, desgarrando músculos, huesos y pensamientos. No sabía cómo darle forma, solo que quería ser liberada. El grimorio gritó dentro de mí, una voz hecha de órdenes, no de misericordia, empujando mi cuerpo de serpiente a obedecer. Pero mi forma estaba desincronizada, mi mente iba un suspiro por detrás del poder que me exigía empuñar. El instinto arañaba para tomar el control, pero las dos mitades de mi ser chocaron en lugar de fusionarse.

La magia rugió, ingobernable. El dolor me partió la columna como un rayo mientras mis nervios se encendían en fuego. Luché contra ello, inútilmente, una lucha nacida del reflejo más que de la razón. A la corriente no le importaba. Quería salir. Lo quería todo.

El poder estalló en mi pecho con un rugido cegador. La luz devoró el sonido. El calor lo volvió todo blanco. Las criaturas habían desaparecido, borradas por la explosión. Durante un solo latido, el triunfo centelleó. El mundo se rompió.

El suelo se resquebrajó bajo mis pies. El hielo gimió mientras las fisuras corrían bajo mis compañeros. El suelo se desvaneció y caímos, precipitándonos en la oscuridad mientras el mundo de arriba se precipitaba en una tormenta de fragmentos de hielo centelleantes.

Golpeé la piedra. El impacto me sacó el aire de los pulmones. El dolor reptó por mi columna, vivo y agudo pero no fatal. Mi cuerpo de serpiente había amortiguado la caída; un cuerpo humano se habría hecho añicos.

Mis anillos resbalaron contra la roca cuando intenté levantarme. Entonces mis escamas brillaron, los bordes fundiéndose en piel. El Cambio se desprendió de mí, dejando atrás una carne frágil. Piel fría. Pulmones vacíos. Un cuerpo tembloroso que apenas se movía.

Una cueva resplandecía a mi alrededor, con pilares de hielo azul pálido brotando del suelo y colgando del techo. La luz azul se filtraba contra las paredes. Sin calor. Sin sonido. Solo piedra y el eco de mi aliento volviéndose blanco en el aire.

—¡Talesian! ¡Seakal! ¡Navaree!—Mi grito me fue devuelto, débil y asustado—. ¿Dónde estáis? ¿Podéis oírme?—

Nada. Solo el resonar de mi voz y el frío punzante. Entonces la magia de Britheva me arañó la piel. Venía a por mí. Y estaba cerca.

Todos mis instintos gritaban que me moviera.

Busqué la magia. Nada salió a mi encuentro. El poder que ardía dentro de mí había desaparecido. Cavé más hondo, buscando a mi serpiente, pero ella también estaba en silencio. Un hueco allí donde deberían haber estado ambos.

Me obligué a ponerme en pie, escudriñando la cámara de hielo hasta que encontré una rendija oscura en la pared del fondo. Una salida o una nueva trampa, no importaba. Avancé, apretando los brazos contra el pecho para calentarme.

El frío calaba hasta los huesos, entumeciendo los dedos, robando el aliento. Tropecé al atravesar la abertura, con los hombros rozando las paredes dentadas. El tenue resplandor a mis espaldas se atenuó y luego desapareció cuando la oscuridad me tragó por completo.



Capítulo nueve

Mis pies descalzos sangraban contra el suelo helado; cada paso tallaba nuevos cortes que se llenaban de hielo antes de que pudieran cerrarse. El frío castigaba cada centímetro de piel expuesta, y el dolor calaba más hondo que cualquier pensamiento. Respiraba a bocanadas cortas, y cada vaho se cristalizaba. Aquel sonido quebradizo era la única prueba de que aún seguía viva dentro de este infierno congelado. Seguí caminando de todos modos, temerosa de lo que pasaría si me detenía.

Sin ropa. Sin magia. Sin serpiente. Sin compañeros.

Si no hubiera tocado las burbujas doradas, el hielo no se habría agrietado. Puede que estuvieran muriendo en algún lugar ahí arriba. Y era culpa mía. Seguí caminando, porque detenerme significaba admitir esa verdad en voz alta.

Su ausencia horadaba un vacío bajo mis costillas. Intenté alcanzar el lugar donde podría sentirlos, forzando la concentración hasta que me dolió la cabeza, pero nada respondió.

Venas carmesíes latían a través del hielo de las paredes, del tono exacto de la magia de Britheva. Algunas eran finas como cabellos, otras gruesas como sogas, todas pulsando bajo la superficie translúcida como venas vivas. Mientras avanzaba cojeando, fluían conmigo, siguiendo mi ritmo, hambrientas. Observando. Rastreándome. Esperando.

Una grieta partió la pared. Me estremecí, pero el hielo se abrió. Un solo zarcillo se estiró hacia mí.

No me toques. Dioses, no...

La punta me rozó el hombro. El frío me abrasó la piel hasta llegar al hueso. Todos mis músculos se bloquearon. El pensamiento se hizo añicos. El rastro de *su* presencia se agitó dentro de mi cráneo. Con aquel solo toque, Britheva me había encontrado.

Más zarcillos brotaron del hielo, enroscándose hacia mí.

Eché a correr.

El túnel se retorcía a mi alrededor, y el hielo dentado se me enganchaba en el pelo, desgarrándome la piel. Mis pulmones se agarrotaban con cada bocanada; el aire era demasiado afilado, demasiado ralo. Las grietas partían la pared en una telaraña de luz roja. Los zarcillos brotaban por las aberturas mientras yo salía disparada. Las paredes temblaban de hambre. La luz palpitaba y se intensificaba, convirtiendo el túnel en una herida de un rojo sangrante.

El pasaje se ensanchó y tropecé con un vestíbulo que se dividía en tres aberturas. Un susurro de calor me rozó la piel desde el pasadizo del extremo derecho. Tenue, frágil, casi imaginado, pero lo bastante real como para despertar algo desesperado en mi interior. Las venas carmesíes se retorcían hacia esa dirección, engrosándose a medida que reptaban por el techo. Fuera lo que fuese lo que aguardaba por aquel camino, la magia de Britheva no me quería cerca.

Giré a la derecha y corrí.

El túnel descendía en pendiente y el suelo estaba resbaladizo bajo mis pies. Los zarcillos carmesíes dejaban estelas tras de mí, siseando en el aire. El aliento se me escapaba del pecho en ráfagas irregulares. El túnel se estrechó y el sonido de la persecución se volvió cercano y agudo. Resbalé; mis pies descalzos patinaron en el suelo resbaladizo y la piel se me rasgó cuando recuperé el equilibrio apoyando una mano contra la escarcha dentada. La sangre manchó el hielo, destacando sobre la superficie pálida. La inclinación se acentuó, obligándome a medio deslizarme, medio correr. Dejé un rastro de huellas rojas tras de mí, pero no me atreví a parar, ni siquiera para mirar atrás.

El túnel dobló en una curva cerrada antes de desembocar en una cámara surcada de cristal de tonos azulados. Una luz pálida rebotaba en la piedra recubierta de hielo, tiñéndolo todo de tonos gélidos. En el centro de la cámara, una estrecha fisura hendía el suelo, con vapor elevándose en finas ondas.

Retrocedí con cautela hacia el túnel, pero los zarcillos brotaron de las paredes y formaron más criaturas que bloqueaban mi huida, atrapándome entre ellas.

—Aléjense de mí—. Las palabras escaparon débiles, tragadas por el eco.

Me lancé hacia un lado cuando vinieron a por mí. Los pies patinaron sobre la escarcha; mi cadera chocó contra la roca. Las criaturas golpearon la pared donde yo había estado, sin hacer ruido, sin miramientos, y rebotaron como una sola, con movimientos que se suavizaban, volviéndose coordinados, intencionados.

Unas garras me desgarraron el brazo. Una escarcha carmesí reptó desde la herida y la selló antes de que la sangre pudiera brotar. Tropecé hacia atrás, hacia el calor que provenía de la fisura. El calor me lamió la columna vertebral, débil pero real. Las criaturas vacilaron; sus formas parpadearon al llegar al borde.

Temían el calor.

Me acerqué. Mi talón resbaló por el borde hacia el vacío. La fisura era más ancha de lo que había pensado, lo bastante grande como para tragarme entera.

Una criatura arremetió. Las garras me cortaron la clavícula. El dolor estalló en blanco, cegador.

No había elección. Me di la vuelta y me dejé caer en el vapor. Las paredes estaban inclinadas y me sostuvieron mientras me deslizaba por una enorme curva y me depositaban en un túnel estrecho bañado en una luminiscencia azul plateada, donde la piedra transmitía calor en lugar de un frío gélido.

Ruidos de raspaduras resonaron desde arriba. Las garras chirriaron sobre el hielo mientras las criaturas se vertían tras de mí. Me alejé de ellas de un salto, corriendo por el túnel que se estrechaba tanto que las paredes me presionaban los hombros, pero había luz. ¡Luz frente a mí! La piedra me arrancó jirones de piel de la espalda

mientras avanzaba a rastras. La luz de delante brillaba más con cada paso que daba.

Unas garras se cerraron sobre mi tobillo. El dolor me subió por la pierna. Lancé una patada y me liberé de su agarre. Empujé hacia delante con más fuerza, sin importarme cuánta piel me raspaba, hasta que el dolor y el miedo se convirtieron en un solo pulso en mi cuerpo.

El túnel se ensanchó sin previo aviso y me escupió a una caverna tan amplia que el techo se perdía en la oscuridad. La fuente de la luz se alzaba imponente en el centro. Un pilar de hielo que subía desde el suelo hasta el techo invisible, brillando con un hermoso tono azul.

El siseo de las garras me siguió. Las criaturas brotaron del túnel; sus cuerpos volvían a formarse y se ensanchaban en el espacio abierto. Rodeé el pilar, manteniéndolo entre nosotros, pero se desplegaron a mi alrededor y me acorralaron entre ellas.

Esquivé el primer golpe, pasé de largo el segundo, pero las garras de la tercera me arañaron las costillas. Me fallaron las rodillas. Choqué contra el pilar y sentí el calor latir bajo mi palma.

Iba a morir. Estas criaturas me despedazarían y, cuando el último aliento abandonara mi garganta, despertaría bajo el control de Britheva. Sabía lo que me esperaba allí. El ciclo interminable de morir y volver a morir mientras ella intentaba arrancarme este grimorio por la fuerza.

Quería a mis compañeros. Solo una vez más antes de que ella me encontrara. Era un deseo estúpido, demasiado pequeño para el horror que reptaba por esta tumba helada, pero era lo único que me quedaba a lo que aferrarme.

Sus nombres escaparon de mi boca. El sonido apenas agitó el aire mientras me entregaba al anhelo. Me apoyé contra el pilar y sentí el calor latir bajo mi palma.

El calor palpitó bajo mi mano, tenue pero vivo. La luz vaciló dentro de la piedra y respondió al temblor de mi pecho. Un destello de color aguamarina se desplegó bajo mis costillas y me quedé inmóvil. Aquella era mi magia. Allí. Respirando. Y luego, surgiendo.

Una vibración profunda recorrió el pilar y este comenzó a brillar en un azul radiante. Las criaturas se quedaron suspendidas mientras la

luz inundaba la caverna y me arrancaba lágrimas de los ojos. Por un instante, pensé que también me consumiría a mí. Aplané la palma sobre el pilar, llenando mi mente con imágenes de mis compañeros. De mi magia trayéndolos a mi lado.

Una sombra se retorció dentro del resplandor, enroscándose, luchando contra una jaula que la retenía.

La conmoción congeló mis pensamientos y bloqueó el aliento en mi pecho. No sabía qué había hecho ni en qué se había convertido el pilar. O si acababa de empeorarlo todo. Podría haber sido solo adrenalina, pero el calor surgió como algo vivo. La luz me abrasó la visión, demasiado brillante, demasiado viva. El pulso me martilleaba en los oídos, siguiendo el ritmo del resplandor. El terror y el asombro se entrelazaban a partes iguales. No sabía si aquello era la salvación o una trampa más.

Llovió hielo a mi alrededor mientras la columna saltaba hecha añicos. Una serpiente surgió libre de la luz explosiva; sus escamas de color medianoche atrapaban cada chispa. Por un instante, pensé que la luz me había engañado, que Britheva había conjurado otro monstruo con la forma de algo que yo amaba. Entonces él golpeó el suelo y se desenroscó hasta alcanzar su altura colosal.

El siseo de Seakal recorrió la cámara. El sonido me caló hondo. Las criaturas respondieron con gritos, y una luz carmesí parpadeó por sus extremidades mientras cerraban el círculo a nuestro alrededor.

Me obligué a incorporarme. Una luz dorada y aguamarina se enredó dentro de mi pecho, latiendo como un segundo corazón. El vínculo estalló y me envolvió en un torrente de calor imposible. Y de poder.

El calor recorrió mis venas, perseguido por un destello de algo más profundo: conexión, tal vez. O locura. El vínculo pulsaba al compás de mi corazón, y cada latido empujaba más poder a través de mi cuerpo.

Su forma serpentina se alzaba sobre mí, con los anillos ondulando con puro poder. Su cabeza pasó junto a la mía, con las fauces abiertas, y reveló unos colmillos más largos que mi antebrazo. Arremetió contra las criaturas que me acechaban por detrás y convirtió su enorme cuerpo en un muro vivo entre ellas y yo.



Capítulo diez

La cola de Seakal restalló y destrozó a la primera criatura. El impacto la hizo añicos en fragmentos que se disolvieron en una bruma carmesí. Se revolvió contra la segunda, cerrando las mandíbulas alrededor de su torso, mientras el veneno brotaba de sus colmillos en hilos oscuros y relucientes. La tercera hundió sus garras de hueso en su flanco, tallando surcos de un rojo ardiente que siseaban y echaban humo.

Sentí el dolor, pero no era mío. Me llevé la mano al costado, allí donde a él le escocía la herida. El eco de su agonía me nubló la vista. Me miró a los ojos por un instante, con la preocupación asomando bajo la furia. Él sentía mi terror del mismo modo que yo sentía su dolor.

Más criaturas surgieron de las paredes a zarpazos. Demasiadas. El siseo de Seakal retumbó por el túnel, cargado de desafío, pero eran demasiadas para un solo cambiapieles, por muy colosal y aterrador que fuera. No podía defender la posición él solo.

Tenía que ayudar. Hacer algo. Conmigo teníamos una oportunidad, pero si no hacía nada, la magia de Britheva sería demasiado fuerte. Busqué al otro lado, pero no encontré nada. ¿Dónde estaba ella? No había tiempo para buscarla. Pero me quedaba una defensa más —mi magia— y estaba desesperada por intentar usarla.

Busqué en mi interior, frenética. Nada. Lo intenté de nuevo. Seguía sin haber nada. Dioses, ¿dónde estaba? El sudor me perlaba la frente. Había traído a Seakal aquí, pero no quería que muriera porque yo lo hubiera fastidiado. Tenía que intentar algo.

¿Qué había sido diferente esta vez? ¿Por qué mi magia había funcionado antes y ahora no? ¿Por qué…?*El vínculo*. Lo había sentido a él cuando mi magia se había despertado. Dioses, si era eso, entonces tenía que intentarlo.

—Por favor. Por favor, funciona—. Me sumergí en el lugar donde había sentido agitarse la luz de su alma, en esa chispa que había cobrado vida cuando me habían tocado. Un destello cobalto brilló en la oscuridad, seguido de una oleada de determinación y pánico que no eran míos.

Me aferré a esa sensación. Me hundí en ella, tirando del hilo esmeralda y forzándolo contra su cobalto. Destelló un color aguamarina veteado de oro. Agarré las corrientes, tiré de ellas hacia arriba y las proyecté hacia fuera. La ráfaga alcanzó a una criatura, pero más surgieron de la oscuridad.

Arranqué más magia de mi interior. Me arañaba las entrañas, salvaje y descontrolada. Otra ráfaga. Otra criatura desintegrada. El túnel tembló. La piedra se agrietó sobre nuestras cabezas y una roca enorme se desplomó contra el suelo. Piedras más pequeñas la siguieron y dejaron caer tras de sí una lluvia de polvo y arena.

La cola de Seakal se enroscó con fuerza alrededor de mi cintura y me subió a su lomo. Cargó hacia un túnel que yo no había visto detrás de nosotros mientras un estruendo resonaba y el techo se venía abajo. El polvo nos envolvía mientras huíamos. No se detuvo; cada poderosa ondulación de su cuerpo nos impulsaba hacia adelante.

Avanzamos a toda velocidad por pasajes tortuosos; los chillidos de nuestros perseguidores se volvían más tenues con cada giro. El aire se volvió más frío, más ralo. Me ardían los pulmones. Se me entumecieron los dedos. Las vetas carmesíes que surcaban el hielo se hicieron más finas hasta desaparecer, sustituidas por un blanco azulado limpio y centelleante.

Seakal aminoró la marcha y giró su enorme cabeza para inspeccionar los túneles. Se deslizó por una abertura estrecha, con las escamas raspando contra la piedra. El pasaje se ensanchó hasta convertirse en una pequeña caverna. El techo brillaba con cristales naturales que emitían una tenue luz azul y bañaban todo con una iluminación fantasmal.

Me bajó al suelo, desenroscando la cola de mi cintura. Sus ojos de color medianoche se clavaron en los míos, escrutando, preguntando.

—Estoy bien—, susurré con los dientes castañeteando. Me rodeé el pecho con los brazos mientras la adrenalina abandonaba mi sistema. El frío glacial del aire terminó de arrebatarme el poco calor que me quedaba.

La magia brilló sobre las escamas de Seakal. Su forma de serpiente se onduló y se contrajo; las escamas se fundieron en piel. En cuestión de instantes, un hombre estaba agachado donde antes había estado la bestia. Su piel relucía bajo la luz de los cristales, toda ella planos duros y relieves. Mi mirada recorrió los potentes músculos de sus muslos, la amplitud de su pecho y los marcados relieves de su abdomen que se estrechaban en una V hacia sus caderas. Obligué a mis ojos a volver a su rostro, sintiendo un sofoco a pesar del frío.

—No estás bien. Estás helada.— Su voz profunda retumbó en el espacio reducido. Sus grandes palmas rodearon mis bíceps—. ¿Puedo calentarte?

Se me escapó una risa de asombro. ¿Que si podía? —A menos que tengas ropa o fuego escondidos por alguna parte, no veo cómo...

—Calor corporal. Mi temperatura es alta.

La idea de su piel desnuda contra la mía envió oleadas contradictorias de calor y miedo por mi cuerpo. Se me endurecieron los pezones ante la mera sugerencia. El frío implacable calaba hondo, pero dejar que se acercara tanto, que me tocara...

Un violento escalofrío sacudió mi cuerpo, respondiendo por mí.

Seakal se sentó en el suelo de piedra, con la espalda apoyada en la pared y abrió los brazos. Una invitación, no una orden. —No te haré daño, pequeña compañera. Deja que te dé calor.— Las palabras no denotaban posesión, sino una promesa—. Por favor.

Otro escalofrío decidió por mí. Me acerqué a él con piernas vacilantes, antes de que sus brazos me rodearan, atrayéndome a su regazo y acomodándome contra la sólida pared de su pecho. El calor irradiaba de él, su piel quemaba contra la mía allí donde nos tocábamos.

Se me tensaron todos los músculos. Su calor me rodeaba, pero yo solo sentía que era una trampa.

—Pequeña compañera—. Su voz retumbó en mi interior—. Estás a salvo. No voy a moverme. Solo voy a respirar contigo.

Poco a poco, muy poco a poco, mi cuerpo recordó que aquello no era El Cuadro, ni ninguno de los hombres que habían visto en mí a una mujer vulnerable de la que había tenido que huir. Este era Seakal.

Acarició mi columna, cada pasada lenta y cuidadosa. Mis músculos se fueron relajando gradualmente, el instinto de supervivencia ganando la partida al miedo hasta que me desplomé contra él, apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Mejor?— su pecho vibró con la palabra.

Asentí. —Sí.

Llevó la mano a mi pelo, con los dedos peinando los mechones enredados. —¿Cómo lo hiciste...? Quiero decir, ¿cómo pasaste a través del pilar?

Otro tipo de tensión sacudió mi cuerpo, mientras mi mente se llenaba de interrogantes. ¿Y si me había imaginado que lo había traído yo? ¿Y si me había imaginado mi magia? ¿Y si tantas otras cosas no tenían nada que ver conmigo? Por lo que yo sabía, Britheva podría haberlo enviado para ponerme a prueba.

Él permaneció en silencio, sin que su contacto titubeara. —Me trajiste a tu lado con tu magia.

—¿Estás seguro?— lo miré fijamente. Si lo había hecho, eso cambiaba mucho lo que sabía de mí misma. Quería mirarlo a los ojos. Ver si me decía la verdad. Ver el momento en que mi mundo iba a ponerse patas arriba otra vez.

—Estaba corriendo por los túneles, intentando encontraros a todos. Entonces el suelo tembló y la luz atravesó la roca. En un

momento estaba en la oscuridad y al siguiente estaba dentro de esa caverna, luchando contra esas criaturas contigo—, dijo él.

Lo observé, las palabras apenas lograban encajar en mi mente. No sabía qué significaba todo aquello. No quería verme como una maga. Tener magia. Si realmente hubiera tenido poder todo este tiempo, me habría venido muy bien en aquella cámara de tortura. Por otro lado, si lo hubiera usado, el Cuadro me habría arrastrado directa ante Titán, me habría tachado de herética y me habría quemado viva. Y si no hubiera muerto por eso, Titán sabría lo que llevo dentro y me habría arrancado el grimorio por la fuerza, igual que intentó hacer Britheva.

Se mirase como se mirase, mi vida estaba fastidiada.

Mis pensamientos saltaron de mí a los demás, al espacio en mi pecho donde deberían estar sus hilos. El pánico cambió de forma, calando más hondo. Había querido a todos mis compañeros —los necesitaba— y ahora un nuevo tipo de preocupación echó raíces, más afilada que el miedo por mí misma. ¿Dónde estaban?

—¿Estabas solo?— pregunté—. ¿Ni rastro de Talesian o de Navaree?—

La expresión de Seakal se ensombreció. —No. El derrumbe nos separó. La magia nos dispersó en diferentes direcciones.—

La culpa me recorrió y se asentó como plomo en mi estómago. Podrían estar enterrados bajo el hielo o luchando contra los mismos monstruos que habían intentado despedazarme. Se suponía que yo debía protegerlos tanto como ellos a mí y, en cambio, mi error nos había dispersado.

—Para—. Su tono se suavizó, pero no dejó lugar a réplicas. —No cargues con una culpa que no te pertenece. Si no hubieras visto la magia de Britheva por lo que es, seguiríamos ignorando la verdad. Gracias a ti, sabemos que Britheva está corrompiendo las líneas ley. Gracias a ti, puede que hayamos salvado a miles de fae de lo que ella está haciendo.—

Me costó encontrar las palabras. —Su magia se comía las burbujas doradas. No se limitaba a volverlas oscuras. Se las estaba comiendo vivas, extrayendo todo lo bueno de ellas y dejando solo podredumbre a su paso. ¿Por qué haría algo así?—

—Se está alimentando de ellas. Está usando las líneas ley para potenciar su poder. Su corrupción ya se ha hundido profundamente en las venas de Faerie—, dijo Seakal con voz baja y sombría.

—Vi cómo se extiende su magia. Seguía los canales naturales, como venas a través de la roca. Allí donde tocaba, el hielo se volvía rojo sangre y, después..., surgían esas cosas.—

Si Britheva lograba corromper todas las líneas ley, ¿qué quedaría de este mundo helado? ¿Sobreviviría algo?

—Y, a través de ti, lo revertiremos todo. Tenemos una oportunidad. Puedes ver lo que ella está haciendo a través de tu magia. Solo los magos de una fuerza extraordinaria pueden hacer eso—, dijo él.

—No lo sé—. La verdad pesaba con incertidumbre en mi interior. No sabía qué era mi magia, de dónde venía ni por qué a veces me obedecía y otras me ignoraba. El no saber me carcomía más que el propio peligro.

Su mano se detuvo. —¿Por qué te asusta tanto eso?—

Me costó un esfuerzo responder. Las palabras no querían salir. Mi garganta se cerró en torno a ellas. El rostro de la chica pasó fugazmente ante mis ojos. Tan joven. Inocente. Flores rosas y gritos. Negué con la cabeza. No podía decirlo. No podía...

—Zahra—, dijo Seakal.

Quizá podría contárselo. Solo algunas de las cosas horribles que había visto. Quizá decirlas en voz alta iría mermando el peso que cargaba, ese que siempre me apretaba las costillas con más fuerza, cada día más pesado mientras guardara silencio. Seakal no me culpaba por lo que había hecho o por lo que no había podido hacer. No retorcía mis palabras ni volvía las cosas en mi contra como habían hecho otros. Su quietud significaba seguridad; su silencio significaba espacio. Quizá si lo decía —a él—, me sentiría más ligera.

Inhalé aire de forma temblorosa, preparándome para hablar. —Vi cómo mataban a una chica. Solo tenía diecisiete años. Hacía brotar flores. La arrastraron a la plaza y...— mi voz se quebró. —No puedo. No puedo decirlo—. No podía decir que su cabeza fue colocada en la primera pica de la fila que bordeaba el puente levadizo de la fortaleza de Titán. Que su madre la encontró cuando no volvió a casa para cenar. Su grito siempre será una cicatriz en mi corazón.

Los brazos de Seakal se apretaron a mi alrededor; su silencio era más fuerte que las palabras.

—Si descubren que tengo magia, también me matarán a mí. Me matarán como a tantos otros—. El terror había vivido en mí durante tanto tiempo que lo sentía grabado en los huesos.

Él se movió, inclinando mi rostro. —Aquí no. Jamás aquí. Los impostores construyeron ese miedo en tu mundo porque os mantenía débiles y obedientes. No son más que escoria codiciosa, humanos corruptos que anhelan un poder que no tienen derecho a tocar.—

La mano de Seakal permaneció apoyada en mi mejilla. —Cuando la brecha entre los mundos se abrió hace mil años, Cedar intentó repararla. Le ayudamos con el hechizo que entregaría parte de su magia. Era el único ser lo bastante fuerte para crear algo tan poderoso. Se suponía que el grimorio lo equilibraría todo. Cuando fue robado...—se interrumpió—. Ambos mundos empezaron a morir. Y el rey... pensamos que había muerto con él. Pero Gilda tuvo una visión. Está perdido, no muerto. Eso es todo lo que sabemos.—

Lo miré, atónita. Ellos habían ayudado a crear el grimorio..., y la pérdida estaba destruyendo ambos mundos.

—Los páramos de la Tierra crecen cada año. La arena sigue tragándose las partes del planeta en las que podemos vivir—, dije yo.

Seakal suspiró. —Entonces ambos mundos están muriendo porque la magia no ha sido compartida.—

Un destello de calidez palpitó tras mis costillas. La luz bailó ante mi vista y los rostros de tres hombres cruzaron mi mente, nítidos, claros, y luego desaparecieron. Di una bocanada de aire.

—¿Qué ocurre?—, preguntó Seakal.

Me aparté de su pecho para mirarlo a la cara. —Vi a tres hombres. Solo un instante. Estuvieron allí un momento y ahora se han ido.

—Tú también has tenido una visión —dijo él, frunciendo el ceño—. Tiene sentido. Estás vinculada al grimorio y, a través de él, al rey. Si vuelves a verlos, mantén la imagen todo el tiempo que puedas. Cada visión podría acercarnos más a encontrarlo.

—No quiero visiones. No quiero estar vinculada a un rey que no conozco o a un grimorio que me está destrozando. Quiero… —la historia pasó borrosa ante mí; lo que importaba era el coste—. ¿Qué quería yo? Ser normal. Estar a salvo. No ser especial. —No quiero esto.

El pensamiento me inquietó. Aun así, si encontrar al rey significaba detener a Britheva, aprendería a controlarlo. Tenía que hacerlo.

—Eres más fuerte de lo que nadie debería ser jamás, Zahra —dijo él.

Las palabras calaron hondo, resonando hasta que las sentí como una verdad en mi sangre. La verdad de Seakal.

Sus ojos de medianoche se oscurecieron hasta casi el negro. La luz de los cristales captó motas plateadas en las que no me había fijado antes, haciéndolas brillar. Hermoso. Era hermoso de formas para las que nunca había tenido palabras.

—¿Qué ves cuando me miras así? —Su pregunta fue suave, casi vacilante.

La verdad brotó de mis labios antes de que pudiera contenerla. —A alguien que podría destruirme, pero no lo hará.

Se le cortó la respiración. Su luz de alma se encendió, buscándome en zarcillos de luz nocturna centelleante.

—Moriría antes de hacerte daño. —El juramento cayó con peso entre nosotros.

Nadie me había hecho promesas así antes. Tampoco había sentido nunca la verdad absoluta resonando a través de mí. Un verde esmeralda brillaba con fuerza en el espacio entre nosotros. No había dolor, sino reconocimiento. Conexión. Me inundaron sensaciones que no eran mías. Lo que había sentido antes era solo un atisbo de la profundidad que me envolvía ahora.

Su feroz instinto de protección. Sus siglos de soledad. Su alivio al encontrarme viva en estos túneles cuando se temía lo peor. Su gratitud por haber encontrado a su compañera y porque… porque su compañera era… yo.

Mi mano tembló contra su mejilla. —Te siento. Dentro de mí.

Su voz se volvió ronca. —Cuanto más aceptemos el vínculo, más se fortalecerá.

La idea de aceptar el vínculo se asentó con pesadez. Fortalecerlo significaba renunciar al control. No era poca cosa lo que me pedía. Lo era todo. Confianza. Entrega. Una fe que no estaba segura de saber dar.

Era un gran salto de fe lo que me pedía. Quizá el mayor de todos.

Quizá para ambos.

—¿Te duele? ¿Cuando lucho contra ello?

—Sí. Pero la elección siempre será tuya.—

Verdad.

Su honestidad me conmovió. Admitía el dolor sin usarlo para manipularme.

Su pulgar recorrió mi mandíbula. —Aceptaré cualquier cosa que me des. Un aliento tras otro. Un roce tras otro. No hay prisa, pequeña compañera.—

Pequeña compañera. El apelativo cariñoso me envolvió como una manta. Un reconocimiento de lo que existía entre nosotros, lo aceptara yo o no.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué yo? El destino podría haberte dado a cualquiera.—

—El destino siempre trae lo mejor. La plenitud de nuestra alma. Nunca nos rendimos y sabíamos que serías lo bastante especial como para esperar siglos por ti. —Acarició mi hombro, con el pulgar rozando mi clavícula—. Y el destino te eligió a ti: lo bastante fuerte para sobrevivir a lo que destruiría a otros, lo bastante valiente para enfrentarte a monstruos, lo bastante amable para que la crueldad no te corrompiera. Eres todo lo que habíamos estado esperando.—

Sus palabras golpearon lugares gélidos dentro de mí. Lugares que había enterrado tan hondo que había olvidado que existían. Su fe en mí, en quién era yo bajo las cicatrices y las defensas, derritió algo vital que llevaba demasiado tiempo congelado.

La tensión consciente entre nosotros se espesó. Sus ojos de medianoche seguían cada aliento que tomaba, cada movimiento involuntario de mi cuerpo contra el suyo. La dureza de su miembro presionaba entre nosotros, imposible de ignorar, y mi cuerpo respondió con un calor húmedo que me habría avergonzado si la supervivencia no me hubiera despojado de todo fingimiento.

—Huelo tu excitación. Está volviendo loca a mi serpiente —retumbó él con voz grave y áspera.

Mis mejillas ardieron a pesar del frío. —No lo..., no puedo controlar...—

—No quiero que lo controles. —Su mano se deslizó de mi columna a mi cadera—. Quiero que sientas. Que tomes lo que necesites de mí.—

—Nunca he hecho esto antes. Nunca me he sentido así. —Vulnerable y expuesta, sí, pero también deseada. Deseando y siendo deseada, atrapada entre el miedo y su atracción, sin saber cuál de los dos vencería.

Nunca había confiado en nadie lo suficiente como para desearlo. Desear significaba vulnerabilidad. Significaba que él podría destruirme sin mover un dedo.

—¿Y si lo que necesito me asusta?—

Su pulgar trazaba círculos en el hueso de mi cadera, acercándose en cada pasada al lugar donde sentía el anhelo. —Entonces estaremos asustados juntos.—



Capítulo once

El deseo de besar a Seakal ardía en cada pensamiento hasta que nada más importaba. Necesitaba saborearlo, sentir la sólida verdad del calor y la piel para ahuyentar el miedo que se aferraba a mis huesos.

No debería querer esto. No debería confiar en depredadores, no debería necesitar a nadie. Cada instinto gritaba peligro. Pero aun así me acerqué más, anteponiendo el deseo al miedo.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero permaneció inmóvil, dejando que yo tomara la iniciativa. Mis labios rozaron los suyos, vacilantes, preguntando. Me presioné contra él y la curiosidad se convirtió en valor a medida que el beso se profundizaba. Su boca era cálida, suave a pesar de los colmillos ocultos tras sus labios.

Su mano se deslizó por mi pelo, sosteniendo la base de mi cráneo, y nuestro beso se volvió más intenso. Sus colmillos rozaron mi labio inferior, un rasguño de peligro que envió una oleada de calor directamente a través de mí.

Solté un jadeo y el autocontrol de Seakal se rompió. Su otra mano se deslizó por toda mi columna, trazando mi cintura antes de agarrar mi cadera con una presión firme y posesiva.

—Zahra —susurró contra mis labios; mi nombre era una súplica y una advertencia a la vez.

La línea dura de su cuerpo se presionó contra mi muslo, una promesa de lo que esperaba si pedía más. Me arqueé contra él, buscando la fricción, atónita por la facilidad con la que mi cuerpo respondía al suyo. Cada movimiento me acercaba más a ese calor hasta que los pensamientos se dispersaron, dejando solo el ritmo de nuestra respiración y el latido salvaje de mi pulso.

Seakal interrumpió el beso el tiempo justo para apoyar su frente contra la mía. Su voz sonó ronca, con la respiración entrecortada. —Dime que pare, pequeña compañera, y lo haré.—

No lo hice. No pude. La única verdad que quedaba en mí era que lo quería más cerca.

El vínculo entre nosotros ardió. Su azul cobalto y mi verde esmeralda brillaron a la vez. El calor se extendió por mi cuerpo, desterrando los últimos rastros de frío. Cada terminación nerviosa cobró vida, hipersensible a su tacto, a su sabor, a su proximidad.

Su brazo se tensó alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia él hasta que me senté a horcajadas sobre su muslo. La postura presionó mi sexo contra el músculo duro de su pierna, y mis caderas se balancearon hacia delante, buscando más de esa deliciosa presión.

—¿Es esto lo que quieres, pequeña compañera? Dime ahora que me detenga y lo haré. — Su mano rozó todo el costado de mi cintura —. —Aunque espero que no quieras parar.—

—Que parara era lo último que deseaba—. No quiero parar. Quiero..., necesito...

Sus manos agarraron mis caderas, atrayéndome más hasta que el más mínimo movimiento enviaba chispas a través de ambos. —Te daré todo lo que necesites, mi hermosa compañera. *Todo*.

El calor entre nuestros cuerpos aumentó rápido, insoportable; cada roce de fricción arrancaba de mi garganta un sonido que no podía controlar. Me guio hacia un ritmo lento y deliberado, con mi centro balanceándose contra los duros músculos de su muslo. Cada uno de sus músculos se tensó, temblando por el esfuerzo necesario para contenerse.

Me moví con él; el contacto era agudo e embriagador, y el placer se enroscaba más fuerte con cada vaivén. Mi cuerpo sabía lo que

quería mucho antes de que mi mente pudiera asimilarlo.

Sus ojos buscaron los míos, ardiendo de hambre y de algo mucho más peligroso. Adoración. Reverencia. Me mantuvo inmóvil incluso cuando el siguiente aliento se me quebró.

—Tan hermosa —murmuró—. —Tan perfecta.—

Su muslo se flexionó bajo mi cuerpo, presionando hacia arriba para encontrarse con cada movimiento de mis caderas.

—Eso es, pequeña compañera. Toma tu placer. Muéstrame lo que necesitas.—

Esto no era supervivencia, no era necesidad. Esto era una elección. Mi elección. Mi cuerpo, mi deseo, mi decisión de compartirlo con él.

Me apoyé contra su pecho, clavando las uñas en los planos duros de sus músculos. Su piel ardía bajo mi tacto, febril e increíblemente suave, excepto donde las escamas aún brillaban a lo largo de su clavícula, sus hombros y el surco de sus costillas.

—¿Puedo tocarte? —preguntó con voz tensa—. ¿Tocarte de verdad?

No deseaba nada más. —Dioses, sí. Por favor, tócame, Seakal.

Su mano se deslizó desde mi cadera, trazando la línea de mis costillas en un ascenso lento que dejaba chispas en mi piel. —Voy a acariciar tu pecho con mi palma. Voy a sentir lo duro que tienes el pezón. Voy a ver lo firme y erguido que está—, murmuró; su voz era más una vibración que un sonido.

—Sí —suspiré.

Su palma se posó sobre mi pecho. Cuando su pulgar rozó la punta, la sensación me golpeó como un latido de fuego que me hizo arquearme contra él. *Se sentía tan bien.*

—Tan sensible. Tan receptiva—, dijo, y el rastro de satisfacción en su tono me provocó otra oleada de calor. —Voy a tomar este pecho perfecto en mi boca. Voy a provocarte con mi lengua. A rozar tu pezón para sentir cómo te mojas sobre mi muslo.

Bajó la cabeza y sustituyó su mano por su boca. El calor me invadió al primer contacto de sus labios. Cada movimiento de su boca enviaba un ronroneo bajo por su pecho que resonaba contra mi

piel. La vibración profundizaba el placer hasta que todos mis sentidos se redujeron a ese único punto de contacto.

Entrelacé mis dedos en su pelo y dejé que los mechones sedosos se deslizaran entre ellos. Emitió un sonido y mi pulso se aceleró. El más mínimo movimiento de su boca me arrancó otro grito, esta vez más crudo.

La mezcla de autocontrol y hambre en él era insoportable. Se contenía, nunca era brusco, nunca tomaba más de lo que yo daba y, sin embargo, la promesa de lo que podía hacer flotaba en el aire como electricidad estática. El saber que esperaba a que yo lo guiara me desarmaba más que cualquier caricia.

Me arqueé más cerca, buscando su calor, necesitando la conexión tanto como el placer. Cada respiración era más rápida y superficial, hasta que el pensamiento se nubló en los bordes y el instinto tomó el mando. Cada lento recorrido de su boca borraba la distancia entre lo que me asustaba y lo que anhelaba, hasta que esas cosas se convirtieron en la misma.

Levantó la cabeza para respirar contra mi piel. —Voy a tocarte donde te duele, pequeña compañera. Voy a estimular tu clítoris y a llenarte con mis dedos.

La respuesta brotó entre la bruma del placer. —Sí, por favor, Seakal. Sí.

Las yemas de sus dedos rozaron la suave curva de mi cintura, demorándose lo suficiente para que mi piel hormigueara. Siguió la línea de mi cadera hacia abajo, trazando un camino deliberado por la redondez de mis caderas, cartografiando la geografía secreta de mi deseo.

Presionó el apretado nudo de nervios en el vértice de mi sexo con la yema del pulgar, dando círculos suaves al principio, una caricia ligera como una pluma que me provocó un leve gemido. El movimiento circular se cerró; cada órbita era un susurro de presión; cada roce de su pulgar, una promesa de más. Mi cuerpo se arqueó, mis caderas se elevaron una fracción, ansiando la fricción.

Se me escapó un suave jadeo, se me cortó la respiración ante un pulso eléctrico que se extendió hacia afuera y tensó la piel del interior de mis muslos.

—Por favor—, jadeé, sin estar segura de qué estaba suplicando, solo sabiendo que necesitaba más.

Deslizó sus dedos largos y delgados por la hendidura, dejando que la punta de su dedo corazón recorriera el borde húmedo de mi entrada. El contacto fue suave mientras separaba mis labios, revelando la suave piel rosada que brillaba con mi propia humedad. Entonces sus dedos se hundieron, pasando el delicado borde y entrando en mi calor.

—Qué hambrienta estás de mí—, murmuró con voz forzada.

Sus dedos se curvaron, encontrando un punto en mi interior que me hizo gritar, mientras mis paredes internas se contraían a su alrededor. Se deslizó más profundamente, con su nudillo encontrando el ritmo perfecto, retrocediendo un poco y volviendo a empujar; el movimiento era deliberado, provocando las paredes de mi canal. Cada embestida era lenta, medida, permitiéndome saborear el estiramiento y la plenitud.

—¡Qué bien me recibes! —murmuró, con la voz ronca por el deseo. Las palabras vibraron contra mi piel, erizando el vello de mi nuca. Mi respiración era corta e irregular; cada inhalación era una bocanada desesperada por más, cada exhalación, un suspiro suave e involuntario. —Toma lo que necesites. Úsame. Déjame ver cómo te deshaces.—

Se me escapó un gemido bajo mientras el placer florecía, enroscándose en lo profundo de mi vientre. Froté mis caderas contra su mano, buscando más de esa deliciosa fricción. El mundo se redujo a la sensación de sus dedos dentro de mí.

—Mírame. Quiero verlo en tus ojos cuando te rompas por mí.— Obligué a mis ojos a abrirse y encontré unas profundidades de medianoche que no contenían juicio, solo hambre y deseo.

Mis músculos internos se apretaron alrededor de sus dedos. El placer era algo vivo, que subía y se tensaba para luego explotar en un clímax brillante y estremecedor. La ola de liberación me recorrió, una inundación de calor que me dejó temblando, con la respiración entrecortada y todo el cuerpo vibrando con el eco persistente de su tacto.

Sus dedos seguían moviéndose, lentos y tiernos, arrancándome los últimos temblores de placer mientras me deshacía en sus brazos.

Seakal me sujetó en la jaula de sus brazos, con una mano acariciando mi columna de arriba abajo. Durante unos cuantos latidos, el mundo no fue más que calidez, seguridad y el trueno constante de su corazón bajo mi oído, pero el frío se filtró por mi piel y se clavó en mis huesos. El calor corporal de Seakal no lograba ahuyentarlo. Me acurruqué contra él, pero seguía tiritando. Me apretó más fuerte, intentando compartir más de su calor, pero nada alejaba el frío.

—Supongo que no te quedará más de ese elixir —bromeé a medias.

Su palma se aplanó contra mi espalda. —Nuestras serpientes tendrán más resistencia al frío. Nuestra otra forma puede generar calor internamente de formas que nuestra parte humana no puede. —

Por un instante, el silencio se instaló entre nosotros. El latido constante del corazón de Seakal se convirtió en un ritmo bajo mi mejilla, un ancla que llevó mis pensamientos a un lugar adonde no había tenido intención de ir.

La selva olía a tierra y a podredumbre dulce cuando la serpiente atacó, convirtiendo mi sangre en fuego. Había regresado a rastras a mi cabaña, segura de que moriría en el lodo. El recuerdo siempre había vivido medio enterrado, pero ahora los bordes se desdibujaban y se recomponían, con nuevos recuerdos filtrándose por las grietas.

La descarga de una fuerza que no era mía. El momento en que su poder me inundó. Su hambre. Su violencia.

Y bajo todo eso, el terror. El miedo profundo e instintivo de que si me entregaba a ella por completo, si alguna vez dejaba que la serpiente que llevaba dentro tomara el control de nuevo, podría no devolverme el mando.

—Ella no apareció antes. Cuando me trajiste a través del pilar con tu magia. No vino para ayudarte a luchar. No estaba ahí —dije.

Seakal se quedó inmóvil bajo mi cuerpo. —¿Tu serpiente no respondió a tu llamada?—

Negué con la cabeza contra su pecho. —Se había ido.—

La preocupación marcó líneas alrededor de su boca. —¿Cuándo fue la última vez que sentiste su presencia?—

El frío me dificultaba el pensamiento. —Arriba. Justo antes de que cayéramos a través del hielo.—

Frunció el ceño, y ese músculo de su mandíbula se tensó. —Te culpas por eso, y creo que ella también.—

Me resultaba imposible comprender cómo una serpiente podía sentir nada. No tenían humanidad. Ni empatía. Solo instinto. No le importaba a qué atacaba para sobrevivir.

Su pulgar recorrió mi pómulo; un toque suave a pesar de la preocupación que emanaba de él. —Tu serpiente no es algo ajeno a ti, pequeña compañera. Es una faceta de ti misma. Eres tú—.

—Es una serpiente—. Las palabras salieron sin entonación. —Un animal que se desliza y sisea y...—. Se me cerró la garganta antes de terminar. Algo que mordía. Algo que mataba con veneno. Algo que se enroscaba en su presa y apretaba hasta que los huesos crujían. —Es una criatura que hay que evitar.—

—Nuestras serpientes son nuestras formas cambiadas. No son animales, aunque a los animales tampoco hay que temerles; hay que respetarlos, sí, pero no temerles. Tu forma de serpiente eres tú: tu conciencia, tu voluntad, tus elecciones. No es una criatura aparte que viva en tu interior—.

La distinción debería haber tenido sentido. Debería haber aliviado el nudo de terror que sentía en el pecho. Pero años de condicionamiento no se deshacen con lógica.

Resoplé, y mi aliento se condensó en el aire. —Es evidente que a ti no te han mordido—.

Él no había sentido el veneno arder por sus venas, convirtiendo su sangre en fuego. No había visto cómo su piel se volvía negra alrededor de la herida mientras deliraba por la fiebre viendo escamas que lo tragaban entero. No estaba retorciéndose en un suelo de tierra sabiendo que nadie vendría a ayudarlo.

La expresión de Seakal se suavizó. —No. Pero he vivido con mi serpiente durante siglos. Me ha dado fuerza, velocidad, poder para proteger a quienes amo. Ella no es tu enemiga, pequeña

compañera. Es tu protectora, pero está atrapada. Se está vilipendiando a sí misma por algo que no pudo controlar—.

Varios argumentos acudieron a mis labios, pero el frío mordió con más fuerza, robándome las ganas de pelear.

—Búscala. No tengas miedo. Deja que te muestre quién es en realidad—, dijo él.

Vacilé, con los dientes castañeando. No sabía si era el frío o el miedo lo que me hacía temblar.

—Cierra los ojos—, susurró Seakal—. Búscala.—

Intentando ignorar el frío que me entumecía los dedos de las manos y los pies, cerré los ojos. La oscuridad me rodeó, pero yo profundicé más, buscando esa otra presencia.

—No hay nada—, dije.

—Entonces imagínala. He visto a tu serpiente, pequeña compañera. Cuando cambiaste en la cueva de Britheva, cuando luchaste a nuestro lado en el hielo. ¿Quieres saber qué vi?—

Negué con la cabeza, sin atreverme a hablar.

—Escamas del color de la vida. Una esmeralda iridiscente que se vuelve plateada cuando te mueves. No es oscura ni apagada, sino brillante. Viva. Tus ojos seguían siendo del mismo marrón miel, pero resplandecían de poder—. Bajó la voz—. Estabas magnífica. Feroz, grácil y tan hermosa.—

El calor me inundó la cara a pesar del frío. —Solo lo dices por decir —.

—Te digo lo que veo cuando miro a mi compañera en su forma verdadera. Una fuerza enroscada y elegante. Un poder que no pide perdón por existir. Una serpiente que luchó contra criaturas que doblaban su tamaño para proteger a quienes ella… —hizo una pausa —. Para protegernos. Estabas impresionante, Zahra. Nunca he visto nada más perfecto.

La convicción en su voz resquebrajó los muros que yo había construido en mi interior. Él no veía a un monstruo cuando miraba a mi serpiente.

Y, si era sincera, sus formas de serpiente me parecían menos monstruosas que antes. El recuerdo de la primera vez que los vi — las escamas, los colmillos, el tamaño imposible— seguía siendo

extraño, pero ahora conllevaba algo diferente. El brillo de sus escamas ya no era una amenaza; era belleza, viva y peligrosa, sí, pero magnífica por derecho propio. No eran bestias destinadas a aterrorizarme: eran magia viva, poder hecho carne. Seguía siendo extraño, pero ya no era… horripilante.

—Ella es parte de ti. La parte que es lo bastante fuerte como para portar la poderosa magia de dos mundos. La parte que me trajo a través de aquel pilar porque te negaste a dejarme morir —su pulgar recorrió mi mandíbula—. Búscala ahora. Hazle saber que estás lista para verla como la veo yo.

Entonces… allí. Un destello. Tenue. No la presencia agresiva y exigente que recordaba, sino algo más pequeño. Asustado. Escondido en el rincón más profundo y oscuro de mi conciencia, adonde la había empujado cada vez que intentaba emerger.

Ahí estás.

Ella se enroscó más sobre sí misma. La reacción me dejó atónita. No era la criatura violenta y hambrienta que había tomado el control en la cueva de Britheva. Ni el animal que me había atacado en el suelo de la selva. Esto era…

Miedo.

Tenía miedo.

—¿La sientes?— La voz de Seakal me servía de ancla, impidiéndome retroceder.

—Sí. Pero se está escondiendo. No quiere salir.

Su mano me acarició el pelo. —Muéstrale que no tienes miedo. Persuádela. Invítala a ser parte de ti otra vez.

Invitarla. Como si fuera una invitada a la que hubiera rechazado en lugar de un monstruo al que hubiera encerrado en el sótano.

Fui a por ella de nuevo, esta vez con más profundidad. No buscando algo extraño, sino extendiendo una invitación. Una mano metafórica tendida hacia esa oscuridad donde se ocultaba, con la palma abierta y los dedos relajados. Esperando. Ofreciendo.

Estoy aquí. No te haré daño. Lo prometo.

Aquello que estaba enroscado se aflojó. Su cabeza escamosa se levantó de la oscuridad, apenas visible. Los ojos esmeralda parpadearon hacia mí con una incertidumbre desgarradora.

El terror me subió por la garganta. Cada instinto gritaba que retrocediera, que cerrara de nuevo esa puerta, que la empujara de vuelta a la jaula a la que pertenecía. Pero obligué a mi mano metafórica a quedarse extendida. Firme. Abierta.

Por favor. Yo… quiero conocerte.

Se movió entonces, tan despacio, hasta que su cabeza se apretó contra mi mano. Recorrí la forma de su cabeza. Sus escamas eran suaves y cálidas bajo mi tacto.

Cálida. No de sangre fría y ajena. Cálida como una piedra calentada por el sol. Segura como un refugio.

Estaba cálida. Y se sentía… segura. Un hogar.

—La… la siento. Ha salido. Estoy… acariciándole la cabeza —mis palabras salían entrecortadas—. Y me está dejando.

La risa profunda de Seakal vibró a través de mí. —Por supuesto que sí. No te hará daño a ti ni a nosotros. Intenta el Cambio ahora, pequeña compañera. Recuerda, ella es un aspecto de ti, una forma, otra manera de ser tú misma. No la invoques; deja que te conviertas en ella.

—No lo entiendo.

—Piénsalo como un cambio de perspectiva. Cuando eres humana, experimentas el mundo a través de los sentidos humanos, de las limitaciones humanas. Cuando eres serpiente, lo experimentas de forma diferente. Pero sigues siendo tú.

El concepto trastocó todo lo que yo creía. —¿Ella no toma el control?

—No más de lo que tu brazo toma el mando cuando vas a coger algo. Tú siempre tienes el control, pequeña compañera. La forma puede cambiar, pero tú sigues siendo tú misma.

Ella se acercó más, ansiosa ahora. Imaginé que mi cuerpo expresaba su otra naturaleza. Las escamas no eran extrañas, eran mías. Los colmillos no eran armas impuestas, eran parte de mi arsenal.

Un calor floreció a lo largo de mi columna, extendiéndose hacia afuera. No fue el desgarro agonizante de huesos rompiéndose y reformándose que había experimentado antes, sino una transición fluida. Una parte de mí esperaba el dolor; el reflejo de años era

demasiado fuerte para borrarse en un instante. Pero no llegó. Mis vértebras se alargaron, añadiendo segmentos que siempre habían estado ahí, solo que guardados.

Mis piernas se fusionaron, la separación entre ellas se disolvió mientras la parte inferior de mi cuerpo se alargaba en poderosos anillos. Natural. Correcto.

Las escamas brotaron por mi piel, pero ahora las percibía de forma distinta. No como una invasión, sino como una revelación. Siempre habían estado ahí, ocultas bajo la carne humana, esperando permiso para mostrarse. De un verde esmeralda iridiscente con toques plateados, captaron la tenue luz y la devolvieron transformada.

Mi mandíbula se estiró, dando cabida a los colmillos que se deslizaron en su sitio. Los sentidos aumentados me golpearon de golpe. El gusto y el olfato se fusionaron, las huellas de calor pintaban el mundo con nuevos colores, las vibraciones a través de la piedra me decían todo lo que se movía en este infierno helado.

¡Santos cielos! Lo había logrado. De verdad lo había logrado.

Pero no había nada malvado en estar en esta forma. Seguía siendo yo. Seguía siendo Zahra. Seguía teniendo mis propios pensamientos, sintiendo mis propios sentimientos. Solo que... diferente.

El frío que me estaba matando hacía unos momentos apenas se notaba ya. Mis escamas retenían el calor y me aislaban del gélido ambiente. El calor se extendió por mis anillos hasta que me sentí caliente a pesar del hielo que nos rodeaba.

Había cambiado. A propósito. Con control.

Y no me había perdido a mí misma.

—Hermosa —susurró Seakal—. Estás magnífica, pequeña compañera.

Su forma se desdibujó. El cambio ocurrió más rápido que el pensamiento. En un momento era un hombre; al siguiente, una enorme serpiente enroscada alrededor de mí. Sus escamas de medianoche brillaban, con ese azul cobalto que se oscurecía hasta casi el negro en las sombras.

Ya no me aterrorizaba. Porque lo reconocía. No a pesar de la forma de serpiente, sino a través de ella. Su esencia, su alma, lo fundamental de Seakal, brillaba a través de las escamas y los anillos.

El vínculo entre nosotros palpitaba con más fuerza en esta forma; nuestras naturalezas de serpiente se reconocían mutuamente de un modo que nuestras figuras humanas no podían captar del todo.

Me enrosqué a mi vez sobre él, guiada por el instinto. Nuestros cuerpos se entrelazaron: su forma más grande protegía la mía y la mía, más pequeña, encajaba en los espacios que él creaba. El calor floreció entre nosotros, las escamas generaban calor y ahuyentaban el frío de cada rincón oculto.

Su cabeza descansaba cerca de la mía, nuestros anillos lo bastante apretados para compartir el calor. Su cola se enroscó con la mía, con la punta curvándose. Un pulso sacudió el vínculo. Una luz de color zafiro se encendió en mi mente. Los anillos de Seakal se tensaron a mi alrededor y su cuerpo se quedó rígido. Él también lo sentía.

Navaree.

El alivio floreció y luego se hizo añicos por el pavor. La luz parpadeaba, flaqueaba, se atenuaba. No era constante: estaba sufriendo.

Estaba vivo. Pero por poco.

Y estaba en problemas.



Capítulo doce

El vínculo tiró de mí con brusquedad, enganchándose en mis costillas y arrastrándome más profundamente por los túneles. Una luz de color zafiro pulsaba a través de la conexión. *Navaree estaba vivo*. La certeza me impulsó a avanzar más rápido a través de la oscuridad helada.

Mi serpiente y yo nos movíamos al unísono. La mayor parte del tiempo. A veces ella presionaba demasiado, deseaba cosas que yo no. Pero aquí, ahora, con Seakal a mi lado y Navaree delante, estábamos de acuerdo. Encontrarlo. Salvarlo. Todo lo demás podía esperar.

Mi cuerpo fluía sobre el hielo y la piedra con una gracia que jamás había conocido en mi forma humana. Cada músculo sabía exactamente cuándo contraerse y cuándo relajarse. Mis anillos ondulaban a un ritmo perfecto, propulsándome con una potencia que solo había soñado poseer. Seakal tenía razón. Éramos el mismo ser, simplemente expresándonos con una forma diferente.

Había algo primario en esto, pero nada de ello era irracional. No me parecía en nada al animal que me había mordido de niña. Tenía el control. Tenía empatía. Tenía pensamiento y capacidad de elección. Todo lo que yo era, lo seguía siendo.

Seakal se mantuvo cerca; sus escamas color medianoche rozaban las mías mientras avanzábamos. Cada roce enviaba una sacudida

aguda por mi espalda. Cada flexión de sus músculos rozaba mi costado, generando calor. El deslizamiento áspero de las escamas, el sonido de estas al engancharse y soltarse, llenaba el espacio. El frío se desvanecía ante la fricción, dejando solo velocidad, aliento y el peso sólido de su cuerpo moviéndose conmigo.

Venas carmesíes latían a través de las paredes de hielo. Finas al principio, luego más gruesas a medida que reptaban por la roca, extendiéndose como la podredumbre. Su magia llegaba hondo, demasiado hondo para que nadie más pudiera verla. Solo nosotros. Solo Seakal y yo. La verdad vivía aquí abajo, enterrada bajo el hielo y el silencio, y nadie arriba lo sabría jamás a menos que la detuviéramos.

El carmesí se extendía como los dedos de Britheva sobre mi piel. Violando. Reclamando. Tomando lo que no le pertenecía. Mi cuerpo lo recordaba aunque mi mente intentara olvidarlo.

El peso de todo aquello cayó sobre mí. Éramos los únicos que lo sabíamos. Los únicos que habíamos visto la corrupción devorando las líneas ley, consumiendo el poder del grimorio, convirtiendo la savia vital de Faerie en su arma. Recaía sobre nuestros hombros detenerla.

¿Pero cómo?

Yo no era nadie. ¿Esperaban que salvara un mundo entero? Fracasaría. Siempre fracasaba. Y esta vez, todos morirían por mi culpa.

Seakal pensaba que yo era poderosa. Navaree me confiaba su vida. Me miraban y veían fuerza, veían magia, veían a una Elegida que podía salvar ambos mundos.

Apenas acababa de lograr Cambiar voluntariamente. Britheva me llevaba mil años de ventaja. Mi magia era una incógnita. No sabía cómo usarla. No conocía sus límites ni su precio. El poder del grimorio había estallado fuera de mí en el hielo de arriba y casi nos mata a todos con el latigazo. Había atravesado un pilar con Seakal por accidente. Había avanzado a trompicones por túneles helados. Eso era todo lo que tenía contra una mujer que había pasado siglos perfeccionando su maldad.

Estaba lamentablemente mal preparada. Superada. Una niña jugando con fuerzas que no alcanzaba a comprender mientras un monstruo ancestral nos cazaba en la oscuridad.

Pero el pulso de Navaree latía a través del vínculo, un corazón lejano. Eso era suficiente. Por muy inexperta y poco preparada que estuviera, tenía que llegar hasta él. El fracaso no era una opción.

Una bifurcación dividió el túnel más adelante. El vínculo tiró hacia la derecha y yo lo seguí. Sin dudar. Sin cuestionarme nada. Sin la ansiedad humana retorciéndome las entrañas ni la lógica gritándome que lo reconsiderara.

Había algunas cosas que esta forma hacía mejor que mi forma humana. El instinto era más claro. Más agudo. Mi serpiente sabía qué camino llevaba a nuestro compañero de la misma forma que sabía cómo respirar, cómo moverse, cómo atacar. El conocimiento no provenía de mi mente. Surgía de algún lugar más profundo. Confiar resultaba más fácil aquí. El miedo seguía viviendo en mí, pero no me paralizaba. No me hacía cuestionar cada elección hasta quedarme inmóvil. Me movía siguiendo el hilo de zafiro a través de la oscuridad.

Un chillido inhumano raspó el interior de mi cráneo e hizo que se erizaran todas las escamas de mi columna, resonando en algún lugar de estos túneles. Las criaturas de Britheva venían a por nosotros.

Salimos disparados por los túneles; la roca dentada dio paso a una piedra pulida mientras ambos seguíamos la atracción de Navaree. Las paredes, el suelo y el techo se volvieron rectos y lisos. Alguien había tallado este pasaje. Una presión aumentó en el aire. No era sonido. Era vibración. Pulsaba a través de la piedra y llegaba a mis escamas a medida que nos adentrábamos más en esta sección. Poder. Ancestral, vasto y paciente.

La textura bajo mis anillos pasó de hielo rugoso a pizarra encajada. Las piedras encajaban tan perfectamente que siglos de escarcha no las habían movido. Los símbolos cubrían la superficie, tenues bajo los cristales de hielo. Líneas que se cerraban sobre sí mismas. Espirales. Runas que me resultaban familiares a pesar de no haberlas visto nunca.

El agua goteaba de la escarcha derretida. Cada gota caía a ritmo con la presión que pulsaba a través de la piedra. Mis pulmones se expandían con más facilidad aquí. El aire sabía diferente. Más cálido. Menos brutal.

El vínculo se tensó hasta que vibró como un cable de alta tensión en mi pecho. La atracción se agudizó, guiándome a través de la oscuridad. Saqué la lengua, saboreándolo en el aire.

Estaba lo suficientemente cerca como para que el aire transportara su aroma, pero el sabor de la sangre destrozó cualquier alivio. Estaba herido. El conocimiento me golpeó como una chispa bajo la piel, una exigencia de velocidad, de acción, de cualquier cosa que me llevara hasta él.

Un arco se perfiló delante. Piedra negra surcada por vetas de plata. Obsidiana. Todo el marco tallado en una sola pieza de cristal volcánico, reflejándonos como un espejo.

Dos serpientes gemelas formaban el arco, con sus cuerpos entrelazados. Una ascendía por la izquierda y la otra descendía por la derecha. Se encontraban en el ápice en un beso o una batalla; cada escama y bulto de músculo estaba detallado en la piedra. Las esquirlas de cristal incrustadas en las cuencas de los ojos brillaban.

Las runas recorrían la base del arco y, a medida que me acercaba, resplandecían. Líneas pálidas brillaban con un oro intenso, la luz manaba de los símbolos tallados y se derramaba por el suelo. Me detuve en el umbral. Seakal se paró a mi lado.

El aire más allá del arco pesaba contra mi piel. Me acerqué un poco más y una onda recorrió la entrada. La presión se deslizó sobre mí, con pequeños hormigueos recorriendo mi cuerpo. La sensación se apretó alrededor de mi pecho y luego se suavizó, asentándose como un leve zumbido bajo mi piel.

Bienvenida, hija.

Durante un latido me quedé helada, sin saber si lo había imaginado. Un escalofrío me recorrió la espalda, parte reverencia, parte inquietud. El saludo conllevaba un peso que no comprendía, una familiaridad que parecía imposible. La inquietud me punzaba en los bordes de mis pensamientos, pero el impulso de dar un paso

adelante era más fuerte. Navaree nos necesitaba, y él era más importante que mis excesivas cavilaciones.

La presión en el aire disminuyó mientras nos deslizábamos al interior. El túnel se abría a un vasto templo subterráneo. El aire más allá era cálido y olía a polvo mineral húmedo. Paredes circulares se curvaban hacia arriba hasta formar una cúpula. Pilares tallados con forma de serpientes enroscadas sostenían el techo. Cada escama brillaba bajo un fino velo de escarcha, cada colmillo se curvaba con perfección. El suelo se extendía bajo nosotros en un mosaico de azules, verdes y dorados, colores dispuestos en patrones intrincados que cambiaban cuando intentaba enfocarme en ellos. Formas de serpientes se entrelazaban entre estallidos solares y espirales, sus bordes estaban suavizados por el hielo, pero aun así capturaban hilos de luz bajo la escarcha.

Y en el centro...

Navaree.

Mi corazón se detuvo. Luego golpeó con fuerza contra mis costillas.

Estaba arrodillado sobre el mosaico, medio desplomado, con una mano apoyada en el suelo en su forma humana. Su cabello de platino caía en mechones veteados de hielo sobre su rostro. La sangre bajaba por un brazo, vívida contra su piel azul. Su respiración era superficial y rápida, y cada exhalación, visible en el aire frío.

El Cambio me atravesó antes de pensarlo. Las escamas se fundieron en piel. Mi forma de serpiente se disolvió. Mis piernas apenas me sostuvieron mientras corría hacia él.

La cabeza de Navaree se levantó. Sus ojos de zafiro encontraron los míos, enfocándose con un esfuerzo que mostraba cuánto le costaba. El reconocimiento parpadeó. Alivio.

—Compañera. —Su voz sonó ronca, desgarrada.

Mis rodillas golpearon el suelo de piedra junto a Navaree. Busqué su rostro, temblando tanto que casi fallé. Su piel ardía bajo mis palmas. Caliente. Sólido. Real.

Las palabras destrozaron mi control. Un sollozo se escapó de mi garganta. Mis dedos se deslizaron por su cabello, aferrando los

mechones cubiertos de hielo. Estaba aquí. Sólido. No muerto. No perdido.

Mío.

—Me has encontrado —susurró.

El vínculo fulguró. La luz de su alma color zafiro rozó la mía, deslizándose por cada rincón de mi ser. La conexión golpeó con más fuerza que en la caverna bajo el lago helado. Más fuerte. Cruda. Lo sentía todo. Su pulso. Su dolor. Su alivio ardiendo a través de él, mezclado con el agotamiento y un deseo feroz y desprotegido.

No había duda de su necesidad. Su alivio. Su deseo me alcanzó. Era demasiado y no suficiente a la vez, un torrente que no dejaba espacio para el pensamiento.

Mi boca chocó contra la suya. No fue un beso suave. Ni con cuidado. Era la desesperación hecha carne, la prueba de que él era real, de que ambos seguíamos vivos después de tanta muerte, hielo y terror.

Se le cortó la respiración. Luego su mano se disparó, enredándose en mi cabello. Me mantuvo allí, con un agarre que rozaba lo doloroso. El beso se profundizó, se volvió hambriento. Su boca se abrió bajo la mía, su lengua se deslizó contra mi labio inferior antes de presionar hacia dentro.

Sus colmillos rozaron mi labio; no lo suficiente para romper la piel, pero sí para enviar calor directamente entre mis muslos. Se me escapó un jadeo y él se lo tragó, su lengua acariciando más profundo, reclamando cada sonido que yo emitía.

Las luces de nuestras almas fulguraron. El zafiro y la esmeralda se retorcieron juntos, trenzándose en un solo pulso estremecedor que me atravesó por completo. El vínculo cantó. No estaba sellado, pero era más fuerte.

Me agarró la cadera, hundiendo los dedos con fuerza en la carne desnuda. Me acercó de un tirón hasta que me senté a horcajadas sobre su muslo. El calor estalló en mi interior ante el contacto. Ya estaba mojada, ya sentía el anhelo; mi cuerpo respondía a él antes de que mi mente se pusiera al día.

—Tenemos que parar. Tenemos que…

Mal. Esto estaba mal. Estaba herido. Estábamos en peligro. No debería estar restregándome contra él mientras su sangre aún manchaba la piedra bajo nosotros. A pesar de todo, mis caderas se movieron hacia delante, buscando la fricción. Buscándolo a él.

—¡Dioses, compañera! No habrá estado en el que me encuentre que sea tan malo como para no besarte. Navaree gimió contra mi boca, y el sonido vibró a través de mi pecho y fue directo a mi clítoris. Su mano en mi cadera se tensó, controlando mi movimiento, guiándome hacia un ritmo que me dejó jadeando contra sus labios.

—No cuando pensé que te había perdido. Cuando pensaba que no volvería a verte jamás…— Sus ojos de zafiro se clavaron en los míos, con las pupilas tan dilatadas que el anillo azul más oscuro a su alrededor apenas se veía. Tenía los labios hinchados de besarme y los colmillos eran visibles cuando respiraba.

Hermoso. Devastador. Mío.

—Estoy aquí. —Mi pulgar recorrió su mandíbula, sintiendo el músculo saltar bajo la piel azul. —Estás aquí. Ambos estamos aquí.

Apoyó su frente contra la mía. La presión de su mano en mi pelo disminuyó y empezó a pasarme los dedos por los mechones enredados con una delicadeza que hizo que se me cerrara la garganta.

Seakal puso una mano sobre el hombro de Navaree. —Nos alegra haberos encontrado.—Sus ojos color medianoche buscaron los míos —. Ella te ha encontrado. Zahra nos ha guiado hasta aquí. Ha sido todo gracias a ella.

Seakal se arrodilló detrás de mí. Nos rodeó a ambos con sus brazos, atrayéndonos contra su pecho. Sus emociones arrollaron el vínculo. La gratitud feroz de Seakal al sentir que su manada se estaba reconstruyendo y fortaleciendo con cada aliento. La alegría abrumadora de Navaree por haber sido hallado. El afecto que se profesaban.

Había estado sola durante mucho tiempo. Sintiéndome sola desde hacía aún más. Siempre al margen. Siempre siendo la que no terminaba de encajar. La chica humana entre cambiapieles. Aquella cosa rota a la que compadecían, pero que nunca reclamaban como suya.

Esto era diferente. Esto era volver a casa, a un lugar que nunca había sabido que existía.

Bajé la mirada hacia el brazo congelado de Navaree. La sangre trazaba líneas oscuras por la piel azul, cristalizada en patrones que parecían casi deliberados. Un escalofrío de horror me recorrió la espalda.

—He matado a tres de esas abominaciones. La cuarta ha logrado burlar mi defensa. La herida no sana. Ni siquiera después de transformarme.—Apretó la mandíbula; se le tensó el músculo bajo la piel.

—¡Maldita sea la magia de Britheva!—escupió Seakal.

El terror se apoderó de mi pecho. —¿Puedes mover el brazo?—

Flexionó su mano hinchada. —Los dedos no me funcionan muy bien, pero aún puedo levantar el brazo sin dificultad.

—Encontré este templo y pensé que tal vez hallaría algo que me ayudara aquí.—Los ojos color zafiro de Navaree recorrieron las columnas talladas y el suelo de mosaico—. Estamos en el Templo de la Diosa Serpiente. Lugares como este albergan hechizos antiguos. Pensé... esperaba que hubiese algo que pudiese sanar una magia tan corrosiva.

El poder profundo que había sentido desde que crucé el umbral cobraba sentido ahora. No se trataba solo de piedra vieja y serpientes talladas. Era un espacio sagrado, protegido por una magia que había sobrevivido a mil años de hielo y guerra.

—¿Y Talesian? ¿Lo has visto?—

La expresión de Navaree decayó. La pena cruzó por su rostro antes de que pudiera ocultarla. —No. Pensé que...—Se le quebró la voz—. Pensé que tal vez estaba con vosotros.

—Zahra me encontró a mí —la mano de Seakal se posó en mi cintura—. Ha usado su magia para traerme a través del hielo. Me ha atraído directamente hacia ella cuando más me necesitaba.

La mirada de Navaree se clavó en la mía. El orgullo ardía a través del dolor grabado en sus rasgos. —¿Has hecho eso? Dioses, Zahra. Eres extraordinaria. Increíblemente poderosa.

El calor me inundó la cara. Agaché la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada. —Yo no... No ha sido...

No sabía cómo había atraído a Seakal hacia mí. Y no había sido lo bastante fuerte como para traer también a Navaree o a Talesian con él. Navaree estaba herido y Talesian seguía desaparecido. No creía ser nada ni remotamente parecido a extraordinaria. Bajé la vista al suelo mientras la realidad de nuestra situación me golpeaba, y después me fijé en nuestro estado.

Estaba desnuda. Arrodillada sobre la piedra fría. Y ellos también estaban desnudos. Ambos. El pecho ancho y el abdomen marcado de Seakal. La musculatura magra de Navaree y la uve de sus caderas que descendía hacia sus miembros largos y gruesos.

Levanté la mirada de golpe, pero no antes de que mi piel vibrara con una energía que nada tenía que ver con mi fracaso. Un rubor me subió por el pecho, el cuello y las mejillas. Mi serpiente se enroscó, atraída por su calor y su fuerza, siseando de deseo. No era el momento. Ni el lugar. Navaree estaba herido, Talesian faltaba, y aun así mi cuerpo me traicionaba, respondiendo a su visión con un hambre desesperada que se avivaba cada vez que los veía.

A Navaree se le ensancharon las aletas de la nariz. Sus pupilas se dilataron. —Debería haber túnicas en la sala del altar —su voz sonó más ronca que antes, forzada.

—Sí.— Me puse en pie de un salto. —Túnicas. Buena idea.

Navaree se incorporó, teniendo cuidado con el brazo herido. Nos guio a través de la vasta cámara hacia una abertura más pequeña tallada en la pared opuesta. El mosaico bajo nuestros pies palpitaba con una luz tenue, y los patrones cambiaban a medida que pasábamos sobre ellos.

La antecámara era más pequeña, más íntima. Unas estanterías de piedra bordeaban las paredes y en ellas descansaban telas dobladas en varios tonos de azul y plata. Se conservaban intactas a pesar de los siglos de abandono.

Cogí la túnica más cercana y me la puse. La tela era más suave que cualquier cosa que hubiera vestido jamás; se asentaba sobre mi piel como la seda. Seakal y Navaree se vistieron con la misma rapidez, aunque me sorprendí a mí misma observando cómo la tela se deslizaba por los hombros de Navaree y cómo se ceñía al pecho de Seakal antes de caer suelta.

Me sentí un poco decepcionada. Estaba un poco decepcionada de ver sus cuerpos cubiertos.

Entonces, un parpadeo de luz dorada me llamó la atención.

Me giré hacia un estrecho umbral. Más allá había una pequeña cámara con un altar apoyado contra la pared del fondo. De las grietas del suelo de piedra brotaban hilos de burbujas doradas que flotaban hacia arriba, suspendidas en el aire como chispas en el agua.

Se me cortó la respiración. —Hay líneas ley aquí dentro.

Las corrientes convergían en un único punto sobre el altar. Las burbujas palpitaban y estallaban a un ritmo lento, esparciendo luz por las paredes hasta que toda la sala resplandeció. Había runas cubriendo cada superficie, talladas profundamente en la piedra. Al cruzar el umbral, estas empezaron a brillar con el mismo oro pálido que me había respondido en la puerta del templo.

Seakal se puso de pie a mi lado. —¿Qué es lo que ves?—

Señalé con el dedo. —Líneas de luz dorada. Fluyen hacia el altar, convergen allí, se unen en un solo punto.—

Navaree mantenía el brazo pegado al cuerpo. —Un nexo. Estás viendo una convergencia de líneas ley, el poder natural de toda Faerie que se acumula en este lugar.— Sus ojos se encontraron con los míos. —Esta sala contiene magia pura, Zahra, y tú puedes verla. Eso significa que puedes alcanzarla.—

—No me siento poderosa—. Cada nuevo descubrimiento solo me recordaba lo poco que entendía, lo rezagada que estaba y lo mucho que esta situación me sobrepasaba.

—Eres más fuerte de lo que crees—. Navaree me tomó la mano, entrelazando sus dedos con los míos. —Esa energía puede sanar. Si la canalizas a través de ti, si permites que queme la corrupción, podrías detener lo que Britheva me ha dejado dentro.—

Me dio un vuelco el estómago. Ni siquiera sabía si mi magia respondería a mi llamada, y mucho menos si me obedecería. —¿Y si lo empeoro? ¿Y si te hago daño?—

—No lo harás.—

—¡Eso no puedes saberlo!— El grito resonó contra la piedra, agudo y crudo. —Podría sobrecargarlo de nuevo, absorber

demasiado, destruirlo todo—. Se me quebró la voz antes de terminar.

Navaree se levantó la manga. Unos zarcillos negros reptaban desde la herida y avanzaban hacia su codo como tinta sobre papel.

—Dioses—. Se me revolvieron las entrañas. —Eso no estaba ahí antes.—

Esbozó una sonrisa pequeña y cansada. —No lo estaba. La corrupción se está extendiendo, y si llega a mi corazón, su magia terminará lo que empezó.—

—Para—. La palabra salió de mi boca antes de que pudiera suavizarla. —Basta ya.—

Me quedé mirando la luz dorada que convergía en el altar, aquel poder puro y sin mácula que esperaba a ser canalizado; miré a mi compañero a mi lado, con sangre helada cristalizada en su brazo y fe en sus ojos, y temí que aquello fuera la esperanza fingiendo no ser desesperación.



Capítulo trece

¿Qué tengo que hacer? —La pregunta salió con un hilo de voz, engullida por la inmensidad de la sala del altar.

Los ojos color zafiro de Navaree se encontraron con los míos, firmes a pesar del dolor grabado en cada línea de su rostro. —Para alguien como tú, las runas te guiarán.

Los símbolos tallados brillaban en la superficie del altar, latiendo con una luz dorada que pintaba la estancia con sombras cálidas. Los patrones cambiaban; las espirales se convertían en líneas que se transformaban en algo que podría haber sido palabras si entornaba los ojos lo suficiente. Hermoso. Pero totalmente incomprensible.

—No puedo leerlas. —Sentí un ardor en la piel mientras intentaba desesperadamente dar sentido a aquellos símbolos, que de otro modo carecían de significado.

—Tu magia las reconocerá —dijo Navaree con voz tensa.

La duda no se limitó a trepar por mi garganta; me clavó los colmillos y no me soltó. Apenas había aprendido a cambiar de forma sin perderme en la serpiente. Acababa de dejar de luchar contra ella, de dejar de empujarla hacia la oscuridad donde no pudiera herir a nadie. ¿Y ahora esperaba que comulgara con una magia antigua? ¿Que sanara una corrupción que casi lo había matado? ¿Que canalizara un poder que no comprendía a través de un cuerpo en el que todavía estaba aprendiendo a confiar?

Mi mirada volvió a caer en su brazo. Los zarcillos negros habían subido más allá del codo y se ramificaban, buscando su corazón. Oscuros contra la piel azul. El veneno de Britheva. Extendiéndose. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Una hora? ¿Menos?

Me temblaban las manos. La visión se me nublaba por los bordes. El aire entraba demasiado rápido, no lo suficiente. Navaree se estaba muriendo y yo estaba teniendo un ataque de pánico.

Su luz álmica rozó la mía. —Puedes hacerlo, Zhara.

El zafiro se entrelazó con la esmeralda; el contacto fue suave e imposible de ignorar. No era físico. Nada tan simple como piel sobre piel, sino algo más profundo. Más íntimo. Su luz alcanzó el interior de mi pecho y envolvió mi corazón con su esencia.

A través de ella fluyeron sus emociones, desnudas y sin defensas. Asombro. Fe. Una certeza absoluta de que yo podía hacerlo, de que era capaz de realizar milagros, de que su vida estaba a salvo en mis manos totalmente inexpertas. Esa convicción me aterrorizaba más que su herida.

No estaba segura de merecer nada de eso. No estaba segura de poder cargar con el peso de su fe sin derrumbarme. Mi serpiente siseó en mi mente, aguda y molesta: *«Mentirosa»*.

La palabra cortó mi espiral de dudas. Antes de que pudiera volver a empujarla hacia abajo, ella surgió con fuerza. No para tomar el control, sino para mostrarme el camino. Para hacerme ver lo que yo había tenido demasiado miedo de reconocer.

La luz álmica de Navaree pulsaba contra la mía. Pero esta vez era diferente. Más profundo. No era el roce superficial del zafiro contra la esmeralda, sino la esencia subyacente. Saboreé cada año que había vivido. Sentí el peso de los siglos presionando en ese resplandor azul. Todas sus pérdidas, sus esperanzas, sus fracasos, su terca negativa a dejar de creer en la redención incluso cuando el mundo le daba todos los motivos para rendirse.

Vi su corazón.

No el órgano que latía en su pecho, sino su verdad. El erudito que había visto morir a sus estudiantes en una guerra que la Tierra comenzó, y que se culpaba a sí mismo mientras su hogar se congelaba. El hombre que había pasado mil años esperándome para

ser digno de la fe que guardaba bajo llave. El alma que reconoció la mía en el momento en que nos tocamos en aquella cueva helada, que me había estado buscando a lo largo de vidas enteras sin saber mi nombre.

Luego Seakal.

Su firmeza de montaña. El guerrero que había sobrevivido cuando todos a los que había jurado proteger habían caído. El guardián de la tradición que cargaba con el peso de un pueblo moribundo sobre sus hombros y se negaba a dejar que se desvanecieran en una historia olvidada. El corazón que latía a un ritmo perfecto con el mío a pesar de que no nos conocíamos hasta ayer.

Y Talesian... Cielos, incluso la ausencia de Talesian cantaba a través del vínculo. Un brillo citrino que debería haber estado allí, la pieza faltante que dejaba un enorme vacío en mi pecho. El innovador. El portador de la luz. El que había pasado siglos intentando construir belleza a partir de las ruinas y terror a partir de la esperanza.

Los conocía. Los sentía. A todos ellos.

Nuestro vínculo era un alma llamando a otra alma a través de las barreras del tiempo, la carne y el miedo. Hilos del destino que nos habían estado atrayendo mucho antes de que yo naciera, antes de que mis padres murieran, antes del momento en que la magia del grimorio se tejiera en mi sangre.

Este era el poder del vínculo. No era una obligación. No era magia forzándonos a estar juntos.

Era una elección iluminada por la verdad.

Estábamos destinados. Pero el destino no significaba estar atrapados. Significaba encontrar las almas que habían sido moldeadas para encajar con la mía, con bordes afilados, piezas rotas y todo lo demás. Las que verían cada parte fea y dañada de mí y me elegirían de todos modos. Las que yo elegiría a mi vez, libremente, ferozmente, para siempre.

Los conocía.

Y ellos me conocían a mí.

La comprensión se me caló hasta los huesos, más pesada que el miedo, más fuerte que la duda.

Mis piernas se movieron antes de que mi mente diera su aprobación, atraídas por la convergencia de luz dorada en el altar. Las corrientes de energía de las líneas ley subían en espiral desde las grietas del suelo, desde las paredes, desde el aire mismo. Se encontraban en un único punto en el centro del altar, donde la piedra había sido tallada en un círculo perfecto. Liso. expectante. El nexo.

La fe de Navaree palpitaba a través de nuestro vínculo. Firme. Inquebrantable. La presencia de Seakal me servía de ancla desde atrás, sólida como una montaña, silenciosa pero segura.

Confiaban en mí.

Que los dioses los ayudaran, confiaban en mí.

Inspiré. Contuve el aliento. Y presioné la palma de la mano contra el punto del nexo. Un calor explosivo recorrió mi mano. Un calor abrasador subió por mi brazo en oleadas de fuego que corrieron por cada vena, cada nervio, cada célula. Las runas resplandecieron brillantes bajo mi toque y la luz se derramó por la superficie del altar hasta que todo él resplandeció.

Chispas danzaban sobre mi piel. Pequeños pinchazos de sensación que se acumulaban capa tras capa hasta que todo mi cuerpo vibraba con poder. La magia llenó cada rincón vacío de mi interior hasta que no quedó espacio para la duda, el miedo ni nada que no fuera esto.

Algo hizo clic en mi interior.

La sensación me golpeó como una llave girando en una cerradura de cuya existencia me había olvidado. Familiar. Tan dolorosamente familiar. Esto era... Yo conocía esto. Lo había sentido antes. Una canción en la punta de la lengua que llevaba tarareando toda la vida sin saber la letra. Susurros en el viento que me habían seguido por cada sendero de la selva, cada noche desesperada. La luz del sol a través de las hojas y la tierra después de la lluvia y la risa de mi madre y...

—Así, pequeña serpiente—, la voz de mi madre, cálida como la miel y el doble de dulce. Sus ojos marrones se arrugaron en las comisuras cuando me sonrió—. Siente la tierra bajo tus pies. Siente cómo respira.

Descalza en el suelo de la selva. Cinco años. El suelo cálido bajo mis dedos, vivo con una vibración de la que nunca me había dado cuenta antes. Por encima de nosotros, las hojas del dosel filtraban la luz del sol en patrones verdes y dorados.

—¿Qué sientes?—, uno de mis padres se agachó a mi lado, con su mano callosa firme sobre mi hombro. Su rostro permanecía borroso en el recuerdo, rasgos que había perdido por el olvido, pero su presencia me envolvía. Segura. Amada.

—Siento un cosquilleo—, susurré, moviendo los dedos de los pies —. En los pies. Sube hacia arriba.

—Esa es la línea ley—. Mi madre se arrodilló, colocando la palma de la mano plana contra el suelo—. La magia de la propia tierra. Fluye a través de todo. Árboles, piedra, agua, aire. Todo conectado por estos ríos de poder. Mira.

Hizo un gesto y yo observé, paralizada, cómo una luz dorada surgía del suelo. Giraba en espiral alrededor de sus dedos, bailando por sus nudillos y bañando su piel de calidez y asombro.

—Podemos extraerla gracias a nuestra magia—, dijo otro padre detrás de mí. Sus manos se posaron en mis hombros, dándome estabilidad mientras mi madre hacía su magia—. La canalizamos a través de nosotros mismos. La usamos para crear, para sanar, para proteger.

La luz dorada en la palma de mi madre cambió, se condensó, tomó forma. En cuestión de segundos, unos mangos maduros reposaban en sus manos. El aroma me alcanzó, dulce y perfecto, haciendo que me rugieran las tripas.

—¿De la nada?— Mis ojos se abrieron de par en par.

Me puso un mango en las manitas.—De la tierra. De la magia que fluye bajo nuestros pies. De nuestra intención. Las líneas ley proveen, pequeña serpiente. Nos alimentan. Nos curan.

Su expresión se volvió seria. Me tomó la cara entre las manos; su toque era suave, pero su mirada era feroz.—Debes guardar esta magia para ti. A toda costa. ¿Entiendes?

Asentí, aunque no lo entendía. No del todo. Tenía cinco años y el mango sabía a sol, y yo quería enseñar a todo el mundo lo que mi madre podía hacer.

—La gente mala nos hará daño si sabe lo que podemos hacer—. La voz de mi tercer padre sonó baja y urgente—. Temen la magia natural. Por eso nos escondemos. Sobrevivimos. Y te enseñamos a hacer lo mismo.

El pulgar de mi madre me acarició la mejilla.—Un día, cuando estés lista, comprenderás lo importante que eres. Las líneas ley en la Tierra son tan poderosas como las de Faerie. Son la sangre del mundo y tú, mi valiente niña, aprenderás a hablar su lenguaje.

—Prométeme que guardarás este secreto—, instó el padre que estaba detrás de mí—. Prométeme que te mantendrás a salvo.

—Lo prometo—. Las palabras me parecieron demasiado grandes para mi vocecita. Demasiado importantes para una niña que jugaba en la tierra.

Pero lo decía en serio. Siempre lo decía en serio.

El recuerdo me soltó, dejándome jadeando contra el altar. Me caían lágrimas por la cara. La voz de mi madre aún resonaba en mi cráneo. El peso de sus manos en mis mejillas. Los mangos, la tierra y la magia.

Teníamos líneas ley en la Tierra. Magia natural que fluía bajo nuestros pies, conectándolo todo. Mis padres lo sabían. Me habían enseñado qué eran y cómo usarlas. Habían muerto para mantener ese conocimiento a salvo dentro de mí, donde los Seis no pudieran robarlo. Y yo comprendía exactamente lo que eran: la sangre vital de los mundos. Y yo había nacido para hablar su lenguaje. La luz dorada pulsó a través de mi palma, subió por mi brazo e inundó mi pecho hasta que brillé con ella. En lo más profundo de mí, el grimorio reconoció esa magia. Mi magia aqua surgió para encontrarla y las dos corrientes se trenzaron.

—Me acuerdo —se me quebró la voz al decir esas palabras—. Recuerdo cómo curarte. Mi madre me lo enseñó. Las líneas ley me darán lo que necesito.

Presioné una palma sobre el antebrazo de Navaree y la otra en el centro del altar, justo encima de la convergencia de las líneas ley. El poder surgió de mí hacia él, una luz dorada y aguamarina que surcaba las venas oscurecidas. El dolor estalló a través del vínculo. La magia de Britheva contraatacó, un enredo de sombras que se

hundía más profundamente en él, arañando hacia lugares que mi luz no podía alcanzar.

Empujé con más fuerza. Más poder. Más luz. El aire chisporroteó y el olor a ozono se mezcló con el toque metálico de la sangre. Navaree arqueó la espalda y soltó un grito ronco. Aquel sonido rompió algo en mi interior. Mi propio grito lo siguió, y nuestras voces se fundieron hasta que ya no supe distinguir a quién pertenecía el dolor de cada cual.

El fuego recorrió mis venas mientras la oscuridad luchaba por echar raíces en nuestro torrente compartido. Me negué a permitirlo. Vertí todo lo que tenía en él: el pulso de las líneas ley, la magia pura de mi sangre, el anhelo de un amor que se negaba a claudicar. Ella no lo tendría. No me quitaría a mi compañero. La luz llenó cada rincón de su ser, calcinando el veneno centímetro a centímetro hasta que la negrura se disolvió en polvo dorado.

El veneno dio una última y violenta sacudida antes de hacerse añicos; la oscuridad saltó de su cuerpo y cayó al suelo. Nos fallaron las piernas. Seakal nos sostuvo a ambos y nos ayudó a bajar al suelo. Durante un largo rato, ninguno de los dos se movió. El dolor se desvaneció, dejando tras de sí un agotamiento absoluto. Mi cuerpo temblaba. El sudor me pegaba la túnica a la espalda. Cada respiración era superficial y acelerada.

Navaree se movió. Levantó el brazo, aquel que había estado muriendo. Flexionó los dedos, giró la muñeca y me presionó la espalda con una fuerza constante. Curado. Completamente curado. No quedaba ni una cicatriz donde había estado la herida.

La luz de su alma estalló dentro de mí, una oleada de brillo cegador que abrasó mi visión y llenó mis pulmones de calor. Jadeé, entre el dolor y el asombro, mientras el resplandor se extendía por mis venas hasta que dejé de saber dónde terminaba su energía y empezaba la mía. El vínculo vibraba bajo mi piel.

Un alivio inmenso me inundó, tan denso que parecía que podía ahogarme en él. El anhelo llenó su pecho y se filtró en el mío. Un temblor lo recorrió cuando un pozo de emoción se encontró con el alivio, para luego deslizarse hacia algo más rudo, más ardiente.

Deseo.

Surgió por debajo de todos los demás sentimientos, una atracción profunda que nacía en él y encontraba respuesta en mis entrañas. El vello de la nuca se me erizó. Su hambre rozó la mía a través de esa corriente compartida, a un suspiro de perder el control. El aire entre nosotros estaba cargado con todo lo que habíamos sobrevivido.

—Zahra —su nombre salió de mis labios con un hilo de voz roto—. Me acunó el rostro con ambas manos, mientras sus pulgares secaban las lágrimas que aún surcaban mis mejillas—. Me has salvado.

Navaree apoyó su frente contra la mía y nuestros alientos se mezclaron en jadeos ásperos e irregulares. El vínculo entre nosotros pulsaba, fortaleciéndose con cada latido; el espacio que nos separaba se sentía insoportablemente vasto.

—Necesito besarte —dijo con voz ronca, cargada de desesperación —. Necesito saborearte, sentirte, demostrarme a mí mismo que eres real y que ambos estamos vivos.

—Sí —susurré, y la palabra escapó de mis labios justo antes de que su boca chocara contra la mía.

Este beso fue distinto al primero. Desesperado donde aquel fuera puro alivio. Hambriento donde aquel fuera agradecimiento. Su lengua se adentró en mi boca, reclamando, devorando, tomando todo lo que yo ofrecía y exigiendo más.

Se lo di. Se lo di todo. Enredé mis manos en su cabello color platino, atrayéndolo hacia mí, necesitándolo más cerca. Sus colmillos rozaron mi labio inferior y solté un jadeo; el agudo pinchazo se disparó directo a mi centro.

Él gimió ante mi respuesta y el sonido vibró en mi pecho. Sus manos bajaron de mi rostro hacia mi cuello, trazaron mis clavículas, acariciaron mis pechos a través de la fina túnica. Sus pulgares rozaron mis pezones y yo me arqueé hacia su contacto, dejando escapar un gemido.

—Tan sensible —murmuró contra mis labios—. Respondes a todo. ¿Sabes lo que me haces, Zahra? ¿Lo mucho que he deseado esto? ¿Lo mucho que te he deseado a ti?

Un calor húmedo se acumuló entre mis muslos ante sus palabras pronunciadas con esa voz culta; mi cuerpo le respondía con una

urgencia que calcinaba cualquier resto de vergüenza.

—Muéstramelo —jadeé, sin apenas aliento—. Muéstrame lo que quieres.

Sus pupilas se dilataron hasta que solo quedó un fino anillo de color zafiro. Sus manos se deslizaron hacia el lazo que mantenía mi túnica cerrada. —Todo. Lo quiero todo contigo. Pero deberíamos esperar hasta que Talesian…

Cubrí sus manos con las mías, ayudándole a deshacer el nudo. —Necesito esto ahora. Te necesito ahora. No puedo esperar más, Navaree. Por favor.

La túnica se abrió, dejándome expuesta a su mirada. El aire fresco besó mi piel acalorada, haciendo que mis pezones se endurecieran dolorosamente. Sus ojos recorrieron cada centímetro de carne expuesta, con hambre y reverencia.

—Estás perfecta —su voz bajó una octava, volviéndose ronca por el deseo—. Tan perfecta.

Bajó la cabeza, sustituyendo sus manos por su boca. Su lengua rozó mi pezón. Lancé un grito y la sensación se clavó directa en mi vientre.

Succionó el pezón, trabajando con los labios y la lengua y el más leve roce de sus colmillos. Cada succión provocaba chispas en mi cuerpo. Hundí los dedos en su pelo platino, manteniéndolo contra mí, suplicando más.

Su mano bajó por mi abdomen, trazando la curva de mi cadera y sumergiéndose entre mis muslos. Sus dedos rozaron mis pliegues, encontrándome húmeda y lista. Él gimió contra mi pecho.

—Ya tan mojada para mí—. Su dedo rodeó mi clítoris con toques ligeros como plumas. Me retorcí. —Dime qué necesitas, Zahra. Dime cómo darte placer.

—Más—. La palabra salió rota. —Por favor, Navaree. Más.

Presionó más fuerte, rodeando aquel haz de nervios. Mis caderas se elevaron buscando su contacto, desesperadas por la fricción. Pasó al otro pecho, deleitándose en él mientras sus hábiles dedos trabajaban entre mis muslos.

Deslizó un dedo dentro de mí. Ambos gemimos. Mis paredes internas lo rodearon con fuerza, atrayéndolo más adentro. Curvó el

dedo, acariciando aquel punto en mi interior. Estallaron estrellas tras mis párpados.

—¿Ahí?—. Su aliento acarició mi pezón húmedo. —¿Justo ahí?

—¡Sí!—. Mis uñas se clavaron en sus hombros. —¡Dioses, sí, justo ahí!

Añadió un segundo dedo, estirándome, llenándome mientras su pulgar seguía rodeando mi clítoris. La doble sensación aumentaba y aumentaba, la presión se acumulaba. Su boca en mi pecho. Sus dedos dentro de mí. Su luz de alma zafiro ardiendo a través de nuestro vínculo, envolviéndose alrededor de mi esmeralda hasta que brillaron juntas.

—Mírame—, su voz sonó como una orden a pesar de su aspereza.

Me obligué a abrir los ojos y me encontré con unas profundidades de zafiro que no ocultaban nada. Sin muros. Sin barreras. Solo hambre pura, una posesión feroz y algo más profundo que me hizo un nudo en la garganta.

—Eso es—. Sus dedos se movieron más rápido, más fuerte, golpeando ese punto una y otra vez. —Llega para mí, Zahra. Déjame sentirte.

El orgasmo me arrolló, robándome el aliento, el pensamiento y todo lo que no fuera sensación. Arqueé la espalda, abriendo la boca en un grito silencioso mientras el placer me recorría en oleadas. Mis paredes internas se contrajeron alrededor de sus dedos, pulsando con cada réplica.

Navaree tenía las pupilas totalmente dilatadas y los labios entreabiertos, que dejaban ver sus colmillos mientras bebía cada expresión que cruzaba mi rostro. Su luz de alma surgió dentro de mí, alimentándose de mi placer, amplificando mi éxtasis.

Temblando, me desplomé sin fuerzas contra él mientras retiraba los dedos. Se los llevó a la boca. Mantuvo el contacto visual mientras los succionaba para limpiarlos, saboreándome, disfrutándome.

—Deliciosa—, murmuró con voz ronca como la grava. —Sabes incluso mejor de lo que imaginaba.

El calor me inundó el rostro a pesar de lo que acabábamos de hacer. —¿Lo imaginabas?

—Cada momento desde que te olí por primera vez en aquella cueva —me acunó la mandíbula, y su pulgar trazó mi labio inferior hinchado—. He imaginado saborearte. Tocarte. Hacer que grites mi nombre mientras te deshaces en mi lengua.—

—Y yo también, hermano.

Seakal. Dioses, casi había olvidado que Seakal estaba observando todo lo que hacía con Navaree, pero sus ojos ardían sobre mí y su voz profunda estaba ronca de deseo. —No pares, pequeña compañera. Por favor.—

—Nuestra compañera necesita que más de uno de nosotros la adore —dijo Navaree, con voz como un retumbo grave.

—¿Puedo tocarte junto a Navaree, pequeña compañera?—. Los ojos color medianoche de Seakal buscaron los míos, esperando mi permiso a pesar del hambre escrita en cada línea de su rostro.

—Sí —susurré; la palabra salió sin aliento, porque no había otra respuesta posible—. Por favor, sí.—

Su mano se posó en mi muslo, con la palma encallecida y áspera contra mi piel sensible. La deslizó hacia arriba, dándome tiempo para objetar, para apartarme. No hice ninguna de las dos cosas. Simplemente miré, paralizada, cómo sus dedos azulados trazaban dibujos sobre mi carne.

Navaree se movió, pasando a mi otro costado. Ambos me flanqueaban, con las manos sobre mi cuerpo y su calor rodeándome.

—Qué hermosa —murmuró Seakal—. Su mano alcanzó el ápice de mis muslos y sus dedos rozaron mis pliegues empapados. —Qué lista estás para nosotros.—

La boca de Navaree encontró mi garganta, besando y succionando la sensible piel de la zona. Sus colmillos rasparon, sin llegar a herirme, pero prometiendo que podría hacerlo. Los dedos de Seakal separaron mis pliegues, explorando con una lentitud exasperante. Rodeó mi entrada, recogiendo mi humedad, antes de deslizarse hacia arriba hasta mi clítoris. El primer roce del contacto hizo que mis caderas dieran un respingo.

Su luz de alma de color medianoche buscó la mía, entrelazándose con el zafiro y la esmeralda que ya estaban trenzados. El cobalto, el azul y el verde resplandecían como uno solo. El poder surgió a

través de nuestro vínculo cuando las tres luces de alma se conectaron. Amplificado por tres en lugar de por dos. Los sentía a ambos dentro de mí, su deseo combinado rompiendo sobre mí en oleadas.

La mano de Navaree se unió a la de Seakal entre mis muslos. Uno rodeaba mi clítoris mientras el otro incitaba mi entrada.

—Eso es. Toma lo que te estamos dando. Deja que te demos placer —susurró Navaree contra mi oído—. Estás preciosa mientras te damos placer.

Seakal deslizó un dedo grueso dentro de mí; la dilatación me escocía de la mejor de las maneras. Me fue abriendo, mientras los dedos de Navaree continuaban sus círculos exasperantes en mi clítoris.

—Más. Por favor, necesito más—, jadeé, con la voz ronca por la necesidad.

Seakal añadió un segundo dedo, estirándome aún más. La plenitud, combinada con la atención de Navaree en mi clítoris, aumentó la presión de forma rápida y ardiente. Mis caderas se mecían entre sus manos, buscando la fricción.

—Pequeña compañera codiciosa—, retumbó Seakal. —¡Qué ansiosa estás por nosotros!

Encogió los dedos, encontrando ese punto dentro de mí. Mi visión se volvió blanca. En ese mismo momento, Navaree aumentó la presión en mi clítoris, frotando en círculos cerrados.

—Quiero saborearla cuando se corra. Quiero sentir cómo se deshace sobre mi lengua—, gruñó Navaree, con voz feroz.

Seakal retiró los dedos. Gemí ante la pérdida. Pero entonces Navaree se movió entre mis muslos, acomodándose sobre su estómago, con sus ojos color zafiro resplandeciéndome.

—Sí. Por favor, Navaree. Necesito…—.

Su lengua recorrió mis pliegues antes de que pudiera terminar, y mi espalda se arqueó separándose del suelo. Dioses, el calor de su boca, el hábil giro de su lengua, la forma en que canturreaba su placer al saborearme.

La boca de Seakal encontró mi pecho, succionando con la fuerza suficiente para rozar la línea entre el placer y el dolor. Su mano

acarició mi otro pecho, amasándolo, haciendo girar el pezón entre sus dedos. Me retorcí bajo ellos.

La lengua de Navaree rodeó mi clítoris antes de succionar el haz de nervios en su boca. La succión, combinada con el roce de sus colmillos, arrancó un grito de mi garganta. Mis manos volaron a su cabello, manteniéndolo contra mí, frotándome contra su cara mientras el placer aumentaba.

Los dedos de Seakal sustituyeron su boca en mi pecho, dejándolo libre para besarme. Me saboreé a mí misma en sus labios. Su beso engulló mis gemidos mientras Navaree me llevaba más alto, con su lengua acariciándome por dentro antes de volver a torturar mi clítoris.

Dos dedos se deslizaron dentro de mí. No sabía de quién eran. La dilatación y la plenitud, junto a la atención implacable en mi clítoris, me empujaron hacia el abismo. Mis muslos temblaban. Mi respiración salía a bocanadas. Mi cuerpo se tensó alrededor de esos dedos; la presión aumentó hasta que no pude contenerla.

—Córrete para nosotros. Déjanos sentirte, pequeña compañera. Muéstranos lo perfecta que eres cuando te corres—, dijo Seakal.

El orgasmo me hizo añicos. Más fuerte que el primero, recorrió mi cuerpo en oleadas demoledoras. Mi liberación me nubló la visión, convirtió mis pensamientos en ruido blanco y me dejó sin fuerzas y temblando.

A pesar de todo, no se detuvieron. La lengua de Navaree se suavizó, pero continuó lamiéndome, prolongando cada espasmo posterior. La boca de Seakal se desplazó a mi garganta, besando y succionando, marcándome como suya. Sus luces de alma ardían dentro de mí, alimentándose de mi placer hasta que pensé que podría morir por la sensación.

—Otra vez—, murmuró Navaree, con la voz pastosa por el deseo. —Quiero sentir cómo te corres de nuevo.

Los dedos de Seakal se unieron a los de Navaree entre mis muslos, trabajando al unísono para excitarme una vez más. Sus bocas encontraron mis pechos, sus lenguas y dientes tentando mis pezones hasta que me dolieron. Estaba perdida en la sensación, ahogándome en su tacto, su sabor y su aroma.

—Por favor—, supliqué, con la voz ronca de tanto gritar. —Por favor, necesito…—

La boca de Navaree encontró mi clítoris, rodeándolo con su lengua con experta precisión. Los dedos de Seakal se deslizaron dentro de mí, curvándose para golpear ese punto en lo más profundo. La sensación dual era abrumadora, lanzándome en espiral hacia otro orgasmo.

—Déjanos sentirte, pequeña compañera. Déjanos saborear tu placer—, dijo Seakal.

Mi cuerpo convulsionó, mis paredes internas apretándose alrededor de sus dedos mientras mi clímax me arrollaba. Navaree lo bebió todo, su lengua y sus dedos sin detenerse hasta que fui un despojo tembloroso y sin fuerzas. Cuando levantó la cabeza, sus labios brillaban y sus ojos ardían de deseo.

—Perfecta—, murmuró Seakal. —Eres absolutamente perfecta, pequeña compañera.—

Navaree presionó un beso en la parte interna de mi muslo. —Y toda nuestra.—

La posesividad en sus voces calmó algo en lo profundo de mi pecho. La certeza de que les pertenecía tan ciertamente como ellos me pertenecían a mí. Nuestro vínculo vibraba con satisfacción, los tres hilos ahora tan apretados que apenas distinguía dónde terminaba uno y empezaba otro. No estaba completo, no sin Talesian, pero era más fuerte que antes. Más claro.

Busqué ese cuarto hilo, buscando el brillo cetrino. Solo encontré ausencia. El espacio donde debería estar Talesian permanecía vacío, oscuro, silencioso. La preocupación arrolló la dicha posorgásmica y el pesado peso de la realidad se asentó sobre mis hombros. Me incorporé, cerrándome la túnica, incapaz de dejar de sentir el vacío en mi interior a pesar de la conexión entre Seakal, Navaree y yo. —No puedo sentirlo. ¿Por qué no puedo sentirlo?—

Navaree y Seakal intercambiaron miradas, su propia preocupación filtrándose a través de nuestro vínculo.

—El derrumbe podría haber interrumpido la conexión. O la distancia es demasiado grande. O…— dijo Navaree.

—O algo lo está bloqueando. Lo que significa que o está inconsciente o alguien no quiere que lo encontremos—. La mandíbula de Seakal se tensó.

Se me revolvió el estómago. Britheva. Si ella lo había encontrado, si lo tenía, si le estaba haciendo lo que me había hecho a mí…

Seakal me estrechó contra su pecho y hundió el rostro en mi cabello. —Lo encontraremos. Pero no esta noche. Estamos agotados. Heridos. Necesitamos descansar antes de poder buscarlo como es debido.—

Tenía razón. Sentía el cuerpo hueco de canalizar la magia de la línea ley. Navaree se había recuperado de una muerte casi segura. No estábamos en condiciones de enfrentarnos a las criaturas de Britheva ni de recorrer túneles helados en la oscuridad. Pero dejar a Talesian ahí fuera solo, herido, posiblemente capturado...

—Primero descansad. Al menos unas horas. No le servimos de nada muertos de agotamiento —asintió Navaree.

Quise discutir. Quise salir corriendo de este templo y arrasar cada túnel hasta encontrarlo. Pero la lógica venció a la desesperación. Seríamos más efectivos descansados y preparados que tropezando a ciegas por la oscuridad.

Miré alrededor de la sala del altar, a las luces doradas que aún palpitaban en el punto del nexo. —¿Podemos quedarnos aquí? Este lugar parece seguro.

La mano de Navaree buscó la mía. —Por eso estaba yo aquí. La magia de Britheva no puede penetrar aquí.

Me volví hacia el altar, hacia el punto del nexo donde convergía la energía de la línea ley. La magia respondió a mi atención, iluminándose, buscándome. Puse la palma de mi mano contra la piedra cálida.

El poder me inundó, pero esta vez de forma más suave. Controlado. Le di forma con intención, canalizando el calor a través del altar hasta que el calor irradió de la piedra. La temperatura en la pequeña sala subió de gélida a confortable, ahuyentando el frío que calaba los huesos.

—Extraordinario. Lo estás controlando. Moldeando la magia a tu voluntad —susurró Navaree.

—Recordé que mi madre me enseñaba cómo extraer de las líneas ley. Cómo crear a partir de ellas —dije.

Hice lo que ella me había mostrado y condensé la luz dorada en una forma. La magia respondió. En cuestión de instantes, fruta madura se materializó sobre la superficie del altar. Mangos. Peras. Manzanas.

Seakal se quedó mirando la fruta y luego a mí. —Me lleva el demonio. Has sacado materia de pura energía.

—Las líneas ley proveen —susurré, repitiendo las palabras de mi madre—. Nos alimentan. Nos curan. Nos conectan.

Comimos en silencio, demasiado cansados para conversar pero reconfortados por la proximidad. La fruta sabía dulce y rica, llenando mi estómago vacío, devolviendo la fuerza a mis extremidades agotadas.

Cuando terminamos, moldeé la magia una vez más. Pieles suaves se materializaron sobre el suelo de mosaico, gruesas y cálidas y perfectas para dormir. Nos acomodamos en ellas, Seakal a mi espalda, Navaree frente a mí, ambos flanqueándome con calor y seguridad.

Por primera vez en más tiempo del que recordaba, me sentí lo suficientemente segura como para cerrar los ojos. Sus brazos me rodearon. Sus latidos encontraron el mismo ritmo, constante y seguro, hasta que el mío se acompasó. El mundo se redujo a la respiración, el calor y el lento fluir del sueño que me arrastraba.

Entonces un grito desgarró mi cráneo. Me incorporé de golpe cuando su luz de alma despertó ardiente dentro de mí.

—Talesian —susurré.

Mi compañero me estaba llamando. Y sufría.



Capítulo catorce

El fulgor dorado de la estancia vaciló. Durante un latido, pensé que me había imaginado ese parpadeo en la calidez constante que nos había envuelto, pero entonces volvió a ocurrir. Después, el color cambió. Un rosa pálido se filtró a través del dorado, tiñéndolo de un tono más oscuro.

No. No, no, no.

Me incorporé apoyada en un codo y sacudí el hombro de Navaree. —¿Ves eso? —Mi voz salió más queda de lo que pretendía. Apenas un susurro.

Los ojos de zafiro de Navaree buscaron los míos, y vi la pregunta en ellos antes de que hablara. —¿Ver el qué?

¿Cómo podía no verlo? El cambio era tan obvio, estaba tan mal...

Claro. Porque él no podía ver las líneas ley como yo. Señalé las líneas ley que convergían en el altar con una mano que me temblaba pese a mi mayor esfuerzo por controlarla.

Se me revolvió el estómago con tal fuerza que me entraron náuseas. —El dorado se está volviendo rojo —cada palabra me raspaba la garganta—. El veneno de Britheva se está extendiendo incluso aquí.

Seakal se incorporó; la piel de animal se le resbaló hasta las caderas, dejando a la vista unos abdominales marcados que se

tensaron. Me estudió el rostro en lugar de mirar el altar. Leyendo mi miedo. Mi creciente horror. —¿Cuánto se ha extendido?

—Más a cada segundo. Se mueve por todas las venas y hacia el altar. No pude evitar el pavor en mi voz. No podía fingir que esto era algo de lo que pudiéramos huir o que pudiéramos burlar.

—Se está volviendo más fuerte. Seakal apretó la mandíbula.

—Tenemos que encontrar a Talesian.

Me volví hacia mi interior, buscándolo a lo largo de los hilos que nos unían. Observé mis sentimientos internos y no pude encontrar a Talesian. Aparte del fogonazo de dolor que me había atravesado cuando desperté por primera vez, ahora no había nada. Solo un vacío doloroso donde debería haber estado su presencia, algo más profundo e impenetrable que el silencio. El vacío me revolvió el estómago por el pánico. Odiaba pensar en lo que eso significaba.

¿Y cómo estaba haciendo esto Britheva? Se suponía que este lugar era seguro y, sin embargo, su corrupción se estaba infiltrando. ¿Cómo podía estar haciendo eso? ¿Cómo era lo bastante fuerte para perforar este santuario?

—¿Podéis sentirlo alguno de los dos? —pregunté, percibiendo la desesperación en mi propia voz—. ¿A través del vínculo?

Navaree se frotó el centro del pecho, arrastrando la palma con fuerza sobre el lugar como si pudiera obligar al hilo perdido a regresar. Su mandíbula se movió y el músculo palpitó al tragar saliva.

Seakal soltó un suspiro brusco y se pasó ambas manos por el pelo; los largos mechones le cayeron sueltos alrededor de la cara. Mantuvo los dedos hundidos allí durante un latido antes de bajarlos, con la frustración grabada en cada movimiento.

—Nunca hemos dejado de sentirlo.—Miró entre nosotros con ojos oscuros y apagados.

El pánico me trepó por la garganta antes de que pudiera detenerlo.—¿Qué significa eso?—

Navaree abrió la boca y volvió a cerrarla. No salió ningún sonido. La mirada de Seakal cayó al suelo, con la mandíbula apretada y los hombros rígidos. El silencio era peor que cualquier explicación.

Gateé sobre Seakal y Navaree, necesitando el calor de sus cuerpos. Sus aromas. Su fuerza.—No, está vivo. Tiene que estar vivo.—Porque la alternativa era impensable. Insoportable.—El vínculo se habría roto si él..., ¿verdad? Habríamos sentido esa pérdida. No sentir nada es *algo*, ¿no?—

No los conocía de hacía mucho, pero cada aliento, cada caricia, cada latido junto a los suyos había tensado más nuestros hilos. Al vínculo no le importaba el tiempo; estaba escrito en la médula de lo que éramos. El destino ya lo había decidido. Ningún miedo, historia o daño podía deshacer lo que existía entre nosotros.

A menos que Britheva hubiera encontrado una forma de sofocarlo. Y si lo estaba haciendo, significaba demasiadas cosas en las que no quería pensar.

El contacto de Seakal me devolvió a la realidad.—Iremos al palacio. Reuniremos a Gilda, a Taredd y a su manada. Volveremos con fuerza suficiente para...—

—No habrá tiempo.— Esperar significaría perder a Talesian para siempre. Britheva no era paciente, y no sentir a Talesian después de aquel grito significaba que nos estaba llamando hacia ella y que se le había agotado la paciencia. —Para cuando lleguemos al palacio, para cuando expliquemos todo y organicemos un grupo de rescate, él habrá muerto.—Me quedé mirando el carmesí que se extendía mientras consumía otro flujo dorado.—O algo peor.—

—¿Peor?—.

Lo miré, pero fui incapaz de expresar lo que sentía. Había cosas más horribles que morir. Britheva les arrancaba la piel a quienes se oponían a ella y volvía a cosérsela con su magia, solo para arrancársela de nuevo cuando se aburría. Lo hacía porque le gustaba el sonido que emitían cuando el dolor golpeaba de nuevo cada vez. Era malvada hasta la médula. Sádica. Un monstruo que disfrutaba viendo a la gente romperse una y otra vez.

¿Qué le haría a alguien como Talesian? ¿A alguien tan fuerte, tan lleno de vida? Era impensable. Insoportable. Me quería a mí, y haría cualquier cosa. Incluyendo torturar a estos varones tanto tiempo como le pluguiera.

El silencio que siguió me oprimió el pecho hasta que no pude respirar.

Entonces, los hilos carmesíes pulsaron.

Con más brillo. Con más fuerza.

Tócalos.

El pensamiento no fue mío. O tal vez sí. Ya no sabía distinguir dónde terminaba mi voluntad y empezaba la compulsión.

Tócalos y verás.

La voz de Britheva me susurró en la mente. No con palabras. Más bien como un sentimiento. Una promesa. Me estaba llamando, su poder atravesando la distancia que nos separaba.

Y yo quería responder.

La atracción era magnética. Irresistible. Todo mi cuerpo se inclinó hacia esos hilos, cada músculo esforzándose por cerrar la distancia. Por hacer contacto. Por comprender qué me estaban mostrando.

—Zahra, no lo…—, la advertencia de Seakal llegó demasiado tarde.

Mis dedos tocaron el hilo carmesí. El dolor me estalló brazo arriba. No el quemazón limpio del fuego, sino algo aceitoso y nocivo que se enterraba bajo mi piel. Unas hebras de carmesí corrieron hacia mi codo, hacia mi hombro. Intenté retirarme. No pude. El hilo me retenía con firmeza, envolviéndose alrededor de mi muñeca en un brazalete de agonía.

La realidad se fracturó a mi alrededor. La sala del altar, Navaree y Seakal desaparecieron en una oscuridad y una piedra fría que irradiaba un frío gélido que me caló hasta los huesos. Y Talesian, dioses, Talesian colgaba de una enorme red de hilos carmesíes en una vasta caverna. Los hilos le perforaban la piel en las muñecas, los tobillos, el cuello. Su piel había perdido todos aquellos hermosos matices dorados, volviéndose gris y apagada como la ceniza. Sin vida. Su cabello brillante colgaba lacio y enredado, cubierto por una costra de hielo formado por su propio aliento helado. Con sangre que se había secado en regueros oscuros por su cuello.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia delante. No sabía decir si era inconsciencia o derrota. No sabía si se había rendido o si ya no le quedaban fuerzas para mantenerse erguido.

Pero respiraba.

Su pecho subía y bajaba con jadeos superficiales que dejaban vapor blanco en el aire gélido. Parecía que cada aliento le costaba la vida. Como si insuflar aire en sus pulmones fuera un acto de voluntad más que un reflejo.

Estaba vivo.

A duras penas. Pero vivo.

Britheva le tocó la cara, casi con ternura. Los ojos de Talesian se abrieron de par en par, y un grito se desgarró de su garganta.

—Ya estamos. Mucho mejor—. Britheva se volvió para mirarme. La sonrisa de sus labios era la misma que lucía cuando me abría en canal una y otra vez. Y otra vez.

Y otra.

—Hola, pequeña Elegida—. Su voz se deslizó en mi mente—. Oh, sí, sé quién eres gracias a los recuerdos de tu compañero.

Iba a vomitar.

—Resulta casi gracioso cómo el gran plan del general Taredd es tan defectuoso. Usar cambiantes y sus vínculos. ¡Qué... ilusión tan reconfortante! ¡Qué debilidad tan perfecta para explotar! Tan conveniente. Para ser un general de guerra fae, debería haberlo visto venir—.

No le faltaba razón. El vínculo era una fuerza, pero también era una debilidad. Cuando estaba sola en la selva, solo tenía que protegerme a mí misma. Sobrevivir había sido duro, pero sencillo. Comer, esconderse, dormir, repetir. Nadie más por quien preocuparse. Nadie cuyo dolor pudiera destrozarme desde dentro. Me había sentido sola, siendo más una sombra que una persona, pero el dolor de la soledad había sido más fácil que el riesgo del apego.

Ahora todo era diferente. Tenía compañeros. De verdad. Su presencia me envolvía. El vínculo entre nosotros se hacía más fuerte cada vez que respirábamos el mismo aire, compartíamos el mismo latido, a pesar de cuánto me resistiera. Incluso sin haberlo sellado, nuestras almas ya se habían trenzado.

Eran una fuerza que nunca supe que quería. Una clase de pertenencia que no me había atrevido a esperar. Y ahora que la tenía, sabía que quemaría el mundo por mantenerlos a salvo.

Con eso era con lo que contaba Britheva.

—Déjalo ir. Lo que sea que quieras, tómalo de mí. Solo déjalo ir.— Las palabras salieron de mí a la fuerza.

Su risa resonó por mi cráneo. —Oh, pienso arrebatártelo todo. Pero, verás, necesito que ocupes el lugar de tu compañero. Si quieres que viva, vas a venir a mí. Sola.

La visión cambió de nuevo y me mostró un camino. Los hilos carmesíes descendían por túneles hasta donde ella esperaba con Talesian desangrándose en su red.

—Ven rápido, pequeña serpiente—. Cada momento que te retrasas, le quito algo más. Su energía vital es bastante poderosa, ¿sabes? No sabía que los cambiantes de serpiente pudieran ser tan... deliciosos. Podría dejarlo seco y seguiría teniendo antojo de más.

Los ojos de Talesian se abrieron en la visión. Se encontraron con los míos a través de la distancia imposible. Sus labios se movieron y formaron palabras que no pude oír, pero que aun así entendí. No lo hagas. Corre. Sálvate.

La sonrisa de Britheva se ensanchó, porque sabía que nos tenía a los dos. —Elige rápido, pequeña serpiente. Tu compañero o tu libertad. Su vida o la tuya. Qué agonía tan deliciosa, verte decidir. Estaré esperando.

dfe851ed3cd14e288d3812a7952aa76e

Recuperé el conocimiento de rodillas, jadeando. El brazo me ardía donde había tocado el hilo carmesí; la piel estaba roja y llena de ampollas.

—¡Zahra! ¿Qué ha pasado?—Navaree me atrajo hacia él y me acomodó en su regazo. Me aferré a su calor, a su aroma, intentando olvidar el frío que me calaba los huesos.

—Una visión... Ella lo tiene. Britheva tiene a Talesian. Y ella está... —

Se me quebró la voz. Tuve que cerrar los ojos y reunir fuerzas antes de poder continuar.

—Lo está torturando. Está atrapado en esa red de su magia. Se está muriendo. Lentamente. Y me ha enseñado dónde encontrarla.

—No puedes ir, pequeña compañera. Sabes lo que hará. Para qué te quiere—. Seakal tensó la mandíbula.

—Mi vida por la suya—. Abrí los ojos, sosteniéndole la mirada. —Y voy a ir.

—No—. El agarre de Navaree en mis hombros se apretó. —Iremos al palacio del rey Cedar. Reuniremos a Taredd y a su manada, a los guerreros del rey. Volveremos con fuerza suficiente para arrollar sus defensas.

Me puse en pie de un empujón. —No hay tiempo. Apenas resiste. Cada segundo que desperdiciamos planeando y reuniendo aliados es un momento más cerca de perderlo para siempre.

—Entonces seremos rápidos. Iremos corriendo al palacio. Explicaremos la situación. Regresaremos con refuerzos en cuestión de horas. La voz de Seakal desprendía una desesperación envuelta en lógica.

Miré a uno y a otro, viendo su miedo, su amor, su necesidad de protegerme. —Lo matará si no vamos. Y a la hora de la verdad, si ella me mata, yo no moriré. Pero Talesian sí lo hará.

—Zahra…—, comenzó Seakal.

Le sostuve la mirada, dejando que viera el acero en la mía. —Voy a ir. Con vosotros o sin vosotros. Seguiré esos hilos carmesíes directamente hasta ella. Podéis venir conmigo o podéis ir a por refuerzos. Pero no pienso abandonarlo.

Se hizo el silencio. Pesado. Sofocante. Entonces la mano de Seakal acunó mi rostro, su pulgar acarició mi pómulo con una ternura que me hizo doler el pecho. —Eres la criatura más testaruda, temeraria e increíblemente valiente que he conocido jamás.

—¿Eso es un sí?

—Eso es reconocer que discutir contigo no sirve de nada.— Sus ojos color medianoche se suavizaron. —Y que no voy a dejar que entres sola en ese infierno.

—Ni yo tampoco. Aunque, que conste, esta es la peor decisión táctica que hemos tomado nunca—, dijo Navaree.

La banda que me oprimía el pecho se aflojó y el aire entró de golpe. —Gracias. A los dos.

—No hay nada que no haríamos por ti o por nuestro hermano de vínculo. Nuestras almas son una. Y tú eres lo único que importa—, susurró Seakal.

Su mano acunó la nuca de mi cabeza, sus dedos se enredaron en mi pelo mientras me atraía hacia él. Me besó como si estuviera intentando memorizar todo sobre mí. Impregnando este momento en su alma.

Cerré los puños sobre su pecho. Me aferré. Porque si lo soltaba, tendría que reconocer lo que significaba este beso. Cuando se apartó, no pude sostenerle la mirada. No podía soportar ver cualquier verdad que habitara en ella.

Pero Navaree me giró hacia él antes de que pudiera apartar la vista. Su pulgar acarició mi pómulo. Sus labios rozaron los míos una vez. Dos veces. Suave. Reverente. —Mi compañera. Mi valiente serpiente.

Entonces su mano se extendió sobre mi zona lumbar, aplastándome contra él. La suavidad se hizo añicos. Su boca se abrió sobre la mía, tomando más, tomándolo todo. Sus dedos se apretaron en mi mandíbula, manteniéndome en el sitio mientras me besaba como si pudiera mantenerme a salvo de algún modo mediante la pura fuerza de voluntad.

Cuando nos separamos, su frente descansaba contra la mía. —En el momento en que lo liberemos, correremos—, susurró contra mis labios—. Prométeme que correrás con nosotros.

Las palabras se me atascaron en la garganta.

Quería prometérselo. Quería decirle que todos saldríamos de esta juntos, que Talesian estaría bien, que la trampa de Britheva no se cerraría sobre nosotros en cuanto pusiéramos un pie en esa caverna.

Pero nunca les había mentido antes. No podía empezar ahora.

Así que asentí. Dejé que creyeran lo que necesitaban creer.

Incluso cuando el terror me arañaba las costillas con cada respiración.

Esta vez, cuando busqué el Cambio, mi serpiente respondió. La transformación me recorrió como el agua que encuentra su cauce. No tuve que pensarlo. No tuve que luchar contra mi forma humana

ni persuadir a mi yo serpiente para que emergiera. No cuando la vida de Talesian pendía de un hilo.

Mi forma de serpiente se enroscó en el espacio donde había estado en pie momentos antes, con una longitud tres veces superior a la de mi cuerpo humano. Seakal y Navaree cambiaron, sus formas masivas llenando la sala del altar con escamas de color medianoche y anillos de plata platino. Los hilos carmesíes brillaron con más fuerza al detectar nuestra disposición.

La cuerda más gruesa resplandeció, fluyendo hacia la pared del fondo. Los hilos se tejieron entre sí, trenzándose en una soga de luz que iluminaba un pasadizo que Britheva quería que tomáramos. La boca del túnel se abría, oscura, más allá del resplandor del templo, pero los hilos carmesíes iluminaban el camino formando una ruta deliberada.

Me moví hacia ella, mi cuerpo de serpiente fluyendo sobre la piedra. Los hilos se ramificaban en las intersecciones, pero el camino más brillante siempre se mostraba con claridad. Izquierda aquí. Recto por esta caverna. Bajando por este pozo que descendía hacia una oscuridad más profunda. Su magia me guiaba como un faro, conduciéndome a través del laberinto de túneles que horadaban los huesos de la montaña.

El miedo de Seakal y Navaree resonaba a través de mí, junto con su determinación. Su rotunda negativa a dejarme enfrentar esto sola. Pero se equivocaban. Pensaban que estábamos rescatando a Talesian juntos. Pensaban que lucharíamos contra Britheva como una unidad, la abrumaríamos con nuestra fuerza combinada y escaparíamos de vuelta a la sala del altar antes de que su trampa pudiera cerrarse.

Ayudarían. Por supuesto que lo harían. Se abrirían paso entre las criaturas de Britheva, liberarían a Talesian de esa red carmesí, lo llevarían de vuelta por estos túneles hacia la seguridad.

Mientras yo me quedaba atrás.

El plan se cristalizaba con cada giro hacia lo más profundo de la tierra. Acercarlos lo suficiente para llegar hasta Talesian. Dejar que pensaran que estábamos luchando juntos. Luego asegurarme de que lo sacaran de allí mientras la atención de Britheva se fijaba en mí.

Porque yo era a quien ella quería. A quien había llamado mediante magia corrupta. La que llevaba un fragmento del grimorio en su alma.

Dejaría que se llevaran a Talesian si eso significaba quedarse conmigo.

Mis escamas raspaban contra la piedra mientras descendíamos por otro túnel vertical. Los hilos carmesíes se volvían más brillantes, más gruesos, hasta formar un río sólido de luz que se adentraba en la oscuridad. La magia de Britheva estaba por todas partes aquí abajo. Tejida en la roca, pulsando a través del hielo, saturando el aire mismo.

Era fuerte. Su corrupción tenía raíces que llegaban más profundo que esta montaña, extendiéndose por las líneas ley de Faerie como un cáncer que hubiera hecho metástasis.

Luchar contra ella de frente nos mataría a todos.

¿Pero sacrificarme? Eso podría salvarlos.

Lo único que importaba era sacar a Talesian. No sobreviviría mucho más tiempo. Horas, tal vez. Minutos si Britheva decidía drenarlo más rápido. Pero gracias a esta maldita magia de muerte que se retorcía por mis venas, yo sobreviviría.

Los hilos de su magia se desprendían de las paredes, formando las criaturas de Britheva mientras nos deslizábamos ante ellas. Una ladeó su cabeza lisa a nuestro paso, siguiendo nuestro movimiento. Otra estiró la mano, con sus garras de hueso extendidas, pero retrocedió cuando le siseé. Formaban un pasillo, flanqueando el túnel por ambos lados, creando una guardia de honor de pesadillas mientras pasábamos.

¿Por qué no atacan? La respuesta era obvia. Los había creado para escoltarnos directamente hasta ella. El sonido de su movimiento llenaba el túnel. Raspados húmedos, huesos chasqueando contra huesos, el siseo del aliento a través de bocas verticales. El ruido lo tragaba todo. Mis escamas deslizándose sobre la piedra. La respiración de Seakal y Navaree. Los latidos de mi corazón.

Mis escamas raspaban contra la piedra mientras me obligaba a avanzar. Cada criatura nueva que se unía a nuestra escolta hacía que mi pecho se apretara más. Hacía que respirar fuera más difícil.

Había demasiadas.

La comprensión me recorrió como la escarcha, entumeciendo todo lo que tocaba.

Había sido una estúpida.

No había forma de que mis compañeros fueran lo bastante fuertes para luchar y salir de allí.

El pavor se instaló en mi estómago como una piedra. Frío. Pesado. Innegable.

Los había traído aquí a morir y ahora era demasiado tarde para mandarlos de vuelta.

El túnel se abrió a la enorme caverna de mi visión. El espacio se extendía a lo ancho, con paredes talladas suavemente y cubiertas de suelo a techo por una luz carmesí. Láminas sólidas de corrupción pulsaban, imbuidas de vida en la piedra. En el aire. En mis huesos.

Talesian colgaba en el centro de la red, pero la realidad era mucho peor que la visión. La red de magia abarcaba toda la caverna. Los hilos le atravesaban las muñecas, los tobillos, la garganta, incluso la carne sobre su corazón. Su piel se había vuelto gris, tras haberse desvanecido el dorado. Su pecho apenas se elevaba con cada respiración superficial.

Pero sus ojos se abrieron de golpe y se clavaron en mí en cuanto entré deslizándome. El aguamarina estaba apagado, transformado en un azul turbio, pero aún estaba consciente, lo suficiente como para comprender lo que veía. El horror me golpeó a través del vínculo. No solo su dolor, sino el pavor de que hubiéramos venido. Miedo por nosotros, no por él.

Cambié a humana sin pensarlo, con los pies descalzos golpeando la piedra manchada de carmesí. El ardor me subió por las piernas, pero no me detuve. No podía. —Estamos aquí—. Se me quebró la voz—. Te tenemos.

—¡No! Quiere... a todos—. La voz de Talesian era un rasguño.

Agarré el hilo más cercano, la rabia cortando cualquier rastro de miedo. Rabia de que ella pudiera hacer esto, lo hubiera hecho durante siglos sin control. Tiré con fuerza, desgarrando las hebras carmesíes, ignorando cómo el calor me abrasaba las palmas de las manos. —Vamos a sacarte de aquí.

—Yo no haría eso si fuera tú—. La voz provino de todas partes a la vez; era suave, divertida. Britheva salió de entre las sombras al fondo de la caverna, sus tacones chasqueando contra la piedra carmesí. —Bienvenidos, pequeñas serpientes. Os estaba esperando.



Capítulo quince

Un sólido muro carmesí brotó del suelo, separándome de mis compañeros. El gruñido de Navaree se cortó a medias, tragado hasta que solo ecos amortiguados golpearon contra la barrera. Talesian desapareció tras otra losa que se alzó estruendosamente entre nosotros.

Los vínculos no se silenciaron. Se *desgarraron*. Se me abrió el pecho, me tajaron el corazón en carne viva. La conexión se cortó de cuajo. Había conocido la soledad antes, pero esto no era soledad. Era una amputación.

Golpeé el muro con los puños. La superficie ondeó bajo el impacto, pero resistió. Lo golpeé de nuevo, más fuerte, hasta que se me abrieron los nudillos y la sangre salpicó el brillo carmesí. Nada de nada.

Mi magia surgió, el poder color agua corrió hacia mis palmas, solo para retroceder. El muro se lo bebió. Mi poder tocó la barrera y se desvaneció, devorado por la hechicería de Britheva. Estaba convirtiendo mi magia en combustible para la suya, alimentando la fuerza que aplastaba a mis compañeros.

Intentarlo de nuevo me dejaría seca, tal vez me mataría.

Pero dejar que se desvanecieran se sentía peor que morir.

A través del translúcido resplandor rojo, vislumbré a sus criaturas pululando sobre Seakal y Navaree. Entonces el muro se volvió

opaco.

Un entumecimiento me recorrió las manos y los dedos, hasta que el frío me llegó a los brazos. —No, no puede.

—Oh, claro que puedo —dijo, y su voz flotó a través del brillo, seda sobre veneno—. ¿Pensaste que esos vínculos tan bonitos no podían romperse? ¿Que tus compañeros podrían durar más que tú? ¡Qué ingenua! Cuando vives tanto como yo, aprendes una cosilla o un millón.

Era antigua, su magia era más vieja que nada de lo que yo entendiera. Mis veinticinco años no significaban nada. Ella había olvidado más de lo que yo podría aprender jamás. ¿Cómo iba a enfrentarme a eso?

El muro pulsaba, vivo con su magia. No podía ver a mis compañeros, pero los oía: impactos, gruñidos, el crujido húmedo de la carne contra la piedra.

—¡Por favor, pare! ¡Haré lo que quiera! —Mi propia voz se me desgarró al salir.

Ella rio, ligera y agradable, como si compartiéramos un chiste privado—. Lo harás. Pero primero, me aburro. Vamos a arreglar eso, ¿te parece?

Varias figuras se abrieron paso a través de la bruma carmesí, materializándose en formas de pesadilla. La primera arremetió contra mí.

Salté hacia un lado, con mi serpiente alzándose en mi interior. Su conciencia chocó con la mía, un torrente de gélida claridad que agudizó cada sentido. Los músculos se endurecieron, los huesos se realinearon, mi peso se asentó más bajo. Estable. Lista. Mortal.

Las garras de la criatura cortaron el espacio donde un segundo antes había estado mi cabeza.

Mi serpiente no pensaba con palabras. Pensaba en movimiento: atacar, retroceder, atacar de nuevo. Cada movimiento tenía un propósito, cada impulso muscular era preciso. Dejé que sus instintos me inundaran hasta que la extrañeza de existir entre dos formas dejó de importar.

El impulso de la criatura la hizo pasar de largo y yo ya me estaba moviendo, ya estaba atacando.

Las escamas brotaron en mis nudillos mientras mi puño se estrellaba contra su garganta. El hueso se estremeció bajo el impacto; mis manos estaban protegidas por una armadura que aparecía exactamente donde la necesitaba.

La sensación era embriagadora y aterradora. Mi mente humana quería catalogar cada cambio, nombrar cada transformación, pero la serpiente no tenía paciencia para el pensamiento. Ella era acción. Reflejo. Muerte escrita en una memoria muscular que yo nunca había aprendido.

La criatura gorgoteó y tropezó hacia atrás. Dos más se lanzaron hacia delante. Me agaché, giré, golpeé. Una garra me rozó el hombro, trazando una línea de calor sobre mi piel. La sangre me resbaló por el brazo. El dolor hizo que todo cobrara sentido. Yo era más rápida. Más fuerte. Pero seguía siendo vulnerable. Seguía siendo mortal. Si lograban inmovilizarme, si me despedazaban hasta que no pudiera moverme, no les serviría de nada a mis compañeros.

Retrocedí, con cuidado ahora. Esa vacilación rompió la conexión con mi serpiente, lo justo para que una criatura chocara contra mí por detrás. Mi cuerpo se estrelló contra el muro de Britheva en lugar de contra la piedra. La superficie se estremeció bajo el golpe, la luz carmesí parpadeó por un latido. A través del tenue resplandor las sombras se movieron, y capté la imagen borrosa de mis compañeros al otro lado.

La serpiente de Navaree se enroscaba alrededor de dos criaturas, apretando su enorme cuerpo hasta que las escamas se partían y la sangre salía disparada. Más criaturas se abalanzaron sobre él, con las garras clavándose en cada resquicio desprotegido. El vínculo pulsó una vez, cargado de su dolor y su rabia, de su desesperada necesidad de llegar hasta mí a través de la barrera. Seakal luchaba bajo una masa de cuerpos retorcidos, con el peso aplastándolo. El dolor desgarraba el vínculo: deshilachado, desvaneciéndose, pero aún presente.

Unas garras se hundieron en mis costados, encontrando el punto tierno entre las costillas. Un grito se me escapó y algo más profundo respondió, salvaje y furioso.

La magia surgió a través de mi pecho, invocada por el dolor y la furia. La luz dorada del grimorio se alzó con mi poder de color agua. Esta vez no por separado. No como la pasajera silenciosa que había sido. La determinación vino con ella.

Las imágenes inundaron mi mente, fogonazos demasiado claros para cuestionarlos. Sin palabras. Sin instrucciones. Solo la verdad. Mi magia de agua y el oro del grimorio se entrelazaron, fundiéndose en una sola corriente. No eran dos mitades trabajando codo con codo, sino una única fuerza, unificada e innegable.

El grimorio habló en mi interior. No con sonido, sino con pensamientos compartidos. Conocía la batalla. Sabía que mis compañeros estaban muriendo al otro lado del muro. Contaba los segundos que me quedaban. Sabía lo que debía hacer.

Tres criaturas arremetieron. La presencia del grimorio presionó con más fuerza, con la urgencia vibrando en cada célula. «Confía en esto. Confía en mí. Hazlo ahora».

No había tiempo para pensar. La desesperación me desgarró y el grimorio se apoderó de ella, dándole forma de poder.

Hazlo.

Me aferré a la magia del grimorio. Respondió al instante, ansiosa y viva. Mi poder de agua se arremolinó en su pozo y me lancé hacia él con el oro del grimorio todavía fuertemente sujeto.

El oro y el agua colisionaron. Un rayo me tragó por completo. Los colores estallaron, brillantes y ardientes, y cada nervio se quebró bajo la fuerza. Por un instante, las dos magias amenazaron con despedazarme, luego se entrelazaron y surgieron hacia afuera en un violento pulso.

Las criaturas salieron volando hacia atrás, se estrellaron contra el muro carmesí y se disolvieron en cenizas.

La magia fusionada chisporroteaba sobre mi piel, hambrienta de más. A través del muro que se debilitaba, con el carmesí tornándose en un rojo translúcido, mis compañeros seguían luchando *y estaban perdiendo*.

Los anillos de Navaree aplastaban la garganta de una criatura mientras otras tres desgarraban sus escamas. No intentaban matarlo

rápido; lo estaban desmembrando. La sangre corría por su piel verde, brillando bajo la luz roja.

La cabeza de Seakal estaba inmovilizada contra la piedra. Las garras se hincaban en las zonas blandas entre sus escamas: su garganta, su vientre, la carne alrededor de sus ojos.

Arriba, una criatura trepaba por la red hacia Talesian. Su cuerpo humano se retorcía, luchando contra unas ataduras que se negaban a romperse. La sangre le recorría los brazos por donde los hilos habían cortado la piel hasta el hueso. No le quedaba nada para luchar excepto el aliento.

No.

En segundos habrían desaparecido. Esos machos que me habían salvado, que me habían tocado como si fuera algo más que un arma, morirían gritando frente a mí.

—Entrégueme el grimorio y vivirán.

La voz de Britheva se entrelazaba en el caos, suave y brillante de placer. Estaba más allá del muro, aureolada por la luz carmesí, con una mano alzada. La magia la obedecía por instinto. Más criaturas surgieron del muro, más hilos serpentearon hacia mis compañeros.

La oferta destilaba dulzura. Una promesa. Una mentira.

La verdad me golpeó con frialdad. Britheva nunca negociaba. Consumía. Si le daba el grimorio, los mataría de todos modos... y me obligaría a mirar.

Aunque quisiera, no podía entregárselo sin ellos, pero ella no lo sabía. El secreto era mío. Si ellos morían, el grimorio moría conmigo.

Me humeaba el hombro por la carne desgarrada, me ardían los costados donde las garras habían perforado profundamente, pero obligué a mis manos temblorosas a alzarse. No podía dejar que ganara.

—Yo no hago tratos con impostoras —dije.

Britheva sonrió, divertida—. Así que la serpiente tiene colmillos. Bien. Me gustan los colmillos.

Las escamas ondearon por mis antebrazos mientras bloqueaba su siguiente ataque. Las garras rasparon, pero no perforaron. Una luz de color agua y oro brotó de mis manos, cubriéndolas con un resplandor vivo. Me moví entre las criaturas, parte humana, parte

serpiente, pura furia. Por cada una que mataba, dos más la reemplazaban. El poder de Britheva se alimentaba de la propia tierra. Yo no podía igualarla eternamente.

Sus hebras carmesíes salieron disparadas, enrollándose alrededor de Navaree y lanzándolo por los aires. La magia se clavó en sus escamas, arrancándole la carne, mientras la sangre llovía sobre el suelo. Él se sacudía, con los músculos en tensión, impotente contra las ataduras.

—¡Pare! —se me quebró la voz—. ¡Deténgase!

Otra hebra atrapó a Seakal, arrastrándolo hacia arriba, con la piel abriéndose bajo la tensión.

—El grimorio a cambio de tus compañeros. Un intercambio muy sencillo —dijo Britheva.

Una criatura se estrelló contra mi espalda, sus garras marcaron cuatro líneas ardientes desde el hombro hasta la cadera. Golpeé la roca con la fuerza suficiente para ver la oscuridad. Se me escapó un grito. Rodé, pateé, oí el crujido de un hueso. El monstruo se desplomó, pero tres más avanzaron.

—Te quité el vínculo, pero quizá fue un error —reflexionó Britheva —. Quizá necesites sentirlos de nuevo.

Los hilos alrededor de mis compañeros se tensaron. El dolor se estrelló a través de los vínculos, inundándome con su agonía hasta que los bordes del mundo se borraron en blanco.

Me incorporé a rastras, sintiendo la sangre caliente bajando por mi espalda. —No, no va a...

La risa de Britheva resonó como cristal rompiéndose—. Oh, pero si ya lo estoy haciendo. Mira, pequeña serpiente. Mira lo que pasa cuando me rechazas. Vas a sentirlo todo.

Las hebras se apretaron más. El dolor de mis compañeros explotó en mi interior, desgarrando músculos y huesos. Las costillas crujieron. Las articulaciones se rompieron. El dolor nos fundió hasta que no supe qué cuerpo se estaba quebrando. Sus gritos se grabaron en mí, más allá de la carne, grabados directamente en mi alma.

Luché a pesar de todo. La magia fusionada brotaba de mis manos, de mi pecho, de todo mi ser. La luz resplandeció, calcinando la

bruma carmesí. Las criaturas se desintegraban, pero otras nuevas surgían de sus cenizas.

El mundo se redujo a un ritmo. Golpear, girar, matar. Mi cuerpo gritaba; mi magia se consumía hasta las cenizas. Docenas de heridas sangraban libremente. Mis costillas tajadas, el muslo perforado, la mandíbula partida.

No podía parar. Si paraba, ellos morían. Cada pulso a través de los vínculos era un recordatorio.

La conciencia de Seakal parpadeó. El hilo flaqueó. El pánico me dejó la garganta en carne viva. La fuerza de Navaree falló. No podía llegar hasta ellos. No podía salvarlos.

El poder de Britheva se estrelló contra mí. Una luz carmesí me golpeó el pecho y me lanzó a través de la caverna. La piedra me destrozó la espalda. El aire desapareció de golpe. Me deslicé por la pared y caí al suelo, apenas respirando.

La risa de Britheva llenó el espacio, brillante y terrible—. Qué decepcionante. Esperaba más de alguien que porta el grimorio.

Mis piernas se negaban a moverse. La sangre me inundaba la boca. Apoyé una mano temblorosa en el muro que tenía detrás, intentando levantarme. La piedra se sentía fría y resbaladiza bajo mis dedos... entonces pulsó con luz.

Un destello brilló bajo mi palma, tenue como un suspiro. Un hilo de oro, fino como un cabello, se filtró por una grieta en la roca.

La línea ley. Incorrupta.

Britheva alzó la mano—. Buenas noches, pequeña serpiente. Tomaré el grimorio de tu cadáver.

Alcancé el hilo dorado. En el momento en que mi piel lo tocó, el poder surgió hacia arriba, no como un chorro sino como una inundación. La línea ley rugió a través de la piedra y se vertió en mí, directa al grimorio vinculado dentro de mi alma.



Capítulo dieciséis

La explosión brotó de mí, llevándose mi magia, mi fuerza, mi aliento, mi voluntad. Una onda de choque desgarró la caverna, arrasándolo todo. Las criaturas que se abalanzaban sobre nosotros se desintegraron. La red que sujetaba a Talesian se disolvió. El muro que nos separaba saltó en pedazos, y fragmentos de luz roja se dispersaron por el suelo antes de desvanecerse en polvo.

Las hebras que ataban a Seakal y Navaree se rompieron. Cayeron con fuerza, y sus imponentes cuerpos de serpiente golpearon la piedra con impactos que hicieron vibrar el suelo. Las escamas brillaron, se retrajeron, se fundieron. La piel reemplazó a las escamas ensangrentadas. Un color morado oscuro marcaba las costillas de Seakal donde ella lo había aplastado. El hombro de Navaree sobresalía en un ángulo que me revolvió el estómago.

Verlos sangrar en piel humana era peor que cualquier tortura que Britheva pudiera inventar. Despojados de sus serpientes, parecían demasiado pequeños. Demasiado frágiles. La caverna rugía, con el aire espeso por la arenilla y la ceniza. Una luz carmesí parpadeaba a través de la bruma. Una columna se desplomó; las grietas treparon por las paredes como telas de araña.

Por encima del caos, Talesian aún colgaba inerte de los restos de la red. La luz de su alma vacilaba en mi pecho, encogiéndose con cada latido.

No se ha ido. Todavía no. Pero se apaga.

No.

La palabra golpeó con más fuerza que cualquier explosión que hubiera desatado. No fue pensamiento ni razón. Fue una orden, una negativa que brotó de algún lugar más profundo que el miedo o el amor. Me tambaleé hacia él. Me temblaban las piernas y los músculos me gritaban por el poder que había canalizado. El grimorio latía en mi interior. No usaba palabras, sino imágenes que cruzaban mi mente como destellos. Una hebra específica. El ángulo del golpe. Qué profundidad cortar.

Mi magia fluyó de mis palmas, rebanando el tejido. Las ligaduras se desprendieron. Talesian cayó. Seakal lo atrapó. Se desplomaron juntos en una maraña de extremidades, con los brazos de Seakal aferrados al pecho de Talesian. Un sonido escapó de la garganta de Seakal. Un dolor que no podía ocultar. —Te tengo, hermano. Te tengo.—

La cabeza de Talesian cayó sobre el hombro de Seakal. Tenía la piel gris y los labios azulados. Parecía muerto. Su pecho se elevó. Muy poco, pero se elevó.

Navaree gateó hacia ellos, con la sangre manando de un tajo sobre su ojo. Su brazo izquierdo colgaba de forma extraña, pero aun así buscó a Talesian y presionó su mano buena contra el cuello de este para comprobar el pulso.

La caverna gruñó. Una lluvia de polvo descendió, cubriéndome la piel, llenándome la nariz y la boca. Me escocía en los ojos y me taponaba la garganta hasta que cada suspiro sabía a ceniza y hierro. Una fisura partió la pared, extendiéndose rápidamente. De la grieta manó luz roja. El suelo se hundió bajo mis pies mientras la piedra se cimbreaba. Britheva surgió de entre los escombros, rodeada de fragmentos de roca que salían despedidos de ella. —¿Deme ese maldito grimorio!?—

Britheva levantó ambas manos y la luz carmesí cobró vida a su alrededor. Látigos de su magia azotaron el aire, y cada golpe dejaba surcos humeantes en el suelo. El sonido me hería los oídos, a medio camino entre un grito y metal desgarrándose. Cada impacto levantaba escombros.

Sus criaturas pulularon, avanzando hacia nosotros como un muro interminable de pesadillas. La caverna entró en una espiral de caos, desmoronándose bajo la fuerza de su rabia. Un látigo carmesí me alcanzó el hombro. El fuego recorrió mi brazo hasta la punta de los dedos. Mi visión se oscureció por los bordes. Tropecé y el grimorio se agitó en mi interior. Alcé un escudo de luz dorada, movida por el instinto. La magia de Britheva se hizo añicos contra él, pero el impacto me empujó lejos de mis compañeros.

Seakal incorporó a Talesian, con sus costillas rotas crujiendo por el esfuerzo. El brazo de Talesian colgaba sobre sus hombros como un peso muerto. Navaree se colocó al otro lado, sosteniéndolo con su brazo sano mientras se tambaleaban hacia mí.

—¡Tenemos que movernos! —gritó Seakal.

El grito de Britheva estaba cargado de furia. El techo se resquebrajó y fracturas dentadas se extendieron por encima de nosotros mientras el polvo caía como ceniza. Las imágenes me acribillaban la mente mientras el grimorio me instaba a avanzar. Reuní todo: el terror por mis compañeros, el crujido de las costillas de Seakal con cada respiración, el hombro destrozado de Navaree, la luz del alma de Talesian que se desvanecía. Sentí furia hacia esa impostora que se había atrevido a dañarlos, a tocar lo que era mío. El duelo se entrelazaba con la cólera; duelo por el mundo devorado por la corrupción, por la tierra misma que gritaba bajo mis pies. La presión aumentó, creciendo hasta que mi piel se tensó por contenerla. La magia surgió como un torrente de relámpagos fundidos que me recorría las venas.

—¡No me los quitará!

Una luz dorado-acuamarina estalló hacia afuera. Golpeó las paredes, quemando las vetas carmesíes hasta que estas implosionaron y la oscuridad se apresuró a llenar los huecos. La piedra se partió. La caverna tembló. Cada fragmento de roca al caer sonaba como un trueno. Britheva tropezó, alzando los brazos contra la ráfaga. Por primera vez, el miedo cruzó su rostro.

Lanzó un alarido y arrojó su poder contra mí. Luz carmesí explotó de sus manos en arcos salvajes y descontrolados. El hechizo atravesó el techo, abriendo fisuras aún más profundas en la roca en

lugar de alcanzarme. La rabia volvía su magia errática, demasiado poderosa para que la estructura debilitada la soportara. Un crujido seco rasgó el aire, luego otro, y después una docena más. El suelo se sacudió bajo nosotros. Grandes losas se desprendieron del techo y se estrellaron contra el suelo, lanzando esquirlas por doquier y sepultando a Britheva bajo toneladas de roca.

Su grito fue engullido por el estruendo del derrumbe. Parpadeé entre la bruma, esperando el siguiente impacto, el siguiente rugido, pero no llegó nada. El pulso me martilleaba en los oídos mientras el polvo flotaba en la quietud.

Entonces el suelo dio un vuelco bajo mis pies. La superficie se inclinó y me lanzó hacia delante. Mis palmas golpearon la arenilla y el calor al detenerme. El estruendo creció hasta parecer algo vivo, un pulso constante y brutal que hacía pedazos el mundo. Cada latido que permanecíamos aquí nos exponía a quedar sepultados.

Seakal y Navaree llevaban a Talesian entre los dos, casi arrastrándolo hacia mí a través de la calima asfixiante. Talesian tenía los ojos abiertos, pero empañados por el dolor, y la boca apretada en una línea dura. Me buscó con la mano y sus dedos estaban resbaladizos por la sangre y el polvo. Le temblaba el brazo al tirar de mí, pero aun así logró ponerme en pie. Una sonrisa cansada cruzó su rostro. —Hola, dulzura. Has venido a por mí cuando te dije que te mantuvieras alejada. Hablaremos de eso más tarde.

Me apreté a su costado, con el brazo rodeándole la cintura con firmeza mientras el suelo se estremecía bajo nosotros. —Me alegro de que vayamos a tener esa oportunidad.

—Fuera —instó Seakal con voz ronca—. Esa única palabra cortó el estruendo.

El suelo se encabritó y nos lanzó hacia delante. Una roca se estrelló justo donde habíamos estado segundos antes. El aire se volvió denso por la arenilla y la ceniza. El suelo se inclinaba y oscilaba, obligándonos a correr y tropezar a partes iguales hacia la salida. Cada aliento nos raspaba la garganta. El peso de Talesian lastraba nuestros pasos, pero él siguió moviéndose, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en la salida.

Una ráfaga de aire pasó a nuestro lado, trayendo un muro de polvo que nos hizo caer al suelo del túnel mientras salíamos de la caverna. Durante unos instantes ninguno de nosotros se movió. Nos quedamos allí tumbados en la oscuridad, tosiendo, sangrando, vivos. Un gemido profundo recorrió la piedra. El suelo se desplazó bajo nosotros en un lento vaivén que onduló por el túnel. La luz carmesí de las vetas en las paredes rocosas parpadeó y el dorado comenzó a abrirse paso.

La luz dorada canibalizaba la contaminación de Britheva, reclamando lo que ella había corrompido, pero las grietas se ensanchaban y las paredes se abrían para revelar vetas de fuego dorado que devoraban el muro del túnel. Las líneas ley estaban recuperando su espacio, purificándolo. No les importaba que siguiéramos vivos dentro de estos túneles.

Navaree se puso en pie con dificultad, con el rostro manchado de sangre y polvo, y los ojos fijos en mí. —Tenemos que salir de aquí.

—¿A dónde? —dijo Talesian con voz quebrada.

La mirada de Navaree se clavó en la mía. —Volvemos al Templo. Zahra puede activar un portal. Es la única forma de que salgamos de aquí lo bastante rápido. Nunca llegaríamos a la superficie, aunque conociéramos el camino.

—Tenemos que transformarnos. Está demasiado lejos para ir en nuestras formas humanas. Necesitamos velocidad y protección —dijo el aliento de Seakal en jadeos cargados de dolor.

El cuerpo de Talesian se tensó y los músculos se le marcaron bajo la piel. Por un momento, sus escamas afloraron, un leve brillo recorriéndole los brazos. El brillo se rompió. Las escamas se disolvieron antes de poder asentarse. Talesian se dobló hacia delante con un grito ronco, un sonido lo bastante crudo como para desgarrarme por dentro. Apoyó las manos en el suelo, hundiendo los dedos en la piedra mientras todo su cuerpo temblaba.

—No puedo cambiar —soltó con esfuerzo, con la furia asomando entre las palabras—. Me ha drenado demasiado.

El dolor atravesó el vínculo, con la frustración y el miedo entrelazados. Me arrodillé a su lado, presionando una mano contra su mejilla. Su piel ardía bajo mi palma.

Talesian luchó por incorporarse, con la respiración superficial y entrecortada. —Tenéis que iros. Salid de aquí mientras los túneles aún aguanten.

—No —la palabra salió de mí antes de que pudiera decir otra cosa —. No voy a dejarte.

Sus dedos se cerraron sobre los míos. —No puedo cambiar. Os retrasaré. Si te quedas, también morirás.

La idea de darle la espalda me partió algo por dentro. —Entonces moriremos juntos.

Él se quedó helado ante eso, con los ojos muy abiertos y ensombrecidos por el agotamiento. —Dulzura...

Varias imágenes llamearon tras mis ojos: el patrón de luz dorada y aguamarina, el flujo entre nosotros, cómo salvar el abismo que la tortura de Britheva le había provocado. Me vi poniendo las manos sobre su pecho, vi mi magia pasando de mí a él, vi a su serpiente respondiendo.

—Creo que... puedo ayudarte. —Gateé hacia él. El polvo caía en oleadas constantes; el techo estaba a segundos de ceder.

—Confía en mí—, dije, presionando ambas palmas contra su esternón.

Él puso su mano sobre la mía. —Siempre.

Mi magia se vertió en Talesian. La luz de su alma brilló en el vínculo. Su serpiente se agitó, sanando y fortaleciéndose al tomar mi poder. Él tomó aire con fuerza, un sonido entre un sollozo y un gruñido. Los huesos se movieron bajo mis palmas. Su columna se alargó. La piel se onduló mientras las escamas empujaban en relucientes vetas doradas y azules. Oleadas de calor emanaron de él hasta que el polvo a nuestro alrededor se arremolinó mientras cambiaba a su hermosa forma de serpiente.

Talesian bajó la cabeza hasta que sus ojos brillantes se encontraron con los míos. Su lengua salió, un toque suave y deliberado que me recorrió la mejilla. El contacto no fue un beso, ni mucho menos, pero se cargó de significado. La promesa muda de que seguía siendo él mismo.

El brazo de Seakal me rodeó desde atrás, apretándome contra su pecho. —Lo has logrado, pequeña compañera. Estoy muy orgulloso

de ti.

Trozos de piedra se rompieron a nuestro alrededor, lanzando esquirlas que se deslizaban por el suelo. El terreno se inclinó con la fuerza suficiente para lanzarnos a un lado.

—Tenemos que irnos. ¡Ahora! —dijo Seakal.

Las palabras fueron todo el aviso que tuvimos antes de que él cambiara. Su cuerpo se tensó y los músculos se agarrotaron mientras el Cambio se imponía. El aire se llenó de ozono; su transformación fue rápida, disciplinada y controlada incluso en mitad del caos. La forma de serpiente de Navaree brilló como el metal pulido un instante después.

Dejé salir a mi serpiente y el Cambio fue fluido. Fácil. El espacio se hizo más pequeño a medida que los cuatro adoptábamos nuestras segundas formas. El suelo tembló por debajo y el polvo se arremolinó a nuestro alrededor, pero cuando nos giramos para correr, el pánico me arañó la garganta. Los pasadizos se ramificaban en todas direcciones. La montaña era un laberinto de corredores sinuosos, callejones sin salida y piedra que se desmoronaba. No había forma de saber qué túnel nos llevaría de vuelta al templo y cuál se nos caería encima.



Capítulo diecisiete

Una luz dorada se abría paso entre la oscuridad que se desplomaba, un río de resplandor que cortaba el caos. Arremetí hacia adelante, cada ondulación raspando mis escamas contra las paredes de piedra. Detrás de mí llegaba el siseo y el rechinar de los cuerpos de mis compañeros abriéndose paso por el estrecho espacio.

Los túneles tronaban. El ruido era algo vivo. La piedra se fracturaba, se rompía, estallaba mientras secciones enteras de las paredes de los túneles se desprendían. El penetrante olor metálico de la sangre era intenso. Tanto la mía como la de mis compañeros.

El polvo de roca me cubría la lengua. El aire quemaba, frío y seco, lo bastante denso como para asfixiarme; cada aliento me dejaba la garganta en carne viva. El ozono me abrasaba los pulmones, con ese aroma a magia pura que chispeaba contra la piedra.

Una losa del techo cedió tras nosotros. La explosión del impacto envió una onda de choque por el túnel que me golpeó la cola. El dolor me desgarró la espalda al chocar contra la pared y la piedra dentada se hundió profundamente en mis escamas.

La mole masiva de Navaree se presionó contra mí, empujándome para que me enderezara. El calor de su cuerpo cortó el frío; su peso era una promesa sólida. Su lengua se movió veloz, rozando mi garganta, saboreando mi miedo, mi furia, mi negativa a rendirme. El

vínculo pulsó, su determinación deslizándose a través de él, calmada, inquebrantable.

El túnel viró a la izquierda, hundiéndose en una caída pronunciada, pero las líneas doradas latían, mostrándome el camino. Mi cuerpo se retorció durante el descenso, con mis compañeros pisándome los talones. El siguiente temblor rasgó los túneles. Las paredes a ambos lados se curvaron. La roca se partió. Fragmentos de piedra llovieron en una cascada brutal. Una roca puntiaguda golpeó el flanco de Seakal. Su siseo llenó el túnel. La sangre manchaba sus escamas, oscura y resbaladiza.

Quise detenerme, pegarme a él, volcar mi fuerza en esa herida. No podía. Si nos deteníamos, quedaríamos sepultados donde estábamos. Dejé de lado todo lo demás —miedo, dolor, culpa—, todo reemplazado por un pensamiento desesperado: escapar.

Adelante, la línea ley dorada resplandeció, un pulso que nos guiaba hacia el final de esta tumba que se derrumbaba y señalaba por fin el arco de obsidiana del Templo de la Serpent Goddess.

La salida estaba justo delante. Lo único que importaba ahora era llegar a ese arco y lograr que mis compañeros lo cruzaran antes de que los túneles se nos cayeran encima. Concentré todo en ese objetivo, apartando el dolor y el miedo.

Casi estábamos allí.

Lo único que teníamos que hacer era seguir moviéndonos.

El suelo se partió frente a mí. Una fisura se abrió y ensanchó con un estallido; la piedra se desmoronó para revelar un foso negro sin fondo. No lo pensé. Tensé cada músculo, me lancé hacia adelante y volé. Durante tres latidos no hubo nada bajo mi cuerpo. Mi vientre golpeó el suelo de mosaico, las escamas soltaron chispas contra él mientras me deslizaba hasta detenerme.

Tras de mí llegó el pesado impacto del aterrizaje de Seakal, con su cuerpo enroscándose para absorber el golpe. Navaree lo siguió, pero su descenso fue demasiado brusco y su costado izquierdo chocó contra el borde roto. El dolor estalló a través del vínculo, pero Navaree logró impulsarse sobre el borde.

Talesian vaciló. El lastre del agotamiento recorrió el vínculo. Su forma de serpiente se quedó rezagada incluso cuando intentó por

todos los medios reunir la fuerza para saltar. El abismo era demasiado ancho. Estaba claro que él no lo lograría.

La cola de Seakal restalló sobre el abismo, rodeando el torso de Talesian. La roca se hizo añicos en el borde de la fisura. Tiró con fuerza, con los músculos hinchados, sacando a Talesian del borde y lanzándolos a ambos al otro lado en una pura descarga de potencia.

Aterrizaron con dureza y el impacto resonó por todo el templo. El cuerpo de Talesian quedó inerte entre los anillos de Seakal. La respiración de Seakal era ronca mientras arrastraba a Talesian consigo. La sangre se emborronaba por el suelo tras ellos, la suya y la de Talesian mezcladas.

La luz dorada parpadeaba en la sala del altar, prometiendo una seguridad que quizá ya se había esfumado. El sonido de la piedra al caer se cernía desde todos los flancos. Me volví hacia ellos, con cada músculo en tensión, lista para correr. No quedaba tiempo para sangrar más.

Date prisa, hija.

La súplica del templo retumbó en mi cráneo. Arañó mis pensamientos, rogando, empujando, arrastrándome hacia delante antes de que las paredes se cerraran a nuestro alrededor.

Mi forma de serpiente cambió en plena carrera, las escamas se suavizaron hasta volverse piel. Mis pies tocaron la piedra. Caí pesadamente sobre el suelo de mosaico a cuatro patas, con el aliento escapándose de mi pecho en jadeos superficiales. Me ardían los pulmones. Cada músculo de mi cuerpo temblaba por el esfuerzo de correr. La sangre manchaba mis brazos debido a cortes que no recordaba haberme hecho.

Seakal y Navaree cayeron al suelo a mi lado, sus formas mudando a carne y hueso. Seakal se arrodilló junto al cuerpo inerte de Talesian mientras él también cambiaba y presionó los dedos con fuerza en su garganta. Navaree se apoyó contra la pared, con la mano derecha apretada sobre su hombro.

—Talesian... —La palabra se me atascó en la garganta.

—Está vivo —dijo Seakal, con la voz ronca por el polvo y el esfuerzo—. A duras penas, pero vivo.

El templo gimió. Un fino polvo caía en cortinas. Delgadas grietas se extendían como telarañas por el mosaico bajo nosotros. Las luces doradas de las líneas ley parpadeaban sin ritmo. Brillando demasiado, atenuándose y volviendo a brillar. El templo no resistiría.

—¡El portal! —gritó Navaree por encima del estruendo. La sangre le corría por la sien, trazando una línea oscura sobre su piel azul—. Tienes que crearlo, Zahra.

El terror me cerró la garganta. El altar se extendía lejos de mí, demasiado lejos, inalcanzable. —No sé cómo.

—Sí que lo sabes, dulzura —dijo Talesian con voz rasposa. Abrió los párpados, algo que claramente le costaba, con los ojos vidriosos, pero consciente—. El grimorio... sabe cómo.

No teníamos tiempo para que yo sufriera un colapso nervioso. Para decirles lo poco preparada que estaba en realidad. Si vacilaba ahora, nos aplastarían vivos bajo toneladas de roca.

—¿Adónde? ¿Adónde nos envío? —Mi voz se quebró, afilada por la desesperación.

Navaree se obligó a incorporarse. —Al ateneo del Rey. Donde nació el grimorio. Él conoce el camino. Sabrá cómo volver a casa.

Una grieta partió el techo y empezó a llover piedra.

Seakal tomó a Talesian en brazos, cubriendo a su hermano de vínculo con su propio cuerpo a pesar de que el dolor le torcía el gesto. —Nos hemos quedado sin tiempo, pequeña compañera. Tienes que intentarlo.

El centro del altar se abrió, con una fisura zigzagueando por su mitad. El ritmo de las líneas ley vaciló y el brillo flaqueó hacia la oscuridad a medida que la grieta se ensanchaba. El altar no duraría eternamente; esta era mi única oportunidad.

Me agarré a los costados y me incorporé, golpeando con las palmas de las manos el punto de convergencia. El calor me mordió la piel, quemando hasta llegar al hueso. El suelo vibraba bajo mis pies, con la luz siguiendo el ritmo frenético de mis latidos. El poder de la línea ley surgió de mis manos, subió por mis brazos y se enroscó en mi interior.

—Puedes hacerlo, pequeña compañera —La voz de Seakal cortó el estruendo.

Mis compañeros, maltrechos y ensangrentados, con sus cuerpos temblando de agotamiento, me miraban como si nunca hubiera habido duda alguna. Como si yo no estuviera exhausta, aterrorizada y medio rota, sino como si fuera algo más. Realmente creían que podía hacerlo, y no podía fallarles. Forcé una bocanada de aire en mis pulmones y me volví de nuevo hacia el altar.

Busqué el grimorio en mi interior. Sin palabras, solo con la necesidad. *Por favor. Enséñame. Ayúdame a salvarlos.*

La respuesta me golpeó de lleno. La luz estalló tras mis ojos. El templo desapareció. Imágenes explotaron en mi mente: hilos dorados, líneas ley, caminos infinitos enredados entre sí. El instinto me señaló la hebra que necesitaba.

Vi mis propias manos, con la luz brotando de mis dedos, tejiendo las hebras en un círculo. Mi magia y la del grimorio se entrelazaron, formando un umbral. Anclarlo aquí, lanzar el otro extremo hacia delante.

El suelo dio una sacudida bajo mis pies. La piedra tronó. Apenas nos quedaba tiempo.

La visión se enfocó. Dorado rodeado de aguamarina. El umbral. El poder del altar surgió por mis brazos, ardiendo con tal intensidad que abrasaba cada nervio. Mi magia se alzó. Las dos corrientes formaron una espiral cada vez más apretada, uniéndose sobre el altar.

Empujé la magia hacia fuera. El aire ondeó. El calor deformó el espacio. Las líneas ley se retorcieron, tejiéndose en un marco. Un portal cobró vida de repente, girando y soltando chispas, con una luz azul parpadeando sobre el suelo. Temblaba como el agua, con la superficie brillante como un espejo. No podía ver qué esperaba al otro lado. Solo tenía que confiar en que aguantaría. Y tenía que moverme ya.

—¡Tenemos que cruzar ahora! —gritó Navaree.

No sabía si el portal era estable. No sabía si lo había hecho bien. No sabía nada excepto que quedarse significaba la muerte.

—No sé si ha funcionado —Las palabras salieron de mí desgarradas.

—Funcionará porque tú lo has hecho —dijo Seakal.

El templo tembló, respondiendo por mí. Una onda de choque me golpeó la espalda, impulsándome hacia delante. Volé hacia el portal, con los brazos extendidos y el cuerpo dando tumbos. Tras de mí, mis compañeros se lanzaron al frente. Choqué contra la superficie de espejo. Un cristal frío se presionó contra mi piel durante un latido. Entonces el mundo se invirtió, absorbiéndome...

Aterricé con dureza sobre piedra lisa. El impacto me sacó el aire de los pulmones. El dolor estalló en mi hombro, en la cadera, en cada punto de contacto. No podía respirar. No podía pensar más allá del impacto contra el suelo firme. El sonido regresó. Respiraciones agitadas. Alguien gimiendo. El roce de un movimiento sobre la piedra.

Levanté la cabeza.

Luz. No la magia dorada de las líneas ley. Luz de antorchas. Llamas constantes en apliques que bordeaban paredes que se alzaban hacia las sombras. El suelo bajo mí era de mármol negro pulido con vetas doradas. Las estanterías de todas las paredes estaban abarrotadas de libros y pergaminos, volúmenes encuadernados en cuero, tela y materiales que no reconocía.

Una biblioteca. Algún tipo de biblioteca enorme.

Y frente a mi rostro...

La punta de una espada relució bajo la luz de las antorchas. Apuntaba al espacio entre mis ojos.

—No te muevas —dijo una voz. Masculina. Fría. Absolutamente decidida.



Capítulo dieciocho

La luz de las antorchas bailaba a lo largo del filo de la hoja. El hombre que la sostenía era enorme: tan ancho como Navaree, tan alto como Seakal, con la piel azul tensa sobre unos músculos que parecían tallados en piedra viva. *¿Qué les pasaba a estos Fae?* El cabello plateado le caía por debajo de los hombros en una cascada que captaba el resplandor del fuego, y sus ojos poseían el frío cálculo de alguien que ha matado sin vacilar y ha dormido después. Todo en él gritaba peligro.

Navaree se puso en pie de un salto y se interpuso entre la reluciente espada y yo, protegiendo con su enorme cuerpo mi figura postrada. La sangre le resbalaba por la espalda a causa de las heridas, de un rojo oscuro sobre la piel azul. El aroma metálico me llenó la nariz, mezclándose con la suciedad y la mugre que aún se aferraban a mi cabello.

—¡Taredd!—. Su voz se quebró por el agotamiento y el alivio, un sonido ronco en su garganta. —¡Somos nosotros!

El reconocimiento cruzó fugazmente aquellas facciones afiladas. La espada descendió con un susurro de acero.

—¿Navaree?—. Su voz era profunda, endurecida por la incredulidad. Su mirada nos recorrió a todos y volvió a posarse en mí. —Por los dioses. Habéis encontrado a vuestra Elegida. Y a vuestra compañera.

—Hemos encontrado nuestro todo—. Navaree me tomó en sus brazos, levantándome del suelo y estrechándome contra él. Mis músculos se licuaron. El mundo se ladeó por un instante antes de estabilizarse.

Lo habíamos logrado. Contra todo pronóstico imposible, habíamos llegado a un lugar seguro. Pero la seguridad parecía frágil con Seakal arrodillado en el suelo detrás de nosotros, acunando en sus brazos la figura semiconsciente de Talesian. El rostro de Seakal estaba tenso por la preocupación, y el pánico brillaba en sus ojos oscuros.

Me zafé del agarre de Navaree y gateé hacia mis compañeros heridos. La sangre se filtraba entre los dedos de Seakal mientras intentaba cubrir las heridas de Talesian.

Los bordes de la herida estaban negros por la magia de Britheva. Lo que fuera que ella hubiera hecho seguía allí, envenenándolo, impidiendo que su cuerpo volviera a sanar.

—¿Talesian?—le presioné la palma en la mejilla.

Sus párpados temblaron. Un suave gemido escapó de sus labios, apenas audible, pero de algún modo el sonido más hermoso que jamás había escuchado.

De repente, unas burbujas doradas brotaron del aire a nuestro alrededor, materializándose de la nada. El suelo de mármol tembló bajo mis rodillas y los tomos tintinearon en sus estantes. El aire se espesó, cargado de una magia que me erizaba la piel y agitaba a mi serpiente.

Los ojos de Taredd se abrieron de par en par. —¿Deduzco que su Elegida es la responsable de estos susurros de las líneas ley?—.

Navaree soltó una carcajada áspera carente de humor. —¿Susurros?— señaló con su brazo sano a nuestro ensangrentado y maltrecho grupo—. Más que susurros. Una destrucción total.

El grimorio se agitó en mi interior, respondiendo a este lugar. Respondiendo a la antigua magia que se espesaba a mi alrededor.

—Luchamos contra Britheva—, continuó Navaree, endureciendo su expresión—. Está muerta.

A Taredd se le desencajó la mandíbula. —Vosotros...

El suelo retumbó y lo interrumpió. Los libros cayeron de los estantes y golpearon el mármol con sus encuadernaciones. Las burbujas doradas salieron disparadas del suelo y giraron por los bordes de la estancia.

Taredd hincó una rodilla ante mí, plegando su enorme cuerpo con una gracia sorprendente. —Señora, os lo agradecemos—. El tono estaba lleno de reverencia. —Pero debo preguntaros... ¿podéis asentar las líneas ley?—.

—Yo...—. Pero el impulso brotó en mi interior antes de que pudiera procesarlo, abrumador e imposible de resistir. El grimorio se agitó, mostrándome destellos de hilos dorados, de poder que fluía a través de la piedra.

Sabía qué hacer.

Invoca su fuerza, susurró el grimorio. *Dirige su magia.*

Presioné la palma contra el frío mármol; la superficie se sentía suave y, de algún modo, viva bajo mi tacto, vibrando con un poder residual que resonaba con la magia de mi sangre. Las burbujas doradas se agruparon alrededor de mi mano, multiplicándose hasta formar una nube resplandeciente que palpitaba al ritmo de mi corazón. Tanto mi magia como la del grimorio se derramaron en el suelo, cálidas al contacto con mi piel.

Sana, deseé hacia el mármol, vertiendo cada gota de amor desesperado en esa única palabra. *Sánalo todo.*

En mi mente, el mundo se abrió. Vi cada arteria, cada vena, cada capilar que componía la red de líneas ley, tal como me había mostrado el altar. Canales de poder brillantes que deberían haber resplandecido con magia saludable, pero, en su lugar, la podredumbre de Britheva mancillaba la tierra. Había envenenado mucho. Envié sanación a esos espacios, imaginando cómo se llenaban de luz dorada, deseando con todas mis fuerzas que la ponzoña desapareciera.

La red de líneas ley se extendía debajo de mí, más profunda de lo que jamás había imaginado y más compleja de lo que cualquier mapa podría mostrar. Hermosa, terrible y abrumadora. Cada línea cantaba con su propia frecuencia, con su propia necesidad

desesperada, y todas clamaban a la vez hasta que el sonido amenazó con destrozar mi mente.

Dañadas. Tan profundamente dañadas.

Le entregué a la tierra todo lo que tenía, todo lo que el grimorio me ofrecía, hasta que no quedó nada de mí excepto la necesidad de sanar, de arreglar lo que llevaba tanto tiempo roto. Mi cuerpo pasó a un segundo plano, se volvió distante. Solo existía el flujo de poder y la esperanza desesperada de que fuera suficiente.

El tiempo perdió su significado. ¿Segundos? ¿Minutos? ¿Horas? No podría decirlo. Solo existía la succión interminable de las hambrientas líneas ley y la luz dorada que manaba de mi alma.

—Zahra—.

La voz me llegó desde algún lugar lejano, amortiguada. Pestañeé y recuperé la conciencia. Mi palma seguía presionada contra el mármol, con la piel entumecida por el frío, pero las burbujas doradas habían desaparecido. El suelo estaba quieto. Me dolían las rodillas contra la piedra, punzadas de dolor que me indicaban que había estado arrodillada más tiempo del que creía.

Tres rostros desconocidos me observaban. Sus expresiones reflejaban asombro e incertidumbre.

Un guerrero de cabello azul medianoche estaba de pie cerca de Taredd, con una presencia cargada de una amenaza silenciosa. A su lado esperaba otro varón, con el cabello dividido entre el azul marino y el plateado; su mirada era concentrada y analítica, mientras medía cada uno de mis movimientos. La tercera figura me pilló por sorpresa. Una mujer de cabello cobrizo y ojos azul pálido que brillaban con calidez me miraba con amabilidad manifiesta, a pesar de la tensión en la cámara.

Un instante después me percaté de lo que la hacía diferente. Era humana. Mi serpiente se agitó con leve regocijo.

—Hola. Soy Gilda. Me alegro mucho de que te hayan encontrado. Ya has conocido a Taredd, y estos son mis otros compañeros, Siveril y Evindal.

Su sonrisa era radiante y su cabello cobrizo captaba la luz de las antorchas como fuego cálido mientras señalaba primero a un fae alto de pelo azul marino y luego al otro varón que estaba a su lado,

de pelo bicolor. Era hermosa de una manera que me encogía el pecho. Me volví dolorosamente consciente de mi aspecto, de cada costra de sangre seca y mugre. Mi piel aún conservaba el olor a humo y muerte. Quería desaparecer en el suelo de mármol, desvanecerme en las grietas hasta que nadie pudiera verme.

Sucia. Desnuda, a excepción del polvo pegado a mi piel. La sangre me manchaba los muslos, los brazos, el cuello. Parte era mía. Parte de ellos. Parte de criaturas cuyos rostros no quería recordar jamás.

¡Mis compañeros! La magia me había poseído, me había olvidado de ellos y...

Miré hacia ellos, esperando ver sufrimiento, y me quedé helada. Su piel estaba intacta. Suave. No quedaba ni un solo corte. Los hematomas que habían oscurecido el hombro de Navaree habían desaparecido. Las costillas de Seakal subían y bajaban sin dolor al respirar. Talesian había recuperado el color, sustituyendo la palidez grisácea por calidez.

Talesian se agachó a mi lado. —Me has devuelto a la vida. Nos has curado a todos. Mi hermosa compañera. Eres perfecta.

Navaree cayó de rodillas, rodeándome con sus brazos y sentándome en su regazo. Apoyé la cara contra su pecho, sintiendo cómo su calor me calaba, y solo entonces me di cuenta de lo fría que había estado. —Más que perfecta.

Seakal me apartó un mechón de pelo de los ojos. —Eres nuestro corazón, pequeña compañera. La razón por la que seguimos respirando.

Se me cerró la garganta ante el sollozo que pugnaba por salir. Había pensado que todos moriríamos en aquella caverna. Verlos respirar, llenos de fuerza, era como despertar de una pesadilla.

No debería haberme fijado en las líneas de sus músculos bajo la piel, en el brillo de las escamas que marcaban sus hombros, en su absoluta belleza. Pero lo hice. Un calor intenso se enroscó en la boca de mi estómago. El pulso se me aceleró, martilleándome en la garganta. Intenté apartar la mirada. Fracasé.

Los labios de Talesian se curvaron en una sonrisa lenta y cómplice. —Me gusta que nos mires así.

El asombro me atravesó como un rayo. —¿Puedes leerme el pensamiento?—.

Su risa sombría me recorrió la columna. —Tu pensamiento no, dulzura. Te siento dentro de mí. Nuestro vínculo me dice más de lo que las palabras jamás dirán.

Sus palabras rozaron mi piel, hundiéndose hasta moverse bajo ella, recorriendo la línea de mi garganta, mi espalda, el latido de mi pulso. El vínculo vibraba entre nosotros, más fuerte de lo que nunca había sido; su presencia abrumaba mis sentidos. Cada pensamiento, cada escalofrío, me devolvía el eco a través de ellos.

Lo que habíamos pasado había consumido cualquier resistencia que aún pudiera albergar. El vínculo no era un truco, ni una correa, ni una maldición impuesta por el destino. Ahora lo veía, lo sentía con una claridad que no dejaba lugar al miedo. Se nos había puesto a prueba de formas que nunca imaginé sobrevivir, y cada prueba nos había despojado de todo, obligándonos a unirnos más rápido de lo que jamás habría creído posible. Ya no quedaba nada que ocultar, ni preguntas que hacer. Veía la pureza en el corazón de todo ello, la cruda verdad de lo que nos ataba. Habían pasado demasiadas cosas como para dudar ahora.

Los deseaba.

Cada milímetro de su fuerza, de su calor, de su cercanía imposible. La necesidad ahogaba todo pensamiento, dejando solo el hambre y la dolorosa certeza de que nunca estaría completa sin su contacto.

—Toma —dijo Gilda, quitándose su abrigo largo y tendiéndomelo. Su sonrisa transmitía una calidez amable mientras me lo ofrecía—. Parece que tienes frío.

Quizá lo parecía. O quizá vio un temblor que no tenía nada que ver con la temperatura. Cogí el abrigo de todos modos; la tela aún conservaba el calor de su cuerpo y se sentía suave contra mi piel desnuda. Si no me cubría, si seguía allí plantada rodeada por el calor de mis compañeros y el pulso que latía en el vínculo, no estaba segura de poder resistir el hambre que se tensaba en mi interior.

Miré alrededor del vasto espacio en un intento de desviar la atención de mis compañeros, asimilándolo de verdad.

—Este es el ateneo del rey Cedar —dijo Seakal, siguiendo mi mirada con comprensión en sus ojos oscuros—. Nos has guiado de vuelta al lugar donde nació el grimorio.

El asombro me embargó al observar verdaderamente el lugar. Las estanterías se alzaban tres pisos, repletas de volúmenes que vibraban con magia residual. Encuadernaciones de cuero de todos los colores imaginables revestían las paredes: granate intenso, negro medianoche, verde bosque veteado de oro y algunos tonos para los que no tenía nombre porque existían fuera de la percepción humana normal.

Un libro incompleto yacía abierto sobre un pedestal ornamentado. El grimorio en mi interior se tensó hacia el libro. Avancé hacia él, atraída por la fuerza.

Gilda se puso a mi lado, hombro con hombro, mientras yo lo contemplaba. —Esa es mi parte del grimorio.

Me quedé mirando las páginas incompletas. —¿Y el resto?

—Hay otras tres secciones liberadas, pero están en la Tierra y no hemos podido conectarlas. Tal vez ahora, con dos secciones reunidas, la llamada sea lo bastante fuerte como para romper la barrera entre nuestros mundos.

Miró hacia el grimorio parcial en su pedestal, preocupada. —Necesitaremos reunir las seis piezas para detener a los Seis y restaurar tanto el Reino de las Hadas como la Tierra. Aunque ahora, con cinco impostores muertos, solo nos queda detener a uno más.

—¿Quién es el último? —pregunté—. ¿Y era ese impostor realmente el último? Britheva había sido tan poderosa, su magia estaba tan profundamente arraigada en la putrefacción que casi nos destruye. En realidad no había visto su cuerpo, solo la explosión y el templo derrumbándose. No pude evitar que la duda se deslizara por mi mente como un secreto que no quería oír.

—Artus. El más rastrero de los impostores —dijo Taredd. El rostro se le endureció al hablar, con el asco marcando profundas líneas alrededor de su boca.

—Taredd —dijo Gilda apoyando una mano contra el brazal de su antebrazo—. No puedes cargar con la culpa de lo que ellos hicieron.

Tú no los convertiste en monstruos. Se lo hicieron a sí mismos. El robo no fue culpa tuya.

Algo parpadeó tras sus ojos, una sombra que decía que no la creía.

Los recuerdos encajaron. Los fragmentos que mis compañeros me habían contado en la caverna bajo el lago helado. La historia de un general fae que había ayudado a diseñar a Las Elegidas. El hombre que había orquestado mi destino por sucesos ocurridos hace siglos.

Este era *el* General Taredd.

El fae que me había creado. El que había desarrollado la magia que había atado a mis padres; el sacrificio que había sellado sus muertes y los linajes que habían moldeado mi nacimiento, todo se remontaba a él, que estaba allí de pie con la mandíbula apretada y la culpa quemándole bajo la piel.

Se me revolvió el estómago. La confusión se mezcló con algo parecido a la traición.

Mi mirada se posó en Gilda. Ella no era solo otra humana atrapada en esta guerra. Era una de sus creaciones... y su compañera.

La confusión se fundió con el pulso sordo de la incredulidad. Mis pensamientos se enredaron hasta que los nombres y los rostros se desdibujaron. Gilda. Taredd. El grimorio. El estruendo de todo aquello presionaba el interior de mi cráneo hasta que la cabeza me dolió con un latido constante e insistente.

Estaba demasiado cansada para desenredar nada de eso. Demasiado cansada para que me importara por qué me dolía el pecho o por qué el aire se sentía tan espeso que costaba tragarlo. La luz de las antorchas se volvía borrosa por los bordes. Cada hematoma y corte que había ignorado desde la caverna volvió a arder.

Un peso firme se asentó alrededor de mi cintura. Seakal me atrajo contra él; su calor era constante y reconfortante. Ahora vestía una túnica, igual que el resto de mis compañeros, sin duda gracias a Gilda.

Su brazo se tensó, sujetándome contra sí. —Nuestra compañera está agotada. Antes de decir una palabra más sobre grimorios,

impostores, planes o cualquier otra cosa relacionada con este lío, todos necesitamos descansar.

—Desde luego—dijo Taredd, y su expresión se suavizó y se tornó en algo parecido a la culpa cuando me miró—. Me alegro de que tus compañeros te encontraran, milady. También me alegro de haber estado aquí cuando llegasteis. El ateneo del Rey no es un lugar del que nadie pueda escapar fácilmente.

La inquietud me erizó la nuca. —¿Qué quieres decir?

—Las protecciones—dijo Seakal torciendo el gesto—. Diseñadas para mantener fuera a los intrusos y dentro a los prisioneros. Nosotros ayudamos al Rey a diseñarlas.

Cerré los ojos un momento. —Por supuesto que lo hicisteis. —Pero el agotamiento tiraba de mí, dificultándome volver a abrirlos una vez cerrados.

Seakal me tomó en brazos con un movimiento fluido. Me derretí contra su pecho mientras Taredd y sus compañeros nos guiaban fuera del ateneo. Avanzamos por túneles oscuros de paredes de roca y apenas fui consciente de nada. Sus latidos eran constantes bajo mi oído, fuertes, vivos y tranquilizadores. La prueba de que habíamos sobrevivido. La prueba de que esto era real.



Capítulo diecinueve

El pecho de Talesian subía y bajaba bajo mi mejilla. Los latidos de su corazón palpitaban bajo mi oído, fuertes, seguros, presentes. Su brazo rodeaba mi cintura, pesado sobre mis costillas. Detrás de mí, el cuerpo más grande de Seakal se curvaba contra mi columna, su aliento agitando el vello de mi nuca. Los dedos de Navaree se entrelazaban con los míos donde nuestras manos descansaban sobre el estómago de Talesian. La habitación olía a sal, a cedro y a algo más oscuro. Almizcle. Hombre. *Míos*.

El calor me presionaba por todos los flancos. Tenía el recuerdo borroso de ser transportada a través de túneles oscuros, luego por una serie de habitaciones, un baño caliente y, después, de las sábanas rozando mi piel y de una voz profunda murmurando que estaba a salvo. Alguien me había subido las mantas hasta los hombros antes de que el agotamiento me hiciera sucumbir.

La cama en la que estábamos era enorme, tallada en madera oscura pulida. Blandas almohadas se desparramaban por el colchón en tonos azul profundo y plata. La manta que nos cubría estaba tejida con una tela pesada que captaba tenues destellos de hilo de plata.

Unas cortinas colgaban del alto dosel. Las paredes eran de piedra pálida con vetas blancas. Un ventanal alargado recorría un lateral, con las contraventanas entreabiertas. A través de la rendija, una luz

débil entraba en un haz pálido y, más allá, se extendía un manto de cielo gris.

Mi serpiente se agitó, lenta y lánguida. Se estiró bajo mi piel, y su satisfacción se enroscó en mi interior. Una sensación de plenitud se remansó a través de nuestra conciencia compartida, su placer entrelazándose con el mío hasta que no supe distinguir de quién era la paz de cada cual.

Las sábanas estaban enredadas alrededor de la cintura de Talesian. Su rostro, relajado por el sueño, parecía más joven, suavizado en una expresión abierta y vulnerable. Sus pestañas descansaban oscuras sobre sus mejillas y una leve sombra de barba perfilaba su mandíbula. Sus labios, entreabiertos en una exhalación pausada, dejaron entrever sus colmillos. Ya no me asustaban. ¿Cómo podrían? Los había usado para desgarrar el mundo y protegerme.

Recorrí su pecho con los dedos, sobre la suave elevación del músculo, sobre el ligero hundimiento entre sus costillas. La piel cálida recibió las yemas de mis dedos, y su calor se filtró directamente en mi sangre. Mi mano subió más, trazando la línea de su garganta. Presioné la palma allí. Su pulso saltó bajo el contacto. Mis dedos exploradores recorrieron la piel suave donde habían estado sus heridas; su piel estaba impecable.

—Mmm—Un sonido soñoliento, ronco y bajo. El retumbar de su voz vibró en mi palma—. Me gusta despertar sintiendo tu tacto sobre mí, dulzura.

—Estás vivo—, susurré contra su piel.

Abrió los ojos. Me encontré con su mirada y sentí un vuelco en el estómago. Esos ojos aún poseían una profundidad que podía arrastrarme al fondo, calmados un momento, peligrosos al siguiente. —Gracias a ti.

—Todos estamos aquí gracias a ti—. El brazo de Seakal se apretó alrededor de mi cintura desde atrás. Sus labios buscaron la curva de la base de mi cuello y me besaron allí. El roce de los colmillos envió chispas por mi columna.

—Pequeña compañera. Conservamos nuestras vidas gracias a ti—. Los dedos de Navaree se entrelazaron con los míos antes de llevar

nuestras manos unidas a su boca. Sus labios rozaron mis nudillos, demorándose en ellos.

—Lo logramos—. Las palabras salieron de mí con dificultad. Estúpido. Obvio. Pero necesitaba oírlas. Necesitaba hacerlas reales en el espacio que compartíamos.

—Lo logramos —la voz de Navaree era áspera, cruda—. Tú lo hiciste.

El vínculo vibraba entre nosotros; el aire cobraba vida con el color. Tres hilos de luz se tejían en mi pecho, cada uno distinto, pero enredándose más fuerte con cada respiración. El zafiro, el citrino y el cobalto brillaban contra mi propia esmeralda cambiante, y su calor se deslizaba bajo mi piel. Su alivio reflejaba el mío, su gratitud, su ansia silenciosa de tocar y ser tocados. A través de ese resplandor llegaba la certeza constante de que habíamos sobrevivido, todos nosotros, vinculados y respirando juntos.

Esta era la primera vez que despertaba sin miedo.

Sin sacudidas de adrenalina. Sin una evaluación inmediata de salidas y armas. Sin buscar amenazas ni calcular las probabilidades de supervivencia. Solo calor. Aliento. Latidos rodeándome.

A salvo.

—Oye —Talesian acunó la parte posterior de mi cabeza en su gran palma; sus dedos se entrelazaron en mi cabello—. Estás bien.

—Lo sé —se me quebró la voz—. Lo sé.— Lo sabía. Pero eso no impedía que los viejos patrones se encendieran en mi cerebro. Las dudas se amontonaban unas sobre otras porque, a la hora de la verdad, la vida era frágil. La paz era fugaz. Y yo… no quería que esto terminara.

Talesian me atrajo hacia él. La presión firme de su cuerpo no dejó espacio para el pánico. Su boca rozó mi sien, su voz un retumbar bajo y constante. —Estás aquí. Estamos aquí. Britheva se ha ido. No dejaré que nada te toque.—

Navaree se movió contra mi otro costado y deslizó la mano por mi espalda hasta que descansó en mi nuca. —Nada te alejará de nosotros.—

—Sigues pensando demasiado —Seakal llevó su mano a mi cadera, su pulgar trazando círculos lentos—. Creo que tenemos que

hacer algo al respecto.

El tenue brillo de la luz de su alma resplandecía en los estanques oscuros de su mirada, pero también había calor bajo ella. Decidido. Hambriento.

Se inclinó, con la lentitud suficiente para que la tensión se acumulara en mi vientre antes de que su boca tocara la mía. El primer roce de sus labios me pilló desprevenida, hasta que el resto del mundo se desvaneció. La presión lenta de su boca ahogó el ruido de mi cabeza, el aire de mis pulmones.

Profundizó el beso, con la otra mano apoyada tras mi espalda, guiándome hacia él. Su lengua se deslizó contra la mía, un movimiento que reclamaba un espacio en mi interior que no sabía que guardaba bajo llave. Su calor recorrió mi cuerpo y ahuyentó los últimos hilos de miedo, dejando solo esa conciencia tranquila y certera de pertenencia.

Cuando rompió el beso, no se alejó mucho. Su aliento aún rozaba mis labios y su pulgar mantenía su lento recorrido por mi cadera. —¿Mejor? —murmuró, con una voz lo bastante ronca como para estremecerme hasta los huesos.

—Me toca —la voz de Navaree era un sonido que habitaba en algún lugar entre una orden y una súplica—.

Me giró en los brazos de Talesian y rozó mi boca con la suya. Me incitó a abrirme, saboreándome con pacientes trazos de su lengua. El leve raspado de sus dientes recorrió mi labio inferior, y atrapó el sonido que dejé escapar contra su boca con una exhalación brusca. Su otra mano se deslizó por mi cintura, acercándome hasta que mi pecho se presionó contra el suyo, corazón contra corazón. Su calor se extendió por todo mi ser.

Los dedos de Talesian recorrieron mi columna, un contrapunto de tacto que me provocó otro escalofrío. Su boca encontró la curva entre mi hombro y mi cuello, con sus labios apenas rozándome, trazando el lugar donde mi pulso latía más rápido. Terminé mi beso con Navaree para mirarle.

Talesian se movió, incorporándose sobre un brazo hasta quedar suspendido sobre mí. El movimiento fue lento, deliberado, sin que su mirada se apartara en ningún momento de mi rostro. Sus ojos me

recorrieron, memorizando cada línea. Mi boca, mi garganta, la rápida elevación de mi pecho donde rozaba su aliento. La picardía que solía exhibir había desaparecido, sustituida por algo más silencioso y profundo. Me miraba como si no pudiera creer que fuera real.

Exhaló, con un sonido cargado de deseo. —Preciosa —dijo, con una voz que era un rasguño áspero.

Esa sola palabra caló hondo en mí, justo donde residía el vínculo. Su asombro se enroscó en mi pecho a través de esa atadura invisible que nos unía. La luz de su alma vibraba con tanta fuerza que me hacía hormiguear la piel.

Talesian se cernía sobre mí, con un brazo apoyado junto a mi cabeza y la otra mano descansando en mi cadera. Se veía fuerte. Hombros anchos, músculo magro, un tenue brillo dorado tiñendo su piel azul marino cuando su pecho subía y bajaba. Pero lo que me impactó no fue su fuerza. Fue la forma en que me observaba, la atención cuidadosa en sus ojos, como si no hubiera nada más en el mundo que valiera la pena ver.

Su mirada recorrió mi rostro, deteniéndose en mis labios, luego en mi garganta, trazando las líneas de mi clavícula antes de volver a mis ojos. El calor que había allí no era grosero ni exigente. Era adoración. Me observaba como si fuera algo sagrado que hubiera temido perder.

—Creo que nuestra compañera tiene otras necesidades aparte de nuestros besos. —Miró a Navaree. La mirada que compartieron duró solo un latido, pero el significado pasó entre ellos tan claro como el lenguaje hablado.

Navaree se aclaró la garganta. —No sé vosotros, pero los últimos días me han abierto el apetito. Tú mantén a nuestra compañera… entretenida y nosotros iremos a ver qué hay de desayuno.

Seakal apartó las mantas y salió de la cama. Mi mirada siguió las poderosas líneas de su cuerpo. El marcado estrechamiento de su espalda hacia su cintura delgada, los largos músculos de sus piernas. Era fuerza bruta envuelta en una calma natural. Mientras Seakal caminaba hacia una cómoda, Navaree se incorporó desde el otro lado de la cama, con movimientos más silenciosos, más pausados.

Mis ojos trazaron la limpia simetría de su forma, desde el corte de su pecho hasta las líneas elegantes de su abdomen.

Lanzándole una camisa y unos calzones de cuero a Navaree, Seakal comenzó a vestirse. No podía apartar la vista. Un calor abrasador me atenazó el bajo vientre mientras el recuerdo de sus manos y bocas chisporroteaba por mis nervios. Estuve a un paso de pedirles que se olvidaran del desayuno y volvieran a la cama para olvidar todo lo que no fuéramos nosotros.

La comisura de la boca de Seakal se elevó en una sonrisa lenta y cómplice. —Pórtate bien, Zahra. —Me guiñó un ojo mientras se abrochaba el cinturón y luego se dio la vuelta para empujar a un Navaree que refunfuñaba hacia la puerta.

—Sé buena mientras no estoy, pequeña compañera —dijo Navaree por encima del hombro, con una voz que oscilaba entre la advertencia y el anhelo.

La puerta se cerró tras ellos, sepultando el sonido de sus pasos en el silencio. La habitación parecía más grande sin ellos, el aire demasiado quieto. Me hundí de nuevo contra las almohadas, consciente de cada centímetro de piel desnuda y del calor constante a mi lado. La mirada de Talesian se encontró con la mía, con la más leve de las sonrisas curvando sus labios. Solo nosotros dos, sin muros, sin sangre, sin necesidad de nada más que el uno del otro.

Talesian dibujaba patrones sobre mi piel, lazos perezosos que descendían por mi columna, por la pendiente de mis costillas, a lo largo de mi cintura. Su mirada permanecía en mi rostro, estudiando cada destello que cruzaba por él.

—Lo han hecho a propósito —. Mi voz sonó más suave de lo que pretendía.

Una lenta sonrisa curvó su boca. —Por supuesto que sí. A Seakal le encanta hacerse el responsable y a Navaree le encanta fingir que es sutil.— Su pulgar rozó mi costado y su sonrisa se volvió más afilada—. ¿Y yo? Debería darte unos azotes por no hacerme caso cuando te dije que corrieras.—

Tragué saliva. —No habrías sobrevivido si lo hubiera hecho.—

Sus ojos se oscurecieron. —¿Crees que te quería allí? ¿Cayendo en su descarada trampa?—

El sonido de su voz resonando en la caverna de Britheva, la visión de él colgado de aquella telaraña, con la piel gris por el dolor, me revolvieron el estómago. —No podía dejarte.—

Acarició mi nuca con la palma de la mano, entrelazando los dedos en mi pelo. —Eres cabezota. Valiente. Y temeraria. Me encanta eso de ti, incluso cuando me aterra.—

Mis dedos se crisparon en las sábanas. —¿Qué te hizo? Cuéntamelo.—

Deslizó el pulgar por mi mandíbula, con un movimiento lento y deliberado. —Nada que no volvería a soportar si con ello te mantuviera a salvo.

Sus palabras, destinadas a calmarme, no hicieron más que avivar el fuego. —Pero no estoy a salvo —dije con la voz tensa—. Ninguno de nosotros lo está, mientras quede uno solo de ellos. Los odio, Talesian. Odio a Britheva y a todos los del Seis.

Me aparté ligeramente, necesitando espacio para la rabia que me asfixiaba. —¡No eran más que personas! Personas insignificantes y corruptas que no deberían haber sido más que una nota a pie de página en algún libro de historia olvidado. En lugar de eso, robaron una magia que nunca podrían comprender y la retorcieron en siglos de crueldad. No se merecen ese poder.

La mano de Talesian se deslizó hasta mi cintura, un ancla firme en medio de mi tormenta. —También te trajeron a nosotros, a su manera retorcida. Si no fuera por ellos, el destino no habría forzado la brecha entre mundos. Nunca la habrías cruzado. Nunca te habríamos encontrado.

Su mirada me retuvo, un cielo nocturno sin estrellas en el que podría caer para siempre. No había sombras, ni evasivas. Solo la certeza silenciosa que me dejaba al descubierto. La lucha no abandonó mis pulmones, sino que fue consumida por un fuego diferente. La parte de mí que siempre buscaba la mentira, la trampa, no encontró nada más que el suelo sólido de su presencia.

Tal vez tuviera razón. Tal vez cada cruel giro del destino había sido un camino que conducía hasta aquí. El pensamiento no trajo paz; trajo una inundación. El vínculo entre nosotros, antes un hilo de calor, se engrosó hasta convertirse en un río de lava que corría por

mis venas hasta que él estuvo bajo mi piel y en la médula de mis huesos. Un dolor profundo y serpenteante comenzó en lo bajo de mi vientre, un pulso que acompasaba el latido frenético de mi propio corazón.

Después de todo lo que habían destruido, algo había sobrevivido. Yo. Nosotros.

Mis labios se abrieron al pronunciar su nombre. —Talesian... —Fue menos una palabra y más una fractura, un ruego que me hizo estremecer—. No hables. Solo... tócame. Haz que lo olvide todo excepto esto.

Su sonrisa desapareció, sus ojos se oscurecieron con una emoción que era a partes iguales reverencia y hambre pura. Se inclinó, apoyando su frente contra la mía mientras nuestros alientos se enredaban en el aire cargado de electricidad entre nosotros. —Dulzura —graznó, y la palabra fue una promesa y una oración—. Por ti, haría cualquier cosa.

No fue un beso suave. Fue una reclamación. Sus labios chocaron contra los míos, devorando el jadeo que se me escapó. Una mano se hundió en mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás en una rendición descarada. La otra mano se aferró a mi cadera, atrayéndome con fuerza contra él, marcándome con su calor y el firme relieve de su deseo. Me abrí para él sin pensarlo, mi lengua encontrándose con la suya en una danza desesperada, saboreando especias y luz solar y el sabor salvaje y eléctrico que era puramente suyo.

Mi serpiente despertó con un siseo voraz que era pura sensación. Su hambre se convirtió en la mía. Escamas de color aguamarina opalescente brotaron por mis brazos, brillando bajo la tenue luz. En respuesta, su propia serpiente se alzó para encontrarse con la mía. Una oleada de citrino hermoso y resplandeciente bañó su piel, y allí donde nuestros brazos escamados se tocaban, la fricción era a la vez seda y lija, una onda de choque de placer agonizante que me robó el aliento. Brotaron chispas ante mis ojos hasta que el aire mismo supo a ozono.

—¡Talesian! —Su nombre fue un desgarrón áspero en el silencio.

—Te tengo —gimió, con las palabras arrancadas de su pecho mientras su aliento temblaba contra mis labios—. Siempre. Dime qué

necesitas.

Clavé los dedos en sus hombros, buscando su boca como si fuera mi última esperanza de respirar. Cada gramo de soledad, cada año de miedo, brotó de mí, ofrecido en la presión brutal de labios, dientes y lengua.

—A ti —jadeé contra su boca—. Todo tú. Vincúlame, Talesian. Ahora.

Su cuerpo se puso rígido bajo el mío, con cada músculo tenso. —Zahra...

—Hablo en serio. —Me aparté, necesitando que viera el infierno que ardía en mí, por mí—. Vincúlame. Elijo esto. Te elijo a ti. —Mi voz se quebró en la última palabra, pero mi mirada no vaciló—. Por favor.

Fue el momento en que su control se rompió. Un temblor recorrió su poderoso cuerpo. Toda esa disciplina de hierro no solo se dobló. Se hizo añicos. —Si necesitas que pare... —Las palabras fueron un rasguño crudo, arrastrado desde un lugar de profunda contención.

—No lo haré. —Le cogí la mandíbula, con mis pulgares acariciando el músculo tenso. Sellé la promesa con un beso lento y seguro antes de deslizar la boca por la columna firme de su cuello. Su corazón martilleaba contra mis labios, un ritmo frenético y pesado que bebí ansiosa. Presioné mi lengua contra su pulso y sentí cómo saltaba—. Pero necesito que digas que sí.

Un sonido fue arrancado de su garganta, mitad gemido, mitad gruñido de depredador. —Sí.

Era un peso abrasador de calor y músculo que me inmovilizaba, que me poseía solo con su presencia. Sus ojos ardían y el dorado de sus iris se volvía fundido. —Dioses, sí.

No me besó; me consumió. Su boca cayó sobre la mía y la razón se hizo mil pedazos relucientes. Sus colmillos rozaron mi labio inferior, un raspado suave y deliberado que envió una descarga de fuego puro por mi sangre. Mi serpiente se alzó para recibirlo, un siseo silencioso y extático que era pura sensación, su placer entrelazándose indivisiblemente con el mío.

Sus anchas palmas se deslizaron por mis costados, recorriendo mis costillas, mi cintura, la curva lenta y suave de mis caderas. Cuando

sus dedos rozaron la piel sensible de la cara interna de mis muslos, un escalofrío sacudió mi cuerpo y mis piernas se abrieron para él. Lo necesitaba más cerca. Lo necesitaba allí. Se acomodó entre ellas, con sus caderas moviéndose en un círculo lento y tortuoso; la fricción deliberada de su miembro contra mi calor húmedo era a la vez una promesa y un castigo.

El sonido que salió de mí fue algo desgarrado y desesperado, mitad jadeo, mitad sollozo. El ardor eléctrico era insoportable, concentrándose tenso y bajo en mi vientre. —Por favor —jadeé, con mis caderas alzándose contra él—. Talesian, por favor, tómame.

—Pronto —gruñó contra mis labios, con cada centímetro de su cuerpo temblando por el esfuerzo de contenerse—. Primero, deja que te saboree.

Su boca dejó la mía para abrir un rastro por mi garganta. Su lengua lamió un camino caliente sobre mi clavícula antes de bajar más. Cuando sus labios se cerraron sobre mi pecho, apresando el pezón erguido y succionando con fuerza, un grito ahogado brotó de mi garganta. Mis dedos se enredaron en su pelo, atrayéndolo, exigiendo más. Él me complació, capturando mi otro pecho con la mano libre, amasando y provocando el pezón hasta que empecé a retorcerme bajo él, perdida en un mar de sensaciones.

Arqueé la espalda sobre la cama, tratando de forzar el contacto que tanto ansiaba. Él acunó mi trasero entre sus manos, levantando mis caderas para encontrarse con el evidente y palpitante relieve de su sexo. La presión contra mi centro era una agonía exquisita.

Levantó la cabeza, con el rostro tenso por un deseo tan feroz que resultaba aterrador. Su respiración era tan agitada como la mía, nuestros cuerpos empapados por un sudor compartido. —Mírame —ordenó, con voz ronca.

Cuando me encontré con su mirada, la reverencia, la necesidad abrasadora y el amor profundo que nos unía estaban allí. —¿Es esto lo que quieres? —susurró, presionando la punta gruesa de su erección contra mi entrada, una prueba final y enloquecedora—. Dime que estás segura.

No había dudas en mi corazón, ni rastro de vacilación. Todo lo que pude hacer fue asentir, con los labios curvándose en una sonrisa que

parecía que no terminaría nunca. —Sí —susurré de vuelta, con la voz temblando por la misma emoción que recorría su cuerpo—. Sí. Por favor. Necesito...

Se colocó en mi entrada. La cabeza roma de su miembro presionó contra mi apertura, caliente, gruesa y exigente. Mi cuerpo se tensó en anticipación.

—¿Lista?

Solo pude asentir, en un ruego frenético y silencioso. Empujó hacia dentro.

Los primeros centímetros me cortaron la respiración. Mi cuerpo se resistió, tenso y poco acostumbrado a la intrusión. El estiramiento quemaba: una plenitud dulce y dolorosa que hizo que mi serpiente siseara con aprobación. Empujó más hondo, abriéndose paso en mi interior centímetro a devastador centímetro. Mis paredes internas se aferraron a él, aleteando alrededor de la invasión mientras luchaban por acomodar su tamaño.

A través del vínculo, su propio placer delirante me golpeó: el calor aterciopelado de mi cuerpo apretándose contra él, la forma en que estaba siendo succionado y atraído a lo más profundo, su autocontrol deshilachándose con cada centímetro que ganaba. Bajo su placer, saboreé el mío. El dolor exquisito de sentirme ensanchada, llena, completa.

—Dioses —la palabra surgió despedazada de mi garganta—. Talesian.

—Lo sé —gimió, hundiéndose más profundamente con flexiones lentas y potentes de sus caderas—. Tan estrecha. Te sientes... perfecta.

Mis uñas se clavaron en sus hombros, marcando medias lunas en el músculo duro. No aminoró la marcha. Siguió empujando con un ritmo agonizante y deliberado hasta que sus caderas chocaron contra las mías, con toda su longitud enterrada en mi interior. La plenitud monumental me robó el pensamiento y el aliento, dejándome jadeando mientras mi cuerpo convulsionaba a su alrededor.

—Zahra —mi nombre era una oración en sus labios. Reverente. Maravillado—. Dioses, te sientes...

Su frente descansaba contra la mía y nuestras respiraciones salían en jadeos roncos y acompasados. Sentí su lucha a través del vínculo. La necesidad desesperada y primaria de moverse, guerreando con el deseo de dejar que yo me acostumbrara.

La palabra fue una súplica rasgada de mi garganta: —Muévete.

Él obedeció. La retirada lenta y tortuosa prendió fuego a cada terminación nerviosa, y luego volvió a empujar hacia dentro, con fuerza.

Mi visión se volvió blanca. Un grito brotó de mis pulmones mientras mi espalda se arqueaba separándose de la cama, mi cuerpo persiguiendo un placer tan agudo que era casi dolor.

—Ahí —su voz era pura arenilla, despojada de todo por la lujuria —. Justo ahí, dulzura.

Encontró ese punto otra vez. Y otra. Y otra. Cada estocada devastadora era un rayo dirigido al mismísimo núcleo de mi ser.

Envolví sus caderas con mis piernas, anclándolo a mí mientras mi serpiente se alzaba con un siseo primario de éxtasis. Escamas opalescentes brillaron por mi piel en oleadas. Sus propias escamas respondieron, con el citrino y el turquesa cobrando vida. La sensación se convirtió en un bucle de retroalimentación sin fin. Sentía su placer como si fuera el mío, y el mío volvía a golpearlo a él, amplificándose con cada embestida desesperada hasta que ambos nos ahogamos en ello.

—Más rápido —le rogué, clavando los talones en su trasero musculoso—. Más fuerte, necesito...

Me dio lo que exigía y su ritmo se volvió frenético. Una tormenta de embestidas duras y profundas que hacían que mi serpiente se retorciera y que mi luz de alma pulsara con cada impacto brutal. Una presión brillante e insoportable se enroscó en mi vientre, girando cada vez más fuerte hasta que no pude respirar.

—Estoy cerca —jadeé contra su boca—. Talesian, estoy...

—Te tengo —gruñó él, con sus estocadas llegando aún más hondo —. Déjate llevar por mí.

Su mano se deslizó entre nosotros y su pulgar encontró mi clítoris. La fricción añadida fue un acto de hermosa crueldad que hizo añicos lo que quedaba de mi control.

Y en el clímax, mientras la primera ola de liberación me desgarraba, sus colmillos se hundieron en mi cuello.

La mordida fue puro éxtasis cegador. El veneno inundó mis venas. Fuego líquido, cítricos y relámpago puro que reescribieron mi propio ser. Un hambre de respuesta, desesperada y primaria, rugió en mi interior. Me impulsé hacia arriba y hundí mis propios colmillos en el grueso músculo de su hombro, mordiendo con fuerza mientras mi propio veneno bombeaba hacia él.

Nuestras luces de alma detonaron.

Un tsunami de magia y poder estalló en la habitación. Su magia se vertió en mí, la mía en él, y allí donde se encontraron, se convirtieron en una sola. El vínculo parcial entre nosotros se solidificó, anclándose profundamente en mi núcleo. Una atadura de luz estelar y magia.

Sentí todo lo que él sentía: su orgasmo golpeándolo mientras pulsaba y derramaba su semilla en lo más profundo de mi ser; mi propio placer resonando de vuelta, redoblado; el veneno cantando en nuestra sangre; y nuestras almas, que ya no solo se rozaban, sino que se entrelazaban hasta ser totalmente inseparables.

Se desplomó encima de mí, con el peso muerto de unos músculos saciados, los colmillos todavía hundidos mientras su liberación lo recorría en espasmos. Lo sostuve, con mis propios colmillos todavía clavados en su hombro, saboreando su sangre y su magia en mi lengua, sintiendo el peso flamante e inquebrantable de nuestro vínculo asentarse en mi misma alma.

Inquebrantable. Eterno. Elegido.



Capítulo veinte

Los muros de piedra se alzaban a más altura que cualquier estructura que hubiera visto en la Tierra, con sus superficies incrustadas de cristales que palpitaban con un tenue azul y dorado. El castillo engullía el sonido, sustituyéndolo por susurros de seda y armaduras, murmullos en lenguas que nunca había oído.

Había Fae por todas partes. Más gente de la que jamás había visto reunida en un solo lugar.

Mis zapatos susurraban contra los suelos pulidos mientras caminábamos desde el santuario de nuestro dormitorio hacia el comedor donde nos reuniríamos con Gilda y sus compañeros. Talesian entrelazó sus dedos con los míos, con su pulgar acariciando perezosos círculos sobre mis nudillos que dificultaban mi concentración. El calor subía por mi brazo con cada pasada. El vínculo vibraba entre nosotros, vivo y consciente. Cada contacto se amplificaba. Cada roce de su piel contra la mía dejaba chispas.

Un grupo de Fae con vestiduras de tonos pastel detuvo su conversación cuando pasamos. Sus ojos nos seguían; me seguían a *mí*. Guardias con armaduras brillantes pasaban marchando en formación, con las armas colgando de sus caderas. Otros vestían túnicas vaporosas que resplandecían y mostraban en su piel matices azules o plateados que relucían a la luz de las velas.

Algunos miraban con curiosidad. Otros, con un recelo que hacía que mi serpiente se enroscara. Unos pocos parecían esperanzados, con sus miradas demorándose con una intensidad que me hacía querer desaparecer.

—Me están mirando—. Las palabras salieron más tensas de lo que pretendía.

—Tienen curiosidad porque eres diferente. Exótica—. El aliento de Talesian calentó mi oreja, con sus labios lo bastante cerca como para rozar la piel—. Y porque eres nuestra compañera.

La forma en que su voz envolvió la palabra «compañera» hizo que una brizna de calor se enroscara en mi estómago y volvió mi piel hipersensible a cada lugar donde nos rozábamos mientras avanzábamos juntos.

Navaree caminaba a mi izquierda, con su mirada de zafiro cortando la penumbra como un arma, siempre buscando, siempre alerta. Seakal se mantenía detrás de mí, como un muro de fuerza silenciosa que irradiaba calor hacia mi columna.

Entre ellos, estaba protegida.

Protegida. Rodeada.

Un latido de seguridad.

—Yo no pertenezco a este lugar. Míralos. Mira este sitio. Soy alguien que tuvo suerte. Que sobrevivió cuando no debería haberlo hecho. Se darán cuenta de eso pronto.

—Estás totalmente fuera de su alcance—. Talesian dejó de caminar, obligándome a detenerme. Seakal y Navaree también se detuvieron, creando una pequeña burbuja de intimidad a pesar de los Fae que seguían moviéndose por los pasillos—. Eres la Elegida. Llevas el grimorio del rey Cedar. Has sobrevivido a la tortura y a la crueldad de Britheva sin romperte. Eres más fuerte de lo que ellos llegarán a ser jamás. Deberían estar besándote la mano porque tú significas su libertad.

Su fe en mí me llegó a través del vínculo, envolviendo las partes de mí que todavía dudaban de que valiera la pena salvarme. Y, sin embargo, estar aquí rodeada de Fae que me odiaban en el peor de los casos, o que desconfiaban de mí en el mejor, resultaba

inquietante. Seguía pareciendo humana. Parecía su enemiga. —No me siento fuerte.

—El miedo no te hace débil. Las almas más valientes son las que actúan a pesar de estar aterrorizadas—, dijo Navaree.

La fuerza nunca me había parecido algo mío. El miedo había impulsado cada decisión, grabándose en mis huesos. Actuar a pesar del terror nunca me pareció valiente; solo hacía que siguiera respirando.

—Ven a comer, pequeña compañera. Todo es más llevadero con el estómago lleno—, dijo Seakal.

Se me escapó un pequeño suspiro que podría haber sido una risa. Típico de él, responder a la filosofía con comida. Quizá tuviera razón. El hambre hacía que el mundo fuera difícil de afrontar. Una comida sí podía gestionarla. El resto podía esperar. Además, estaba ansiosa por volver a ver a Gilda. Ella había pasado por lo mismo que yo, y ver otro rostro humano sería agradable.

Nuestros pasos eran silenciosos sobre el suelo de piedra mientras seguíamos caminando, y centré mi atención en los muchos tapices que colgaban de las paredes, cada uno vibrante de color. Las tierras que representaban eran increíblemente verdes y salvajes, nada parecidas al gélido reino de Faerie que yo había visto. Había bosques tan espesos que parecían tragarse la luz del sol, colinas salpicadas de flores de todos los matices y ríos que serpenteaban por campos llenos de vida.

Las criaturas eran igual de vívidas. Los lobos corrían por las praderas, las panteras se deslizaban entre sombras moteadas y los dragones sobrevolaban las montañas con las alas extendidas. Los grifos se lanzaban en picado por cielos despejados. Serpientes, todas de escamas relucientes, se enroscaban a lo largo de las riberas. Mis ojos se detuvieron en otra criatura con forma de águila, con sus enormes alas hechas enteramente de fuego, las llamas desplegadas en arcos radiantes. Era hermosa. Me demoré allí un momento, imaginando cómo sería ver algo así en carne y hueso.

Me sacudí esos pensamientos y pregunté: —¿Cuánto falta? —. Necesitaba llenar el silencio con algo que no fueran mis pensamientos acelerados y la escala monumental de aquel lugar.

—Justo aquí delante —señaló Navaree hacia unas puertas dobles al final del pasillo—. Taredd ha preparado un comedor privado. Terreno neutral en lugar de su sala de guerra.—

—Sala de guerra. Por supuesto que un general fae tendría una. Este castillo es lo bastante grande como para tener cualquier cosa que quiera—, murmuré.

—El castillo está encantado para ser más grande por dentro de lo que sugieren sus muros. Cedar quería espacio para la diplomacia, el entrenamiento y la privacidad. Cada pasillo se pliega sobre sí mismo —, dijo Navaree.

Reduje la marcha, mirando a mi alrededor la interminable extensión de piedra. —Eso lo explica. Estaba empezando a pensar que necesitábamos una alfombra mágica para llegar a cualquier sitio.—

La risa grave de Seakal retumbó detrás de mí. —Esa es una idea excelente. Eres muy ingeniosa, pequeña compañera.—

Sonreí para mis adentros. —No es idea mía. Es de un viejo cuento de la Tierra. Un chico encuentra una cueva llena de tesoros y libera a un genio de piel azul. El genio le ayuda a ganarse el corazón de una princesa.—

La sonrisa de Talesian se ensanchó, rápida y brillante. —Me suena. Ya tenemos la piel azul, y tú, Dulzura, encajas perfectamente en el papel de princesa.—

El calor me subió por el cuello. —Eres imposible.—

Navaree se detuvo al final del pasillo. —Y aquí estamos.—

Las puertas que teníamos delante eran colosales, construidas con madera oscura. Runas plateadas bordeaban los cantos. Los pomos estaban esculpidos en bronce retorcido con forma de colas entrelazadas. Antes de que ninguno de nosotros pudiera tocarlas, las puertas se abrieron hacia dentro, movidas por una magia invisible. Una luz cálida se derramó hacia fuera, impregnada con el aroma a carne asada, pan y hierbas que llenaba el aire. Mi estómago rugió en respuesta, y el sonido fue engullido por el suave zumbido del encantamiento que flotaba en el espacio frente a nosotros.

El comedor era íntimo. Una mesa larga puesta para ocho personas, con paredes con incrustaciones de piedras y cristales que

proporcionaban una iluminación suave. El fuego chisporroteaba en un hogar lo bastante grande como para entrar en él de pie.

—¡Aquí están!— Taredd se levantó cuando entramos, con su cabello oscuro recogido en un moño alto que revelaba unos rasgos afilados y unos ojos que no se perdían nada. Siveril y Evindal estaban a sus flancos, y se levantaron también. Todos rodeaban a Gilda, cuyo cabello cobrizo captaba el resplandor del fuego. Su sonrisa era radiante y llegaba hasta sus ojos azul claro, con una calidez inconfundible.

Se movió hacia mí. —Tienes mejor aspecto, Zahra. Descansada.—

Después de haber hecho el amor con Talesian, ambos nos habíamos bañado. El agua caliente había ayudado. La ropa limpia ayudó más. Pero la unión con Talesian había obrado la verdadera curación, cosiendo cosas en mi interior que los baños y el sueño nunca podrían arreglar. La mirada de Gilda recorrió mi marca de unión y volvió a mi rostro mientras una leve sonrisa curvaba sus labios.

El calor me subió por el cuello. Ella sabía lo que había estado haciendo. Supuse que eso venía con la experiencia; se había unido a sus tres compañeros. Intenté imaginar cómo había sido aquello para ella, lo abrumador que debió de sentirse, y me pregunté si alguna vez había tenido tanto miedo como yo.

Sin embargo, ahora se la veía feliz. Serena. Satisfecha de una manera que alivió algo tenso en mi pecho. Señaló la mesa. —Por favor, sentaos. Debéis de estar hambrientos.—

Nos acomodamos a la mesa. Talesian a mi derecha, con el vínculo fluyendo con sus emociones. Navaree a mi izquierda, evaluando a todos los presentes. Seakal al lado de Talesian, con la mirada fija en la de Taredd.

Aparecieron sirvientes con fuentes de comida: aves asadas que olían de maravilla, verduras glaseadas con algo dulce y salado, pan todavía humeante del horno, cuencos de sopa que hicieron que se me encogiera el estómago. No perdí el tiempo y empecé a comer.

Me obligué a comer despacio, a no atiborrarme a pesar del hambre que me arañaba las entrañas. Los sabores explotaban en mi

lengua, más ricos y complejos que cualquier cosa que hubiera probado antes. Todo era extraño y delicioso.

Talesian se acercó, y sentí su aliento caliente contra mi oreja. —Tranquila, dulzura. La comida no se va a ninguna parte.—

Me ardió la cara. ¿Tanto se me notaba?

—Estás preciosa cuando comes. Solo que no quiero que te pongas mala —murmuró, mientras su mano encontraba mi muslo por debajo de la mesa. El calor brotó allí donde su palma descansaba contra la tela.

—Cállate—, susurré.

—Oblígame.—

El desafío en su voz me envió una descarga eléctrica por la columna. Me giré para mirarlo con dureza y me encontré su rostro a pocos centímetros del mío, con los ojos brillantes por la picardía y un hambre que no tenía nada que ver con la comida.

El vínculo ardió entre nosotros. Deseo. Necesidad. Su anhelo filtrándose en el mío.

—Luego —logré decir.

—¿Lo prometes?—

—Talesian.— La voz de Taredd interrumpió nuestro momento. —Céntrese.—

Gilda se rio. —No los atosiguéis.— Dirigió su atención hacia mí—. Sabemos lo que es estar recién vinculados. Te agradezco que hayas venido a cenar.

Talesian se apartó, sonriendo, pero su mano permaneció en mi muslo. Cálida. Posesiva. Distrayente como el infierno.

Levantó su copa y el líquido rojo captó la luz del fuego. —Tenemos que hablar de Britheva. Nunca encontramos su cuerpo. Sin pruebas, tengo que considerar la posibilidad de que siga viva.

El aire se enrareció. Solté el tenedor y me concentré en el brillo de mi reflejo en la copa de vino en lugar de en las imágenes que me arañaban la mente.

—La caverna se derrumbó. Cayeron toneladas de roca. Nadie podría haber sobrevivido a eso —dijo Navaree.

Evindal apoyó los codos en la mesa. —Hay edificios que se derrumban sin matar a lo que se oculta dentro, y ella es uno de los

Seis. Podría haber establecido medidas de seguridad para cualquier contingencia.—

En mi mente, el estruendo y el fragor de la caverna desplomándose resonaban en mi cráneo. Nadie debería haber sobrevivido a eso, pero Britheva era *poderosa*. Tenía siglos de experiencia manejando su magia, algo que yo no podía aspirar a igualar. De repente, se me quitó el hambre.

Taredd dejó su vino a un lado. —Tenemos otra preocupación. Como sabemos, Artus cruzó el portal con Britheva y Christian.— Su voz se volvió baja, con un hilo de acero en cada palabra. —Christian ha muerto. Sobre Britheva ya sabemos, pero Artus ha estado en Faerie tanto tiempo como los demás. Y ha estado en silencio. Ninguno de mis espías ha regresado con pistas sobre su paradero.

La mandíbula de Siveril se tensó antes de hablar. —Me disgusta más que los otros. Es el más calculador. El más despiadado. Ya por aquel entonces era un rey entre criminales. La violencia era un cálculo para él. Britheva disfrutaba con la crueldad, pero Artus no sentía nada. Un auténtico psicópata.

—Construyó su imperio sobre el sufrimiento humano: armas, drogas, tráfico. Cualquier cosa que se pagara con monedas o sangre —dijo Evindal.

Aparté el plato, se me había cerrado el estómago.

—Y ahora está aquí —dije—. En Faerie.

Siveril inclinó la cabeza. Su cabello veteado de plata captó la luz de las velas, y cada mechón era como una hoja afilada de brillo. —Tanta calma no es normal en alguien como él.

Los dedos de Gilda hacían girar su copa. —Cuando alguno de ellos guarda silencio, le sigue algo peor. El silencio significa que están planeando algo.

La leña chisporroteó en el hogar y el olor a roble quemado llenó la pausa.

La mirada de Siveril se dirigió hacia nosotros. —Hay algo más que hemos deducido y que debéis entender. Cuando uno de los Seis muere, la magia robada *debería* volver a la tierra. Pero Faerie ha permanecido congelada. La Tierra ha continuado muriendo. Nada ha cambiado para ninguno de los dos mundos.—

—La magia no está volviendo. Se está redistribuyendo. Cuando uno de ellos cae, los otros se quedan con el poder. La muerte fortalece a quien sea que quede—dijo Evindal.

Los nudillos de Seakal golpearon la mesa, un redoble sordo de furia. —Con su ausencia prolongada, Artus está esperando a que destruyamos a Britheva para poder consumir su fuerza. Y luego atacarnos cuando sea más fuerte que nunca.—

Mi pulso flaqueó. —Así que le hemos estado haciendo el trabajo sucio.—

Taredd se inclinó hacia adelante, con las manos apoyadas en la mesa. —Por eso reunir el grimorio importa ahora más que nunca. Los fragmentos juntos pueden obligar a la magia a volver al lugar que le corresponde antes de que Artus se lleve lo que queda.— Vaciló, con una expresión de desasosiego marcando su rostro. —Usted existe para ser más fuerte que los Seis, Zahra, pero solo juntos.—

La verdad pesaba entre nosotros. Miré alrededor de la mesa a mis compañeros, a la determinación de Gilda, a los generales que habían cargado con esta guerra sobre sus hombros durante siglos. —Tenemos que reunir el grimorio primero. Usarlo para restaurar el equilibrio antes de que él pueda reclamarlo todo.—

La expresión de Taredd se endureció. —Lo que nos lleva a nuestro problema. Gilda tiene un fragmento. Usted tiene el otro, Zahra. Las piezas restantes están en la Tierra con los otros Elegidos y no podemos romper la barrera entre mundos.—

—Hagamos lo que hagamos o por mucho que lo intentemos, no hemos sido capaces de abrir un portal para conectar—añadió Gilda con voz tensa.

El fragmento dentro de mí se agitó. Un pulso, débil al principio, luego más fuerte, latiendo en mi pecho como un segundo corazón. No era consciencia; era anhelo. El grimorio quería a los demás, tenía hambre de ellos. Se extendía, silencioso pero desesperado, reclamando lo que había perdido. El tirón se deslizó bajo mis costillas.

—Tenemos que encontrar una forma. — Las palabras salieron más como un suspiro que como un sonido. —Tenemos que hacerlo. Si

Artus tiene éxito, si reclama todos los fragmentos y se vuelve así de poderoso...—

—Si Artus roba la magia del grimorio, planea hacerse inmortal —dijo Taredd.

—Quieren ser dioses —susurré. El horror se hundía más profundamente con cada palabra. Intenté imaginar cómo sería la inmortalidad en sus manos, pero la imagen se negaba a formarse. No había ninguna versión de esto en la que el universo sobreviviera. Ningún mundo podría soportar a otro dios nacido de la corrupción y la codicia.

El fuego chasqueó. El vino brillaba en las copas de las que nadie bebía. La comida se enfriaba en los platos mientras el peso de nuestras posibilidades nos oprimía.

Mi voz sonó pequeña en el vasto comedor al plantear las preguntas imposibles. —¿Entonces qué hacemos? ¿Cómo reunimos el grimorio a través de dos mundos si no podemos abrir un portal?—



Capítulo veintiuno

El ateneo se sentía diferente esta mañana. Las sombras seguían aferradas a cada arco tallado y a cada estantería imponente, pero el agudo filo del agotamiento se había suavizado. El aire permanecía pesado, denso por el aroma a pergamino, a humo y a antiguo poder. La luz de las antorchas se concentraba alrededor del plinto en el centro de la sala donde descansaba el fragmento de Gilda; su energía curvaba el aire como el calor sobre una llama.

Me he despertado enredada entre mis compañeros. El calor de Talesian presionaba a lo largo de mi columna, constante y reconfortante; el peso sólido de Seakal me anclaba por delante; la mano de Navaree descansaba a la altura de mi cadera. El vínculo vibraba a través de nosotros, más fuerte ahora que me había vinculado a Talesian. Había pensado que reclamarlos calmaría el hambre. No ha sido así. La ha agudizado. La conexión con Talesian ha hecho que anhelara a Navaree y a Seakal aún más, un pulso de necesidad siempre presente bajo mi piel.

Ahora, de pie en un espacio sagrado, esa conciencia quemaba cualquier contención. Mi magia los reconocía. Mi cuerpo los deseaba. La concentración se dispersaba cada vez que el pulgar de Seakal trazaba círculos en mi cadera o el calor de Navaree rozaba la curva de mi espalda. No era el momento ni el lugar, y sin embargo al vínculo no le importaban las formas ni la razón.

—Las protecciones eran horribles cuando llegamos por primera vez —dijo Gilda. Estaba de pie junto al plinto, con los dedos sobrevolando la superficie del grimorio. La luz bañaba su piel y convertía su cabello en vetas de fuego cobrizo—. Magia despiadada. Quería desollarnos vivos.

He cambiado de postura, aclarándome la garganta. —¿Qué clase de protecciones?

Ella ha lanzado una mirada de dolor a mis compañeros. —Gracias a tus compañeros, eran escarabajos de guerra. Criaturas similares a escarabajos masivos con cuchillas por mandíbulas. Cazan cualquier cosa que porte magia extranjera y la despedazan.

Un escalofrío me ha recorrido la espalda mientras lanzaba una mirada horrorizada a mis compañeros. Navaree se ha encogido de hombros. —Fue idea de Talesian.

Talesian ha puesto cara de apuro cuando me he encarado con él. —Lancé ese hechizo bajo las órdenes expresas de nuestro rey. Teníamos que mantener este lugar sellado, por cualquier medio necesario. El ateneo es demasiado importante.

Taredd se ha aclarado la garganta. —Es comprensible que Cedar le pidiera eso. Aun así, nunca imaginé que mi propia compañera sería la que se vería obligada a enfrentarse a sus hechizos, Talesian.

—Sí, bueno —ha respondido Talesian, frotándose la nuca—, a partir de ahora os fabricaré amuletos a todos para que seáis inmunes a mis hechizos.

—El castillo alberga escarabajos de guerra reales. No solo los creados por hechizos. Mansos, en su mayoría. Los fae los montan para ir a la batalla —ha añadido Gilda.

Me he quedado mirando fijamente. —¿Hay escarabajos gigantes viviendo en este castillo?

—Están contenidos en la arena de entrenamiento. No te harán daño —ha dicho Siveril.

—Fantástico —he murmurado—. Insectos acorazados gigantes. Perfecto.

Talesian se ha movido detrás de mí, su pecho rozando mis hombros, su aliento entrelazándose con mi cabello. —Estás a salvo, dulzura —ha dicho con una voz lo bastante cálida como para

erizarme la piel—. Ahora que estamos aquí, las protecciones no pueden tocarte. Te reconocerán como mi compañera vinculada y no te harán daño.

El vínculo ha iluminado el espacio entre nuestras almas. La mano de Seakal se ha posado en mi cintura, con una presión firme. Su tacto era una promesa que se situaba en algún lugar entre la protección y la posesión. Quería que el vínculo se completara, quería lo que Talesian ya tenía. El espacio entre nosotros vibraba con una magia inconclusa que suplicaba ser sellada.

La voz de Taredd ha roto la densa atracción del deseo. —¿Empezamos?

Gilda ha tomado aire con firmeza. —Solo podemos intentarlo. —Ha cuadrado los hombros y ha puesto ambas palmas sobre la cubierta de cuero del fragmento. La energía ha recorrido mi piel, erizando el vello de mis brazos.

Ha cerrado los ojos. La luz se ha concentrado bajo sus manos, suave al principio, luego más brillante, moviéndose como metal líquido sobre su piel. El poder ondulaba en el aire en una corriente baja, zumbando contra el suelo, y he sentido que buscaba el mismo ritmo ancestral dentro de mí. Entonces las llamas de los candelabros han parpadeado. El zumbido ha desaparecido. El grimorio ha permanecido quieto. Nada se movía salvo el humo de las antorchas que se enroscaba hacia el techo abovedado. El libro seguía inerte. Sin brillo, sin pulso, sin susurro de conexión con sus partes perdidas.

La frustración ha tensado las facciones de Gilda. Lo ha intentado de nuevo, su poder inundando el aire hasta que el sudor se ha acumulado en sus sienes mientras forzaba más magia en la atadura.

—¿Por qué no está funcionando? —Evindal ha ido a su lado, la preocupación pesaba en su robusta figura.

Ella ha mantenido las manos planas contra la cubierta. —Lo siento. No sé por qué no puedo hacer que funcione.

El grimorio en mi interior se ha agitado. La atracción ha comenzado siendo tenue y luego se ha fortalecido, una presión surgiendo bajo mi esternón. No era doloroso, sino insistente, una demanda constante que me instaba a avanzar. Mi fragmento quería esto. Quería unirse.

Ambas piezas. Las dos.

He presionado una mano contra mi pecho, sintiendo el ritmo frenético bajo mi palma. La mirada de Navaree ha seguido el movimiento, con sus ojos oscuros e intensos. —El grimorio quiere ayudar. Me está mostrando que ambos fragmentos tienen que responder juntos.

Siveril se ha alejado de la estantería, frunciendo el ceño. —Su pieza todavía está ligada a usted. ¿Cómo puede ayudarla?

—No lo sé. Pero no está pidiendo permiso. —La atracción se ha intensificado hasta que ha retumbado por cada vena. El grimorio no suplicaba. Ordenaba.

La voz de Seakal ha resonado profunda detrás de mí. —Entonces deja que te guíe. Estamos aquí.

El sonido de su voz, el calor que desprendía, ha hecho que mi pulso tropezara. La urgencia me ha empujado hacia el plinto. La cubierta de cuero bajo mi mano se sentía viva, su poder alzándose para recibirme con reconocimiento.

—Ambas tenemos que tocarlo —he dicho.

Gilda ha asentido y ha apoyado sus dedos en la página junto a los míos.

He cerrado los ojos y he soltado el último hilo de resistencia. El fragmento en mi interior ha surgido hacia delante, deslizándose a través de músculos y huesos como fuego líquido. Hilos invisibles se han extendido hacia el gemelo del grimorio, anhelando la reunión mientras el aire a nuestro alrededor se espesaba con la luz.

El poder se ha desatado entre nosotras. Una luz dorada ha brotado bajo nuestras palmas, inundando cada rincón del ateneo, lo bastante brillante como para quemar patrones en el interior de mis párpados. El aire se ha vuelto denso, presionando mi pecho. Entonces todo ha desaparecido. El suelo se ha desvanecido bajo mis pies. El olor a pergamino y humo se ha esfumado, reemplazado por la mordida afilada del hielo.

Una visión me ha golpeado con un impacto total que me ha robado el aliento y el sonido.

El hielo se extendía en todas direcciones. Un páramo helado brillaba con una belleza cruel, cada borde dentado reflejando una luz

pálida. En el centro, tres figuras permanecían enterradas dentro de jaulas cristalinas. La primera ha atraído mi mirada: cabello oscuro, un rostro esculpido por la agonía. El reconocimiento ha brotado del grimorio. Su alma cantaba a través de cada fragmento de la prisión helada, una canción de dolor y resistencia.

Otros dos hombres lo flanqueaban. Uno con el cabello oscuro, casi azabache; el otro, pálido como el mármol tallado. Su vínculo brillaba a través del hielo, hilos de poder compartido atrapados en suspensión. Calder y Ryland. Los nombres han caído en mi mente. El conocimiento no era un recuerdo. Era una herencia. El grimorio me lo entregaba, vertiendo verdades que había portado durante siglos directamente en mis pensamientos.

Los tres estaban suspendidos en el tormento, preservados pero vivos. Eran conscientes de cada segundo que pasaba. Una quietud que no era paz, sino un encarcelamiento infinito.

La boca de Cedar se ha abierto en un grito silencioso. Su voz me ha llegado a través del vínculo de la visión, ronca y rota. *¡Lyriana! Mi compañera... ¿dónde?—*

El nombre se ha quebrado en dolor. No nos estaba llamando a nosotras. Estaba llamando a través del tiempo a la que había perdido. A la que aún no había encontrado. La visión se ha fracturado. La luz ha hendido los bordes de la escena y la realidad ha vuelto a filtrarse. Mi cuerpo temblaba, pero la impronta no se desvanecía. Se aferraba a mí: tres reyes congelados vivos, un vínculo roto, un eco de amor que seguía gritando contra el frío.

La luz dorada se ha vuelto más brillante y caliente, arrastrándome a más profundidad. A través de los fragmentos unidos, he sentido débiles pulsos de magia latiendo desde muy lejos. Hilos se extendían de vuelta hacia nosotros, tensándose a través de la distancia y la dimensión, desesperados por conectar.

El aire sobre el plinto ha brillado, ondulando como el agua atrapada en una tormenta. Se ha rasgado con un crujido seco, formando una ventana de luz temblorosa. Varias figuras han aparecido, distorsionadas por el portal inestable.

Cuatro mujeres estaban al otro lado. Detrás de ellas se extendía el rústico interior de una cabaña. Paredes de madera, la luz del fuego

parpadeando sobre figuras amontonadas. Voces masculinas resonaban tenues al fondo, protectoras, preocupadas. Sus compañeros.

Una tenía el cabello largo y platino y parecía casi frágil, su delicada silueta bordeada por el resplandor blanco azulado del portal. Junto a ella había una mujer con el cabello castaño rojizo oscuro y ojos de un azul ardiente, su expresión era feroz y urgente incluso a través de la bruma vacilante. La tercera era morena y permanecía con una fuerza silenciosa al borde del grupo.

Conocía aquel rostro. La firmeza de su mandíbula, la forma de sus ojos, la cicatriz cerca de su sien. El impacto me ha golpeado de lleno. Era *ella*. La mujer que se había colado en la mazmorra cuando nadie miraba. La que presenció la tortura del Cadre y lo arriesgó todo para salvarme cuando me abandonaron por muerta. Mi mente había recreado una y otra vez la ruda presión de sus manos mientras me arrastraba hacia la libertad. Nunca pensé que volvería a verla. No aquí. No en este lugar, de esta manera. Mi mente luchaba por encontrarle sentido, con la confusión y la gratitud enredándose en mi pecho.

Antes de que pudiera procesar más, una mujer anciana ha cobrado peso incluso a través de la distorsión. El cabello largo y blanco enmarcaba un rostro curtido, esculpido por el agotamiento y la determinación. —¡Shanyirra! —ha gritado Taredd, saltando al lado de Gilda.

—...¿nos oís? —La voz de Shanyirra iba y venía, fragmentos de sonido cortando a través de la estática—. ...conexión inestable... ¿podéis... oír...?

—¡Te oímos! ¡Shanyirra, te vemos! —El hombro de Gilda ha rozado el mío. Ella mantenía una mano sobre el fragmento y la otra levantada hacia la imagen vacilante.

La luz ha parpadeado, la conexión se tensaba, pero por un latido el espacio se ha mantenido. Los dos reinos permanecían abiertos, unidos por el poder crudo y tembloroso del grimorio que pulsaba bajo mi piel.

Shanyirra ha levantado las manos y sus ojos de un blanco puro han empezado a brillar. Una luz blanca brotaba de sus manos

mientras intentaba estabilizar la conexión. Detrás de ella, otras tres mujeres humanas canalizaban magia.

—Serafine —ha susurrado Gilda.

La esbelta mujer de cabello platino levantó la mano hacia nosotros. Su rostro se contorsionó cuando la emoción rompió toda contención; le temblaba la boca y tenía los ojos húmedos, en una mezcla de esperanza y dolor lo bastante cruda como para que doliera mirarla. —Desde la onda de choque..., la magia es inestable. Las cúpulas sobre nuestros territorios aguantan, pero todo lo que hay más allá está fallando. Estoy manteniendo la barrera unida, pero se me escapa de las manos. La magia... —Sus palabras se cortaron en un estallido de estática—. ... demasiado inestable sin...

El portal se estremeció. Los bordes ondularon, extendiendo la perturbación por el ateneo. Una vibración reverberó a través de mí, raspándome los huesos. El suelo tembló como si el mundo hubiera olvidado cómo mantener su forma.

Los libros traqueteaban en sus estantes. El polvo caía desde el techo abovedado. Las antorchas fulguraron y se atenuaron; la luz se estiraba y retrocedía de golpe mientras grietas de energía dorada zigzagueaban por las paredes.

—El portal se está desestabilizando. La barrera se debilita—, gritó Talesian.

Un frío me recorrió a pesar del calor de mis compañeros pegados a mí. —Lo estamos empeorando.

La mirada de Navaree recorrió la sala temblorosa. —Nos arriesgamos al colapso.

El rostro de Shanyirra se tensó de pánico. Su silueta parpadeó, desgarrada por la distorsión. —... la llave... —Su voz se rompió en fragmentos—. Buscad a Cedar..., él es la llave..., sin él..., ambos mundos... colapsarán.

El portal hizo implosión y el estruendo resonó por toda la cámara, incrustándose en los ladrillos para luego vibrar por todo el castillo. La luz se invirtió, tirando hacia dentro antes de desaparecer de la existencia. El resplandor dorado se esfumó, dejándonos en una oscuridad intermitente. El ateneo volvió a quedar inmóvil, pero el aire portaba el eco de algo vasto deshaciéndose.

Esto era más que una visión fallida o una conexión perdida. Algo mucho más grande se había soltado. El pánico me atenazó el pecho mientras la verdad se imponía, porque lo había *sentido*. La horrible verdad resonó en mi interior. Una certeza que ya no podía ignorar.

La barrera entre nuestros mundos era inestable. Se estaba colapsando. La magia que mantenía unida la realidad estaba tensada hasta el punto de ruptura. Mis pensamientos daban vueltas, luchando por asimilar lo que eso significaba, lo cerca que habíamos estado del desastre y cuánto más cerca se sentía ahora.

Mis piernas fallaron. Seakal me sostuvo antes de que golpeara el mármol, rodeando mi cintura con sus brazos como bandas de músculo fresco. Sus escamas se presionaron contra mi piel sobrecalentada y el contraste —hielo contra fuego— hizo que se me entrecortara la respiración por razones muy distintas al agotamiento.

El esfuerzo mágico había desmantelado cada defensa que había construido. Me había dejado vulnerable y anhelante; los vínculos incompletos con Navaree y Seakal gritaban reclamando atención. Me sentía arrastrada en demasiadas direcciones distintas.

El aliento de Seakal acarició mi cuello. Su voz salió más baja, más ronca. —Tranquila, pequeña compañera.

El apelativo cariñoso hizo que algo se me contrajera en el bajo vientre. Sus manos se tensaron en mi cintura, posesivas, y sentí a su serpiente en la forma en que se curvaban sus dedos; no llegaban a ser garras, pero estaban lo bastante cerca como para hacerme muy consciente del depredador que me sujetaba.

Gilda se apoyó pesadamente en Evindal. Su rostro se había vuelto pálido y demacrado, con perlas de sudor en las sienes a pesar del aire fresco del ateneo. La visión compartida nos había agotado a ambas, extrayendo magia de unas reservas que ni siquiera sabía que poseía.

—Gilda, esas mujeres del portal..., ¿las conoces? —pregunté.

Ella soltó un suspiro trémulo. —Sí. La que tiene el pelo largo y platino es Serafine. Es mi mejor amiga. Fuimos... esclavas juntas en el castillo de Esoti. Serafine es la compañera del alfa lobo que vimos al otro lado. La mujer de pelo castaño rojizo oscuro es Anise. Es la hermana huérfana de su manada. Y la compañera del alfa dragón.

—La tercera es Haera. Ella nos guio hasta los cambiantes lobo y dragón cuando los impostores atacaron. Luchamos codo con codo. En el último momento, Christian abrió un portal intentando salvarse, pero su magia estaba demasiado corrompida. El retroceso lanzó a todo el mundo a Faerie, justo en medio de la tundra. Haera es otra Elegida. Es la compañera del alfa pantera —dijo Taredd.

A mi corazón le costó recuperar el ritmo. Conocía a Haera. Nunca había olvidado aquellos ojos. La mujer que presenció la tortura del Cadre. La que me sacó a rastras cuando me dejaron por muerta.

Por un momento, lo único que pude hacer fue mirarla fijamente. La conmoción y el recuerdo se entrelazaron. Las panteras. Ashir, Savvas, Dias. Mis pseudohermanos. Los que me habían dado un hogar y me habían llamado hermana, incluso cuando nunca había sentido que perteneciera a ningún lugar. La única familia que había conocido antes de que el Cadre me robara.

Haera era su compañera. El dolor y el alivio me golpearon al mismo tiempo. Dolor porque no estaban perdidos ni solos después de todo, pero alivio porque alguien fuerte y bueno estaba a su lado. Por mucho que doliera recordar todo lo que había perdido, era un consuelo saber que habían encontrado a su compañera. Que ella formaba parte de la familia que yo amé y a la cual no fui capaz de regresar.

Me presioné la palma de la mano contra el pecho, reprimiendo una oleada de anhelo que no tenía nada que ver con la magia. El mundo era cruel, pero quizá a veces volvía a la bondad. Quizá, no solo para mí.

Mis compañeros sintieron el dolor que me recorría. —¿Zahra? —Talesian no terminó la pregunta, pero sus ojos escrutaron los míos, llenos de preocupación.

Tragué saliva con dificultad, sin confiar en mi voz. Me dolía el corazón por mis hermanos panteras, por Haera, por la hermandad y el vínculo de pareja enredados entre todos nosotros. Demasiado para desenredarlo con todos mirando.

—No puedo... Aquí no. Ahora no. —Tenía la garganta demasiado cerrada para decir más. Los recuerdos presionaban demasiado, el

peso del viejo dolor y el nuevo reconocimiento amenazaban con romperme.

Sentí su preocupación. Él no insistió, pero tendría que contárselo. Cada músculo me pesaba con el conocimiento de que pronto tendría que derramar la oscuridad que tanto me había costado enterrar.

Taredd estrechó a Gilda contra su pecho, como si pudiera protegerla de cualquier cosa con su sola presencia. —Necesitamos los seis fragmentos del grimorio para estabilizar la barrera. Necesitamos esa última pieza.

Gilda se apartó, a pesar del evidente agotamiento que irradiaba de cada línea de su cuerpo, y levantó la barbilla con una determinación que reconocí. El mismo rechazo testarudo a mostrar debilidad que yo había perfeccionado. Miró a Taredd a los ojos. —El rey Cedar y sus hermanos de vínculo son la sexta manada.

Siveril retomó el hilo del razonamiento. —Cedar creó el grimorio. Entregó su propia magia y la vinculó al libro. Para hacer eso, habría tenido que anclar parte de ella a sí mismo, a su propia alma y a las almas de sus hermanos de vínculo.

¿Podría ser esa la conciencia silenciosa que se movía bajo la superficie del poder del grimorio? ¿El pulso? ¿Su vida? Quizá fuera la consciencia de Cedar tejida a través de los fragmentos.

La expresión de Navaree era sombría. —Ellos son el eje que mantiene todo unido. Sin Cedar y sus compañeros, el grimorio nunca podrá volver a estar completo.

Seis manadas. Seis fragmentos. Dos mundos pendientes de un hilo mientras, en algún lugar en una prisión de hielo, tres machos sufrían. Llamando a una compañera a la que no podían llegar, atrapados en una agonía helada mientras su mundo moría a su alrededor.

Y lo que es más, ¿dónde estaba su compañera? ¿La persona que contenía el último fragmento?

El peso de esto oprimió mis hombros. No solo la responsabilidad de salvar dos mundos, sino el conocimiento de que otras mujeres también tenían compañeros. Otras manadas fracturadas y desesperadas, separadas por la magia, las circunstancias y un destino cruel.

Me enderecé a pesar del apoyo de Seakal y obligué a mis piernas a recuperar la fuerza cuando querían flaquear. —Tenemos que encontrarlos.

Talesian me acunó el rostro, acariciándome los pómulos con los pulgares en un toque que me daba ganas de cerrar los ojos. —Lo haremos. Pero no lo haremos a medio preparar, dulzura. Vuestros vínculos deben estar completos para que estéis en vuestro punto más fuerte. Todos ellos. El poder del grimorio no se activará por completo hasta que seáis reclamadas por los tres. Y vosotras nos reclaméis a nosotros a cambio.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros. Una promesa, una exigencia y un futuro que nunca imaginé desear. El vínculo con Talesian palpitaba dorado, cálido y absolutamente seguro, recordándome la forma en que se había movido dentro de mí, la forma en que sus colmillos me habían rozado el cuello, la forma en que el vínculo había encajado en su lugar.

Quería eso con Navaree. Con Seakal. Quería completar lo que el grimorio había empezado, quería sellar los vínculos que nos unirían por toda la eternidad.

Lo quería con tantas ganas que se me tensaron los muslos y se me aceleró la respiración.

La voz de Navaree era ronca. Había olido mi excitación; todos lo habían hecho, probablemente, con sus sentidos aumentados, captando cada respuesta que mi cuerpo no podía ocultar. —Zahra. Tenemos que hablar sobre...

Sostuve su mirada. —Sé lo que tiene que pasar. No estoy... Quiero esto. Os quiero a los dos. Ojalá no fuera así, *por* culpa de esto.

No tenía sentido fingir. No servía de nada la falsa modestia cuando dos mundos dependían de que llevara a mis compañeros no vinculados a la cama y sellara las conexiones que nos darían el poder de salvarlo todo.

El pecho de Seakal vibró contra mi espalda. No llegó a ser un gruñido, pero se quedó cerca. Su serpiente estaba complacida con mi declaración, su naturaleza posesiva satisfecha de que los hubiera reclamado en voz alta.

Navaree invadió mi espacio, seguro de sí mismo y dominante, absolutamente convencido de ser bienvenido. —Entonces buscaremos el momento. Pronto. Antes de que dejemos este castillo. Antes de ir a la caza de un rey helado en cualquier rincón olvidado de los dioses de este reino en el que esté atrapado. No porque tengamos que hacerlo, sino porque te deseamos. Porque *no hay otra forma en la que pueda vivir mi vida*.

Su mano buscó mi mandíbula, inclinando mi rostro hacia arriba para que se encontrara con sus ojos oscuros.

El deseo en mí era feroz. Lo ansiaba con una necesidad que iba más allá de la carne, más allá de la magia. Deseaba esa posesión tanto como él. Él lo vio. Lo supo. Sentí que su luz interior estallaba en respuesta, abrasándome con la certeza de su verdad. La conexión entre nosotros ardía, innegable y brillante. No había forma de esconderla, ni de contenerla.

—Pero primero, descansa. Come. Recupérate de lo que sea que el grimorio te haya hecho pasar. Porque cuando te reclame, dulzura, te quiero totalmente presente. Totalmente consciente. Totalmente mía.

Un dulce sí vibró entre nosotros. Un sí que prometía una conexión total. De aceptación. De amar, de valorar y de anhelar. Incliné el rostro para besar a Navaree cuando el suelo tembló. No fue más que una sutil sacudida, pero las paredes del ateneo ondularon en una ola inconfundible de suelo a techo.

—¿Qué ha sido eso? —tenía miedo de moverme, y mucho más de preguntar.

Gilda apoyó una mano en el pedestal donde brillaba el fragmento del grimorio. —Es como si la realidad no fuera estable. ¿Creéis que hayamos…?

Talesian terminó su pensamiento antes de que pudiera hacerlo ella: —¿Roto algo más profundo al abrir un portal? Es posible.

La mirada de Talesian recorrió la sala y volvió a mí. —Necesitamos estabilizar las dimensiones lo antes posible. Nuestro vínculo tendrá que esperar, dulzura. Tenemos que conectar los fragmentos del grimorio que tenemos. Su magia puede reforzar la barrera y darnos más tiempo.

Yo aún vibraba de necesidad, pero la urgencia lo ahogó todo lo demás. Mi fragmento del grimorio estuvo de acuerdo; su pulso coincidía con el ritmo acelerado de mi corazón y enviaba un mensaje claro a través de mi pecho.

No más esperas.

La barrera entre los mundos se estaba debilitando y el tiempo se agotaba.



Capítulo veintidós

Salimos de los oscuros túneles que conectaban el ateneo del rey con sus aposentos, y el olor a polvo y piedra antigua dio paso a un aire fresco con un toque de escarcha. Apenas registré el cambio antes de que las piernas me flaquearan.

Seakal me sostuvo. Me rodeó la cintura con el brazo con firmeza. Un calor intenso emanaba de su piel. El contacto liberó algo en mi interior. Se me cortó la respiración. No fue por el cansancio, sino por la pesada atracción física que sentía al estar tan cerca de mi compañero. Todo mi ser quería reclamarlo.

El deseo se entrelazaba con cada dolor, retorciéndose en lo más profundo de mi vientre hasta que no pude pensar en otra cosa que no fuera el alivio. Los vínculos incompletos con Seakal y Navaree palpitaban en mi interior, un recordatorio viviente de que no habíamos terminado.

—Tranquila, mi pequeña compañera—. Su voz se deslizó sobre mi piel, mientras su aliento rozaba un lado de mi cuello.

Me obligué a levantar la vista, a concentrarme en cualquier cosa que no fuera él. Las estancias del rey Cedar eran amplias y de tonos pálidos bajo la luz que se filtraba por los ventanales que iban del suelo al techo. Tras el cristal se extendían campos de hielo que llegaban hasta las montañas, un océano blanco congelado a mitad de una ola. Hermoso, sin vida, silencioso. Aquella estampa era todo

lo que intentábamos salvar, y debería haberme servido para serenarme. No fue así.

Navaree cruzó la habitación y se detuvo cerca de un círculo de sillas talladas junto a los amplios ventanales. Sus músculos se movían bajo la oscura tela de su túnica. Mi serpiente se agitó, estirándose bajo mis costillas, con un interés agudo y hambriento. Lo quería a él. Las dos lo queríamos.

La barrera se estaba colapsando. Dos mundos dependían de nosotros. Sin embargo, mi atención se centraba en cómo la luz doraba sus hombros, siguiendo el rastro de su fuerza. Todo podía desmoronarse en cualquier momento, y yo estaba allí de pie, perdida en lo mucho que lo deseaba. En la fuerza con la que el vínculo me instaba a reclamarlo por completo.

Taredd traía a Gilda en brazos al salir del túnel; ella tenía la piel demasiado pálida y unas sombras profundas bajo los ojos. Él se acomodó en una silla azul oscuro, cuyo hilo plateado reflejaba la luz, con Gilda en su regazo. Ella se hundió contra él con un profundo suspiro.

Seakal me guio hacia el asiento al lado de Gilda, pero la idea de sentarme me producía un hormigueo en la piel. La energía recorría mi cuerpo, una mezcla inquieta de magia y deseo, y todo ello alimentaba la urgencia que martilleaba en mi pecho. Cada aliento que desperdiciábamos me parecía tiempo robado a mundos agonizantes.

—Siéntate, Zahra—. El tono de Navaree denotaba autoridad mientras yo me soltaba del abrazo de Seakal para ponerme en pie sobre la suave alfombra, de esa clase de autoridad que hacía que mi serpiente se arqueara en una obediencia instintiva mientras mi lado humano se erizaba ante la orden. —Te tambaleas.—

¿Lo hacía? El suelo onduló una vez bajo mis pies. O tal vez era el agotamiento lo que distorsionaba los bordes de mi visión. En cualquier caso, puede que tuviera razón.

Talesian me cogió en brazos antes de que pudiera decir nada. El movimiento me robó el poco aire que me quedaba. Me derretí contra él mientras se sentaba conmigo en su regazo. El calor emanaba de su cuerpo, calando en el mío hasta que sentí cada centímetro sólido

de músculo bajo mis palmas. Su pecho subía y bajaba contra mi hombro, y su aliento era cálido contra mi cuello. Mi cuerpo reconoció la seguridad antes de que mi mente pudiera procesarlo.

Siveril cruzó la habitación y cerró el cuadro que ocultaba los túneles; el suave golpe sonó como un cerrojo que nos dejaba encerrados. Evindal se situó junto a la ventana, con los brazos cruzados y los ojos escudriñando el horizonte. Su postura era tensa, como un muelle a punto de saltar.

—¿Cómo es que la barrera está tan cerca del colapso? ¿Cómo no lo sabíamos? —Las palabras de Evindal rompieron el silencio.

Taredd se pasó una mano por su cabello oscuro con un movimiento tenso. —Tal vez Shanyirra se dio cuenta porque tiene más fragmentos del grimorio en la Tierra. Quizás el daño es simplemente más evidente allí.

Podía ser cierto. Faerie estaba congelada. Me estremecí al pensar cuánto peor podría ponerse.

—Y Artus está aquí. En algún lugar. Posiblemente tan fuerte como siempre, con toda la magia de los impostores a su disposición. —La tensión en las palabras de Navaree vibró a través de mí.

La situación era mala y empeoraba a medida que la analizábamos. No podía quedarme aquí sentada sin más. —Tenemos que reunir el grimorio lo antes posible. Usaremos la magia e intentaremos arreglarlo de nuevo.

Intenté levantarme del regazo de Talesian, pero él me sujetó con fuerza. —Estás agotada y…

La vacilación en su voz hizo que lo mirara por encima del hombro. —¿Qué pasa?

—Me temo que Artus podría ir tras de ti si detecta la magia del grimorio. No sabemos dónde está, pero si usamos el grimorio, podría atraerlo directamente hacia nosotros. Y tal como estáis de agotadas tú y Gilda, él podría ser demasiado fuerte —dijo Navaree.

Me desplomé contra Seakal mientras el peso de las palabras de Navaree se hundía en mí. Apenas había logrado detener a Britheva tal como estaba. Realmente no sabía qué estaba haciendo con la magia del grimorio y, si tenía que enfrentarme a alguien como Artus, no estaba segura de cómo saldría aquello.

Gilda me lanzó una mirada preocupada. Estaba pensando lo mismo. Y si..., y si..., y si... Todas las incógnitas se amontonaban, una sobre otra.

El grimorio se agitó en mi interior, reaccionando a la urgencia que llenaba la habitación. Su pulso presionó mis costillas y luego ascendió hacia mi mente. La idea se liberó, el conocimiento se abrió paso en mi mente de una forma que ya conocía. —¿Y si no usamos la magia del grimorio directamente? ¿Y si pudiéramos camuflar su rastro?

Los dedos de Navaree se apretaron sobre mi hombro. —En teoría, eso podría funcionar. Sería lo suficientemente distinto como para que ni Artus ni lo que quede de Britheva lo reconozcan.

Su aprobación se entrelazó a través del vínculo, enroscándose en mi pecho y dándome calor. Mi cuerpo respondió antes que mi cerebro, inclinándose hacia él, ansiando su calor, deseando ver sus ojos, necesitando oírle pronunciar mi nombre.

La preocupación de Talesian me hizo volver a la realidad. —Pero nuestras hembras seguirían necesitando más energía de la que pueden convocar por sí solas. —Su mano se posó en mi rodilla. El contacto me sacudió por completo, haciendo que cada terminación nerviosa chispeara—. No permitiré que vuelvan a agotarse. Es demasiado peligroso. ¿Y cómo camuflaríamos el rastro del grimorio? Es poderoso.

El calor irradiaba desde el lugar donde su pulgar trazaba círculos lentos en mi rodilla. Su voz seguía distante, pero cada caricia me enviaba otro pulso. Me quedé mirando su mano, el contraste entre su piel azul y la tela oscura pegada a mis piernas. La visión dispersó mis pensamientos y el calor bajo mi piel se volvió punzante cuando su pulgar rozó más arriba, desbaratando mi concentración.

—Nos conectamos a las líneas ley. —Gilda estaba pálida, pero su voz era firme—. Que ellas alimenten el hechizo. Podemos recurrir a la corriente para potenciar nuestra magia. Luego, cuando tengamos suficiente poder, usaremos las líneas ley para alterar la resonancia del grimorio, mezclándola con nuestra propia magia. Emitiría un rastro diferente.

Sus ojos se encontraron con los míos, brillantes de certeza. Los fragmentos en nuestro interior vibraron y su zumbido se asentó en mi pecho. La vergüenza tiñó mi alivio: yo había perdido el hilo de mis pensamientos, pero Gilda lo había retomado justo donde lo dejé.

—Es brillante.—La mano de Navaree se deslizó por mi brazo; su contacto me puso la piel de gallina a pesar de las capas que nos separaban. Se agachó al lado de mi silla, poniéndose a la altura de mis ojos, y de repente estaba tan cerca que pude ver destellos plateados en sus ojos oscuros.

—Serías invisible para él.—La sonrisa de Talesian iluminó todo su rostro con esa clase de alegría que nace al resolver problemas imposibles.

Él me apretó la rodilla y tuve que tensar los músculos para no retorcerme. El calor que se acumulaba en mi bajo vientre era cada vez más difícil de ignorar. Mi serpiente quería olvidarse de estrategias, de salvar mundos, y centrarse en los dos compañeros no vinculados cuyo contacto me estaba volviendo loca.

—Todavía hay un problema.—El tono práctico de Siveril cortó el entusiasmo creciente—. ¿Dónde establecemos esta conexión? El ateneo queda descartado. Por poco provocamos el colapso de las dimensiones. Allí las protecciones son inestables, la magia es impredecible. Cualquier otro lugar no nos daría la protección que necesitamos contra un posible ataque de Artus. Especialmente si ya ha recibido el poder extra de Britheva.

La alegría desapareció de la expresión de Talesian. Su mano se quedó quieta sobre mi rodilla, ya no hacía esos círculos exasperantes, solo ejercía presión para mantenerme centrada. Su mente ya había pasado de la celebración al siguiente obstáculo.

—Necesitamos un lugar que Britheva no pueda detectar.—Las palabras salieron de mi garganta con dificultad. Odiaba decirlas. Odiaba reconocer la posibilidad—. Si existe alguna posibilidad de que haya sobrevivido, también necesitamos protegernos de ella.

Había visto el derrumbe de la caverna, pero la duda vivía en mi pecho, susurrando que los monstruos como ella no morían fácilmente, que la podredumbre encontraba formas de sobrevivir. Me

creería que estaba muerta cuando pisoteara su cadáver frío y sin vida.

—La cabaña de Shanyirra—. La certeza de Gilda resonó en la habitación. Dos palabras que lo cambiaron todo.

El cuerpo entero de Taredd se tensó a su lado. —Gilda…—

Ella se irguió a pesar de que el agotamiento le marcaba surcos alrededor de los ojos. —La cabaña está rodeada de poderosas protecciones. Shanyirra creó defensas que nos mantuvieron a salvo de Christian cuando nos perseguía. Las líneas ley son accesibles allí. —

—Es perfecto. Ubicación remota. Estructura de protección existente. Acceso directo a las líneas ley. Todo lo que necesitamos en un solo lugar—, dijo Siveril.

Evindal hizo un gesto hacia los amplios aposentos del rey Cedar. El movimiento fue brusco, frustrado. —Esa cabaña es minúscula. ¿Cómo esperáis que quepan ocho personas dentro y, además, hacer lo que tenemos que hacer?—

Antes de que nadie pudiera responder, el suelo tembló. Un zumbido sordo recorrió el mármol y trepó por las paredes hasta que el propio aire vibró. Los muros se deformaron por un instante, la piedra se curvó. La ondulación pasó, dejando sutiles líneas doradas como telarañas por la superficie antes de desvanecerse.

La mirada de Evindal se dirigió hacia la distorsión mientras apretaba la mandíbula. —Es el mismo pulso del ateneo. Se está filtrando.

Navaree se puso en pie. —Se nos acaba el tiempo. No importa lo pequeña que sea la cabaña. Me sentaré en el regazo de Siveril si hace falta—. Me levantó la barbilla con los dedos, rozándome el pómulo con el pulgar en una caricia que a la vez me daba firmeza y me abrasaba. —Hagamos lo que hagamos, tiene que ser pronto. Tenemos todo que perder.—

Sus ojos sostuvieron los míos y el peso de su resolución gravitó en el aire entre nosotros. Por un latido deseé hundirme en ello, dejar que su certeza me sostuviera mientras el mundo se resquebrajaba a nuestro alrededor.

—¿Cómo llegamos siquiera a esa cabaña?—, mi voz sonó firme, al menos. Práctica. Un problema que podía resolver en lugar de ahogarme en el peso de elecciones imposibles.

Pensar en transformarme y cruzar los campos de hielo era agotador. Apenas había sobrevivido la primera vez.

—Puedo crear un umbral con un sencillo hechizo de apertura. Conectará las dos ubicaciones físicas. A veces las cosas sencillas son las que mejor funcionan—, dijo Talesian.

—Eso sigue requiriendo conocer la ubicación exacta—. El pulgar de Navaree continuaba su enloquecedora caricia sobre mi pómulo, y deseé inclinarme hacia ese contacto. Deseé olvidar la estrategia y limitarme a sentir. —Coordenadas, anclaje espacial. Necesitaríamos… —

—Nosotras sabemos dónde está—. La sonrisa de Gilda era cansada pero sincera. —Nosotras guiaremos el hechizo.—

La esperanza se agitó. Tentativa. Frágil. Teníamos el poder, la ubicación, el método. Por fin las piezas estaban encajando en algo que se parecía a un plan.

—Podemos usar objetos vinculados. El cristal de transporte gemelo, para ser exactos. Viaje instantáneo entre dos puntos. Sin gasto continuo de energía. Sin rastro mágico más allá del encantamiento inicial. —Seakal apretó los labios—. El Rey nos encargó un juego hace años. Le ayudamos a diseñar el encantamiento. Están sintonizados con firmas mágicas específicas. Toca uno con intención y te transportas al instante a su ubicación.—

Mi corazón dio un vuelco. Eso era lo que necesitábamos. Sin hechizos continuos que mantener. Sin portales detectables. Solo un desplazamiento instantáneo que no se podía rastrear.

—¿Dónde están? —La emoción se filtró en la voz de Gilda, a pesar de su fatiga—. ¿Siguen aquí en el castillo?—

—Deberían estar en el ateneo. Iré a por ellos.— Seakal ya se estaba moviendo hacia el cuadro.

—Voy contigo.— Navaree se alejó de mi silla, y el frío entró de golpe allí donde antes había estado su calor.

Se marcharon antes de que nadie pudiera objetar y desaparecieron tras la pintura. Los minutos se hicieron pesados

antes de que Seakal y Navaree regresaran; el aire a su alrededor estaba cargado por cualquier magia que hubieran perturbado. Seakal traía una caja oscura de madera tallada con sellos de plata.

—Los tenemos. Y no han sufrido daños.— Seakal dejó la caja sobre la mesa.

Navaree soltó el cierre y abrió la tapa para revelar dos cristales anidados en terciopelo negro. Cada uno era del tamaño de mi puño, claros como el cristal, excepto por unas vetas de oro que surcaban sus núcleos. Las vetas palpitaban con una luz lenta y constante.

Navaree levantó ambos cristales, entregándole uno a Gilda y el otro a Evindal. —Tú y Gilda conocéis la cabaña. Cada cristal puede llevar a cuatro personas a la vez. Tocadlo con intención. El transporte es instantáneo entre dos puntos. El hechizo reconocerá a cualquiera que lo esté sujetando. Una vez activado, no se puede detener.—

La mano de Talesian buscó mi codo. El agotamiento me pesaba. —Estoy bien—, dije, pero mi voz sonó débil.

Él apretó el agarre. —No lo estás. Pero no hay tiempo.—

Tenía razón. Gilda se apoyó en Taredd, y él la sostuvo sin decir palabra.

—Ya descansaremos cuando hayamos salvado los mundos.— El intento de humor flotó en el aire y murió allí mismo.

Después. Si es que había un «después».

—¿Listos?— preguntó Taredd.

Yo no lo estaba. Ninguno lo estábamos.

Gilda alzó su cristal hacia mí. Posé un dedo sobre él junto a Siveril y Navaree, mientras Taredd, Talesian, Seakal y Evindal tocaban el otro.

El cristal estaba frío bajo mi mano. Las vetas doradas se iluminaron, palpitando con luz. Gilda tomó aire con dificultad. —Allá vamos.—

La realidad se plegó sobre sí misma, de dentro hacia fuera, hacia atrás, sin peso. Los aposentos del rey Cedar desaparecieron en un torrente de color y movimiento. Se me revolvió el estómago. Mi cuerpo se estiró y se comprimió. El suelo desapareció y luego volvió a materializarse con un golpe seco cuando aterricé sobre la nieve.



Capítulo veintitrés

El aire era cortante y frío en el claro donde nos había dejado el cristal. La nieve empujaba las ramas hacia abajo hasta que los árboles se doblaban bajo su peso, y todo sonido era engullido por un silencio blanco. La cabaña de Shanyirra aguardaba en el corazón del claro, pequeña y vieja, con sus troncos tan perfectamente encajados que parecían tallados en un único árbol vivo. La escarcha se aferraba a los manojos de hierbas que colgaban de los aleros.

El cabello castaño cobrizo de Gilda era un trazo brillante en medio de tanta blancura. Sus compañeros formaban un muro a sus costados, con una unidad absoluta. Pertenecían allí. Encajaban.

Talesian y Seakal esperaban junto a Taredd y Evindal. En el momento en que aparecimos, Talesian acortó la distancia antes de que Navaree pudiera terminar de guiarme hacia delante. El calor de Talesian rozaba mi piel a través del hilo que nos unía. La presencia de Seakal servía de ancla a mi derecha; su energía cobalto era un zumbido lento bajo el aire. Navaree se demoraba detrás, con su paciencia presionando de cerca y en silencio. Me rodeaban como una promesa.

Creían en mí. Dioses, de verdad creían.

La voz de Navaree se deslizó por mi columna, lo bastante baja para que solo yo la oyera. —Estás temblando.

—Estoy bien. —Las palabras se quebraron antes de que terminara de decirlas.

—Pequeña compañera—, dijo Seakal con voz cautelosa.

—He dicho que estoy bien. —Demasiado brusca. El pánico lo había provocado. Su preocupación ondeó a través de los vínculos a medio formar. Navaree rozó mi espalda; el contacto fue un único punto de calor.

—Necesitas un momento. Ven conmigo. Solo un poco de tranquilidad antes de empezar—, dijo Navaree.

Tranquilidad. La palabra caló en mí como una medicina. Un respiro que no dolía. Asentí antes de que el miedo pudiera detenerme.

La voz de Gilda se oyó por todo el claro. Su mirada se encontró con la mía, firme, amable y comprensiva. No la conocía, al menos todavía no, pero ella conocía el dolor. Entendía las penurias. —Hay un sendero detrás de la cabaña. Lleva a unas fuentes termales. Es un lugar tranquilo, si necesita espacio. Y al menos estará caliente. Tómese el tiempo que necesite. Nosotros lo prepararemos todo aquí —.

La dulzura de su tono resquebrajó algo frágil en mi interior. Ella lo comprendía sin que yo tuviera que pedirlo. No me obligó a confesar lo que estaba escrito en mi rostro.

—Si ve luces fatuas de color púrpura en el bosque, no las siga. Atraen a los viajeros para alejarlos. En cuanto da un paso hacia ellas, olvida el camino de vuelta.

Asentí. —No se preocupe. Tendré cuidado con ellas.

Nos internamos entre los árboles. La nieve volvía el suelo blando bajo nuestras botas y amortiguaba el sonido hasta que el bosque pareció contener el aliento con nosotros. Mi exhalación empañaba el aire en pequeñas ráfagas blancas. El frío me pellizcaba las mejillas, pero no podía competir con el peso que arrastraban mis extremidades.

Diminutas luces violetas flotaban entre los pinos, trazando círculos perezosos en el aire. Relucían como fragmentos de un sueño, con un brillo que latía al ritmo de algún corazón que no era el mío. La visión me atraía; la curiosidad zumbaba en lo bajo de mi pecho. Hermosas. No podía apartar la vista.

Mis pasos se ralentizaron.

Ven a ver. Ven más cerca. Ven, síguenos.

La mano de Navaree presionó con firmeza la parte baja de mi espalda, guiándome hacia delante. —No las mires demasiado tiempo. Se alimentan de la curiosidad—.

Su tacto me estabilizó. Parpadeé con fuerza, obligándome a seguir moviéndome, pero mi corazón seguía martilleando. No esperaba que las luces fueran tan potentes. Era casi imposible apartar la mirada. Gilda me había advertido, pero había pensado que simplemente echaría un vistazo y ya está. En cambio, la atracción era real e inmediata. Si Navaree no me hubiera tocado, podría haber dado un paso hacia ellas antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

—Gracias —murmuré, intentando calmar mi respiración—. No pensé que fueran tan difíciles de resistir.

Él se mantuvo cerca. —Con eso cuentan. No eres la primera a la que atraen.

Mantuve los ojos en el suelo y no volví a levantar la vista hasta que el resplandor de las luces se desvaneció a nuestras espaldas. No dejaría que nada me distrajera así de nuevo. No con todo lo que estaba en juego.

Las fuentes termales se abrieron ante mí como un secreto que la nieve hubiera estado guardando. El vapor se rizaba desde la superficie en suaves cintas blancas que derivaban hacia los árboles. Un estrecho arroyo serpenteaba a través de un espeso manto de nieve, con el agua tan clara que la corriente se volvía cristalina sobre piedras lisas. Parches de escarcha reluciente se aferraban a las rocas a lo largo de las orillas. El calor que subía de la superficie besaba el aire, convirtiendo el mundo en un centelleo de contrastes. El invierno en los bordes, la vida pulsando en el centro.

El aroma de los minerales y el pino se mezclaba con el mordisco limpio del frío. El lugar se sentía vivo, tocado por una magia antigua que exhalaba a través de cada onda.

Navaree encontró una roca ancha cerca de la orilla y se sentó; el vapor se enroscaba a su alrededor como humo. Se desató las botas y las dejó a un lado. Se arremangó los pantalones hasta las rodillas y hundió los pies en el agua, seguido de un suspiro silencioso mientras

sus hombros se relajaban. Durante un largo rato se quedó allí sentado, con los ojos entrecerrados, dejando que el calor se filtrara en él.

Luego volvió a mirarme, con expresión suave. —Ven y acompáñame, Zahra. Esto parece lo primero bueno que este mundo nos ha dado en bastante tiempo.

Crucé las piedras hacia él mientras la niebla se enroscaba en mis tobillos. Me quité las botas y los calcetines, y me subí los pantalones prestados hasta las rodillas. Mi piel parecía casi traslúcida frente a su azul intenso. El agua se cerró alrededor de mis pies, lo bastante caliente como para arrancarme un jadeo, y luego resultó perfecta, calando en mí hasta que el dolor de mis huesos se aflojó.

Observé el vapor rizándose en la superficie. —En la selva solía buscar agua siempre que el mundo se volvía demasiado ruidoso, cruel o grande para poder respirar. Me sentaba hasta que el ruido de mi cabeza se calmaba.

La mirada de Navaree se encontró con la mía. —Ahora nos tienes a nosotros. Ya no tienes por qué sentirte sola.

—¿Sabes lo que es estar solo?—la pregunta se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

El tenue brillo de sus pómulos captó la luz cuando se giró hacia mí. —He tenido a Seakal y a Talesian durante muchos años. Pero tú…—su garganta se movió; sus siguientes palabras sonaron roncas —. Tú siempre faltabas. Una pieza que podía sentir pero nunca tocar. Tu ausencia me dolió cada día durante siglos.

Siglos. Él había cargado con ese vacío durante vidas enteras, mientras que yo solo tenía veinticinco años a mis espaldas.

—¿Y ahora?—mi voz se sentía demasiado pequeña para el espacio que nos separaba.

Las palabras brotaron crudas, despojadas de su control. —Ahora temo perderte. A la soledad sobreviví. Pero si me vinculo contigo, si te amo y luego veo cómo te arrebatan de mi lado…—su mano encontró la mía donde descansaba sobre la piedra fría. El borde áspero de sus callosidades rozó mi piel más suave—. Eso me destrozaría.

Me quedé mirando nuestras manos unidas. La serpiente en mi interior se agitó, su reconocimiento fue un susurro en mi sangre. *Compañero.*

—Sí. Compañero. Entonces sobrevivimos. Juntos. Para que ninguno de los dos tenga que estar solo nunca más.

—Quiero besarte, Zahra—. Mi nombre salió de él como una oración, construida a partir de cada momento tranquilo que no habíamos aprovechado.

Su mano subió a mi cara. Sus dedos cálidos enmarcaron mi mandíbula. Su pulgar trazó el borde de mi pómulo con tal reverencia que me robó el aire de los pulmones. La mirada de sus ojos me desarmó. Firme, anhelante, llena de cosas que yo estaba tan dispuesta a nombrar.

No podía quedarme quieta. La distancia entre nosotros era una herida que no podía soportar más. Me incliné hasta que nuestros alientos se tocaron. El primer roce fue tentativo, suave, casi tímido. Sus labios se movieron como si temiera que pudiera desvanecerme si presionaba demasiado.

Pero yo no quería tener cuidado. Lo quería a él. Su verdad. El calor que había habitado bajo mi piel desde que irrumpió en la cueva y me rescató de Britheva. Me acerqué más y me abrí a él.

Navaree gimió, un sonido profundo y ronco de rendición. Su mano se cerró en mi pelo, atrayéndome hacia él, inclinando mi cabeza para poder besarme como siempre había deseado. El control se nos escapó a ambos. El beso se volvió ardiente, hambriento, posesivo.

El hilo entre nosotros cobró vida. Nuestras luces de alma latieron al unísono, el verde y el zafiro pulsando juntos hasta que el aire zumbó. Su deseo rodó a través de la conexión, espeso y puro, trenzado con el mío hasta que no supe qué pulso pertenecía a quién.

Su otra mano se deslizó por mi cintura, sus dedos hundiéndose en mi piel, arrastrándome más cerca. La piedra fría bajo mi palma mordía profundamente mientras me inclinaba contra su cuerpo, el calor subiendo por todas partes donde nos tocábamos.

Me separé lo suficiente para respirar su nombre. —Navaree.—

—Yo también lo siento—. Su voz estaba rota, destrozada por el deseo.

El vínculo entre nosotros cantaba; el sonido estaba más dentro de mí que en el mundo. *Complétanos,* susurraba.

Me puse en pie, con las piernas temblando por el torrente de magia y hambre. Sus manos se apartaron, pero su mirada no. Esos ojos de zafiro recorrieron cada centímetro de mí, ardiendo con más fuerza que la nieve a nuestro alrededor.

Me quité el abrigo. Mi camisa fue lo siguiente, luego mis pantalones; cada prenda se deslizaba hasta que el aire golpeó mi piel desnuda. El frío picaba, pero no importaba. El vapor subía a nuestro alrededor, volviendo el mundo borroso. La nieve y el hielo presionaban de cerca más allá de nuestro refugio, pero aquí…, aquí había calor, magia y este varón que me miraba como si yo hubiera colgado las estrellas.

Navaree se levantó. Había gracia en cada movimiento. Se quitó la camisa por la cabeza y sus músculos se flexionaron bajo la piel azul. Escamas plateadas trazaban patrones por sus brazos y hombros, captando la luz como metal martilleado. Cicatrices marcaban su pecho. Batallas sobrevividas, pérdidas cargadas.

Sus pantalones se unieron al montón. Se arrodilló ante mí, gloriosamente desnudo. Su miembro sobresalía grueso y duro entre sus muslos, ya goteando por la punta. Su pene era algo hermoso, grueso y largo, con el tronco pulsando a cada latido de su corazón. El glande era de un púrpura profundo y brillante, y la punta ya estaba lubricada por su deseo. Las venas recorrían toda su longitud, latiendo de necesidad. La base era robusta y nacía de un nido de rizos azul oscuro.

Dioses. Se me secó la boca.

—¿Te gusta lo que ves? —murmuró él, con una sonrisa juguetona asomando en las comisuras de su boca. Su voz era un estruendo bajo, un sonido que vibraba a través de mí y se instalaba en la boca de mi estómago.

—Sí —asentí—. Muchísimo.

—A mí también me gusta lo que veo. Muchísimo —buscó la curva de mi cintura y me atrajo hacia sí hasta que su pecho presionó

contra mis pechos. Un brazo me rodeó la parte baja de la espalda, apretándome contra él, mientras el otro se deslizaba por toda mi columna, con los dedos extendiéndose sobre mi nuca y enredándose en mi suave cabello. Su agarre era firme, posesivo, y el peso de su brazo me recordaba una promesa.

—¿Estás segura?—preguntó, y el retumbar de su voz surgió de lo más profundo de su ser—. Una vez que completemos el vínculo, no habrá forma de romperlo. Estaremos conectados hasta la muerte.

Levanté la barbilla, sosteniéndole la mirada, y la certeza en mi voz fue inquebrantable. —Estoy segura.— La idea de pertenecerle, de ser suya, era tan natural como respirar.

Estos varones eran míos. Yo era suya. Nuestras luces de alma fusionadas no harían más que convertir en verdad lo que ya existía.

Presionó sus labios contra los míos y el beso se hizo más profundo. Su lengua se deslizó entre mis dientes, saboreándome, reclamándome, y yo me abrí a él, ofreciéndole cada parte de mí. El beso se volvió más ardiente, más exigente.

Nos bajó sobre nuestros abrigos; la tela se sentía cálida bajo mi columna. Navaree se acomodó sobre mí y su peso ejercía una presión perfecta que me hacía sentir conectada a la tierra y a salvo. Su boca trazó un camino desde mi mandíbula hasta el hueco de mi garganta, dejando con cada beso un rastro de fuego en mi piel. La sensación de sus labios en el punto tierno bajo mi oreja envió una ráfaga de chispas recorriéndome las venas.

Mis manos se movieron por su cuerpo, cartografiando cada relieve y curva de sus músculos. Su respiración se entrecortó cuando mis dedos rozaron la carne sensible en la base de sus costillas, una suave toma de aire que lo hizo estremecerse.

—Eres exquisita—, murmuró contra mi clavícula—. Eligió esa palabra: «bello» pertenecía a las cosas frágiles, pero «exquisito» era un término para algo raro, precioso e insustituible. La confesión hizo que las lágrimas asomaran a las comisuras de mis ojos, una mezcla de gratitud y emoción abrumadora.

Levantó la cabeza y la preocupación parpadeó a través del vínculo como un pulso suave. —No pares—, susurré, atrayéndolo de nuevo hacia mí con voz ronca—. Por favor.

Respondió con otro beso, este más lento, más profundo, una promesa de placer sin prisas. Su mano se deslizó para rodearme el pecho y su pulgar rozó el pezón hasta que se endureció; la sensación se disparó directa al núcleo de mi ser. Gemí en su boca, arqueándome contra él mientras el placer florecía, y mi cuerpo respondió alzando las caderas.

Me exploró, conociendo mi forma, los lugares que hacían que mi pulso se acelerara. Su boca siguió a sus manos, dejando un rastro de besos por mi pecho hasta llegar a mi seno. Tomó el firme capullo de mi pezón entre sus labios y luego hizo girar su lengua alrededor de la punta hasta que solté un grito que resonó en las paredes de piedra.

Mis dedos se enredaron en su cabello platino, aferrándolo más cerca mientras el hilo entre nosotros vibraba con más fuerza, amplificando cada roce hasta que el mundo se redujo al calor de su piel y al ritmo de nuestro aliento.

Su mano bajó más, sobre las costillas, sobre la curva de mi vientre, descendiendo hasta el lugar donde se concentraba el deseo. Se detuvo allí, esperando mi permiso a pesar de que ya me había entregado. La anticipación era un dolor delicioso.

—Sí—, exhalé, y la palabra se quebró al salir de mis labios—. Por favor, Navaree, por favor.

Sus dedos encontraron mi centro, ya húmedo y palpitante. Acarició los delicados pliegues, aprendiendo qué me hacía jadear y estremecerme. Cuando su pulgar rozó mi clítoris, rodeándolo con una presión deliberada, un estallido de luz brilló tras mis párpados.

Mi serpiente se desenroscó del espacio oscuro tras mis costillas. Las escamas relucieron sobre mi piel, destellos iridiscentes que seguían el ritmo de mi pulso. Su placer se enredó con el mío, una necesidad inquieta y serpenteante que borraba la frontera entre nosotras.

Mi respiración se quebró al pronunciar su nombre. —Navaree.— La palabra salió áspera, desesperada, un sonido arrancado tanto de la garganta como del alma.

—¡Dioses!— Su nombre se me escapó, mezclado con una maldición, mientras mis caderas se mecían contra su mano. Bajó

besando mi vientre y sus labios recorrieron la piel sensibilizada. Bajó más y más, hasta que su aliento rozó el ápice de mi deseo.

Su lengua se deslizó entre mis pliegues, saboreándome, tentándome. Grité, con los puños apretados en su cabello, instándolo a seguir. Me succionó con una destreza devastadora, con trazos largos por todo mi sexo seguidos de una atención centrada en el punto más sensible. Dos de sus dedos se deslizaron dentro de mí, curvándose para encontrar ese lugar perfecto, mientras su lengua continuaba su incansable asalto a mi clítoris.

El placer alcanzó una altura imposible. Mis muslos temblaban, mi espalda se arqueó para despegarse del abrigo y el hilo entre nosotros ardió; nuestras luces del alma empezaron a brillar de forma visible incluso con los ojos cerrados, un resplandor de esmeralda y zafiro entrelazándose.

—Llega para mí—me ordenó contra mi piel—. Déjame saborearte.

Mi orgasmo me atravesó; olas de sensación rompieron sobre mi cuerpo, ahogando la vista, el sonido y el pensamiento. Solo quedó la contracción de mis paredes internas alrededor de sus dedos, un pulso que resonaba entre los dos. Mis caderas se arquearon y mi cuerpo se convulsionó en pleno clímax. Me sostuvo mientras las olas remitían, suavizando su tacto y presionando besos reverentes en el interior de mi muslo.

Cuando pude volver a respirar, tiré de él hacia arriba, buscando sus hombros con mis manos, y presioné mis labios contra los suyos. Me saboreé en su boca: sal, almizcle y algo exclusivamente mío. Su miembro se sentía grueso y exigente contra mi vientre, una cresta dura y palpitante que suplicaba atención.

—Te necesito dentro de mí. Por favor.—

Se posicionó entre mis muslos abiertos, asentando su peso. Su calor, grueso y duro, empujó contra mi entrada lubricada, una promesa contra la suavidad aterciopelada. Mi cuerpo vibró en respuesta; cada terminación nerviosa se tensaba hacia ese punto de contacto.

Levantó la cabeza. Sus ojos de zafiro se clavaron en los míos. El mundo se redujo. Se cristalizó. El tiempo se estiró, silencioso salvo por el rugido de nuestro propio pulso y el distante zumbido de la

magia en las pieles bajo nosotros. Su mirada no estaba solo puesta en mí; estaba dentro de mí. En mi núcleo. Viendo la necesidad, el recelo, la certeza feroz y trémula. Era una reclamación, silenciosa y absoluta.

—Me entrego a ti, Zahra. Como macho. Como compañero. Toma todo de mí. Mi mente. Mi cuerpo. Mi alma.—

Empujó hacia dentro. Despacio. Tan despacio. Un deslizamiento deliberado y sensual. Centímetro a centímetro, su longitud plena y perfecta me llenó, estirándome, dándome la bienvenida a casa. Estaba caliente, duro, implacablemente grueso, y la presión inicial fue un dolor exquisito que me hizo jadear y arquearme contra él. Mis músculos internos aletearon, tratando de acomodar su inmenso grosor. Me apreté contra él, arrancándole un gruñido bajo desde lo más profundo de su pecho. Un sonido que vibró a través de su cuerpo hacia el mío. Se estremeció de nuevo, una sacudida potente que lo impulsó más adentro, y sus ojos se agrandaron, con las pupilas devorando el zafiro mientras una necesidad pura y fundida estallaba a través del vínculo.

Se quedó quieto, con los brazos temblando por la contención; la lucha se filtraba a través del vínculo. La necesidad de moverse luchaba contra su determinación de que esto fuera perfecto. A través del hilo sentí su desesperación, un fuego que amenazaba con consumirnos a ambos.

—Muévete. Por favor, muévete—le insté, moviendo mis caderas, llevándolo más profundo, con la voz convertida en una súplica ronca.

—Como desees, mi compañera.— Se retiró y empujó, una estocada lenta y profunda que estableció un ritmo que fue creciendo; cada embestida era una ola que me elevaba más. Envolví su cintura con mis piernas, alterando el ángulo, atrayéndolo aún más adentro, con mi cuerpo ansiando el contacto.

El placer aumentó, esta vez más rápido. Nuestros cuerpos encontraron un ritmo, moviéndose como uno solo; cada jadeo entre besos era un aliento compartido. Nuestras luces del alma ardieron con más fuerza, la iridiscencia esmeralda enredándose con el zafiro profundo, bailando juntas en el vapor que subía del aire caliente que nos rodeaba.

—Zahra—, gruñó, y mi nombre sonó roto, deshecho.— Necesito reclamarte.—

—Sí. Reclámame. Márcame. Hazme tuya.— Lo quería todo de él. Todo y más.

Sus colmillos descendieron, largos, afilados, hermosos. Mis propios dientes dolieron en respuesta, alargándose mientras el veneno inundaba mis encías. La serpiente en mi interior se alzó, reconociendo el momento.

Las estocadas de Navaree se volvieron más duras, rápidas, desesperadas. Su mano se deslizó entre nosotros, encontró mi clítoris y lo rodeó con una presión firme. La doble sensación de su miembro llenándome y sus dedos estimulando ese bulto sensible me envió en espiral hacia el borde.

—Ven conmigo—, gruñó con voz baja y autoritaria.— Ahora, Zahra. Ven ya.—

Sus colmillos se clavaron, perforando la carne suave donde mi cuello se unía a mi hombro; el veneno inundó mi torrente sanguíneo, caliente, potente, correcto. La magia surgió con él, fluyendo por mis venas con sabor a zafiro y luz estelar, a sabiduría antigua, como relámpagos convertidos en líquido.

Mis colmillos descendieron. Ataqué y mordí el grueso músculo de su hombro. Su sangre tocó mi lengua mientras mi veneno se bombeaba en él.

Un estallido brillante de esmeralda y zafiro surgió entre nosotros cuando nuestra luz del alma explotó, y el vínculo se solidificó en un hilo único e irrompible. El mundo desapareció mientras yo gritaba mi placer, dejándonos solo a nosotros dos, con nuestros cuerpos todavía unidos, nuestras almas entrelazadas y la magia zumbando en perfecta armonía.

Su esencia se vertió en mí. El núcleo más puro de quién era Navaree me inundó a través de la mordida, del veneno, a través de los lugares donde nuestras almas se abrían y se fusionaban. Su dolor. Su pérdida. Su angustia.

Pero más profundo que el dolor, sentí su luz. Brillante y constante como las estrellas que se niegan a morir incluso cuando la oscuridad devora el cielo. Su feroz determinación de proteger lo que quedaba.

Lo conocí. En un latido, en el espacio entre respiraciones, lo conocí más íntimamente de lo que jamás había conocido a otra alma. Sus miedos se convirtieron en los míos. Sus esperanzas ardieron en mi pecho junto a las mías. La soledad que había cargado durante siglos me envolvió el corazón y me lo apretó.

Mi magia se vertió en él como respuesta. Poder puro. Instinto. La conexión del grimorio cantando a través de nuestras almas unidas. Pero más que magia..., yo. Todo lo que yo era. La niña a la que habían castigado por existir. La chica que había aprendido a hacerse invisible. La mujer que había sobrevivido tragándose su propio fuego hasta que casi había olvidado que le quedaba alguno para arder.

Él lo sintió todo. Mi vergüenza. Mi furia. La forma en que me habían roto y me había recompuesto torcidamente porque no conocía otra manera. La necesidad desesperada y desgarradora de pertenecer a algún lugar, a alguien, que había intentado matar porque desear dolía demasiado.

Y bajo todo aquello estaba la esperanza indómita que me había dado demasiado miedo admitir. El susurro traicionero de que tal vez, por imposible que pareciera, merecía ser elegida. Ser deseada. No por lo que podía hacer o lo que podía dar, sino por la criatura de bordes afilados, dañada y feroz en la que me había convertido.

Nos completábamos. Donde él era paciencia constante, yo era valor temerario nacido de la desesperación. Su sabiduría equilibraba mi poder salvaje. Mi magia pura daba forma a su antiguo conocimiento.

Juntos, nos volvimos plenos. No dos almas una al lado de la otra, sino una sola alma dividida en dos cuerpos y, finalmente, por fin, reunida. Los espacios vacíos en él se llenaron conmigo; los lugares huecos en mí se llenaron con él. Encajábamos como una llave girando en una cerradura que había esperado siglos para abrirse.

Su luz de zafiro se unió al citrino de Talesian y al cobalto de medianoche que ya estaban trenzados con mi esmeralda. La trenza brilló entre nosotros, pulsando con latidos unidos. Nuestros colmillos se retiraron. Nos desplomamos juntos.

El peso de Navaree me hundió en las pieles. Su aliento llegaba agitado contra mi cuello. Lo sostuve, con los brazos envueltos en

unos hombros que aún temblaban y las piernas cerradas sobre su cintura. Se ablandó dentro de mí, pero no quise soltarlo. Todavía no.

El hilo vibraba. Completo. Permanente. Irrompible.

Yacíamos enredados mientras la respiración se ralentizaba. El vapor subía. La nieve caía en algún lugar más allá de nuestro refugio. Por este momento, nada existía excepto nosotros y el hilo que nos hacía uno.

Navaree rodó hacia su costado, arrastrándome con él. Cogió su abrigo y lo echó sobre nosotros. Su mano acarició mi pelo con suavidad.

A través del hilo completado con Navaree, nuestros otros compañeros brillaron con claridad. La sorpresa de Talesian floreció primero, transformada en una alegría tan radiante que me hizo sonreír. La respuesta de Seakal llegó más despacio, pero no fue menos intensa. Una satisfacción profunda y un placer protector.

—Los siento. A Talesian y a Seakal. Lo saben—, dije.

—Están felices. Y maldiciendo por no estar aquí con nosotros—. La voz de Navaree retumbó en su pecho.

Una risa me sorprendió. Salió raspada y de forma inesperada. Dioses, ¿cuándo había sido la última vez que me había reído? Los quería aquí, pero me alegraba tener este tiempo con Navaree. Mi compañero eterno.

Me acurruqué contra él. Aspiré su aroma. Nieve y pergamino antiguo y algo exclusivamente suyo. El vínculo pulsaba entre nosotros. A través de él, su certeza se filtraba en mí. Su convicción de que juntos podríamos enfrentar lo que viniera después.

El peso aplastante no había desaparecido. La responsabilidad seguía existiendo. La profecía seguía acechando. Dos mundos seguían tambaleándose al borde del colapso. Pero ahora no lo enfrentaba sola. Tres almas ligadas a la mía. Tres corazones latiendo al ritmo del mío.

Nos quedamos abrazados hasta que el frío penetró en nuestro refugio. Hasta que el deber tiró de nosotros a través de los hilos completados. Hasta que no pudimos justificar seguir escondidos.

—Deberíamos volver—. Reacia. No quería moverme, no quería dejar esta burbuja donde la profecía no podía alcanzarme.

Cuando nos levantamos y nos vestimos, Navaree me tomó la cara entre las manos una última vez. Su pulgar rozó mi mejilla. Sus ojos de zafiro sostuvieron los míos. —Venga lo que venga a continuación, lo enfrentaremos juntos—.

Asentí. Lo besé una vez más. Rápido y feroz. —Juntos—.

Caminamos de vuelta por el bosque de la mano. Las luces púrpuras seguían bailando entre los árboles, pero ya no tenían poder sobre mí. Tenía algo más fuerte que la curiosidad llamándome a seguir adelante.

Tenía un propósito. Tenía compañeros. Tenía un vínculo que ardía con suficiente fuerza como para iluminar los caminos más oscuros.



Capítulo veinticuatro

Talesian y Seakal esperaban en el borde del claro. En el momento en que salimos de entre los árboles, Talesian recorrió la distancia antes de que Navaree pudiera terminar de guiarme hacia delante. Su boca chocó contra la mía. Su lengua recorrió mis labios, exigiendo una entrada que le concedí sin vacilar. El vínculo ardió entre nosotros; sus emociones me inundaron tan rápido que no podía separarlas. Alegría. Orgullo. Satisfacción porque me había vinculado con Navaree. Porque nuestra manada estaba más cerca de completarse.

—He sentido el momento en que vuestras almas se han unido —la frente de Talesian se presionó contra la mía, con su aliento cálido sobre mis labios—. Ese chasquido. Esa alineación perfecta. Os siento a los dos con tanta claridad ahora... Todo lo que eres. Todo lo que es él. Dioses, dulzura. Nos has unido de una forma que nunca habríamos logrado sin ti. Eres un tesoro.

Su felicidad me envolvió. Los espacios huecos que el Cuadro había tallado a base de tortura, hambre y el lento quebranto de la esperanza se llenaron de calor. De una luz ardiente. De la certeza de que estos machos morirían antes de permitir que nadie volviera a hacerme daño.

Había olvidado lo que era ser deseada. No por lo que pudiera hacer o por el poder que poseyera, sino por mí misma. La hembra

rota, marcada y dañada que había sobrevivido cuando no debería haberlo hecho. Que se ocultaba para lidiar con la vida. Demasiado asustada para ser encontrada y vivir en lugar de limitarse a existir. Ellos me querían de todos modos.

Seakal atrajo a Navaree hacia un abrazo, cerrando los brazos sobre sus hombros. —Vuestras almas son hermosas, hermano. Absolutamente perfectas.

Navaree le rodeó con los brazos, devolviéndole el abrazo con la misma ferocidad. Estos machos se amaban. Se conocían desde hacía siglos y me compartían sin celos ni resentimientos.

Seakal soltó a Navaree y se volvió hacia mí. El calor golpeó sus ojos. Crudo, hambriento y casi salvaje. El tipo de mirada que despojaba de la ropa y la piel y no dejaba nada más que una necesidad punzante. Mi serpiente se alzó para salirle al encuentro, enroscándose con fuerza en mi vientre y silbando su aprobación tan fuerte que juraría que todos podían oírla.

Su mirada recorrió mi cuerpo. Lenta. Deliberada. Empezando por mi rostro, siguiendo la línea de mi garganta donde aún se veía la marca del mordisco de Navaree. Bajando hasta mis pechos, donde mis pezones se habían endurecido bajo mi túnica. Sobre la curva de mi cintura. Mis caderas. Mis muslos. Cada centímetro de piel que miraba ardía.

Dioses. Lo deseaba. Quería el alma de Seakal entrelazada con la mía de la misma forma que lo estaban las de Talesian y Navaree. Quería sus colmillos en mi garganta, su cuerpo dentro del mío, su voz quebrándose al pronunciar mi nombre mientras el placer nos destruía a ambos. Mis muslos se tensaron. El calor se acumuló entre mis piernas.

Podían oler mi excitación. Los tres. Sus fosas nasales se dilataron al unísono, las pupilas se ensancharon hasta que sus ojos se volvieron casi negros. El pecho de Seakal retumbó. No llegó a ser un gruñido, pero se le pareció. Posesivo. Satisfecho. Su serpiente reconoció la excitación de su compañera y se pavoneó por ello.

Me ardía la cara. Estábamos en un claro con Gilda, Taredd, Siveril y Evindal mirando, y yo estaba lista para trepar por Seakal y dejar que me tomara allí mismo, en la nieve.

—No podemos hacer esto todavía —susurré.

La sonrisa de Seakal se volvió pícara. —Entonces tendremos que triunfar para poder hacerlo. Yo lo llamo motivación extra.—Su pulgar recorrió mi labio inferior, bajando hasta engancharse en mis dientes de abajo. —Para que podamos terminar esto.

La promesa de esas palabras hizo que todo se contrajera. Mi vientre. Mis muslos. La necesidad desesperada y punzante que crecía por segundos.

—Esa es una forma de decirlo—, repetí con voz ronca.

Su sonrisa se amplió. —¿Preferirías que fuera más explícito, dulzura? Porque puedo describir con detalle lo que voy a ver que Talesian te hace. Cómo va a saborear cada centímetro de tu piel. Cómo vas a gritar el nombre de Navaree antes de que yo...

—Seakal. Céntrate.—Navaree cortó la tensión, divertido a pesar de la advertencia.

—Estoy centrado. En lo que vendrá después de que salvemos el mundo.—Los ojos de Seakal nunca se apartaron de los míos.

El calor en su mirada dejaba claro que salvar el mundo era un obstáculo inoportuno entre el ahora y el momento en que todos pudiéramos estar desnudos.

Gilda se aclaró la garganta. —He encontrado el punto de convergencia.

Cierto. El portal. Reunir el grimorio. Salvar dos mundos del colapso.

No vincularme con Seakal hasta que ambos gritáramos. Las cosas de una en una.

Me ardió la cara con más fuerza. Gilda había estado trabajando mientras yo recibía a Navaree en mi interior. La culpa intentó aflorar. Debería haber estado buscando el punto de convergencia en lugar de ceder a la necesidad. Pero la esencia de Navaree resplandecía a través del vínculo. Sin arrepentimiento, solo una feroz satisfacción que mató la vergüenza antes de que pudiera arraigar. La calidez dorada de Talesian se unió a ella, y su aprobación me envolvió.

No me querían culpable. Me querían completa.

Había pasado dos años después de escapar de aquella mazmorra levantando muros tan gruesos que había olvidado lo que se sentía al

ser tocada. Al desear las manos de alguien sobre mí en lugar de calcular lo rápido que podría romperle los dedos. Las panteras me habían amado una vez, antes de que fuese capturada. Antes de que comprendiera lo que los machos podían hacer cuando tenían el poder y carecían de conciencia. Antes de que tuviera demasiado miedo para abrirme a nadie. No había vuelto con ellos. Me había escondido para que nadie pudiera encontrarme.

Estos machos me estaban enseñando lecciones diferentes. Que el placer existía. Que mi consentimiento importaba. Que podía decir basta y ellos se detendrían, aunque eso los matara.

La diferencia era asombrosa.

Mi serpiente me dio un toque, arrogante a más no poder. Ella los había deseado en el momento en que percibió sus luces de alma. Fui yo quien vaciló, quien dejó que los miedos humanos casi nos costaran todo.

Afloró otro recuerdo de cuando tenía ocho años y la serpiente me mordió. Los días pasados en delirio, sin saber si viviría o moriría. Mi serpiente serpenteó por el recuerdo, con su presencia suave, enviándome un mensaje con imágenes mentales. No éramos esa serpiente. Aquello era un animal que actuaba por instinto y miedo. Nosotras no somos así. Nosotras elegimos. Peleamos. Somos fuertes, mientras que ella estaba asustada y atacaba por instinto.

Ella me hacía lo bastante fuerte para no volver a estar indefensa nunca más.

—Venid. Está por aquí —dijo Gilda, guiándonos hacia los árboles. La oscuridad se tragó el sendero. Las ramas se entretejían por encima, bloqueando la plateada luz de la luna. Chispas púrpuras revoloteaban entre los troncos, hadas atraídas por nuestra magia.

La nieve yacía inmaculada y sin perturbaciones, excepto por nuestras pisadas donde ella se detuvo. Escudriñé el claro. Nada. Solo el suelo blanco, los árboles oscuros y...

—No veo ninguna línea ley—.

Gilda parpadeó. Cuando volvió a abrir los ojos, el oro fundido me devolvió la mirada. —Deben de ser los protectores —dijo—. Mira a través de los ojos de tu serpiente.

Mi serpiente emergió antes de que terminara de pensarlo. Parpadeé ante la presión detrás de mis ojos. El mundo estalló en algo más nítido, más letal, más intenso, mientras miraba a mi alrededor con los ojos de mi serpiente y mi cuerpo permanecía humano.

Las firmas de calor ardían en mi visión. Cada ser vivo se dibujaba en tonos de calor y movimiento. Las vibraciones viajaban por el suelo y trazaban un mapa de todo lo que se movía en cien pasos. Un hada moviéndose en una rama a diez metros. El peso de Gilda redistribuyéndose mientras ajustaba su postura.

Los sentidos de mi serpiente eran un arma. Una máquina de matar diseñada por la evolución y la magia para cazar, rastrear y destruir cualquier cosa que nos amenazara.

A nuestros pies, burbujas doradas surgían de la nieve, subiendo en ríos de poder puro. Líneas ley. La magia de la tierra fluía por este punto exacto, convergiendo, multiplicándose. Hermosa y terrible y con tanta magia que podría ahogarme en ella.

—Hermoso—. La voz de Seakal me recorrió, más áspera que antes. Pensé que tal vez podía ver las líneas ley, pero cuando levanté la vista hacia él, su mirada se clavó en la mía—. Tus ojos. Tan hermosos.

Mi serpiente se pavoneó ante su elogio. El calor me inundó la cara. ¿Podía ver él lo que sus palabras provocaban? ¿La forma en que mi pulso se aceleraba, visible en la firma de calor bajo mi garganta? ¿La forma en que la excitación se acumulaba en mi vientre y cambiaba mi aroma?

Claro que podía. Todos podían.

—¿Cómo pude verlas antes? ¿En la cueva, cuando era humana?—

—Nuestras formas se fusionan cuando necesitamos luchar. Puede que te transformaras parcialmente sin saberlo—dijo Navaree.

Mi serpiente reaccionó a sus palabras. Un pulso, nítido y seguro, me recorrió a modo de asentimiento. Me había estado protegiendo y yo ni siquiera lo sabía.

—¿Estás lista? —preguntó Evindal.

No. La respuesta sincera se me quedó atascada en la garganta. No estaba lista. Nunca estaría lista para abrir portales entre

dimensiones, reunir fragmentos de un grimorio que podría salvar el mundo o destruirlo y enfrentarme a unos dioses que habían demostrado que preferirían dejar que todo ardiera antes que admitir que se equivocaban. Las barreras entre los mundos se estaban debilitando. Si fallábamos, nuestros dos mundos colapsarían y se llevarían consigo a todos los que amaba.

Sin presión alguna, claro.

Cerré los puños con fuerza, clavándome las uñas en las palmas. El dolor me centró, me alejó del borde del pánico que intentaba treparme por la garganta. Pero mi serpiente se ovilló con fuerza en mi interior, preparada. Ansiosa. Había estado enjaulada demasiado tiempo, privada de su verdadera naturaleza porque yo había tenido miedo. No era un monstruo. Era yo.

Los vínculos fulguraron. Mis compañeros creían que podía hacerlo. Creían en mí cuando yo apenas creía en mí misma. Ya no era aquella hembra perdida y rota que se escabullía entre los restos de la selva, desesperada por desaparecer.

Esa hembra estaba muerta. Se había ido. ¿La hembra que era ahora? Ella tenía colmillos. Tenía magia. Tenía tres machos que quemarían el mundo antes de permitir que alguien volviera a hacerle daño.

—Sí. Estoy lista. —Las palabras salieron firmes. Fuertes.

Mis compañeros se colocaron en posición. Seakal detrás de mí, a mi derecha, con su pecho casi rozando mi espalda. Su aliento agitaba los cabellos de mi nuca, cálido contra una piel que se sentía demasiado sensible.

Talesian se situó detrás de mí, en el centro, sólido y firme. Navaree estaba a mi izquierda, con la palma de la mano sobre mi hombro. El triángulo estaba completo.

—En cuanto os deis la mano, nuestros vínculos nos convertirán en conductos. Seremos vuestra ancla. Canalizaremos todo lo que necesites. Toma todo lo que tenemos —dijo Talesian.

Su pulgar me acarició una vez el omóplato. El gesto fue sutil, probablemente invisible para todos los demás. Pero lo sentí como una marca a fuego. Como una promesa.

—¿Lista?

—Para nada.

—Ni yo. Parece que tendremos éxito o fallaremos juntas.

Gilda me tendió la mano. Entrelacé mis dedos con los suyos, nuestras manos unidas sobre el punto de convergencia, mientras sus compañeros la flanqueaban por detrás, con las manos en sus hombros imitando a los míos. Ella sonrió, con un destello de nervios en los ojos.

Las burbujas ascendieron, cubriendo nuestras manos y luego recorriendo nuestros brazos. Inundándonos con un calor tintineante.

—Ahora, invocad ambas vuestra magia. Intentad conectarlas y, cuando lo hagáis, pensad en la apertura de un portal. Pensad en las demás. Pensad en Shanyirra. Pedid a la magia que os provea y doblegadla a vuestra voluntad —dijo Talesian.

Ella cerró los ojos y yo los míos. El mundo se oscureció mientras me hundía en ese profundo pozo metafísico de mi interior donde el grimorio estaba anclado. Dio un tirón, ansioso, esforzándose contra cualquier atadura que lo mantuviera bloqueado en su lugar. La luz dorada se filtró en mi color aguamarina, a medida que los colores y la magia se combinaban.

El poder gritó por mis venas, haciendo que mis huesos temblaran con su fuerza. Mi serpiente se alzó, dejando espacio para todo lo que se vertía a través de mí. Ya no era solo humana, sino ambas cosas. La magia y la conciencia se entrelazaron: serpiente y mujer.

La magia de Gilda surgió como respuesta. Las plumas de su grifo relucieron por sus brazos, sus ojos brillantes y afilados como los de un animal. Las escamas ondularon por mis antebrazos, los músculos se tensaron a medida que la fuerza se volvía superior a lo que podía contener. Las escamas aparecieron por mis antebrazos en una onda rápida y nítida. Mis músculos se endurecieron en mis extremidades, fortaleciéndome.

—Alimentad la magia con vuestro propósito —dijo Navaree.

Imaginé los bosques de los cambiapieles lobo. Pinos que se alzaban hacia cielos de color pizarra. La cabaña de madera con estanterías repletas de libros y baratijas, y frascos llenos de cosas inclasificables. Las otras hembras esperando al otro lado.

El grimorio conocía a esas hembras. Reconocía las piezas que le faltaban de sí mismo. El conocimiento me atravesó sin palabras, con pura comprensión. Quería estar completo. Necesitaba estarlo. Me guiaría hasta las demás si tan solo trataba de alcanzarlas.

Hilos de luz giraron a través de las líneas ley, bañándome. La magia y la conciencia buscaron, desesperadas, anhelando a las otras Elegidas. Esas mujeres no eran extrañas. Eran mis hermanas, las piezas que faltaban de algo que nunca había imaginado necesitar.

La magia de las líneas ley entró en mí desde el suelo, llenando mi cuerpo e incendiando el poder en mi interior. Mi serpiente respondió, la magia antigua y la humana se combinaron hasta que casi temblé por la fuerza.

Gilda jadeó. —¿Las siento? ¿Te siento... a ti? ¿Tú también lo sientes, Zahra? ¿Las sientes? —

Tres fuerzas distintas presionaban en los límites de mi conciencia: Serafine, Anise y Haera. Ya sabía que Haera estaba entre ellas; su presencia ardía con una antigua familiaridad. La conexión no era como los vínculos de los compañeros. Esto era algo más extraño, mi espíritu reconociendo a una estirpe perdida.

La sensación me dejó aturdida. Por un momento no pude hablar. Ya me había dado cuenta de que Haera era una de ellas, pero sentirla como familia, como propia, me dejó anclada en el sitio. Mis pensamientos daban vueltas, intentando aceptar que esas mujeres me pertenecían de una forma tan real como cualquier vínculo.

El aliento se me quedó atrapado en la garganta. Al fin, logré decir: —Dioses, sí. Las siento. Siento a las tres. —Decirlo en voz alta solo profundizó la conmoción. El corazón me latía tan fuerte que pensé que podría romperse. Después de una vida sola, el destino exigía ahora que perteneciera a algo más grande, algo más antiguo, algo para lo que nunca me había preparado.

—Las siento bajo mi piel, como si siempre hubieran estado ahí, esperando a que me diera cuenta. También te siento a ti. —

Las emociones fluyeron por la conexión, demasiado nítidas y enmarañadas para separarlas. Alegría, alivio, esperanza y miedo; todo chocó en mi pecho. —Son más que cualquier persona que haya

sentido jamás. Sé quién eres, Gilda. Creo que son mis hermanas. Vosotras sois mis hermanas. No por sangre, sino por el destino. —

Sus dedos apretaron los míos, dándome apoyo. —El grimorio nos ha convertido en familia. —

Nuestra magia se enredó, formando gruesos chorros de un blanco brillante que se retorcían en el aire. El viento azotó el claro mientras el espacio frente a nosotros se deformaba. La luz se tensó en un círculo que giraba, lanzando lluvias de chispas que caían sobre la nieve.

—¡Ya está! ¡Sigue así! —dijo Gilda.

El círculo se ensanchó, la luz se extendió por el claro hasta que el resplandor se hizo más fino en el centro. La forma y el color se filtraron a través de la neblina, mostrando el interior de una cabaña de madera. Gruesas paredes de troncos enmarcaban una pequeña estancia iluminada por un solo fuego. Las estanterías bordeaban cada pared, repletas de volúmenes cuyos lomos estaban desgastados por innumerables lecturas. Una mesa dominaba el centro, con la madera marcada por cercos de tazas y manchas de tinta. Sillas esparcidas a su alrededor en un desorden caótico, como si alguien se hubiera levantado rápido y nunca se hubiera molestado en colocarlas. Cofres apilados al azar contra la pared del fondo, rebosantes de pergaminos y papeles sueltos.

Símbolos de tiza blanca cubrían el suelo en patrones complejos. Círculos dentro de círculos, runas que no reconocía. Shanyirra estaba en el centro de todo, con su cabello blanco brillando bajo la luz que se vertía desde el portal. Su rostro ajado mostraba cansancio y determinación a partes iguales, pero sus ojos ardían con una inteligencia feroz.

Detrás de ella, otras tres mujeres se acercaban. Serafine, con su pelo de platino captando la luz, con su esbelto cuerpo vibrando con un poder apenas contenido. Anise, con los ojos oscuros muy abiertos por una sorpresa que se transformaba en esperanza. Haera, con su expresión feroz rompiéndose en un profundo alivio.

Varios machos se amontonaban tras ellas. Sus compañeros. Protectores. Vigilantes. Alfas. Listos para tirar de sus hembras hacia atrás si aquel portal se volvía peligroso.

Y allí, detrás de los demás, tres rostros familiares. Ashir. Savvas. Dias. Mis hermanos de crianza me miraban a través del portal como si hubieran visto un fantasma. Porque para ellos, yo lo era.

El alivio me invadió. Y la culpa, porque había huido y nunca les dije que seguía viva. La mujer que Haera había sacado de aquella mazmorra no era la hermana que ellos recordaban. Había huido tan lejos como pude de mis hermanos. No porque no los quisiera, sino porque los quería demasiado como para verlos morir por mí.

El Cuadro sabía que éramos familia. Me habían preguntado por mis hermanos pantera entre herida y herida. Si hubiera regresado, habría llevado la muerte directamente a su puerta.

Así que me mantuve alejada. Dejé que pensaran que estaba muerta. Dejé que lloraran a una hermana que había preferido convertirse en un fantasma antes que en un peligro.

La mano de Ashir se presionó contra el límite del portal, con los dedos extendidos como si pudiera atravesarlo para tocarme. Su boca formó mi nombre, pero el sonido se distorsionó antes de llegar a mí.

Las lágrimas me quemaban los ojos. Quería explicarme. Quería decirles por qué me había mantenido alejada, por qué había dejado que creyeran que me estaba pudriendo en alguna tumba sin nombre. Pero no había tiempo. El portal me estaba agotando.

Sostuve su mirada y esperé que pudiera leerlo todo en mis ojos. —Lo siento. Os quiero. Nunca dejé de ser vuestra hermana.

—¡Os vemos! —dijo Shanyirra.

El portal se sacudió. El poder se me escapaba más rápido de lo que las líneas ley podían reponerlo, más rápido de lo que mis compañeros podían canalizarlo a través de los vínculos. Me temblaban las rodillas. Unas manchas negras bailaban en los bordes de mi visión. Los dedos de Gilda estrujaban los míos, y su respiración salía en jadeos agudos que imitaban los míos.

—Sí, pero no por mucho tiempo —articuló Gilda con esfuerzo.

Segundos. Teníamos segundos, no minutos. Los fragmentos del grimorio se estaban forzando, las líneas ley se estaban forzando, nuestros cuerpos se estaban forzando. Algo iba a romperse, y probablemente seríamos nosotras. Cualquier cosa que tuviéramos que decir tenía que ser ahora.



Capítulo veinticinco

Los labios de Shanyirra se movieron, pero la estática desgarró sus palabras y las hizo jirones antes de que nos llegaran. —… Escuchadme…—

El portal vaciló, con la luz chisporroteando. Detrás de Shanyirra, las otras hembras se movieron rápido, canalizando todo lo que tenían para mantener abierta la conexión. Serafine levantó ambas manos y una brillante luz rosada brotó de las yemas de sus dedos. El resplandor se extendió por las paredes de la cabaña y ancló los bordes inestables del portal. Anise presionó las palmas contra el suelo, con runas azules estallando a su alrededor y chispas que le subían por los brazos mientras conectaba la magia a tierra a través de su cuerpo. Haera permanecía con la mandíbula apretada, con energía verde que pulsaba desde su pecho en ondas constantes que alimentaban el círculo.

Lucharon con fuerza para evitar que se desintegrara. No fue algo elegante. Su poder azotaba de forma salvaje, con dientes de luz que mordían el aire entre los mundos. Sentí cada embestida de su esfuerzo a través del vínculo que ahora nos unía, la sacudida de su fuerza arañándome la piel.

Su poder se entrelazaba con el mío, con el de Gilda, a través de las líneas ley por las dimensiones. Cuatro almas distintas vibraban contra mi latido. Pero faltaba una pieza; una pieza desconocida que

nos completaría. No era solo un pensamiento. El conocimiento era profundo. Anhelo. Ausencia. Dolor por su falta.

La mano fría de Seakal se presionó contra mi zona lumbar. Estabilizándome. Anclándome. Su toque decía *«te tengo»* incluso mientras la realidad se fracturaba a nuestro alrededor.

La voz de Taredd cortó el rugido de la magia. —Necesitamos encontrar el sexto fragmento y reunir el grimorio. Necesitamos encontrar a nuestro rey, a su vínculo y a su compañera. Sin ello, ambos mundos se separarán. La magia los necesita a todos —cada eslabón, cada alma— para estabilizarse. Necesitamos encontrar a nuestra sexta manada, Shanyirra.—

La luz dentro del portal disminuyó y sus bordes se volvieron un parpadeo tenue y entrecortado. Los dedos de Gilda se cerraron sobre los míos. Al otro lado, las mujeres luchaban por mantener la conexión. Los brazos de Serafine temblaban por el esfuerzo. La piel de Anise brillaba por el sudor. El poder de Haera chisporroteaba en breves ráfagas.

El portal parpadeó y el nexo entre los mundos comenzó a desgarrarse.

—¿Qué buscamos? —pregunté con voz débil por la distorsión—. ¿Por dónde empezamos?

La estática se tragó la mitad de mis palabras. La imagen se emborronó y luego se estabilizó. Shanyirra estaba en el centro del diagrama de tiza blanca, con los ojos que brillaban en un blanco puro. La luz manaba de sus ojos y se derramaba por sus mejillas curtidas. Su cabello se elevaba en un halo lento a su alrededor, atrapado en la carga que se acumulaba en el aire. —Oculto en el hielo hay un templo. Encontradlos o no quedará nada que salvar.—

—¿Dónde, Shanyirra? ¡Dinos dónde!— El grito de Taredd cortó el siseo de la magia.

—Los Elegidos verán. —Su mirada se elevó, desenfocada, y brilló con más intensidad. La magia se desbordaba de ella, sacudía los tablones del suelo tras ella y chispeaba en el borde inestable del portal.

La consciencia se desprendió. Mi cuerpo se disolvió. La nieve y los árboles desaparecieron. La mano de Seakal en mi espalda se

desvaneció. El calor de Talesian se evaporó. La fría presencia de Seakal desapareció.

Todo lo que me anclaba a mí misma se disolvió y caí en una luz dorada.

No solo yo.

Las otras hembras cayeron conmigo. El cabello platino de Serafine latigueaba alrededor de su rostro. La piel oscura de Anise brillaba con la luz reflejada. El jadeo agudo de Haera cuando la consciencia se arrancó de su cuerpo. Gilda me agarró la mano a pesar de que ya no teníamos manos que sostener.

Las cinco, cayendo en tropel a través de la misma visión, ahogándonos en el mismo mar dorado.

La luz se unió. Se solidificó.

Lo siguiente que golpeó fue el frío. Puro y absoluto. Estábamos dentro del hielo. Encajonadas en él. El aire había desaparecido. El sonido, también. Solo silencio y el brillo de la escarcha.

Tres figuras permanecían congeladas frente a nosotras. Machos fae que reconocí. Les puse nombre. Cedar. Ryland. Calder. Estaban suspendidos en una quietud perfecta, sus cuerpos capturados a mitad de una respiración, su piel sin marcas, sus ojos cerrados como si pudieran despertar si el mundo gritara sus nombres con la suficiente fuerza.

El más alto estaba encerrado en hielo transparente, con el cabello color medianoche extendido sobre sus hombros y cada ángulo de su rostro afilado por el frío. Junto a él, otro macho parecía tallado en piedra azul marino, su piel oscura brillando bajo la escarcha, sus facciones elegantes y perfectamente inmóviles. El tercero estaba atrapado como si estuviera en movimiento, un depredador incluso ahora, con el poder enroscado en cada línea de su cuerpo congelado. Eran impactantes, increíblemente hermosos y completamente inalcanzables. Enormes guerreros fae preservados en el silencio, inaccesibles tras el hielo.

Pero no fue su belleza o su quietud lo que me cortó la respiración. Fueron los tres hilos de luz viva que se estiraban hacia un cuarto punto mucho más allá de su prisión de hielo. La conexión pulsaba, un latido buscando a través del frío infinito.

Al otro lado de esos hilos había una mujer. No podía ver su rostro, solo la sombra de su silueta, la atracción de su presencia. Su compañera. La cuarta y última pieza de su alma y nuestra hermana. Sola. Esperando.

Desaparecida.

El vínculo clamaba por una plenitud que nunca llegaba. Sentí tres corazones latiendo en animación suspendida, esperando el toque que los despertara. Ella estaba sola. Perdida. Esperando en algún lugar de la oscuridad helada mientras sus compañeros dormían y los mundos morían a su alrededor.

La luz se fracturó en añicos mientras la visión se desmoronaba.

Regresé a mi cuerpo con un jadeo. La nieve presionaba con fuerza mis rodillas —¿cuándo me había caído?— y los brazos de Seakal me rodeaban con fuerza desde atrás. Su pecho se apretaba contra mi espalda mientras el mundo daba vueltas.

A través del vínculo incompleto, sentí su miedo. Su furia ante amenazas contra las que no podía luchar. Su desesperada necesidad de mantenerme a salvo de una magia que podría desgarrarme desde dentro.

—Tranquila —su voz retumbó contra mi espalda, baja y ronca—. Te tengo, pequeña compañera.

Aquel apelativo cariñoso hizo que mi serpiente ronroneara a pesar del caos. Me hizo querer hundirme en sus brazos y dejar que me sostuviera mientras las dimensiones colapsaban a nuestro alrededor. Peligroso. Ese tipo de consuelo era peligroso cuando necesitaba mantenerme alerta.

—Eso ha sido nuevo —dije con voz ronca, como si me hubieran lijado la garganta—. No se mencionaba nada de visiones compartidas en el manual de instrucciones.

—¿Hay un manual de instrucciones? —Talesian se arrodilló a mi lado—. Porque me gustaría mucho leerme el capítulo sobre cómo evitar que mi compañera pierda el conocimiento durante las brechas dimensionales.

—No he perdido el conocimiento. He tenido una visión. En realidad, hemos tenido una visión.—

Dejé que Seakal me ayudara a incorporarme, aunque sus brazos permanecieron sujetos a mi alrededor. —Tres machos atrapados en el hielo. Luces de alma que no llevaban a ninguna parte.—

Blancura infinita extendiéndose en todas direcciones. Sin horizonte. Sin cielo. Solo frío y silencio. Los machos estaban encerrados dentro de ese glaciar, sus rostros pacíficos pero erróneos en su quietud. Cada centímetro era una tumba. No vi nada más. Ni movimiento. Ni vida. Solo su dolor congelado para siempre en un paisaje al que no le importaba nada.

Los hilos de su vínculo se perdían en la distancia, dirigiéndose hacia...

Dirigiéndose hacia ella.

Su compañera.

Nuestra hermana.

El portal sobre nosotros parpadeó y la luz se atenuó hasta convertirse en un resplandor débil. El rostro de Shanyirra se contrajo por el esfuerzo. El sudor corría por sus sienes curtidas. Sus labios se movían, pero las palabras salían rotas por la estática. El portal se estabilizó un momento antes de volver a desvanecerse. Lo íbamos a perder.

—¡Rápido, Gilda! ¡Dame las manos! —me arrastré por la nieve hacia Gilda, agarrando sus manos antes de que los últimos hilos de magia se quebraran. Se elevaron burbujas doradas de línea ley, estallando una tras otra mientras se vertían en el portal, pero este giraba cada vez más rápido, perdiendo el ritmo. La luz en su interior se fracturó y las líneas se retorcieron mientras los bordes se deformaban.

—¡Lo estamos perdiendo! —gritó Serafine. Chispas de su magia rosada restallaron contra la superficie del portal, trepando en líneas erráticas antes de desaparecer en la distorsión.

—¡Hay alguien! ¡Una hembra! —la voz de Haera se elevó sobre el caos. Su trenza latigueaba tras ella mientras luchaba por hacerse oír —. Cuando liberé a los prisioneros bajo el castillo de Titan tras la onda de choque, un macho encarcelado allí me habló de una mujer que estaba en las mazmorras con ellos. Desapareció cuando

luchamos contra los restantes de los Seis y Artus abrió aquel portal. —

La comprensión me golpeó de lleno. La onda de choque que me había arrancado de la Tierra. La misma fuerza que había arrancado a esta mujer de su prisión, como a nosotras.

—¿Es ella una posibilidad? ¿Podría haber sido enviada aquí como Gilda y Zahra?— preguntó Siveril.

El portal parpadeaba y la imagen oscilaba entre la cabaña y una cruda luz dorada. El poder zumbaba en mi pecho, un tirón invisible que se enganchaba tras mis costillas, instándome a ir hacia el este; hacia un débil latido que pulsaba bajo la nieve, un susurro que no llegaba a alcanzar del todo.

—Creo que...— Apreté la palma de la mano sobre mi corazón atronador. El tirón se intensificó mientras una imagen se formaba en mi mente. Una montaña borrosa. Una tormenta blanca. Entonces la imagen se deshizo.

—¡Todo el mundo al suelo!— La orden de Navaree llegó medio segundo antes de que la explosión nos alcanzara.

Su cuerpo cubrió el mío mientras caíamos sobre la nieve. El aire salió expulsado de mis pulmones cuando su peso me enjauló, pero lo único que podía registrar era el cuerpo de Navaree presionado contra el mío. Cada plano duro de sus músculos. La forma en que me rodeaba por completo.

Un crujido agudo hendió el aire, desgarrando el claro. La luz se plegó hacia dentro, succionada sobre sí misma mientras el portal se encogía hasta convertirse en un único punto cegador. Entonces explotó hacia fuera en una oleada que convirtió el aire en fuego. Partículas de hielo se elevaron del suelo, girando en una tormenta centelleante antes de estrellarse de nuevo en una cortina blanca. Los árboles se estremecieron. La nieve cayó de las ramas en densas capas. Las luces de hadas púrpuras se dispersaron y su resplandor se extinguió al desvanecerse en la oscuridad.

El temblor cesó. El silencio cayó de golpe, pesado y vibrante.

Navaree se incorporó sobre los antebrazos, manteniéndome bajo él. Su rostro flotaba a centímetros del mío, con sus ojos oscuros buscando cualquier herida. —¿Estás herida?

—No—. La palabra salió sin aliento. —¿Vas a quitarte de encima?

—¿Quieres que lo haga?

Sí. No. No tenía ni idea de lo que quería, salvo que su peso se sentía correcto de formas que me aterraban.

—Navaree. Los demás...

Él apartó la mirada de mí y recorrió con la vista a todos los demás en la nieve. —¿Estáis todos bien?—. Su voz cortó el pitido de mis oídos.

Un coro de murmullos le respondió, temblorosos pero vivos. Nadie informó de lesiones. Ni sangre. Ni huesos rotos. Habíamos sobrevivido, pero el portal había desaparecido.

—¿Ahora puedo quitarme de encima?—. La atención de Navaree regresó a mí, oscura e intensa.

—Esa era mi frase.

—¿Ah, sí?—. Su boca se curvó, peligrosa y prometedora. —Recuerdo claramente que me preguntaste si ibas a hacerlo. No si querías que lo hiciera.

El calor inundó mi cara. Y más abajo. —Semántica.

—Una importante—. Pero se movió, y su peso se alivió lo suficiente como para que yo pudiera respirar de nuevo.

Inmediatamente, quise que volviera.

Cuerpo traidor.

Me incorporé antes de poder hacer alguna estupidez, como tirar de él hacia abajo otra vez. Me pulsaba la cabeza donde me había golpeado con la nieve, pero el dolor me mantuvo con los pies en la tierra. Me dio algo en lo que concentrarme aparte de en vínculos incompletos y compañeros que olían demasiado bien y tocaban con demasiada intención.

Talesian me ayudó a levantarme y comprobó si había daños antes siquiera de que yo hubiera recuperado el equilibrio. —¿Estás bien, dulzura?—. Su tono infundió calidez en el frío, mientras su mano apartaba un mechón rebelde de mi cara.

Asentí, aunque todavía sentía el pecho oprimido por la explosión. Mis compañeros se cerraron a mi alrededor, formando ese muro de protección que anhelaba más de lo que podía admitir.

—Está en Faerie. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera sopesarlas. Sonaban demasiado seguras, pero sabía que eran ciertas—. La he sentido. Nuestra hermana. Nuestra sexta. Está aquí, en algún lugar cerca o dentro de una montaña.

Los ojos de Gilda se clavaron en los míos, muy abiertos por la esperanza. —Yo también la he sentido. Es fuerte y... se siente tan sola.

Todos sentimos el cambio, la nueva urgencia. No estaba sola en aquel anhelo por encontrarla.

Evindal soltó un suspiro. —Eso reduce las posibilidades a, aproximadamente, nada. —La frustración asomaba en su voz, pero sacudió la cabeza—. No lo estoy pagando contigo. Pero hay muchísimas montañas nevadas en Faerie.

No le faltaba razón. El paisaje se extendía hasta el infinito, marcado por heladas y nieve interminables.

Me dolía el pecho al pensar en esa mujer en algún lugar de allá fuera. Sola. Sus compañeros congelados e inalcanzables. ¿Sabría ella que vivían? ¿Sentiría su vínculo tirando a través de una distancia imposible, volviéndola loca por estar incompleto?

—Al menos sabemos que debemos buscar un templo de hielo. —Gilda agarró el brazo de Taredd—. Es un comienzo. Quizá podamos rastrear las líneas ley y seguirlas donde la magia se sienta más fuerte.

—Todavía tenemos que encargarnos de Artus antes de que venga a por nosotros. —La voz de Navaree era plana. Su nombre flotó en el aire, emponzoñándolo. El recordatorio de la verdadera amenaza cayó en medio del silencio.

La mandíbula de Taredd se tensó. —Ha estado demasiado callado. Sin ataques. Sin movimientos de sus seguidores. Eso no es una retirada. Está esperando. Aguardando su momento antes de actuar.

Una gélida certeza me recorrió la espalda. «¿A qué espera?». Pero ya lo sabía.

Evindal dio una patada a la nieve. —A que hagamos su trabajo por él. Por supuesto. Hemos estado despejándole el camino sin que él mueva un dedo. Acabando con Christian. Britheva. Y esperando a que encontremos la manada de nuestro rey. Entonces atacará, nos

quitará todo lo que hayamos recuperado y lo reclamará para sí mismo.

Nadie habló mientras esa realidad se asentaba. El viento arreciaba entre los árboles, llenando el silencio. La nieve susurraba al moverse y los últimos copos caían lentamente al suelo.

—Está dejando que luchemos contra los demás mientras él se hace más fuerte con cada muerte —dije con amargura.

—Entonces estamos pisando sobre cáscaras de huevo. —Me aparté del apoyo de mis compañeros antes de dejarme llevar por él, antes de sucumbir al consuelo que me ofrecían—. Podría atacar en cualquier momento. Podría intentar robar todo el poder del grimorio en el instante en que reunamos los seis fragmentos.

Talesian me rodeó con el brazo con más fuerza. —No va a ganar, porque no se lo permitiremos.

El grimorio pulsaba dentro de mí, con un ritmo que acompasaba mis latidos acelerados. Quería sus piezas faltantes. Quería estar completo. Quería restaurar lo que se había roto.

Y yo también quería eso. Quería dejar de sentir que el peso de dos mundos moribundos descansaba sobre mis hombros. Quería completar mis vínculos con Navaree y Seakal para que este dolor constante finalmente se aliviara.

Quería dejar de tener miedo de que cada momento pudiera ser el último.

—Entonces tomemos las decisiones necesarias. —Di un paso adelante, con la voz más fuerte que el miedo que intentaba estrangularla—. Encontraremos a nuestra hermana. Encontraremos nuestra sexta manada. Reuniremos el grimorio y salvaremos ambos mundos antes de que se despedacen.



Capítulo veintiséis

Habíamos fracasado. El pensamiento me martilleaba el cráneo mientras el cristal de transporte nos liberaba. La realidad regresó de golpe: alfombra mullida bajo mis pies, tapices que empezaban a enfocarse. El mundo se inclinó y Navaree me sostuvo.

—Zahra…

—Estoy bien —la mentira salió con aspereza—. No estaba bien. La preocupación me abría una herida enorme en el pecho. Teníamos tres reyes a los que no podíamos llegar, un compañero al que no podíamos encontrar y un fragmento de un grimorio todopoderoso que seguía desaparecido.

Tanto poder, tanto esfuerzo, y nos habíamos marchado apenas con algo más de lo que habíamos traído.

Taredd tenía razón. Artus no estaba en silencio porque fuera débil. Estaba en silencio porque era inteligente. ¿Para qué venir a por nosotros cuando estábamos haciendo su trabajo? Cada victoria nos debilitaba. Estábamos bailando para él como marionetas y ni siquiera había necesitado tirar de los hilos.

Gilda se tambaleó, con la piel grisácea y profundas ojeras bajo los ojos. Si no fuera por el brazo de Taredd alrededor de su cintura, se habría desplomado en el suelo.

—Nuestras compañeras necesitan descansar —dijo Seakal.

—No hay tiempo… —La protesta murió allí mismo. Sentía los huesos huecos, el cuerpo me temblaba a pesar de mis esfuerzos por mantenerme firme. Los mundos se estaban fracturando y mi cuerpo gritaba sus limitaciones.

Talesian me sostuvo la mirada.

—Unas pocas horas no nos condenarán. Pero que nuestras compañeras se desplomen por agotamiento, sí.

—Nos reuniremos en la sala de guerra en dos horas —dijo Navaree, cortando cualquier discusión—. Entonces trazaremos la estrategia. Hasta entonces, todo el mundo a descansar.

Dos horas. Parecía una rendición, pero para luchar hacía falta estar consciente, y yo estaba perdiendo el sentido poco a poco.

Gilda me miró. Su sonrisa era de cansancio, pero sincera.

—Ya se nos ocurrirá algo. Pero no ha sido un fracaso total, ¿sabes? Hemos podido ver a nuestras hermanas.

Siveril cogió a Gilda en brazos como si no pesara nada. Ella no protestó; simplemente dejó caer la cabeza contra su hombro. Taredd y Evindal los flanquearon mientras desaparecían por el pasillo, con sus voces discutiendo ya las rotaciones de guardia y las cadenas de suministro. Soldados hasta la médula, incluso en el agotamiento.

Mis compañeros me rodearon. Navaree a mi izquierda, Talesian a mi derecha, Seakal detrás de mí como un muro que nada podría traspasar. Su presencia llenaba el pasillo, convirtiéndolo en un canal protegido donde nada podía alcanzarme. El camino hasta nuestros aposentos pareció más largo de lo debido. Cada paso requería concentración. Mis piernas recordaban cómo moverse, pero a duras penas.

La puerta se cerró tras nosotros con un suave golpe que resonó en mis huesos. Final. Absoluto. El mundo exterior podía esperar. Caminé hacia la ventana sin haberlo decidido. Apoyé la frente contra el cristal, sintiendo cómo el frío me mordía la piel con la fuerza suficiente para hacerme reaccionar. El páramo helado se extendía más allá de los muros del castillo. Blanco, yermo y hermoso, de la forma en que a veces lo son las cosas muertas.

La mano de Talesian se posó suavemente entre mis omóplatos. Su voz era tranquila, persuasiva.

—Dulzura. ¿Nos lo cuentas?

Sabía que preguntarían y sabía que tendría que decírselo.

Cerré los ojos, tratando de encontrar las palabras mientras obligaba al pavor que me revolvía el estómago a desaparecer.

—Conozco a Haera.

Me giré para mirarlos; mis compañeros estaban en círculo a mi alrededor, con la preocupación grabada en cada rasgo de sus rostros. Los ojos de Navaree se habían oscurecido, fijos en mí. La mandíbula de Seakal estaba tensa, contenida. Talesian se acercó más de lo habitual, sin rastro de su sonrisa.

—Esta no es una bonita historia sobre amigas de la infancia que merendaban juntas —mi voz era débil, inestable—. La verdad es que Haera me salvó. Me salvó la vida.

Su asombro aumentó y la preocupación se transformó en algo más duro. La ira centelleó tras la inquietud. Una furia antigua y visceral en mi nombre que hizo que algo dentro de mí se relajara, solo un poco. Alguien estaba enfadado por mí, no conmigo.

La voz de Navaree era áspera, casi ronca. —¿Qué quieres decir, Zahra? ¿Te salvó de qué?

Me armé de valor, con el aliento empañando el cristal. La historia presionaba tras mis dientes, fea y vieja, enredada con demasiadas noches y demasiado dolor. —Fue hace años. En las mazmorras de Titán. Los cambiaformas pantera me acogieron cuando era solo una niña, cuando vagaba sola por la selva. Ashir, Savvas y Dias me convirtieron en su hermana. Eran la única familia que he tenido. Bueno, la única que recordaba. El Cadre, los perros falderos de Titán imbuidos de magia, me encerraron en las mazmorras cuando me encontraron sola en la selva después de que fuera a buscar mangos como regalo para los niños.

Seakal me apretó el hombro. —No tienes que contárnoslo si es demasiado duro.

—No. Quiero que lo sepáis. —Me temblaba la voz y me obligué a seguir. Se lo debía. Les debía los sucesos que me habían moldeado.

—Los guardias, el Cadre, ellos... me hicieron daño. Pensaban que yo tenía magia propia en mi interior —negué con la cabeza—. Si supieran cuánta razón tenían. El caso es que yo no tenía nada. No

era nadie. Una huérfana de baja cuna a la que encontraron y se llevaron por diversión. Haera estaba allí. En la mazmorra con ellos. La obligaron a mirar mientras ellos...

Navaree se pasó los dedos por su cabello revuelto, con los ojos desolados. —¿Ella miró?

—Ella no quería estar allí. Se notaba. Ella..., ella lloró y luego, cuando terminaron y ellos... me dieron por muerta, fue ella quien regresó a por mí. Me sacó a rastras, me pasó por los túneles y me dio comida. Medicinas. Me dejó en el linde de la selva. Lo bastante lejos para que no pillaran a las panteras ayudándome y lo bastante cerca para que pudiera arrastrarme de vuelta a la vida. Lo arriesgó todo. Podrían haberla matado solo por tocarme. Si no fuera por ella, yo no estaría aquí.

Una comprensión nauseabunda me recorrió por dentro. Si no me hubiera sacado, yo *habría* muerto. Entonces el Cadre me habría arrastrado ante Titán después de que me reanimara, otro cuerpo que utilizar, y nadie lo habría sabido.

El silencio a mis espaldas era afilado como una cuchilla a causa de la furia.

La voz de Seakal fue la primera en romperse, cargada de amenaza. —¿Quiénes son esos del Cadre? Decidme dónde encontrarlos, porque, cuando lo haga, voy a despedazarlos trozo a miserable trozo.

—Iré después de ti, hermano —dijo Talesian. No había ni rastro de broma en sus palabras.

Negué con la cabeza. —No sé dónde están. Tal vez estén muertos, tal vez no. Pero... —Tragué saliva, con la voz debilitada. Conocía a mis compañeros. Se iban a proponer como misión encontrarlos.

—Pero nunca más tendrás que preocuparte por ellos —dijo Seakal.

Mis compañeros se cerraron a mi alrededor, aportando calor a cada lugar frío de mi interior. Navaree deslizó sus brazos alrededor de mi cintura por un lado, Seakal por el otro, y Talesian me atrajo más hacia él hasta que sus cuerpos me rodearon, hasta que el mundo se calló. Me sostuvieron el tiempo suficiente para que mi respiración se estabilizara y los viejos recuerdos perdieron su fuerza bajo el peso de tres vínculos inquebrantables.

Los labios de Navaree rozaron mi cabello. —Nunca más. Jamás. Nadie volverá a hacerte daño mientras sigamos respirando.

Talesian me besó la frente, de forma dulce y feroz a la vez. —Prenderíamos fuego al mundo antes de dejar que te enfrentaras a eso sola.

La boca de Seakal se presionó contra mi sien. —Estás a salvo con nosotros, pequeña compañera. Siempre.

El dolor interno remitió, reemplazado por la certeza de unos brazos, del calor y de la promesa de seguridad en la que casi había olvidado cómo confiar.

—Ahora, necesitas comida antes de desplomarte. Algo salado y luego algo dulce —dijo Navaree detrás de mí. Su mano encontró mi hombro y lo apretó una vez—. Talesian, ven conmigo.

—Traeré algo de alcohol. Después de esto, todos lo necesitamos —dijo Talesian.

Sus pasos se alejaron. La puerta se abrió y se cerró, y entonces la presencia de Seakal llenó el espacio. Calma. Sombría. Imposible de ignorar. Me hacía sentir sólida incluso cuando temblaba, agotada y al límite.

—¿Y si no soy lo bastante fuerte para lo que viene?

Se giró, con su atención pesada y constante, posándose sobre mí antes de que yo pudiera reunir el valor para mirarlo a los ojos. Cuando lo hice, el azul noche de su mirada me atrajo, ardiendo con un fuego interior feroz. Calcinó mis defensas, me dejó expuesta, anhelante.

—No tienes que ser fuerte sola —sus dedos encontraron mi mandíbula, ligeros, suaves, demorándose allí; su pulgar recorrió la curva de mi mentón y los escalofríos recorrieron mi piel—. Has cargado con el peso de la supervivencia durante demasiado tiempo. Pero ahora nos tienes a nosotros. A mí. Déjame compartir la carga. Déjame sostenerte a través de la tormenta.

—¿Y si el destino cometió un error, Seakal? —Me giré hacia él por completo, necesitando que lo entendiera—. ¿Y si no soy lo bastante fuerte para ser lo que el mundo necesita? Es demasiado. Imposible.

Su mano se detuvo, el calor se filtró en mi piel, pero no se apartó. En su lugar, su contacto se hizo más profundo y sus dedos se

extendieron para acunar mi mandíbula. —Zahra.

Mi confesión brotó, sangrante. —¿Y si no soy suficiente? Habéis esperado siglos a vuestra compañera. Os merecéis a alguien completa, alguien que sepa cómo encajar... —Señalé el espacio entre nosotros, todos los puntos en los que sentía que me faltaba algo—. Alguien que sepa cómo ser *esto*.

—El destino no comete errores —su otra mano rodeó mi cara, manteniéndome firme—. No con los vínculos. No contigo.

—No podéis saberlo —susurré—. No lo sabéis.

—Lo sé —su mirada se clavó en la mía, firme y sin parpadear—. Lo siento en cada aliento que tomo sin que seas plenamente mía. En cada latido que se acelera ante tu aroma, tu voz. Eres quien necesito. Quien todos necesitamos. —Su pulgar rozó mi pómulo, mi piel se encendió bajo su tacto y mis labios se entreabrieron con una inspiración temblorosa. El aire se espesó entre nosotros, cargado de un deseo que ninguno de los dos intentó ocultar.

—¿Crees que estar rota te descalifica? Pequeña compañera, todos estamos fracturados. Siglos de guerra y pérdida se llevaron fragmentos de mi alma que nunca recuperaré, dejándome huecos que no puedo llenar. Pero tú... —su voz se volvió ronca, quebrada; su mano libre recorrió mi clavícula, provocando chispas en mis nervios—, tú sobreviviste a lo que debería haberte destrozado sin remedio. Eso no es debilidad. Es una fuerza tan radiante que me hace sentir humilde, una que yo nunca podría igualar solo.

El deseo y el miedo chocaron dentro de mí, una tormenta sin centro. Anhelaba creerle, anhelaba rendirme al calor que se extendía por mis venas desde sus manos, permitirme desear este vínculo sin el susurro de que lo arruinaría, de que echaría a perder la perfección que él veía.

Se inclinó, acortando la escasa distancia entre nosotros hasta que su frente tocó la mía. Nuestros alientos se mezclaron, cálidos y entrecortados. Cada roce de su piel contra la mía era eléctrico. —¿Lo ves ahora?, ¿lo sientes? —susurró. Las palabras vibraron en nuestro pequeño capullo.

La certidumbre se asentó en mi interior. Su devoción ardía con tal fuerza que pensé que podría dejarme cicatriz, pero también me daba

estabilidad. Me hacía desear lo que había enterrado: la cercanía, la rendición, un amor que pudiera curar cada fractura que el mundo había dejado.

—Pero ¿y si...?

Él me hizo callar, acunando mi rostro con sus manos mientras sus pulgares acariciaban mis últimas dudas. La luz de su alma se expandió, un azul profundo rozando la mía, cargada de deseo y de un amor feroz y protector que quemaba tanto que casi retrocedí.

—Zahra —exhaló, con la voz temblorosa de necesidad y asombro; su serpiente se desenroscó en su interior, salvaje y dolorida—. Vincúlate conmigo. Ahora. Te necesito. Tu fuego, tus cicatrices, tu alma envuelta en la mía. Mi serpiente se retuerce de agonía sin ti, desesperada por llenar cada lugar vacío hasta que no quede nada entre nosotros. —Sus labios rozaron mi frente, un beso suave como una pluma que hizo que el calor me inundara—. Sus manos bajaron por mis hombros, amasando suavemente, temblando con una urgencia contenida—. Déjame reclamarte, pequeña compañera. Hagámonos uno solo.



Capítulo veintisiete

Su luz de alma azul cobalto cobró vida, pulsando como un latido que casi podía sentir contra mi piel. Mi luz esmeralda se agitó en respuesta, surgiendo hambrienta y desesperada.

—Zahra. Te necesito. ¡Dioses, te necesito ahora!—

El calor inundó mi vientre en una ráfaga de calidez líquida. El vínculo entre nosotros palpitaba, gritando por completarse. Deseaba a Seakal tan desesperadamente como él me deseaba a mí; quería que fuera mío en todos los sentidos, cuerpo y alma fundidos hasta que no quedara espacio para la duda o el miedo. Mi luz zumbaba con ello, ansiando su tacto, su reclamo, la forma en que solo él podía llenar los espacios vacíos en mi interior y hacerme sentir plena.

—Yo también te necesito—, dije, con voz firme a pesar del temblor en mi pecho.

—Dioses, eso es todo lo que he querido oír siempre de tus labios —. Sus manos enmarcaron mi rostro, con las anchas palmas acunando mi mandíbula con un agarre lo bastante firme para doler, sus pulgares presionando bajo mis orejas, donde mi pulso se aceleraba. El calor de su piel se filtró en la mía, dándome estabilidad, haciendo que se me cortara la respiración. —Siempre he querido que fueras mía. Y yo ser tuyo. Mi serpiente... necesita estar dentro de ti. *Yo* necesito estar dentro de ti. Cada parte de mí

enterrada profundamente, e incluso así no será suficiente. La vida no significa nada sin ti envuelta alrededor de mi alma.—

La cruda verdad en sus palabras rompió la tensión que había cargado durante demasiado tiempo. Esto no era un deseo adornado ni un juego posesivo. Era necesidad al desnudo. Del tipo que reflejaba la desesperación que crecía en mí.

Y, dioses, lo necesitaba con la misma ferocidad; necesitaba el reclamo que nos uniría para siempre, necesitaba la prueba de que podía elegir esto —elegirlo a *él*— y salir más fuerte, no destrozada. La guerra acechaba fuera de estos muros, la muerte rondaba como una sombra, y este podría ser nuestro último momento robado de paz.

Podía desperdiciarlo escondiéndome por miedo.

O podía alcanzar aquello por lo que mi alma gritaba.

—Por favor, reclámame—. Me puse de puntillas, acercando nuestras bocas a un suspiro de distancia, dejando que el deseo fluyera a través de mí sin contenerme, mientras mis manos subían por su pecho para aferrar sus hombros. —Vincúlate conmigo, Seakal. Ahora. Hazme tuya. Mi compañero.—

Su control se quebró. Gruñó, besándome con fuerza, exigiéndolo todo, su boca chocando contra la mía con una fuerza demoledora que hizo estallar el calor por mis venas. Me abrí para él, respondiendo a su desesperación con la mía, mi lengua enredándose con la suya en una danza húmeda y urgente. Un sonido bajo escapó de mi garganta, necesitado y desenfrenado, mientras sus manos bajaban a mi cintura y sus dedos se hundían en mis caderas.

Me levantó y yo envolví su cintura con las piernas, apretando con los muslos su sólido calor mientras me llevaba hacia la cama. Nuestro beso no se rompió. No podía romperse. Era aire y fuego y todo lo que necesitaba para respirar, mis uñas arañando su espalda a través de la túnica, atrayéndolo más cerca.

Mi espalda golpeó las mantas de la cama con un suave impacto, y su peso se asentó sobre mí. Sólido, cálido, tan dolorosamente correcto que mi cuerpo se arqueó para recibirlo, con las caderas moviéndose para restregarse contra la dura protuberancia de su erección, que tensaba su ropa.

—Siglos—, raspeó contra mi garganta, y sus colmillos rozaron mi piel, enviando escalofríos por mi columna. —He esperado siglos por ti. He soñado con esto. Tú debajo de mí, abriéndote, recibiendo cada centímetro de mí en tu interior.—

—Entonces dámelo—, exigí, arqueándome con más fuerza contra él. La fricción de su miembro presionando contra mi centro a través de las capas de ropa me hizo jadear, mientras un calor húmedo empapaba mi ropa interior—. Todo, Seakal. Quiero cada parte de ti. —

Sus labios estaban por todas partes mientras me desnudaba, capa por capa, hasta que quedé desnuda y temblando bajo él en la suave cama. Reclamó mi boca en un beso profundo y devorador, su lengua adentrándose para enredarse con la mía en una danza ardiente que sabía a sal y a un anhelo desesperado. Gemí contra él, atrayéndolo más cerca mientras el calor florecía en mi pecho y ahuyentaba las últimas sombras de mi duda. Dioses, este macho —mi compañero— sabía cómo desarmarme.

Rompió el beso para recorrer con su boca la línea de mi garganta, dejando besos de boca abierta que hicieron que el pulso me tronara bajo sus labios. Mordisqueó ese punto palpitante donde el cuello se une al hombro. Solo un roce de dientes, lo bastante afilado para escocer sin llegar a doler. Mi cabeza cayó hacia atrás para darle mejor acceso.

Me desató la túnica mientras seguía recorriéndome el torso a besos. Apartó la tela y el aire fresco acarició mi piel desnuda. Mis pechos quedaron al descubierto, con los pezones endureciéndose. Me sentía expuesta, en carne viva, pero la forma en que sus ojos se oscurecieron de hambre al bajar la mirada hizo que el calor inundara mis mejillas... y más abajo, un nuevo pinchazo palpitó entre mis muslos. —Hermosa—, murmuró contra mi clavícula. La palabra vibró a través de mí y le creí, porque en ese momento, bajo su mirada, me sentía deseada y completa.

Capturó un pezón entre sus labios en una succión firme y húmeda. Lancé un grito, un sonido crudo y sin filtros, arqueando la espalda mientras su lengua trazaba círculos lentos y deliberados sobre la sensible punta, lo que me hizo retorcerme, mientras mis dedos se

enredaban en su cabello oscuro para mantenerlo allí. La succión de su boca era exquisita, un tirón delicioso que hacía que mi clítoris palpitara en sintonía, mientras la humedad se acumulaba entre mis pliegues y mi cuerpo suplicaba más. Cada giro, cada suave roce de sus dientes, avivaba más el fuego. Esto es lo que significa ser reclamada, ser vista y saboreada, no solo poseída. Acunó mi otro pecho y frotó su palma sobre el pezón desatendido hasta que me dejó jadeando.

Recorrió la curva de mis costillas con besos ligeros como plumas que me hicieron estremecer. Su aliento sopló cálido sobre mi piel mientras bajaba hasta mi ombligo y su lengua trazaba la pequeña hendidura. Un suspiro escapó de mí, convirtiéndose rápidamente en un gemido cuando me agarró las caderas. Sus colmillos rozaron mi cintura y yo apreté sus hombros, con las uñas clavándose en el músculo firme.

—Mi compañera—, gruñó. Las palabras eran una oración sagrada y un reclamo primario en uno solo, su voz áspera por el esfuerzo de contenerse—. Mía. Cada curva, cada cicatriz... mía para adorarla, mía para protegerla.—

—Tuya—, susurré. La confesión se me escapó como un voto, con el cuerpo vibrando por la verdad de aquellas palabras.

Enganchó los dedos en la cintura de mis pantalones. Elevé las caderas mientras me los bajaba por las piernas, con su boca siguiendo el camino y besando la parte interior de cada muslo a medida que la tela se deslizaba. Su aliento era caliente y entrecortado contra mi piel sensible, sus labios rozando mis piernas hasta hacerme temblar.

Para cuando apartó el último trozo de tela, estaba expuesta. Desnuda, sonrojada de pies a cabeza, con la piel zumbando con el recuerdo de su tacto y el insistente latido en mi vientre. Ansiándolo a él. Ansiando que me completara, como solo él podía. Extendí la mano, recorriendo la línea de su mandíbula, con voz ronca al encontrar su mirada. —Necesito verte, Seakal. Necesito todo de ti.—

—Y así será.— Una risa baja retumbó en su pecho mientras llevaba una mano por detrás de su espalda. Agarró la parte posterior de su túnica y se la quitó por la cabeza, revelando extensiones de carne

azul pálida tensada sobre un cuerpo esculpido por siglos de batallas y una fuerza inquebrantable. Su pecho era una amplia extensión de músculo cincelado, cada relieve y surco definido como mármol vivo, salpicado de tenues escamas iridiscentes que captaban la tenue luz y brillaban como zafiros ocultos. Sus hombros se movían con poder, sus brazos eran fibrosos y gruesos, y bajaban hasta una cintura estrecha que pedía a gritos ser sujetada.

Dioses, lo era todo. Feroz, hermoso, mío; y el verlo así, medio desnudo y mirándome con esa intensidad depredadora, hizo que el pulso me tronara y que mi piel se encendiera más, con cada nervio encendido por la necesidad de sentirlo contra mí, dentro de mí.

Me acerqué a él, con los dedos temblorosos al encontrar los cordeles de sus pantalones, forcejeando con ellos. La tela se sentía áspera bajo mis palmas, tensa sobre el calor rígido que había debajo. Necesitaba desvestirlo, y lo necesitaba ya.

En cuanto desaté los cordones, se bajó los pantalones por las caderas, apartándolos con una patada en un revoltijo de tela. Su miembro saltó liberado, grueso y pesado, con su longitud curvándose hacia arriba, veteado y de un azul más intenso contra su piel azul pálida, con la ancha cabeza ya brillando con el fluido preseminal que perlaba en la punta como una promesa. Pulsaba, exigente, con las proporciones perfectas para ensancharme y llenarme.

Entonces su mano encontró la cara interna de mi muslo, grande y cálida, subiendo por su temblorosa longitud. Trazó patrones perezosos y provocadores en mi piel, dibujando ligeros círculos que me pusieron la piel de gallina a su paso, subiendo poco a poco hasta que mis piernas se abrieron, invitándolo a tocarme allí donde más me dolía el deseo. Sus ojos se oscurecieron aún más, fijos en la prueba húmeda de mi excitación, con mis pliegues hinchados y brillantes, y el clítoris asomando, suplicando atención.

—Tan húmeda por mí, mi pequeña compañera. Todo esto... por mí —, raspeó, con la voz espesa por la aprobación y el hambre, mientras su pulgar encontraba mi clítoris y lo rodeaba con una presión perfecta e inquebrantable.

Jadeé, con un sonido agudo y necesitado, elevando las caderas de la cama para buscar la fricción, presionándome contra su mano. —Seakal..., por favor...

—Quiero tocarte aquí. Por favor, dime que puedo darte placer—, murmuró, inclinándose para capturar mi boca en un beso abrasador, mientras su lengua se hundía profundamente para imitar lo que yo tanto ansiaba.

—Sí, quiero que me toques, Seakal. Quiero que me toques por todas partes.

Un temblor recorrió su brazo mientras deslizaba un dedo grueso en mi interior con un movimiento lento y deliberado que tensó mis paredes; el ligero escozor se fundió en pura gloria cuando me llenó. Luego se le unió otro, moviéndose en tijera para abrirme más, reclamando cada centímetro palpitante mientras mi sexo se contraía. —Te sientes tan bien alrededor de mis dedos. Déjate llevar por mí, Zahra. Yo te sostengo.

Sus dedos se curvaron dentro de mí entonces, enganchándose hacia arriba para acariciar ese punto perfecto, golpeándolo una y otra vez. El placer se enroscó con fuerza, mi serpiente se retorcía bajo mi piel, cada nervio cantaba mientras su pulgar mantenía sus implacables círculos en mi clítoris mientras entraba y salía de mí con los dedos. El doble asalto me empujaba cada vez más alto, más rápido.

—Eso es—, gruñó, con la voz convertida en pura grava, mientras su mano libre sujetaba mi cadera para mantenerme estable mientras yo me retorcía—. Corre por mí, Zahra. Empapa mis dedos. Muéstrame cuánto necesitas esto.

Mi orgasmo me atravesó; mi grito resonó en las paredes mientras el placer me desgarraba. Me vacié sobre él, con una nueva humedad inundándolo todo hasta cubrir su mano mientras mi cuerpo se arqueaba fuera de la cama, con los muslos temblando alrededor de su muñeca.

Seakal se estremeció sobre mí, con su enorme complexión temblando ante la fuerza de mi liberación. Se sentó sobre sus talones entre mis muslos abiertos y retiró su mano de mi interior con

un deslizamiento lento y deliberado. Sus dedos brillaban con mi lubricación.

El aroma de mi excitación flotaba denso en el aire, mezclándose con su almizcle salado. Mis mejillas ardían con una mezcla de vergüenza y orgullo feroz. Me había desmoronado por él, gracias a él, y verlo brillar en su piel de esa manera... Dioses, era íntimo, crudo. Una marca de posesión a la inversa.

Se llevó los dedos a la boca entonces, y su lengua salió para recorrer las yemas, lamiéndolas hasta dejarlas limpias. Un gruñido bajo retumbó en su garganta, sus ojos se cerraron por un momento. —Deliciosa—, murmuró, con la palabra cargada de ese tono rasposo.

Cuando volvió a abrir los ojos, la mirada que fijó en mí estaba cargada de intención, oscura y depredadora. El hambre que había en ella prometía que me devoraría entera, cuerpo y alma, hasta que no quedara nada más que nosotros, fundidos e inquebrantables. Me daría todo lo que yo deseaba en esa sola mirada.

Gateó sobre mi cuerpo, con movimientos fluidos y potentes. Plantó las manos a ambos lados de mi cabeza, enjaulándome sin atraparme, con los brazos flexionados con fuerza contenida y la extensión azul pálido de su pecho cerniéndose sobre el mío. Su polla, todavía gruesa y pesada, rozó la cara interna de mi muslo mientras se acomodaba; su longitud cálida y aterciopelada dejó un rastro de preseminal sobre mi piel.

No pude evitarlo. Todo aquel músculo sólido, a escasos centímetros de mi alcance, era demasiado para resistirme. Demasiado tentador y demasiado mío como para no explorarlo. Recorrí los duros surcos de su abdomen, por encima de la definida uve de sus caderas. Era piedra viva, cálida e inquebrantable; cada centímetro de él irradiaba un calor que se filtraba en mis palmas. Un suave gemido se le escapó ante el contacto, y su cuerpo se tensó bajo mi tacto, pero se mantuvo quieto, dejando que yo llevara las riendas en este momento.

—¿Puedo tocarte, Seakal?—. Mis dedos temblaban, necesitando este contacto. Necesitándolo a él.

—Tócame donde quieras. Como quieras. Mi cuerpo es tuyo—, dijo con voz ronca. Miré las puntas de sus colmillos marcando su carnoso

labio inferior y me incorporé para besarlo mientras dejaba que mis manos bajaran más, envolviendo la base de su polla, donde palpitaba contra mi muslo.

Dioses, era enorme. Tan grueso que mis dedos apenas se encontraban alrededor de su circunferencia; la piel se sentía suave como la seda sobre surcos duros como el acero, veteada y latiendo con el ritmo de su corazón. Acaricié hacia arriba, tentando toda su longitud desde la raíz hasta la punta, y mi pulgar rodeó el ancho bálano para extender la gota de preseminal que había allí, lubricándolo aún más. Se sacudió ante mi agarre y un siseo agudo escapó a través de sus dientes apretados, enviando una descarga de poder a través de mí. Mi compañero, desarmado por mi tacto, perdiendo el control por mí.

—Joder, Zahra—, gimió, con un sonido entrecortado y desesperado, mientras sus caderas embestían contra mi mano al girar yo la muñeca en el movimiento descendente. Cerró los ojos con fuerza y echó la cabeza hacia atrás para exponer la fuerte columna de su garganta, mientras un profundo retumbar vibraba desde su pecho.

Sus brazos temblaban mientras se mantenía suspendido sobre mí. Era embriagador, este tira y afloja, la forma en que mis provocaciones lo hacían gruñir, su polla hinchándose aún más fuerte en mi mano, liberando más fluido para que yo lubricara mis palmas.

—Pequeña compañera..., vas a matarme así—, gimió Seakal; las palabras brotaban de sus labios en un susurro ronco, pero no había una protesta real en su voz. Solo un deseo puro y doloroso, un reflejo de la atracción del vínculo que vibraba entre nosotros.

Su miembro dio un respingo en mi mano, goteando ahora mientras mis caricias se volvían más audaces, lubricándolo con su propia excitación. Sus muslos temblaban allí donde flanqueaban los míos y su respiración salía en ráfagas agudas e irregulares; su control pendía del hilo más fino. Me empoderaba ver ese atisbo de su vulnerabilidad, saber que yo tenía el poder de desmoronarlo como él había hecho conmigo.

—Te necesito ya—, dijo con voz rasposa, que bajó hasta convertirse en una súplica desesperada que me envió un escalofrío

por la espalda. —Por favor, Zahra..., ¿me dejarás entrar en ti?, ¿me dejarás completar nuestro vínculo?—

Mi alma se desplegó ante su pregunta, y todo dentro de mí gritaba para que nos fusionáramos. —Sí—. Lo solté solo para recorrer su pecho, con las uñas arañando su piel. —Sí, Seakal. Estoy lista. Tómame.—

Se movió para posicionarse entre mis muslos, y el calor de su cuerpo cubrió el mío. Su polla empujó contra mi entrada, y el ancho bálano separó mis pliegues lubricados con una presión provocadora. La anticipación se enroscó con fuerza en mi vientre, un dolor delicioso que me hacía temblar, húmeda y abierta para él, con mi cuerpo recordando la dilatación de sus dedos y ansiando más.

—Mírame—. Sus palabras fueron firmes pero tiernas. —Quiero ver tus ojos cuando te reclame, pequeña compañera. Quiero verte recibirme.—

Me encontré con su mirada de color índigo medianoche, ahogándome en las profundidades de la necesidad y la adoración. El mundo se redujo a nosotros, mi pecho resplandeciendo con esmeralda y cobalto. Ya no había más escondites. No más barreras.

Entró en mí en una embestida lenta e implacable, ensanchándome centímetro a exquisito centímetro. El ardor fue inmediato, un fogonazo agudo y perfecto. Mi cuerpo cedió, mis pliegues húmedos se abrieron alrededor de su grosor mientras se hundía más profundamente. Fue abrumador; el roce de ese acero revestido de terciopelo llenándome tan por completo, presionando cada sensible surco en mi interior hasta que no hubo espacio para nada más que él: su calor, el latido de su miembro, la forma en que palpitaba en respuesta al calor de mis contracciones.

Mis uñas se clavaron en sus brazos, anclándome mientras me adaptaba a su plenitud. Se detuvo una vez que estuvo asentado, con la frente presionada contra la mía y nuestros alientos mezclándose. Sus ojos buscaron los míos, con la preocupación asomando a través de la bruma del deseo. —¿Te estoy haciendo daño? —murmuró con la voz tensa, su cuerpo temblando por el esfuerzo de contenerse, de darme este momento para acostumbrarme.

Negué con la cabeza, escapándoseme una risa jadeante. ¿Daño? Era lo último que me pasaba por la cabeza. Esto era la gloria envuelta en fuego, el tipo de dolor que prometía el éxtasis. —No —susurré, moviendo las caderas para que entrara aún más profundamente, arrancándole un siseo de sus labios—. —Es perfecto. Tú eres perfecto. No pares.—

Envolví sus caderas con mis piernas. El movimiento hizo que se hundiera otra fracción más. La plenitud era exquisita, abrumadora de la mejor manera, su polla anidada contra ese punto secreto dentro de mí, llenando cada espacio vacío, cada rincón hueco.

Al principio se movió despacio; cada embestida era pausada y profunda, retirándose casi hasta la punta antes de volver a deslizarse hacia dentro con un movimiento medido de sus caderas que rozaba mis paredes y enviaba chispas de placer que recorrían mis venas. Gemía con cada estocada, arqueando mi cuerpo para ir a su encuentro.

Con cada deslizamiento aterciopelado, la desesperación se filtraba a través del vínculo a medida que su autocontrol se fracturaba. Sus caderas arremetían hacia delante con más fuerza, con más rapidez. El ritmo se volvió implacable, cada penetración llegaba más hondo, el bálano de su polla triturando ese demoledor haz de nervios en mi interior, creando una fricción que me hacía jadear, aferrarme a él, perdida en la ola que crecía.

La mirada de Seakal se clavó en la mía, oscura e intensa. La necesidad en sus ojos era clara, pero debajo de ella había algo más estable: respeto, una especie de devoción silenciosa. Vi la promesa allí, la certeza de que nunca me haría daño. Cada movimiento medido, cada respiración agitada contenía esa verdad que calaba hondo, oprimiendo mi pecho mientras el calor se extendía por mi cuerpo y la confianza se asentaba, sólida e inquebrantable.

La piel cálida y azul pálido bajo mis manos, resbaladiza por el sudor; el peso sólido de su cuerpo presionándome contra la cama, anclándome en esta realidad; la plenitud de él dentro de mí, ensanchándome y reclamándome con cada embestida. Era real. Elegido. Tan suya como él era mío, este intercambio que desdibujaba las líneas entre nosotros hasta que fuimos uno solo.

—Mía —gruñó contra mi garganta, la palabra posesiva y fiera, mientras sus colmillos rozaban mi piel y sus caderas bombeaban más rápido, con el eco del azote de la carne—. —Mi compañera. Mi Zahra. Toda mía.—

—Sí. —La palabra se desprendió de mí, mi voz se quebró en un gemido mientras me apretaba alrededor de él, atrayéndolo más hacia el fondo. Yo estaba eligiendo esto. Eligiéndolo a él con cada fibra de mi ser, sin remordimientos, sin sombras—. —Tuya. Siempre tuya.—

Nuestros vínculos se encendieron, y el esmeralda y el cobalto surgieron a través de mí. El citrino y el zafiro se unieron desde Talesian y Navaree, su energía entrelazándose con la nuestra hasta que fuimos un solo latido, un solo ritmo. Sentí cada destello de deseo, cada eco de placer alimentando el mío propio hasta que creció demasiado como para contenerlo. Era crudo y cercano, casi demasiado; un recordatorio claro de que no estábamos vinculados por mitades, sino como un todo, más fuertes juntos.

Las embestidas de Seakal se volvieron más rudas, más exigentes; sus manos agarraban mis caderas, inclinándome para poder llegar aún más hondo. Su polla golpeaba ese punto perfecto, y la presión se volvía insoportable, feroz, perfecta. Me retorcía bajo él, mis gemidos se convertían en gritos, y mis paredes aleteaban a su alrededor.

—Necesito morderte. —Sus colmillos descendieron, largos, afilados y hermosos, mientras sus ojos se clavaban en la curva de mi cuello —. —Reclamarte por completo. Cuerpo, alma, toda tú.—

—Hazlo —jadeé, arqueando el cuello para exponer la vulnerable columna de mi garganta, ofreciéndome—. Márcame, Seakal. Hazme tuya.

Sus colmillos se clavaron con precisión, perforando la piel con un dolor rápido y abrasador que floreció en éxtasis. Siguió el torrente de su veneno, cálido y potente, que surgía por mis venas como luz de estrellas líquida.

Grité, un sonido crudo y triunfal, mientras el orgasmo me golpeaba. Mis paredes internas se contrajeron alrededor de su miembro y oleadas de placer me desgarraron. Mis colmillos dolieron

en respuesta, un latido agudo en mis encías mientras el veneno se acumulaba en ellas. Mi instinto tomó el control y ataqué. Mis dientes perforaron su piel y su sangre tocó mi lengua en un estallido cobrizo.

Seakal rugió mientras su liberación lo desgarraba, y chorros calientes de su semilla se vertían profundamente en mi interior, marcándome desde dentro mientras sus caderas se estremecían.

Nuestras luces de alma colisionaron, el esmeralda resplandeciendo contra el azul profundo hasta que los colores se desdibujaron en un solo brillo palpitante. La presión y el calor aumentaron a medida que el latido de su corazón se sincronizaba con el mío; su esencia se derramaba en mí, consumidora e implacable, alma moliéndose contra alma hasta que los bordes se fundieron y no quedó nada separado. Un solo ritmo. Una sola vida. Una luz radiante y unificada.

Mío.

Sus luces de alma se encontraron con las nuestras, el zafiro profundo de Navaree deslizándose a través del cobalto de Seakal y mi esmeralda hasta que los colores brillaron en una sola corriente viva. El oro de Talesian estalló a través del tejido, brillante y cálido, bañándolo todo de luz. El poder corrió a través de mí, no desde fuera, sino desde ellos, desde nosotros, nuestras esencias entrelazándose hasta que yo respiraba lo que ellos respiraban y sentía lo que ellos sentían.

Sus corazones latían dentro de mí. Saboreé su alegría, su fuerza, su feroz devoción. Cada latido portaba algo que nunca supe que me faltaba. La soledad que había vivido bajo mi piel desapareció mientras nuestras almas se fusionaban, girando con más brillo y fuerza con cada latido.

El asombro que me produjo me robó el aliento. No estaba sola: era una de cuatro luces ardiendo como una única llama. Cada fractura en mí se selló. Cada herida se convirtió en calidez. Estaba íntegra. Completa de una manera que iba más allá de las palabras, una sola alma sostenida en los brazos del amor.

Seakal se desplomó sobre mí, su peso me inmovilizó contra las sábanas empapadas de sudor. Su miembro todavía palpitaba dentro de mí y las réplicas lo recorrían mientras nuestros latidos chocaban en un ritmo caótico. El aroma del sexo flotaba denso en el aire. Sal y

almizcle y algo más oscuro, primario. Su liberación goteaba caliente allí donde nuestros cuerpos se unían, marcándome por dentro y por fuera.

Mío. La palabra martilleaba a través de mí con cada respiración. Este macho era mío. Me había reclamado. Me había dejado hundir mis colmillos en su garganta y tomar su sangre en mi lengua mientras se había enterrado tan hondo que lo había sentido en mi alma.

Su boca encontró la mordedura de apareamiento en mi cuello, su lengua recorrió las marcas de los pinchazos que había dejado. Un gruñido retumbó en su pecho, posesivo y satisfecho. —Pequeña compañera.

El tono rasposo de su voz hizo que el calor se enroscara en lo bajo de mi vientre a pesar del agotamiento profundo. Mis muslos temblaban donde aún rodeaban sus caderas, con los músculos doloridos por la fuerza con la que lo había sujetado.

—Dilo otra vez. —Sus colmillos rozaron mi piel, sin romper la carne, pero prometiendo que podría hacerlo—. Dime a quién perteneces.

Las palabras se me atascaron en la garganta. Decirlo en voz alta lo hacía real. Lo convertía en algo que me podían arrebatar. Pero él estaba esperando, paciente y seguro. Y yo estaba cansada de luchar contra la verdad.

—A ti. —La palabra salió sin aliento. Luego más fuerte, empujando más allá del miedo—. Soy tuya, Seakal.

—Y yo soy tuyo. —Levantó la cabeza y sus ojos de color cobalto brillaron mientras se clavaban en los míos—. Cada parte de mí. Mi cuerpo. Mi alma. Mi serpiente. Todo ello ligado a ti hasta el día en que deje de respirar.

Nuestras luces de alma se enredaron dentro de mí, el cobalto y el esmeralda se retorcieron tan fuerte que no podía distinguir dónde terminaba su esencia y empezaba la mía. El vínculo zumbaba, transmitiéndome su satisfacción, su feroz necesidad posesiva, su absoluta certeza de que yo era suya.

Pero debajo de esa certeza vivía algo más afilado. El miedo. Tanta felicidad no podía durar. El universo no funcionaba de esa manera, al

menos para mí. Cada cosa buena de mi vida me había sido arrancada de forma sangrienta. Mis padres. La manada de panteras. Mi libertad. ¿Por qué iba a ser esto diferente? Los perdería. Perdería esto. Solo era cuestión de cuándo.



Capítulo veintiocho

El terror me trepó por la garganta al sentir lo perfecto que era esto, demasiado correcto. Algo me lo arrebataría antes de que tuviera tiempo de memorizar su peso, el sabor de su piel, la forma en que me miraba como si yo lo fuera todo.

—Oye —su pulgar rozó mi mejilla.

No me había dado cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas no cesaban. Alivio, terror y una gratitud abrumadora de que él estuviera aquí, de que fuera mío, de que quizá esta vez pudiera conservar algo bueno. Quizá.

¿A dónde te has ido?

—Solo... —tragué saliva con dificultad—. ¿Esto es real, verdad? ¿Tú eres real?

Su expresión cambió y la satisfacción primaria se volvió más suave, aunque no menos intensa. Se deslizó fuera de mí, arrancándome un jadeo por la fricción de su cuerpo al abandonarme, y luego nos hizo rodar a ambos hasta que quedé tumbada sobre su pecho.

—Soy real —sus brazos me rodearon, mientras una mano subía para acunar la parte posterior de mi cabeza—. Esto es real. Ahora estás vinculada a mí, pequeña compañera. Nada puede cambiar eso.

El latido constante de su corazón bajo mi oído me mantuvo con los pies en la tierra. Sus dedos trazaban patrones perezosos por mi

columna, siguiendo la curva de mi espalda hasta la redondez de mis nalgas. El tacto me calmaba y me reclamaba, y cartografiaba un territorio que ahora le pertenecía.

Apreté la cara contra el hueco de su garganta y lo inhalé. Humo, viento de invierno y ese aroma indefinible que era Seakal. Mi serpiente se enroscó en mi interior, saciada y complacida.

Era esto. Estaba completa. Las grietas en mi interior se sellaron, cada rincón vacío se llenó con su luz. No estaba sola en mi propia piel. Ninguna parte de mí estaba desatada; pertenecía, por completo y sin lugar a dudas.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. Talesian y Navaree irrumpieron, sin molestarse en ser educados. Sus ojos se clavaron en el punto donde yo yacía desnuda sobre el pecho de Seakal. De la marca que él había dejado en mi garganta aún goteaba sangre fresca, que brillaba sobre mi clavícula.

La mirada de Navaree se agudizó, con el zafiro destellando oscuro de hambre y posesividad.

—Te has vinculado a ella —gruñó.

La palma de Seakal se apretó contra la base de mi espalda, anclándome con su calor.

—Ella se ha vinculado a mí —el orgullo y el triunfo ardieron a través del vínculo—. Y ha sido perfecto.

Las ondas de choque de nuestra culminación irradiaron entre los cuatro. La alegría de Talesian me inundó, como luz solar y energía. El fuego de Navaree, más estable y frío, llegó después, feroz y contenido. Habían sentido el momento en que nuestras almas se entrelazaron, y el eco aún vibraba en mi interior.

—Sentimos cómo vuestras almas encajaban. Por poco nos mata. Así de fuerte ha sido a través del vínculo.

Talesian llegó hasta mí en tres zancadas rápidas.

—Nuestra compañera —su voz era ronca, cargada de asombro y necesidad—. Nuestra.

Me besó con fuerza, ladeando su boca sobre la mía. Todo en él era calor, electricidad; el sabor me dejó jadeando, su lengua reclamándome, su otra mano enredándose en mi pelo mientras me devoraba, hambriento tras una larga hambruna.

Cuando me dejó respirar, Navaree ya estaba allí. Su tacto suavizó las secuelas del fuego de Talesian; sus dedos se deslizaron por mi mandíbula, acunando mi rostro con lenta reverencia.

—¿Puedo besarte yo también? —Su voz era suave como la seda, pero la profundidad de sus ojos era cualquier cosa menos calmada.

—Sí, por favor —susurré.

El pecho de Seakal retumbó debajo de mí e irradió satisfacción a través de nuestro vínculo mientras me sujetaba con firmeza.

Navaree rozó mis labios con los suyos, con cuidado, de forma lenta y profunda. Su beso exploró y saboreó, extrayendo cada sensación. Su lengua acarició la mía en un ritmo sinuoso que lo prometía todo. El vínculo latía con su necesidad constante, su devoción envolviéndome de modo que me sentí segura y reclamada al mismo tiempo.

—Nuestra —susurró Navaree, con el aliento acariciando mis labios —. Nuestra perfecta y valiente compañera.

Me derretí entre ellos, rodeada por todas partes de calor, deseo y la fuerza inquebrantable de la pertenencia.

Los tres me tocaron a la vez, reclamándome juntos. Los vínculos estallaron; el oro, el zafiro y el cobalto se mezclaron con mi esmeralda hasta que los colores se desdibujaron. Y bajo todo ello, el amor. No del tipo que yo hubiera esperado jamás, sino del que arde hasta los huesos. Del tipo que sana, profunda y verdaderamente.

—No llores, dulzura —el pulgar de Talesian atrapó una lágrima antes de que cayera—. Vas a estropear la celebración.

—Son lágrimas de felicidad —logré decir.

—Más vale que lo sean. —Su sonrisa relució y se subió a la cama, tumbándose a nuestro lado—. Porque tenemos mucho que celebrar.

Por primera vez en mi vida, supe que nunca volvería a estar sola. No con sus almas anclándome, no con su presencia como un peso constante y reconfortante. Esta era la pieza que había perseguido toda mi vida. Me querían. Me amaban de una forma que curaba cada fractura y llenaba cada vacío.

El cuerpo de Talesian se tensó. Toda la relajación de la celebración desapareció de sus músculos y, de repente, se puso en guardia como un depredador. La confusión parpadeó a través del vínculo y

luego se transformó en alarma cuando su atención se dirigió hacia la ventana.

—¿Talesian? ¿Qué pasa?

No respondió. Ya en movimiento, cruzó rápidamente hacia la ventana.

—Joder. —La palabra fue plana, lapidaria como una maldición—. No.

Seakal me soltó y se puso en pie, con la alarma filtrándose a través de nuestra conexión. —¿Qué ocurre?

—Eso no es posible. —El puño de Talesian se presionó contra el cristal con tanta fuerza que pensé que podría romperse—. Está muerta. ¡No puede ser..., está muerta!

Navaree llegó a la ventana a continuación. Su brusca inhalación me lo dijo todo antes de que mis piernas lograran llevarme al otro lado de la habitación, con una sábana envuelta alrededor del cuerpo.

El horizonte brillaba de color carmesí. Bajo él, una niebla rodaba por las llanuras hacia nosotros, demasiado rápido, con demasiada determinación. Unas formas se formaban y desaparecían dentro de la bruma roja. Cosas masivas con garras y colmillos y demasiadas extremidades para poder contarlas.

—Dioses. Es Britheva —dijo Navaree.

Mi cerebro se resistió a las palabras. Debería estar enterrada bajo piedra y tierra. Debería ser polvo, no estar arrastrándose hacia nosotros. Talesian no pronunciaría su nombre a menos que estuviera seguro. Los vínculos se tensaron, vibrando de pánico. Mi miedo. El suyo. Todo enredado y vivo.

Una sirena chilló. Gritos y pisadas pesadas estallaron por todo el castillo.

—Sobrevivió al derrumbe. ¿Cómo ha podido ser lo bastante fuerte para lograrlo? —Talesian se apartó de la ventana.

—Es una cucaracha y saben cómo sobrevivir. Viene a por el grimorio. No hay otra razón para que esté aquí. —Mi voz no sonaba como la mía. Demasiado aguda, demasiado débil—. Debe de haber sentido cómo se sellaba nuestro vínculo.

No sabía cómo ni por qué, solo que era demasiado conveniente para pensar lo contrario. ¿Por qué no podía haberme dado un

momento más de paz? ¿Solo unos segundos más con mis compañeros? El vínculo entre nosotros ardió, con una rabia más caliente que el miedo. Morirían antes de dejar que nadie me pusiera la mano encima. Antes de dejar que Britheva se acercara lo suficiente como para intentarlo.

Iban a hacer que los mataran.

Se me hundió el estómago. Si pudiera morir..., si pudiera elegir entre mi vida y la de ellos, la cambiaría en un santiamén. Quizá esto fue lo que sopesaron mis padres cuando tomaron la decisión de salvarme. Quizá nunca se trató del grimorio en absoluto, porque la idea de seguir viviendo sin mis compañeros era impensable. No había vida sin ellos.

Seakal me agarró por los hombros, obligándome a mirarlo. —No va a ponerte un dedo encima. Con grimorio o sin él, la próxima vez que la matemos, se quedará muerta.

—Por favor, no hagáis nada imprudente por mi culpa —dije con la voz temblorosa.

—Si protegerte es una imprudencia, entonces sí, lo seremos. No puedo vivir sabiendo que estás herida porque nos contuvimos —respondió Seakal.

—¿Y se supone que yo tengo que vivir habiéndoos perdido porque os negasteis a dejarme arriesgar nada? —Mi frustración se transformó en miedo—. Yo no puedo morir. Vosotros sí.

Talesian se acercó y me dio un beso rápido y fuerte, una promesa y una orden en un solo movimiento. —Entonces no le daremos la oportunidad.

Navaree ya se estaba moviendo, recogiendo nuestra ropa de donde la habíamos tirado y pasándome mi camisa y mis pantalones. Nos vestimos en silencio. El agudo lamento de la alarma del castillo resonaba por los muros de piedra; los pasos de botas tronaban en algún lugar más allá de la puerta. Me temblaban las manos mientras me ponía los pantalones y me pasaba la túnica por la cabeza. Apenas acababa de sellar el vínculo con Seakal, su tacto seguía siendo un fantasma en mi piel. Ni siquiera me había dado tiempo a sentirme segura antes de que me lo arrebataran de nuevo.

Ahora el mundo exterior a nuestra habitación se estaba acabando. La luz carmesí se filtraba por la ventana, pintando el suelo de sangre.

Seakal se abrochó el tahalí, con las manos moviéndose con precisión segura y rápida. Junto a él, Talesian se metía cuchillos en las fundas de sus muslos, con la boca apretada en una línea dura. Navaree giró los hombros, con la tensión acumulada, listo para lo que viniera a continuación.

Parecían inquebrantables. Imparables. Exactamente lo que necesitaba de ellos. Aun así, me preguntaba si nada de eso sería suficiente contra lo que aguardaba fuera.

Navaree me cogió la mano, entrelazó nuestros dedos con fuerza y me guio hacia fuera. En el momento en que salimos al pasillo, la realidad volvió a enfocarse. Taredd corría hacia nosotros, con la armadura reluciente y la determinación grabada en cada línea de su rostro. Siveril y Evindal se pusieron a su lado, con Gilda entre ellos, los tres armados para la guerra.

—La han visto —afirmó Taredd, no como pregunta, sino para confirmar que la pesadilla era real.

La respuesta de Navaree fue cortante. —Todo el castillo puede verla.

La mirada de Gilda se dirigió a la ventana. —Mi cúpula debería aguantar. Evindal añadió protecciones extra. No debería ser capaz de atravesarla... —Pero escuché el temblor en su voz. El azul pálido de sus ojos se parecía cada segundo más a la duda.

Evindal apretó con más fuerza su espada. —Lo he reforzado todo. Pero Britheva podría ser más fuerte de lo que cualquiera de nosotros ha visto. Si eso es cierto, no sé si será suficiente.

Taredd no esperó a más debates. —¡A las almenas! —Se dio la vuelta y salió disparado por el pasillo, sin mirar atrás.

Los pasillos se llenaron de guardias armados que se colocaban en posición, formando líneas ante cada ventana, cada puerta. El castillo, que había sido un santuario hacía solo unas horas, ahora bullía de magia y acero, listo para convertirse en un matadero.

Llegamos a las almenas sin aliento; el tejado ya estaba abarrotado de guerreros. Decenas de flechas estaban tensas, listas, la magia era

espesa y vibraba entre cada puño cerrado. Abajo, el patio hervía mientras los soldados formaban filas.

Sobre nosotros, la cúpula de Gilda se elevaba dorada, brillante, lo bastante vasta como para curvarse sobre el castillo y descender hasta el mismo horizonte. Por un momento, dejé que mis ojos siguieran el destello, permitiéndome creer que era suficiente. Hermosa. Imposible. Pero mientras mi mirada seguía esas líneas de luz, una certeza enfermiza me royó las entrañas.

Bajo la cúpula, el mundo estaba bañado en el oro de la mañana. Justo fuera, la tormenta carmesí se acercaba. La niebla se retorcía y hervía con formas imposibles: rostros que me miraban con burla y desaparecían, garras que se formaban y se retraían, fauces que se abrían y se cerraban de golpe, hileras de dientes aserrados que aparecían y desaparecían. Abominaciones, tantas que se borraba la línea entre el monstruo y la multitud.

El ejército de Britheva.

El pulso en mi garganta se aceleró. Mi mente daba vueltas con instintos de batalla que realmente no poseía. Este no era el tipo de lucha que se podía ganar con astucia o esperanza. Venía demasiado rápido. Ya estaba en el borde de la cúpula cuando terminamos de subir los últimos peldaños.

Durante un largo y tenso instante, no ocurrió nada. El escudo dorado resplandeció allí donde el carmesí presionaba contra él, con la magia saltando en un estallido de colores en cada punto de contacto. Parecía fuerte. Parecía sólido.

Apreté la mano de Gilda. Su temblor me recorrió. —Está aguantando —murmuré, tanto para mí misma como para ella—. Britheva no puede pasar. Ella...

Entonces apareció la primera grieta. Una fractura fina y dentada dividió el oro desde el punto de impacto, extendiéndose hacia fuera como un cristal hecho añicos. Se formó otra, y luego otra, ramificándose rápidamente por la superficie.

El corazón me dio un vuelco. No. Ahora no. Observé cómo se extendían las grietas y mi esperanza se encogía con cada nuevo fallo.

Gilda se llevó los dedos temblorosos a los labios. —Aguanta. Por favor, aguanta —su voz era pequeña, fina, casi una súplica.

Las fracturas se ensancharon. La cúpula se estremeció, la luz parpadeó. Sentí la magia temblar bajo mi piel, como si el mundo estuviera conteniendo el aliento. Mi mente gritaba que tenía que hacer algo, cualquier cosa, pero lo único que podía hacer era ver cómo se acercaba el final, impotente. Me había enfrentado a la tortura, sobrevivido a las mazmorras, soportado el fin de mundos, pero esto se sentía peor: ver cómo fallaba el escudo cuando por fin había empezado a creer que podía mantener algo a salvo.

—Está fallando —dijo Evindal—. Sus palabras fueron definitivas, de una quietud mortal.

Las grietas se multiplicaron sobre nuestras cabezas. Entonces la cúpula estalló. Pedazos de oro brillante llovieron, centelleando y disolviéndose antes de llegar a tocar la tierra. La niebla carmesí se derramó sobre los campos, tragándose árboles, prados y casas.

Nos quedamos paralizados, con el estruendo del colapso aún resonando en nuestros oídos. Nadie habló. La respiración se detuvo, los corazones martillearon. El único sonido que quedaba era el siseo de la magia al caer. Las abominaciones de abajo adquirieron solidez, sus formas pasaron de la pesadilla a la carne y la garra: imposibles, enormes, con las fauces húmedas y los ojos ardiendo de odio.

—Llegará a los muros del castillo en cuestión de minutos —dijo Taredd—. Se volvió hacia mí, con la urgencia grabando profundas líneas en su rostro—. Zahra. Tu fragmento del grimorio. Úsalo con el de Gilda. Juntas, podríais crear otra barrera lo bastante fuerte.

Tenía razón. Eso podría salvarnos. Pero cuando busqué el pozo dorado de magia, la conexión que había invocado antes, no había nada.

Solo silencio.

Cerré los ojos y presioné con más fuerza, más profundamente, intentando obligar al grimorio a responder. Nada más que una fría resistencia.

No está ahí. ¿Dónde demonios se ha metido? El pánico empezó a tener un sabor metálico en el fondo de mi boca.

Abrí los ojos de golpe. —No está. No lo siento.

—¡Yo tampoco puedo sentir mi magia! —La voz de Gilda era desesperada.

Lo intenté de nuevo, profundizando más, exigiendo que la magia respondiera. El fragmento del grimorio permaneció en silencio. Bloqueado tras un muro invisible, inútil. La única cosa que podía salvarnos y no podía alcanzarla. No podía hacer que funcionara cuando todo dependía de mí.

—No... no puedo encontrarlo.

La mano de Seakal encontró mi hombro, firme y tranquilizadora. —Respira.

Pero respirar dolía. La niebla carmesí se extendía por las llanuras como un monstruo viviente. Debajo de nosotros, cientos de guerreros montados en sus propios monstruos cargaron contra la tormenta sobre arañas enormes, *escarabajos de guerra* de brillantes exoesqueletos negros y pinzas chasqueantes. Sus jinetes fae estaban armados y listos.

El horror y el asombro luchaban en mi interior. Los escarabajos de guerra eran grotescos, aterradores. Pero cargaban hacia la niebla de Britheva, luchando por nosotros, no contra nosotros.

La primera línea de guerreros chocó contra el muro carmesí.

Las criaturas que emergieron de la niebla eran peores que cualquier cosa que hubiera imaginado. Más grandes, más definidas, ya no eran meros destellos, sino carne. Escamas, garras, colmillos, cuerpos que se elevaban sobre el campo. Una abominación aplastó el cráneo de un escarabajo de guerra de un zarpazo, y su jinete fue inmovilizado y despedazado antes de que pudiera siquiera gritar.

La sangre salpicó la tierra removida.

—Los están masacrando —murmuró Siveril.

—Tenemos que ayudarlos —dijo Evindal con los nudillos blancos de tanto apretar su espada.

—¿Cómo? —La frustración de Talesian rasgó el aire, afilada como una hoja—. Para cuando lleguemos a las llanuras no quedará nadie vivo.

Tenía razón. La batalla de abajo ya estaba perdida. Los guerreros fae luchaban con todo lo que tenían, pero las abominaciones de Britheva los atravesaban como si fueran paja. Los escarabajos de

guerra caían. Los jinetes morían. La niebla seguía avanzando, cada vez más cerca.

Observé morir a los defensores, impotente, mientras el poder en mi interior se negaba a responder. El grimorio permanecía en silencio, la magia que más necesitaba estaba sellada allí donde no podía tocarla.

Inútil. La palabra daba vueltas en mi cabeza, una maldición de la que no podía escapar. Me había vinculado a mis tres compañeros, me sentía completa por primera vez en mi vida, pero ahora, cuando importaba, yo no era nada. Menos que nada.

Otro escarabajo de guerra cayó. La niebla carmesí rodó sobre sus cuerpos, absorbiendo sangre y muerte, haciéndose más fuerte con cada víctima.

Nada podía detenerlo.

Nada podía detenerla a ella.

En el corazón de la tormenta, la niebla carmesí giró y se espesó, elevándose en espiral como un tornado viviente. En su núcleo, la oscuridad tomó forma. Sólida, poderosa, antigua.

—No.

Britheva estaba en el centro, envuelta en una magia protectora que nada podía tocar. Su figura vacilaba, desdibujada por un poder puro, imposible de ignorar. Había sobrevivido. Venía a por mí.

La rabia de mis compañeros surgió a través de los vínculos, su determinación de protegerme a cualquier precio. Pero sentí la verdad: su determinación no sería suficiente, no contra esto. No contra ella.

El fragmento del grimorio seguía callado en mi interior.

La niebla carmesí seguía avanzando.

Y las abominaciones de Britheva despedazaban a los guerreros como si no fueran nada en absoluto.



Capítulo veintinueve

Las almenas temblaron. La piedra se resquebrajó bajo mis botas y me agarré al muro antes de caer.

—Joder. —La mano de Seakal me rodeó el brazo para estabilizarme. Su palma quemaba contra mi piel.

—¿Qué cojones está haciendo? —jadeó Navaree.

Britheva estaba en medio de un charco de luz carmesí. Alzó los brazos hacia el cielo y unos hilos dorados brotaron de la tierra alrededor de sus pies. Las líneas ley. Las estaba arrancando directamente del suelo, extrayendo poder de las venas del planeta.

Los hilos subían en espiral, y aquel dorado brillante se tornaba de un rojo intenso al llegar a sus palmas alzadas. El color de la sangre que lleva demasiado tiempo en un cadáver.

—Las está envenenando. —Las palabras me rasparon la garganta.

La mano de Talesian buscó mi nuca. Sus dedos presionaron mi pulso acelerado, dándome apoyo incluso mientras el pánico me arañaba el pecho. —Se está alimentando de las líneas ley.

Su tacto abrasaba. Quería dejarme llevar, darme la vuelta y hundir la cara en su pecho para fingir que el mundo no se estaba acabando. Abajo, un guerrero fae cayó bajo tres abominaciones. Su grito se cortó a la mitad. El silencio era peor que los gritos.

—Estamos perdiendo. —Clavé las uñas en el muro de piedra con la fuerza suficiente para agrietar el mortero—. El dolor ayudaba. El

dolor me hacía concentrarme. Se suponía que yo era la Elegida. Se suponía que tenía poder. Y no servía para nada. Aquí de pie, a salvo, mientras los guerreros sangraban por mí.

Otra línea ley brotó de la tierra. Más gruesa que las demás, palpitando con poder puro. El oro se tiñó de carmesí en segundos. De puro a envenenado.

Busqué mi magia, buscándola desesperadamente. Nada acudió a mi encuentro. —Por favor —le susurré al poder que habitaba en mi interior—, por favor, funciona.

Presioné la palma de mi mano contra el esternón y la obligué a responder. Dame algo. Lo que sea. El grimorio permaneció en silencio. El mismo muro. La misma nada.

Pero esas líneas ley...

Si pudiera cortar la energía antes de que llegara a ella. Si pudiera purificar los hilos antes de que alimentaran su fuerza.

—Tengo que interceptar las líneas ley...

—No. —Tres voces. Una sola palabra.

Me giré. La mano de Talesian se retiró de mi nuca y la pérdida de contacto hizo que me doliera la piel. Mis tres compañeros me miraban con expresiones idénticas de miedo envuelto en furia.

—Tengo que purificar las líneas ley antes de que ella las corrompa.

—No vas a bajar allí. —Los ojos de Seakal se habían quedado inexpresivos. Ojos de depredador. Su serpiente estaba tan cerca de la superficie que podía ver las escamas brillar bajo su piel—. No puedo... Acabo de recuperarte.

—Lo sé. Yo también acabo de recuperarte a ti, pero... —señalé el campo de batalla. Otra sección de nuestra línea se derrumbó. Los cuerpos volaban entre el humo. —Está drenando la tierra. Matando todo y a todos. Cada segundo que esperamos, se hace más fuerte.—

Talesian me tomó de la mandíbula, obligándome a alzar la cara. —Dulzura, por favor...—

—No estoy pidiendo permiso. Tengo que bajar allí. Tengo que detenerla.— *Por el bien de todos*.

—Y yo voy contigo. Necesitas apoyo aéreo—, dijo Gilda.

—Ni hablar—, dijo Evindal.

—¿Acaso no me has oído?— La voz de Gilda era miel sobre acero. —Ataques de grifo desde arriba. Zahra en el suelo. Es nuestra única oportunidad. Tenemos la magia del grimorio. Somos las dos únicas personas lo bastante fuertes para detenerla. Cuanto más nos retrasemos, más gente morirá. No se detendrá. No parará hasta que no quede nada. Lo sabéis tan bien como yo.

Los machos se miraron entre sí. Había una conversación silenciosa a través de miradas y tensión muscular, leyéndose el cuerpo como solo los compañeros sabían hacer. Del mismo modo que yo leía la disposición de Seakal, el control rígido de Navaree, la violencia apenas contenida de Talesian.

Iban a dejarnos ir. No porque estuvieran de acuerdo, sino porque se nos acababa el tiempo y era una verdad innegable.

Me temblaba la mano mientras me la oprimía contra el esternón, y el sudor empezó a asomar en la raíz del pelo a pesar del frío. Mis compañeros estaban inmóviles como estatuas, pero sus rostros no eran de piedra. El cuello de Seakal se movió ante palabras que no llegó a pronunciar. Navaree apretó la mandíbula hasta que pareció doloroso. Talesian me miraba como si estuviera memorizando mi rostro, por si acaso.

Ha llegado el momento. Se acabó el esconderse. Nadie más puede hacer esto.

—Está bien.— Seakal apretó los dientes. —Estaremos justo detrás de vosotras.—

—Cubrid nuestra salida—, dije rápido, antes de que pudiera sugerir alguna heroicidad estúpida. —Cuidadnos las espaldas, no...—

El flanco oriental se desmoronó. En un segundo había cambiapieles luchando. Al siguiente, nada. Los cuerpos caían por el aire.

—Ahora.— La mano de Gilda se cerró sobre la mía. Me agarraba con tanta fuerza que me dejaría un moratón. —Nos vamos ya.—

Asentí y busqué a mi serpiente en mi interior. El Cambio me atravesó con violencia. Mi cuerpo se alargó, se expandió, cuadruplicó su tamaño. El mundo se volvió más nítido a través de los ojos de serpiente: cada color más brillante, cada sonido cristalino.

El Cambio de Gilda estalló hacia fuera en una luz dorada. Las alas de grifo se desplegaron por completo. El cuerpo de león se tensó, puro músculo. La cabeza de águila lanzó un chillido de desafío que recorrió todo el valle.

Me lancé desde el baluarte al mismo tiempo que Gilda. Tras de mí, tres serpientes y tres grifos más tomaron forma. Mis compañeros. Los compañeros de Gilda. Un muro protector a nuestras espaldas.

La caída cantó a través de mi cuerpo de serpiente. Impacté contra el suelo y la nieve explotó bajo mi peso. Una abominación se abalanzó hacia mí.

Mis colmillos se hundieron profundamente en la carne blanda por la podredumbre. La criatura se disolvió en ceniza y su sabor me cubrió la lengua. Escupí y seguí avanzando.

La sombra de Gilda pasó sobre mí. Sus garras destrozaron a una abominación que se acercaba por mi flanco. Le envié mi gratitud a través de nuestro vínculo y seguí moviéndome.

Las líneas ley cantaban bajo la tierra. Sentía su ritmo en mis huesos; el latido del planeta tartamudeaba bajo el asalto de Britheva. Otro hilo surgió más adelante, cambiando ya del dorado al carmesí.

Me abalancé. El poder explotó en mi lengua cuando atrapé el hilo entre mis mandíbulas. La energía se agitó, luchando contra mi agarre mientras la corrupción se extendía por ella. Busqué mi magia y la vertí en el hilo.

El carmesí desapareció. El dorado regresó a raudales. La energía purificada se disipó en el aire en lugar de alimentar a Britheva.

Un hilo menos, pero…

Ella tiraba de docenas más.

Algo chocó contra mi costado. Salí rodando mientras unos colmillos chasquearon cerca de mi garganta. Giré y atrapé el cráneo de la abominación entre mis mandíbulas. El hueso crujió. El cuerpo se disolvió bajo mi peso.

Gilda se lanzó en picado y atrapó a otra criatura en pleno salto. Se la llevó hacia el cielo y la soltó. El impacto salpicó de sangre el hielo.

Un destello de escamas de zafiro a mi derecha: Navaree, abatiendo a una abominación que se lanzaba hacia mi cola. El rugido

de Seakal tronó a mi espalda, sacudiendo el hielo mientras envolvía a un rival en sus anillos y lo aplastaba.

Avanzamos más a fondo. Cada hilo que purificaba debilitaba a Britheva, pero el coste aumentaba con cada aliento. Mi magia flaqueaba. Estaba demasiado al límite. Mis costados jadeaban. La sangre manchaba mis escamas: la mía, la de ellos, ya no era capaz de distinguirla.

El ala izquierda de Gilda colgaba en un ángulo extraño. Una abominación la había alcanzado con magia corrupta y la herida enviaba oleadas de dolor a través de nuestro vínculo con cada batir de alas. Ella lo compensaba. Seguía luchando. Seguía moviéndose.

Britheva permanecía a una distancia imposible.

Daba igual cuántas criaturas matara, cuántos hilos purificara; la distancia nunca se acortaba. Ella estaba allí, en su tormenta carmesí, intocable, como la cobarde que era.

Mis pulmones ardían. El pánico amenazaba con desgarrarme el pecho. No me quedaba nada por dar y el grimorio seguía en silencio. Ni un destello, ni un susurro de poder. Si permanecía sellado, todos moriríamos aquí, en la oscuridad.

Una sombra cayó sobre el campo de batalla mientras Britheva permanecía en su estanque de luz carmesí, con los brazos alzados. Su sonrisa fue algo lento y triunfal. Flexionó los dedos y chasqueó.

El sonido resquebrajó el valle, agudo como un hueso al partirse. Unas cadenas carmesíes estallaron desde la nieve y atraparon a Talesian. Los eslabones carmesíes se enroscaron alrededor de su cuerpo masivo. Él se revolvió, con las escamas raspando la magia de Britheva. El rugido de Navaree recorrió el campo, cortado a mitad de trayecto cuando más cadenas lo enjaularon. Seakal intentó escabullirse, pero las cadenas brotaron de la nieve, lanzando una red sobre él y derribándolo.

Taredd, Siveril y Evindal también fueron capturados. Cadenas escarlatas envolvieron sus alas y garras, arrastrándolos al suelo junto a mis compañeros.

El dolor de Talesian me golpeó a través del vínculo. Blanco, ardiente, agudo, cegador. Mi grito se quedó atascado en mi garganta, mi cuerpo se congeló mientras el sufrimiento de Navaree

se superponía al suyo, y luego el de Seakal; sus tormentos se mezclaron hasta que apenas pude respirar. Se convulsionaban mientras la magia de Britheva los desollaba vivos.

Cambié sin proponérmelo, la desesperación me lanzó a mi forma más débil: humana, vulnerable.

La palabra escapó de mis labios. —¡No!

Corrí hacia Britheva, reuní hasta el último retazo de magia en mi pecho y se lo arrojé. Mi magia de color agua salpicó su escudo y se extinguió. Lo intenté de nuevo y gasté todo el poder que me quedaba. Nada. Cada ataque moría en el momento en que encontraba sus barreras.

La risa de Britheva resonó, fría y cortante entre los gritos y el caos. —¿Pobre necia, creía usted que sus trucos de salón podrían tocarme?

Busqué mi fragmento del grimorio, le rogué que respondiera, que los salvara. Por favor, por favor... nada. Solo un silencio frío e inútil.

Gilda se lanzó contra Britheva. Sus garras de grifo se abrieron de par en par, con un chillido de águila que desgarró el cielo. Britheva movió los dedos. Un pulso de energía carmesí surgió, golpeó a Gilda en el aire y la mandó contra el hielo. Cayó con las alas aplastadas. El sonido del impacto me estremeció hasta los huesos y, a través de nuestro vínculo, su grito me atravesó como una lanza de dolor.

Corrí hacia ella, con las abominaciones acercándose por todos lados. La magia brotaba de mis manos en ondas salvajes y desenfocadas, y las hacía retroceder solo por pura suerte y desesperación. Gilda yacía en un cráter, humana de nuevo, con la sangre manando de un tajo sobre su ojo. Intentó levantarse y se desplomó, con la respiración temblorosa.

—No lo hagas...

—Se están muriendo —su voz sonaba extraña, hueca—. Mira.

No quería hacerlo. Me obligué.

Las cadenas se habían apretado, hacían brotar sangre, drenaban la vida. Los seis machos se retorcían, cada vez más débiles, más lentos.

—No —mis piernas temblaban mientras me tambaleaba hacia ellos —. No, no, no...

Una abominación se abalanzó sobre mí. La reduje a cenizas sin siquiera girarme. Otra por la derecha. Desapareció. Había más. Siempre había más.

Gilda se arrastraba por la nieve a mi lado, dejando un rastro rojo tras de sí. —No podemos alcanzarlos. Ni a ella.

Britheva seguía intacta en el centro de la batalla, extrayendo aún las líneas ley de la tierra, haciéndose más fuerte con cada hilo mientras nosotros nos desangrábamos y moríamos a sus pies.

Mis compañeros se estaban muriendo, la batalla estaba perdida y el grimorio que debía ser mi salvación permanecía silencioso e inútil.

Por favor. Por favor, ayúdalos.

La sangre me nublaba la vista. Mis rodillas cedieron. La nieve estaba blanda bajo mi cuerpo. El hielo se sentía casi amable.

Entonces, el fragmento ardió. No era frío: era calor, súbito y abrasador, que surgía de mi pecho. Jadeé y me encogí mientras se extendía por mis venas como el fuego.

¿Ahora? ¿Ahora te despiertas?

El calor aumentó, quemándome la mente, hasta que algo presionó mis pensamientos. No eran palabras, sino una intención, abrumadora y clara. Poder. Más. Necesidad.

Imágenes cruzaron mi vista. Fragmentos dispersos, piezas de un todo destrozado. El grimorio me mostraba lo que faltaba.

Juntos. Dos luces, más brillantes una al lado de la otra. Hermana. Necesito hermana. Luchen juntas.

Lo vi. Lo sentí. El grimorio necesitaba algo más que mi poder.

Necesitaba a Gilda.

Su jadeo cortó mi dolor. Levanté la vista, con la visión borrosa por la sangre y las lágrimas. Ella estaba arrodillada con la mano presionada contra el pecho, con la comprensión reflejada en sus ojos.

—Gilda...

—Lo sé —se arrastró hacia mí, a través de los restos y la ruina. Estiró la mano, con los dedos en carne viva y las uñas sangrando—.

La distancia parecía imposible. Un metro y medio, uno, medio. Cada músculo de mi cuerpo ardía. Una explosión sacudió el suelo y

ambas salimos despedidas hacia un lado. Escupí nieve, forcé el movimiento, seguí adelante.

Faltaba apenas un palmo.

Nuestras yemas se rozaron.

Y la luz estalló.



Capítulo Treinta

Una rendija de luz blanca se abrió sobre nosotros, crepitando con energía pura. Era un portal. No uno que yo hubiera abierto, pero comprendí qué lo había provocado en el momento en que el grimorio surgió a través de mí, desgarrando mi magia y amplificándola hasta que empezó a arder.

El poder me inundó y me arrancó un grito de la garganta. Mi cuerpo no estaba hecho para esto; la carne se desgarraba, los huesos crujían bajo una presión que no tenía cabida dentro de una piel mortal. Me estaba muriendo. Tenía que estar muriéndome. Nada podía doler tanto y dejarte con vida después. Mis costillas se astillaron bajo el esfuerzo y la sangre me llenó la boca. Mi visión se nubló de rojo en los bordes mientras algo vital se rompía en mi interior.

A través de los vínculos, sentí a mis compañeros gritando por mí. Su terror chocó contra mi mente, afilado como cristales rotos. No podían ayudarme. No podían alcanzarme. Solo podían mirar mientras yo me hacía añicos de dentro hacia fuera.

Al grimorio no le importaba. Vertió más poder a través del portal, usando cada gota de magia que me quedaba y luego escarbando más hondo, más allá de los posos, vaciándome para obtener más.

A través del reluciente portal, la cabaña de troncos se materializó. En el interior, Shanyirra, Serafine, Anise y Haera estaban en círculo,

con las palmas en alto y los rostros fijos con sombría determinación. Listas. Esperando.

Una magia dorada fluyó de Gilda y de mí hacia el portal. Una luz de color rosa salió en espiral de Shanyirra. Una luz azul pulsó desde Serafine. Energía verde y naranja se retorció desde Anise y Haera. Mi magia aguamarina se entrelazó con todo aquello, uniendo los colores en algo que brillaba más que el sol y que luego se hizo añicos en mil zarcillos que se aferraron a las líneas ley que la magia de Britheva había corrompido.

El oro consumió al carmesí, pulgada a agonizante pulgada, purificando el poder robado que ella había retorcido en cadenas y abominaciones. La nieve se estremeció bajo mis pies mientras las líneas ley reclamaban su estado natural.

Las cadenas carmesíes que retenían a mis compañeros ardieron con todos esos colores. La magia —la nuestra, la del grimorio— recorrió las ataduras, invirtiendo su flujo, siguiendo las venas de la tierra hasta su origen. Una luz dorada, trenzada con cada color de nuestras almas, se vertió en el cuerpo de Britheva. La rabia del grimorio se extendió por ella, antigua y despiadada, tan por encima de cualquier cosa que yo hubiera tocado jamás que el terror me trepó por la columna.

El grimorio quería sangre. Estaba usando mi cuerpo para obtenerla. La furia surgió a través de mí, a través de Gilda, a través de todos nosotros. Y esto eran solo cinco fragmentos, ni siquiera el conjunto. Si podía hacer esto, si ni siquiera se había reunido por completo..., *¿cuán poderoso sería cuando estuviera completo?*

Cada pizca de poder robado que Britheva había acumulado durante siglos ardió, sin ser rival para nuestra magia combinada. El grimorio reclamó lo que ella había quitado, lo que había retorcido, lo que había usado para asesinar, esclavizar y corromper. Cada vida que segó. Cada mundo que rompió. El grimorio lo reclamó todo. Esto era justicia. Retribución. Una venganza que llevaba siglos de retraso.

La ráfaga de magia golpeó a Britheva en el centro de su tormenta carmesí. Se arqueó, su cuerpo se retorció mientras la luz la atravesaba: dorado y rosa, azul y fucsia, verde y aguamarina

cegadores en su brillantez. Sus escudos carmesíes se agrietaron y colapsaron.

Su manto carmesí se disolvió en hilos de niebla. La magia carmesí que la protegía se desprendió, arrancada de su piel, dejándola en carne viva y expuesta. El poder se drenó de sus ojos, su cabello se apagó, su aura se redujo hasta casi extinguirse.

Sus manos arañaron el aire, desesperadas por atrapar la magia mientras la abandonaba, pero se le escapaba entre los dedos. Balbuceó, con la voz quebrada en un sollozo entrecortado mientras los últimos destellos de luz antinatural se evaporaban de su piel.

Un escalofrío me recorrió, un vacío donde antes solía estar el poder. Mi propia magia se detuvo, ya no bloqueada en una contienda por el control, y el grimorio vibró con satisfacción. Todo lo que quedaba era una mujer hueca y ordinaria arrodillada en la nieve sucia.

Sus ojos, abiertos de par en par por el horror, se encontraron con los míos. El depredador que había acechado mis pesadillas había desaparecido. Todo lo que vi fue terror, incredulidad y algo parecido a una súplica al darse cuenta de lo que significaba volver a estar despojada de poder.

Britheva era humana. Frágil. Mortal. *Indefensa*.

El horror en su rostro se grabó a fuego en mi mente. Sus labios temblaron y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Cruzó los brazos sobre el pecho, con la respiración entrecortada mientras daba un paso tambaleante hacia atrás. —No puedes hacerme esto. Soy fuerte. Soy poderosa. Me merezco…

—Este es su día del juicio, Britheva. Va a enfrentarse a su destino —dijo mi voz, que portaba la resonancia profunda del grimorio—. Por todo lo que ha hecho.

Se desplomó de rodillas, con las manos extendidas. Su piel estaba tan pálida, tan fina, que vi las venas azules ramificadas por debajo. —Piedad. Por favor. Tenga piedad...

No tenía fuerzas para discutir con ella. No se merecía nada más de mí. La magia dorada surgió a través de mí, crepitando sobre mi piel antes de barrerla a ella. —No tendrá ninguna.

El color desapareció de sus mejillas, sus huesos se marcaron pálidos en su rostro y sus manos empezaron a llenarse de manchas y a disolverse como el humo cuando la ola dorada rompió sobre ella. Intentó jadear para tomar aire, pero ya no tenía boca; se la había llevado el viento. Su cuerpo se fracturó, convertido en fragmentos de polvo, dispersos por lo alto de un campo de batalla ya empapado en sangre y ruina. No quedaría nada que enterrar. Ni un hueso. Ni un nombre. Ni un recuerdo.

Se había marchado.

Las abominaciones se desmoronaron. Docenas de cuerpos por todo el campo de batalla simplemente dejaron de existir. Polvo, hueso y la energía corrupta de las líneas ley se disiparon en un aire que aún apestaba a miedo y violencia.

Todo se quedó quieto.

Los guerreros fae estaban dispersos por el campo de batalla, con las armas en alto y el aliento humeando en el aire gélido. Los escarabajos de guerra pataleaban inquietos; sus patas agrietaban el hielo al moverse y encabritarse. Por un latido, nadie se movió. Los guerreros miraron a su alrededor, atónitos de encontrarse con vida mientras el silencio se asentaba sobre la nieve manchada de sangre y los huesos destrozados. Entonces sonó un grito y el hechizo del estupor se rompió. Los guerreros saltaron de sus escarabajos y corrieron por el hielo para alcanzar a los heridos y a los moribundos, con las botas y las garras golpeando contra la escarcha agrietada y ensangrentada.

El portal sobre nosotros parpadeó una vez. Luego murió.

El suelo dio un vuelco hacia mí. No tenía fuerzas para sostenerme. No me quedaba nada después de que el grimorio me hubiera secado.

Unos brazos fuertes me atraparon antes de que golpeara la nieve empapada de sangre.

—Zahra —dijo Seakal apretándome contra su pecho—. Zahra, respira. Solo respira.

Busqué su rostro, con la palma temblorosa mientras acunaba su mejilla. —Estás vivo —tragué saliva—. Cuando ella te tenía con esas cadenas... pensé... pensé que te había perdido.

Seakal presionó su frente contra la mía, con el aliento temblando contra mis labios. —Estamos aquí, pequeña compañera. No nos vamos a ninguna parte.

Talesian aterrizó pesadamente en la nieve a nuestro lado. Cayó de rodillas, tomó mi rostro entre ambas manos e inclinó mi barbilla hacia arriba hasta que pudo besarme. Sus labios eran salvajes, desesperados, y volcaron en mí todo lo que él sentía: alivio, terror, incredulidad, asombro. Cuando finalmente se separó, sus manos aún temblaban contra mi piel, aferrándose a mí como si yo fuera la última cosa sólida en el mundo.

Entonces apareció Navaree, con los ojos oscuros como la medianoche. Se inclinó y el tacto en mi mandíbula fue suave. Su boca buscó la mía como si necesitara confirmar que estaba viva, en cuerpo y alma. A través del vínculo, pulsaban desde él orgullo y una devoción feroz. Sus labios se movieron contra los míos en una promesa que decía todo lo que no podía expresar con palabras. Cuando se retiró, su pulgar acarició mi mejilla, con la mirada firme e inquebrantable.

Sus emociones chocaron contra mí. Desesperación, asombro y el alivio puro de tenerme en sus brazos. Mis compañeros se entrelazaron dentro de mí, iluminando el vacío que había cargado durante tanto tiempo. Su asombro ante lo que yo había hecho resplandeció en mi pecho con la certeza de que nunca volvería a enfrentarme a nada sola.

Habíamos ganado. Britheva estaba muerta. Mis compañeros eran libres.

Algo dentro de mi pecho se soltó, la opresión finalmente cedió. El peso del grimorio, que tanto había presionado mi alma, se liberó.

Una luz dorada brotó de mi pecho. El fragmento del grimorio flotó en el aire, sus páginas ondeando salvajemente como si estuviera vivo antes de salir disparado hacia arriba y desaparecer, dejando nada más que una imagen residual reluciente.

Se había ido.

—¿Adónde ha ido? —Mi voz salió pequeña, insegura.

Al otro lado del campo de batalla, Gilda se incorporó, con su brillante cabello cobrizo enredado alrededor de su rostro manchado

de sangre. Se presionó la palma contra el corazón, con los ojos muy abiertos. —Al ateneo. Puedo sentirlo tirando. Uniéndose.

Avanzamos a trompicones por el campo de batalla. Mis piernas apenas funcionaban, temblorosas y medio entumecidas por el agotamiento de mi magia. Gilda cojeaba a mi lado, con manchas de sangre y nieve en la piel. Mis compañeros nos flanqueaban, sosteniéndome cuando flaqueaba, estabilizando a Gilda cuando amenazaba con derrumbarse. Los guerreros y los escarabajos de guerra se apartaban a nuestro paso, con sus rostros aún aturdidos y el horror de aquello a lo que habíamos sobrevivido grabado profundamente en sus ojos.

Los muros del castillo se alzaban ante nosotros, las torres negras contra el cielo amoratado. Nuestros compañeros nos buscaron capas y nos cubrieron antes de que medio subiéramos, medio arrastráramos los pies por los escalones, avanzando por los umbrales destrozados y por los pasillos en ruinas. Pasando ante escudos astillados y Fae de rostros pálidos, ante la sangre y las marcas de quemaduras, ante los restos de un asedio que solo ahora empezaba a sentirse terminado. A través de los aposentos de Cedar y hacia los estrechos túneles bajo el castillo, con el mundo nublándose en los bordes por el cansancio y la incredulidad.

Ya no había deformaciones. No más fisuras ni estallidos de magia. Entramos en el ateneo y encontramos los dos fragmentos del grimorio flotando sobre el plinto. Una luz dorada pulsaba entre ellos, la magia reconociendo la magia, las piezas de un todo finalmente reuniéndose.

Los fragmentos giraron juntos, alineando los bordes de las páginas. El aire vibró. La magia los atrajo más, cintas de luz dorada se retorcieron y se anudaron hasta que los dos se convirtieron en uno. Una vibración profunda y baja zumbó por el ateneo, sacudiendo mis costillas y haciendo vibrar los estantes antiguos. El único grimorio quedó suspendido, con el lomo brillando y las páginas asentándose una a una como si respirara por primera vez en siglos.

Gilda jadeó a mi lado, agarrándome del brazo. La magia consciente del grimorio se deslizó en mi mente. Sentí que me tocaba, cargada de emoción.

Disculpas. Necesario. Supervivencia.

Imágenes pasaron por mi cabeza: el grimorio calculando probabilidades, calibrando amenazas, aguardando hasta el momento final. Lo había apostado todo a una sincronización perfecta. Esperó hasta que pudiéramos ganar. Todo este tiempo lo había sabido, incluso cuando yo rabiaba contra él. Había rechazado mi llamada a propósito.

La rabia ardió al rojo vivo en mi pecho, pero bajo ella, la comprensión se abrió paso. —Podrías haberme avisado. Podrías haberme dicho lo que planeabas en lugar de arrancarte de mí sin previo aviso...

Debía ser fuerte. Debía esperar. No podía arriesgarme a ser descubierto.

La intención me envolvió. Mi ira no se desmoronó, pero percibí el terrible peso de sus elecciones. Todas sus manipulaciones habían sido por la supervivencia.

—Me usaste —susurré.

Te usé. Te salvé. Ambas cosas son ciertas.

—Eso no lo hace más fácil —se me quebró la voz.

—Pero al menos nos tenemos la una a la otra. —Gilda me agarró del brazo—. Las lágrimas trazaban surcos limpios por su cara, abriéndose paso entre la sangre y la mugre, pero sonreía a pesar de todo—. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. El muy bastardo astuto.

—Aun así podría habernos avisado —murmuré.

Ella se rio, salvaje y sin aliento, y luego me atrajo hacia un abrazo feroz. Yo la abracé de vuelta, aferrándome con fuerza. El agotamiento y el alivio se enredaban en mi interior. Nuestra magia pulsaba entre nosotras, algo más profundo que la amistad y más duradero que el destino. Mis brazos se apretaron con la misma fuerza.

Seakal me rodeó la cintura con los brazos desde atrás. Talesian tomó mi mano, entrelazando sus dedos con los míos. Navaree acunó mi nuca, con el pulgar trazando círculos sobre mi pulso.

Los compañeros de Gilda se reunieron a su alrededor, formando un anillo protector. Juntos, permanecimos en el centro de dos

círculos. Me dejé relajar mientras la realidad finalmente me golpeaba.

Britheva estaba muerta. El grimorio se estaba curando. Mis compañeros estaban vivos.

Sobre nosotros, el grimorio flotaba, zumbando como si estuviera satisfecho. Parecía completo, o al menos más completo de lo que había estado en siglos.

Gilda soltó una risa temblorosa. —Cuando esto termine, creo que le debemos al grimorio una charla muy seria.

Le sonreí, sintiendo que el cansancio me abandonaba por un segundo. —Tú puedes darle el sermón. Yo pido el primer puñetazo.



Capítulo treinta y uno

El agotamiento me arañaba los huesos, pero el descanso tendría que esperar. El campo de batalla exigía un testigo, y yo necesitaba conocer el precio pagado. El viento me azotaba el rostro mientras salíamos a las almenas, y el alivio de haber vinculado nuestras secciones del grimorio se desvanecía bajo el peso de la batalla. En su último momento, Britheva sembró tanta muerte y destrucción como pudo. Esperaba que su alma se pudriera en el infierno mil años por cada persona a la que maltrató y mató.

La piedra se clavaba a través de mis botas. La palma de Navaree se extendía entre mis omóplatos, el brazo de Talesian rozaba el mío y Seakal estaba lo bastante cerca como para que su calor traspasara el cuero y la tela. Su cercanía debería haberme dado serenidad.

No fue así.

El campo de batalla se extendía abajo. Había cadáveres por todas partes. Guerreros fae que habían luchado a nuestro lado, destrozados sobre la tierra quemada. Habían muerto protegiéndome. Porque yo era la Elegida. Porque el grimorio me necesitaba viva. Yo había llevado a Britheva hasta su puerta. Había fallado al no detenerla antes. Cada cadáver llevaba mi nombre grabado.

Los heridos gritaban, un sonido transportado por un viento que apestaba a humo y cobre. Me presioné los nudillos contra el esternón. Los gritos no cesaban. El temblor de mis huesos, tampoco.

Los cráteres punteaban la tierra allí donde la magia de Britheva había golpeado. Ennegrecida. Muerta. Nada crecería allí en siglos.

—Ha destruido tanto... —las palabras me rasparon la garganta en carne viva. —Tanta muerte. Tanto dolor. —Me giré para enfrentarme a ellos, con la furia ardiendo al rojo vivo bajo las costillas. —Y su último pensamiento fue solo para ella misma.—

Navaree tensó la mandíbula. —Era un parásito. Los parásitos no piensan en sus anfitriones.—

—No eran anfitriones —cerré los puños. —Eran personas. Guerreros con familias. Con vidas. Los mató porque quería poder.— La amargura me impregnaba la lengua. —Porque no podía aceptar que ella no fuera la elegida para blandir el grimorio.—

Igual que yo. Yo tampoco quería ser la elegida. No quería este poder ni esta responsabilidad. La única diferencia entre nosotras es que yo no había asesinado a miles para evitarlo.

Aún.

¿Era ese mi destino? ¿Acabaría convirtiéndome en ella?

Los dedos de Talesian se entrelazaron con los míos. El contacto prendió una chispa de calor por mi brazo, y el vínculo de pareja zumbó bajo mi piel. —Su elección no disminuye el sacrificio de ellos, dulzura.—

—Lo vuelve insignificante.— Igual que mi supervivencia. Había sobrevivido a torturas, inanición y muertes interminables. ¿Para qué? ¿Para ver morir los mundos de todas formas? ¿Para fallar a todos los que dependían de mí? Quizá Britheva tuviera razón. Quizá nada tuviera sentido. Solo dolor y muerte y fingir lo contrario.

—No. —El calor de Seakal me hizo querer apoyarme en él y olvidar la carnicería de abajo. —Lucharon para proteger su hogar. A sus seres queridos.—

Me quedé mirando la tierra empapada de sangre y vi una batalla que nunca debería haber ocurrido si no fuera por la codicia de seis personas.

Y Artus seguía ahí fuera.

—Artus ha absorbido la magia de ellos. Ahora la tiene toda. —Caminé hacia el muro. La piedra me raspó las palmas al agarrarme

al borde. —No sabemos dónde está. Podría atacar ahora mismo. Mañana. Estamos aquí parados sangrando mientras él...—

Me temblaban las manos. La visión se me nublaba por los bordes. Artus estaba ahí fuera, más fuerte que nunca, y nosotros estábamos sangrando y destrozados.

—La cúpula dorada que reforzasteis Gilda y tú resiste.— La mano de Navaree se posó en mi hombro. Su contacto quemaba, hacía que mi pulso diera un vuelco por motivos que nada tenían que ver con el miedo. —Es fuerte, Zahra.—

—Tanto Evindal como yo la hemos protegido con hechizos—, dijo Talesian. Sentí su estilo de magia fluyendo por el aire. La sensación me puso la piel de gallina. —Protecciones en capas. Nada pasa sin que lo sepamos.—

El temblor de mis dedos no cesaba. —Si ella pudo causar tanto daño, ¿de qué será capaz él?—

Ninguno respondió. Abajo, los generales Tarredd, Siveral y Evindal se movían entre los heridos y los caídos. Curtidos por el combate e inquebrantables. Comprobaban pulsos, dirigían a los sanadores y ofrecían agua a quienes aún podían tragar.

El grimorio latía en el fondo de mi mente. Una entidad separada, conectada de forma tan fuerte como los vínculos de pareja que se entrelazaban en mi alma, a pesar de estar fuera de mi cuerpo. A través de esa conexión, sentí a Gilda. Su pesar me oprimía el pecho, sofocante y oscuro. Debajo de nosotros, caminaba junto a sus parejas, con la mano presionada contra las costillas de la misma forma que me dolían a mí.

Más allá de ella, distorsionadas, pero presentes, sentí a las otras Elegidas en la Tierra: Serafine, Anise, Haera. Sus presencias parpadeaban en los límites de mi conciencia, tejidas en mí a través de la magia del grimorio.

Talesian me apretó la mano. —Sé por qué estás preocupada, dulzura. Pero el grimorio nos ha guiado a través de todo. Nos dijo cuándo luchar y cuándo contenernos, y nos unió en el único momento en que tuvimos una oportunidad. Derrotamos a Britheva porque él nos dirigió, aunque no siempre lo entendiéramos. Tenemos que confiar en que también tiene el poder de detener a

Artus. Sabe qué hacer. Tenemos que tener fe en él, Zahra. Todos nosotros.

Solté un suspiro tembloroso, contemplando la nieve manchada de sangre que caía junto a la piedra rota. —Confío en él. O quiero hacerlo. Pero debería haberme dicho qué estaba haciendo antes de tomar las riendas por su cuenta. Tiene conciencia, sí, pero no está hecho de carne, hueso y miedo como nosotros. No sabe lo que se siente al estar a oscuras, al tener que tomar decisiones cuando las vidas de las personas que amas están en juego. Si Artus se parece en algo a Britheva, irá a por nuestras parejas antes de venir a por nosotras. El vínculo es nuestra fuerza, pero también es una debilidad. No hay nada que no hiciera para protegeros. Nada con lo que no arriesgaría.

El latido del grimorio tiró de mi conciencia. Abajo, Gilda se quedó inmóvil, presionándose las sienes con ambas manos. Apenas tuve tiempo de gritar su nombre antes de que el mundo diera vueltas mientras otra visión rugía en mi cabeza para después engullirme por completo.

No solo a mí. El grimorio nos llevó a mis parejas, a Gilda, a sus parejas y, a través de la barrera, a mis hermanas a la visión para mostrarnos las cicatrices que Britheva había dejado en la tierra, más profundas de lo que podíamos ver. Un enjambre de hilos carmesíes latía a través de las líneas ley. Se extendían como vetas de infección a través de la tierra, no solo ramificándose por Faerie y la Tierra, sino reptando directamente hacia la barrera que mantenía nuestros mundos separados.

Otra imagen estalló a mi alrededor. Hilos carmesíes trepando por la barrera, agrietándola, corrompiéndola hasta que ambos mundos se fusionaran. Vi bosques convertirse en cenizas. Océanos secos convertidos en fosas de sal y huesos. Ciudades colapsadas bajo tormentas de niebla roja. La tierra helada se convertiría en permafrost. La infección no se detenía. Se alimentaba. El grimorio lo dejó claro. Si la corrupción de Britheva devoraba las barreras, se propagaría por todas partes, carcomiendo ambos mundos como un virus hasta que no quedara nada. La furia del grimorio grabó a fuego

la imagen en nuestras mentes, una advertencia pintada con la forma del apocalipsis.

Entonces la visión cambió. El grimorio nos mostró a la hermana que aún no habíamos encontrado. Estaba envuelta en hilos negros que se retorcían. Esos hilos infectados latían con carmesí en su núcleo, reptando sobre su piel, enterrándose debajo. Sentimos su agonía, el frío de la magia volviéndose contra ella mientras la corrupción masticaba el fragmento que portaba. El grimorio en su interior brilló con luz dorada por un instante, contraatacando, pero los hilos infectados se acercaron más, consumiéndolo poco a poco. Si no la encontrábamos, se perdería y su pieza del grimorio caería ante la corrupción junto con ella.

La visión me dejó jadeando. Ahora lo comprendíamos. No lo habíamos sanado todo. La verdadera guerra no había hecho más que empezar.

Gilda me lanzó una mirada aterrorizada desde abajo. El sentimiento me atravesó el pecho.

—¿Dónde está ella? —Las palabras salieron de mí como un desgarro—. ¿Dónde está Lyriana? Y la línea ley... sigue corrompida. ¿Quién la controla? —Las piezas encajaron demasiado rápido—. Artus. Tiene que ser él.

Seakal me tomó el rostro entre las manos, callosas y cálidas, obligándome a centrarme en la profundidad de sus ojos en lugar de en la espiral que se estrechaba en mi cabeza. —Pequeña compañera, calma.

—Tenemos que encontrarla —mi voz se quebró—. Tenemos que encontrar a Lyriana, al rey Cedar, a Calder y a Ryland antes de que Artus pueda matarlos. Antes de que pueda controlar ese fragmento, antes de que el velo colapse y destruya ambos mundos como casi ocurrió hace mil años.

—Lo haremos —prometió Talesian.

—¿Cuándo? —agarré las muñecas de Seakal. Su pulso martilleaba bajo mis dedos, igualando el mío en velocidad y pánico—. ¿Cuándo, Talesian? No sabemos por dónde empezar. Estamos aquí parados mientras Lyriana está atrapada y muriendo, y esa corrupción corre hacia la barrera, y nosotros estamos...

—Vamos a entrar —la voz de Navaree cortó mi pánico como un salvavidas.

Quise discutir. Quise decir que no teníamos tiempo, que cada segundo desperdiciado nos acercaba a la aniquilación.

Pero el agotamiento cayó sobre mí. Las secuelas del ataque de Britheva —del grimorio arrancado de mi pecho, de verla convertirse en cenizas, de casi perderlos a ellos por esas cadenas carmesíes— me golpearon de golpe. El terror me arañaba el pecho. La visión. El miedo a fallar a todos los que dependían de nosotros. Era demasiado.

—Os necesito —la confesión se me escapó, cruda y desvalida.

El pulgar de Seakal me acarició el pómulo. El contacto me envió chispas por la espalda e hizo que el calor se acumulara en mi vientre, algo inoportuno y necesario a la vez.

—Lo sabemos. Estamos aquí mismo —dijo él.

Me llevaron hacia las escaleras. Seakal y Talesian me cogieron cada uno de un brazo, llevándome casi a cuestas. Navaree se quedó atrás, con la palma firme en la parte baja de mi espalda. Cada toque quemaba. Los vínculos de pareja vibraban con consuelo y necesidad, y algo más oscuro que me encogía el estómago.

Me llevaron de vuelta a nuestras habitaciones, lejos de los gritos, lejos de la elección imposible que aguardaba tras la puerta.

Y yo les dejé hacerlo.

Porque ahora mismo necesitaba su conexión más de lo que necesitaba fingir que era fuerte. Necesitaba su contacto. Su calor. Necesitaba sentirme viva mientras todavía pudiera.

La puerta se cerró tras nosotros. El sonido resonó por la estancia.

Los dedos de Navaree buscaron la nuca de mi cuello. Su pulgar trazó círculos lentos contra mi pulso acelerado. —Zahra.

Mi nombre en su boca sonaba como una oración. Como una desesperación. Como todo lo que habíamos sobrevivido y todo lo que podríamos perder.

Vi esa misma necesidad reflejada en sus ojos. El mismo terror. El mismo hambre de conexión, de pruebas de que estábamos vivos, de algo real en un mundo empeñado en destrozarnos.

—Demostradme —susurré—. Demostradme que hemos sobrevivido.



Capítulo treinta y dos

Mis compañeros me rodeaban. Navaree a mi espalda, Talesian a mi izquierda, Seakal a mi derecha; todo por lo que habíamos pasado juntos presionaba contra mis costillas.

La mano de Navaree se posó en mi cadera para darme apoyo. —Zahra, dinos qué necesitas.

Todo. Nada. Que el mundo dejara de girar. Dejar de ser una Elegida por una puñetera noche.

Agarré la camisa de Navaree con el puño y cedí al torbellino que recorría mi mente. —Haced que me olvide de todo excepto de vosotros.

Su cabello platino y desigual caía sobre unos ojos de párpados pesados. Aparté los mechones rebeldes, incapaz de evitar pasar los dedos por las sedosas hebras. —Tengo tanto miedo de que fracasemos. Miedo de perderos. De que el grimorio me consuma hasta que no quede nada de mí. —Tenía miedo de que el grimorio me hubiera ocultado sus planes. Y si era capaz de eso, ¿qué más haría? La magia era *consciente*, por el amor de los dioses—. Pero, lo que es peor, tengo miedo de que vosotros muráis y yo no. De ver cómo os desangráis mientras yo sigo respirando. De pasarme esta vida sola porque no pude salvaros.

Talesian me tomó la mandíbula entre las manos, obligándome a sostenerle la mirada. —No nos perderás.

—No puedes saberlo —se me cerró la garganta—. Nada sobre el futuro está escrito en piedra.

—Entonces déjanos amarte ahora. Permítenos adorarte en el aquí y ahora, sabiendo que lucharemos con todo lo que somos para darte el futuro que mereces —me susurró Seakal al oído, con su aliento calentándome el cuello.

Le agarré la muñeca, porque eso era exactamente lo que quería. —Sí. Adoradme. Reclamadme. Demostradme que os pertenezco y dejadme que yo haga lo mismo con vosotros.

—Mi pequeña compañera —dijo. Me soltó los dedos de la muñeca y me besó el dorso de la mano, enviando una ráfaga de calor directa a la entrepierna—. Te malcriaremos hasta que no sirvas para ninguna otra cosa.

Sí. Malcriadme. Quería que me malcriaran. Quería que me destrozaran de forma tan concienzuda que ningún otro pudiera compararse jamás. Quería su tacto marcado en mi piel, su sabor grabado en mi memoria. Quería ser suya de una forma tan completa que pensar en cualquier otro fuera imposible.

Ya poseían cada parte de mí: corazón, alma, cuerpo. Ahora quería que reclamaran todo lo demás. Que me marcaran. Que destruyeran cualquier posibilidad de desear a nadie más.

Porque no lo haría. Nunca lo haría.

Sus dedos encontraron el dobladillo de mi camisa, y sus nudillos me rozaron la piel mientras la subía. Tiró de la tela para soltarla de mi cintura, y las yemas de sus dedos trazaron una línea de fuego por mis costillas. Botón a botón, fue abriendo el cierre, con la respiración cada vez más acelerada a medida que se revelaba mi piel. El dorso de sus nudillos rozó la curva de mi pecho y mi estómago dio un vuelco; los nervios y el deseo estaban tan enredados que apenas podía quedarme quieta.

La camisa se abrió y la mirada de Talesian devoró cada centímetro de mí; su hambre se reflejaba en la forma en que las manos de Seakal me recorrían las caderas y los ojos de Navaree seguían las tenues cicatrices de mis costillas. La camisa resbaló de mis hombros, quedando retenida un instante en mis codos, y luego él la deslizó hacia abajo y la dejó caer, dejándome desnuda ante ellos.

El aire frío me besó la piel. El calor inundó cada lugar donde me miraban, y la intensidad de su atención me cortó la respiración. Me sentía vulnerable y hermosa, como una presa y una diosa al mismo tiempo. La camisa se amontonó a mis pies. No quedaba nada entre nosotros excepto piel y hambre. Los tres me miraban, hambrientos y reverentes, como si yo fuera lo único en el mundo que valiera la pena desear.

Sus emociones chocaron contra mí: el instinto protector de Navaree, teñido de un terror por no poder salvarme del poder que me consumía viva; la necesidad de Talesian de curar cada herida, mezclada con el pavor de que me sumergiera en la magia y nunca volviera a salir a la superficie; el impulso de Seakal de reclamarme y marcarme, entrelazado con el conocimiento de que su mortalidad avanzaba hacia el momento en que me dejaría sumida en el duelo para siempre.

El miedo reflejaba al miedo. El suyo. El mío. El nuestro.

El vínculo pulsaba entre nosotros, con las almas ya enredadas, y el hambre rugió en mi interior. No podía esperar más. No quería esperar. Cada segundo que pasábamos vestidos era un segundo desperdiciado. No quería nada entre nosotros. Ni tela. Ni barreras. Ni pensamientos, ni miedos, ni profecías. Solo piel contra piel. Calor y presión y el deslizamiento de sus cuerpos contra el mío. Quería sus lenguas en mi boca, sus manos cartografiando cada centímetro de mí, sus miembros enterrados tan profundamente en mi interior que olvidara dónde terminaba yo y dónde empezaban ellos.

—Tocadme, por favor. —Mi voz se quebró por la necesidad—. No puedo esperar más.

—Lo que mi compañera quiere, lo tiene —dijo Talesian mientras acortaba la distancia entre nosotros.

Su boca chocó contra la mía, y no hubo nada de suavidad en ello. No fue un beso tentativo ni una exploración cuidadosa. Fue una reclamación. Una consumación. Sus labios se aplastaron contra los míos, exigiendo rendición, y yo se la entregué de buen grado. Con ansia. Mi boca se abrió bajo la suya y su lengua se adentró, posesiva y minuciosa, saboreando cada rincón como si estuviera memorizando mi sabor.

Sus colmillos rozaron mi labio inferior antes de que lo succionara, mordiendo con la fuerza justa para que escociera. Ese pequeño dolor envió una descarga de calor directa a mi entrepierna.

Su mano se enredó en mi pelo e inclinó mi cabeza exactamente como quería. La otra me sujetó la cadera con la fuerza suficiente para dejar marca, pegándome a él hasta que cada dura línea de su cuerpo presionó contra el mío. Me derretí contra él, con los huesos volviéndose líquidos y el aliento robado por completo. Ahogándome en su sabor. En su tacto. En la certeza absoluta de que, con cada movimiento de su lengua, yo era suya.

Me besó como si se estuviera muriendo y yo fuera lo único que pudiera salvarlo. Como si estuviera dispuesto a quemar el mundo entero con tal de seguir besándome. Como si yo fuera aire y agua y todo lo que necesitaba para sobrevivir.

Y, por los dioses, yo le devolví el beso de la misma manera.

Sí. Esto.

Las palmas de Navaree se posaron en mis hombros y luego bajaron por mi columna. Lentamente. Deliberadamente. Sus dedos recorrieron cada vértebra, presionando los espacios entre ellas como si las estuviera contando, aprendiéndoselas, grabándolas en su memoria. Cada caricia provocaba una sensación que se irradiaba hacia fuera: el calor floreciendo por mi espalda, por mis costados, acumulándose en mi bajo vientre. Para cuando sus manos llegaron a la base de mi espalda, estaba temblando.

Los dientes de Seakal se cerraron en mi hombro. Con fuerza. La mordida fue lo bastante aguda como para hacerme jadear, y el dolor floreció brillante e inmediato. No lo suficiente como para herirme de verdad, pero sí para escocer. Lo suficiente como para sacarme de los pensamientos en espiral que amenazaban con hundirme. La sensación me ancló; me unió a este momento, a esta habitación, a estos tres hombres que lo eran todo.

Aquí. Ahora. Ellos.

—Eso es, mi pequeña compañera. —La lengua de Seakal alivió el lugar donde habían estado sus dientes—. Quédate con nosotros.

Las manos de Navaree se desplazaron a mis caderas y sus dedos se engancharon en la cinturilla de mi pantalón. —Deja que cuidemos

de ti.

Navaree desabrochó los botones de mis pantalones y deslizó la tela por mis caderas mientras Seakal me recorría los huesos ilíacos, la curva de la cintura, el sensible hueco en la base de la columna. Cada toque dejaba rastros de fuego.

Los pantalones se amontonaron en mis tobillos. Seakal se arrodilló, rodeándome la pantorrilla con las manos mientras sacaba mi pie de la tela. Sus labios presionaron mi rodilla. Luego más arriba. La cara interna de mi muslo. Su aliento rozó una piel que nunca había estado tan sensible.

El tacto de Navaree subió suavemente por mis costados y volvió a bajar, cartografiando cada curva. —Ya no hay nada entre nosotros, nada más que piel.

Estaba desnuda. Completamente expuesta. De pie entre ellos, vestida solo con la piel encendida y una necesidad desesperada. Y me miraban como si fuera un festín que estuvieran a punto de devorar.

—A la cama. —El gruñido de Navaree vibró a través de mí—. Vamos a desarmarte. A recomponerte. A amarte hasta que olvides tu propio nombre.

—Por favor. —La palabra se quebró—. Os necesito dentro de mí. A todos. Tan llena que no quede sitio para nada más.

Me hicieron retroceder, desnudándose mientras me guiaban hacia la cama.

Seakal se quitó la camisa por la cabeza con un movimiento fluido, revelando un torso esculpido con músculo magro. Su pecho era ancho, definido, estrechándose hacia una cintura delgada. Escamas azules ondeaban bajo su piel, captando la luz como gemas preciosas incrustadas en la carne.

Talesian se quitó la ropa con menos delicadeza y más urgencia. Los botones saltaron. La tela se rasgó. Se quitó los pantalones de una patada y, por los dioses, era pura potencia fibrosa. Cada músculo estaba definido; su cuerpo, construido para la velocidad, la violencia y el tipo de resistencia que me hacía la boca agua. Escamas de color zafiro con tintes dorados le trazaban las líneas de los oblicuos, enmarcando el pesado miembro entre sus muslos.

Navaree era más grande que los demás. Hombros más anchos, brazos más gruesos, más masa acumulada en su complexión. Capas y capas de músculo; cada centímetro de él estaba forjado como un arma. Escamas azul marino le cubrían gran parte del cuerpo y le rodeaban las costillas y los muslos, testimonio de lo cerca que vivía de la serpiente.

Entonces mi mirada bajó más.

Sus miembros estaban erectos, gruesos, duros y oscurecidos por la excitación. El de Talesian era largo y elegante, con el glande ya reluciente. El de Seakal era más grueso, con las venas prominentes a lo largo de su longitud. El de Navaree era el más grande, y un pequeño escalofrío de nerviosismo mezclado con anticipación recorrió mi bajo vientre al verlo.

Magníficos. Eran absolutamente *magníficos*.

Mis pezones se endurecieron. Mi sexo se contrajo ante la nada, desesperado por ser llenado. Los quería dentro de mí. A todos. Quería sentir ese estiramiento, ese ardor, esa plenitud perfecta.

Mi respiración se aceleró. Se volvió superficial. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo gritaba por su contacto.

—Dioses —salió la palabra estrangulada—. Sois..., necesito...

No pude terminar la frase. Las palabras fallaron. Solo quedaba el deseo, crudo, devorador y absoluto.

Navaree se colocó detrás de mí en la cama, con sus piernas rodeando las mías mientras me atraía contra su pecho. En el momento en que nuestra piel entró en contacto, la sensación me recorrió como una chispa. Su cuerpo estaba ardiendo, todo músculo duro y calor masculino.

Su miembro presionaba contra la parte baja de mi espalda, grueso, ardiente e increíblemente duro. Su longitud me abrasaba la piel y no pude evitar retorcerme contra él, intentando sentirlo más, intentando aliviar el dolor que me crecía entre las piernas.

—Tranquila, Zahra —su voz era pura lija y pecado contra mi oído —. Te daremos todo lo que necesites.

Sus grandes manos subieron por mi caja torácica y luego me rodearon los pechos. Su peso en sus palmas hizo que me arqueara contra su tacto. Sus pulgares buscaron mis pezones, rodeando la

carne erguida con una lentitud exasperante. Sin la presión suficiente. Ni de lejos la suficiente.

Gimoteé, empujando contra sus manos.

Él soltó una risita, y el sonido vibró a través de su pecho hasta mi columna.—Cuántas ganas nos tienes.

Sus pulgares volvieron a trazar círculos y luego presionaron. La sensación se disparó desde mis pezones directa a mi clítoris y jadeé. Los hizo rodar entre el pulgar y el índice, tirando, pellizcando, enviando chispas de placer-dolor que bailaban por mi piel hasta que estuvieron tiesos, doloridos y desesperados por su boca.

A mi espalda, su miembro palpitó contra mi piel. Me restregué contra él, arrancándole una brusca inspiración.

—Sigue haciendo eso —gruñó— y no aguantaré lo suficiente para adorarte como es debido.

No me importaba. Los quería salvajes. Los quería a todos salvajes.

Talesian se arrodilló entre mis piernas, y la visión de él allí —con los ojos verdes oscurecidos por el hambre y las escamas brillando bajo la piel— hizo que mi sexo se contrajera por la expectación. Sus manos se posaron primero en mis tobillos, cálidas y posesivas. Luego las deslizó hacia arriba. Lentamente. Sus palmas me trazaron las pantorrillas, con los dedos presionando el músculo. Más arriba. Sobre mis rodillas, deteniéndose para acariciar la piel sensible de la parte posterior. Luego por mis muslos; su tacto era firme y deliberado.

El calor de sus manos me quemaba la piel. Cada centímetro que subía me cortaba más la respiración. Hacía que mis piernas temblaran. Para cuando sus dedos alcanzaron el pliegue donde el muslo se une a la cadera, yo estaba estremeciéndome.

Me abrí para él. Dejé que mis muslos se separaran, ofreciéndome por completo a su mirada. La vulnerabilidad debería haberme avergonzado. En cambio, me hizo estar más mojada.

Seakal se movió a mi lado y sus dedos se entrelazaron en mi pelo. No con suavidad; agarró los mechones junto al cuero cabelludo, tirando con la fuerza justa para que escociera. El pequeño dolor me provocó un hormigueo y me hizo jadear. Usó su agarre para inclinar mi cabeza hacia atrás y exponer mi garganta.

—Dinos qué quieres —sus ojos desprendían un fuego azul, brillante y feroz—. Dinos cómo nos necesitas.

Las palabras se me atascaron en la garganta. Demasiados deseos. Demasiada necesidad. ¿Cómo podía expresar con palabras la desesperación que me desgarraba?

—Por todas partes —me arqueé contra el agarre de Navaree, empujando mis pechos hacia sus palmas—. Vuestras manos. Vuestras bocas. Los tres a la vez hasta que no pueda distinguir dónde termino yo y dónde empezáis vosotros.

Los labios de Talesian se curvaron en una sonrisa que era puro pecado.—Te daremos eso, dulzura. Y mucho más.

Navaree me separó las piernas con cuidado y me mantuvo abierta mientras Talesian bajaba la cabeza entre mis muslos. El primer roce de su aliento contra mi sexo me hizo dar un respingo. Aire caliente acariciando carne húmeda. Entonces su lengua subió por mis pliegues en una lamida larga y lenta que me arrancó un grito de la garganta.

La boca de Seakal chocó contra la mía y se tragó el sonido. Su beso era exigente, posesivo; su lengua se adentraba para reclamar cada rincón de mi boca.

Talesian se daba un festín mientras Seakal saqueaba mi boca. Su lengua rodeaba mi clítoris con círculos lentos y provocadores que hacían que mis caderas se agitaran. Luego más rápido. Con más firmeza. Rozaba el sensible haz de nervios con la punta de la lengua, y cada pasada enviaba rayos que me atravesaban el centro. Luego bajó más, con la lengua empujando en mi entrada. Embestidas superficiales. Dentro y fuera. Poseyéndome con su lengua mientras yo me retorcía sobre él.

Lamía mis pliegues, recogiendo la humedad allí acumulada, antes de volver a mi clítoris. Succionándolo. La succión hizo que mi espalda se arqueara, con un placer tan agudo que rozaba el dolor. Selló sus labios alrededor de la carne hinchada y succionó, con la lengua moviéndose contra ella al mismo tiempo.

No podía respirar. No podía pensar. Solo podía sentir.

Navaree me pellizcó los pezones con fuerza, haciéndome gemir contra la boca de Seakal. Luego liberó la presión solo para volver a

pellizcar. Cada tirón enviaba una descarga directa a donde trabajaba la boca de Talesian; ambas sensaciones se entrelazaban hasta que no podía separarlas.

El placer crecía. Se acumulaba. Capas y capas de sensaciones hasta que me sentí ahogada en ellas.

Más. Necesitaba más.

Seakal rompió el beso y yo jadeé buscando aire. Pero no se alejó. Su boca recorrió mi mandíbula, mi garganta. Se detuvo en mi pulso, succionando tan fuerte que supe que dejaría marca. Marcándome. Reclamando una prueba visible de su propiedad sobre mi piel.

Luego más abajo. Su boca se cerró sobre mi pecho, el que Navaree no estaba torturando. Sus dientes se hundieron en la carne suave, mordiendo. El aguijonazo fue inmediato y brillante, y mis manos subieron para enredarse en su pelo, manteniéndolo allí.

—Sí —susurré—. Más. Por favor.

Su lengua alivió el lugar donde habían estado sus dientes antes de pasar al pezón. Lo succionó y luego mordió la carne erguida. No lo suficiente para herirme de verdad, pero sí para caminar por ese borde perfecto entre el placer y el dolor.

Navaree me tomó la mandíbula, con los dedos firmes mientras giraba mi cabeza hacia él.

—Mírame.

Sostuve su mirada fundida, tan intensa y llena de hambre. Luego su boca descendió sobre la mía.

Si el beso de Talesian había sido absorbente y el de Seakal exigente, el de Navaree era una reclamación. Absoluto. Sus labios presionaron contra los míos con la certeza de alguien que sabía exactamente lo que quería y no aceptaría nada menos que una rendición completa.

Mi boca se abrió bajo la suya y su lengua se adentró. Lenta. Minuciosa. Saboreaba cada centímetro de mi boca como si lo estuviera memorizando: el borde de mis dientes, el paladar, enredándose con mi lengua en una danza que era en parte batalla y en parte adoración.

Su mano se cerró en mi pelo, inclinándome la cabeza justo donde la quería. La otra mano permanecía en mi pecho, todavía pellizcando

y haciendo rodar mi pezón al compás de la boca de Seakal en el otro lado. La doble sensación hacía que me fuera imposible concentrarme en nada que no fuera el placer que aumentaba en oleadas.

Me besaba más profundo. Más fuerte. Sus colmillos me engancharon el labio inferior y lo mordieron antes de que su lengua calmara el escozor. Luego succionó mi labio, reteniéndolo en su boca antes de soltarlo lentamente y lanzarse de nuevo a reclamarme.

El beso era posesivo. Devorador. Una promesa y una amenaza envueltas en una. Me besaba como si yo le perteneciera —como si siempre le hubiera pertenecido— y, que los dioses me perdonen, yo quería que así fuese. Quería ser suya de una forma tan completa que nada más existiera.

Cuando finalmente se retiró, yo estaba jadeando. Sentía los labios hinchados, magullados. Todo mi cuerpo vibraba de necesidad.

—Mía —gruñó contra mi boca—. Eres mía, Zahra. Nuestra.

—Vuestra —susurré como respuesta—. Siempre vuestra. Toda vuestra. Os necesito. Os necesito a todos vosotros. Juntos. Por favor.



Capítulo treinta y tres

Talesian gimió. —Eres perfecta, pequeña compañera. Introdujo dos dedos en mi interior, curvándolos hacia arriba, acariciando mi pared interna hasta que encontró ese punto que hizo que mi visión se nublara. Entonces presionó. Frotó. Masajeó ese lugar sensible mientras su boca continuaba su asalto a mi clítoris.

Navaree me agarró por la cara interna del muslo, manteniéndome con las piernas abiertas. Manteniéndome exactamente donde querían que estuviera.

—Sabes a gloria —dijo Talesian, levantando la cabeza lo justo para hablar, con el aliento caliente contra mi carne hinchada—. Tan mojada. Tan dulce. Podría comerme este precioso coño durante horas. Podría hacer que te corras en mi lengua una y otra vez hasta que estés sollozando. Hasta que me ruegues que pare.

Las palabras, combinadas con el movimiento de sus dedos dentro de mí, hicieron que me contrajera a su alrededor.

—No pares —balanceé las caderas, intentando que sus dedos llegaran más al fondo, intentando conseguir más fricción contra mi clítoris—. No te atrevas a parar.

—No entra en mis planes, dulzura. —Su sonrisa fue pícara antes de volver a bajar la boca.

Fue implacable. Su lengua trabajaba mi clítoris —rodeando, rozando, succionando— mientras sus dedos bombeaban en mi

interior. Más rápido. Más fuerte. Los sonidos húmedos de él follándome con los dedos llenaron la habitación, obscenos y perfectos.

Mis muslos temblaban, con los músculos estremeciéndose por el esfuerzo de mantenerme abierta para Talesian. La tensión se enroscaba cada vez más en mi vientre, tensándose como un muelle a punto de saltar. Mis manos se cerraron en puños en el pelo de Seakal con una fuerza que dejaría marca, usando el agarre como ancla. Mi otra mano tanteó hacia atrás a ciegas, encontrando el muslo de Navaree y clavando mis uñas en su duro músculo.

Necesitaba algo a lo que aferrarme. Algo sólido y real que evitara que me deshiciera mientras el placer subía más y más y más.

Demasiada sensación. Los dedos de Talesian acariciaban ese punto devastador en mi interior. Su boca succionando mi clítoris con una precisión implacable. Los dientes de Seakal en mi pecho, mordiendo, soltando y volviendo a morder. Las manos de Navaree en mi otro pecho, pellizcando mi pezón hasta que palpitó. Su calor me rodeaba. Su aliento en mi piel. Sus gruñidos y gemidos vibraban a través de mi cuerpo.

Demasiado. Pero también insuficiente. Nunca era suficiente. Quería más. Necesitaba más. Quería que me consumieran por completo hasta que no quedara nada más que esto: placer y calor y nosotros cuatro enredados.

Mis caderas se balanceaban frenéticamente ahora, follándome contra los dedos de Talesian. Buscando el orgasmo que se acumulaba en la base de mi columna. Tan cerca. Justo ahí. Casi...

—Por favor —jadeé—. Por favor, necesito..., voy a...

En un momento estaba al borde de ese precipicio imposible, con cada músculo tenso y tembloroso. Al siguiente, el placer detonó a través de mí con tal fuerza que mi visión se volvió blanca.

Mi espalda se arqueó, con la columna curvándose tan bruscamente que me separé del pecho de Navaree. Mi coño se contrajo alrededor de los dedos de Talesian. Ola tras ola de sensación chocaba contra mí, robándome cada una el aliento, los pensamientos y todo excepto el éxtasis cegador que me desgarraba.

Grité. El sonido brotó de mi garganta, crudo, primario y completamente fuera de mi control.

Mis muslos se cerraron alrededor de la cabeza de Talesian, atrapándolo allí incluso mientras él continuaba trabajando sus dedos dentro de mí, extrayendo hasta el último temblor. Mis uñas se clavaron en el muslo de Navaree. Mi otra mano tiró del pelo de Seakal con tanta fuerza que él siseó contra mi pecho.

El placer me recorría mientras Talesian seguía succionando mi clítoris, con la lengua rozando la carne hipersensible mientras me corría. La sensación era excesiva, pero no podía apartarme. No quería. Quería que exprimiera hasta la última gota de placer de mi cuerpo.

Las olas amainaron. Mi cuerpo se quedó lánguido entre ellos mientras tomaba aire a bocanadas.

—Joder —susurré, apenas audible—. Joder.

Talesian levantó la cara. Sus labios estaban hinchados y relucientes. Su barbilla estaba mojada con mis fluidos. Sus ojos estaban oscuros con un hambre que no estaba ni de lejos satisfecha.

—Preciosa —murmuró, presionando un beso en la cara interna de mi muslo—. Absolutamente preciosa cuando te deshaces por nosotros.

Nuestras luces del alma resplandecieron. Los tres colores se entrelazaron, girando y danzando, antes de envolver la luz aguamarina que palpitaba en mi pecho. Sus emociones me inundaron. No eran palabras ni pensamientos, sino sentimiento puro que ignoraba por completo el lenguaje.

—Por favor —la palabra surgió de mí como un ruego—. Os necesito dentro de mí. A todos. Ahora.

Miré a cada uno de ellos, dejando que vieran el hambre ardiendo en mis ojos. La desesperación absoluta.

—Folladme. Necesito vuestras pollas dentro de mí. Necesito sentir cómo me estiráis, cómo me llenáis, reclamándome tan a fondo que os sienta durante días. Quiero recordar cada embestida, cada roce, cada momento en que poseísteis mi cuerpo.

Me acerqué a ellos, temblando de necesidad. —Reclamadme. Marcadme. Hacedme vuestra de todas las formas posibles. Quiero

vuestros dientes en mi piel, vuestras marcas cubriendo mi cuerpo, vuestro semen dentro de mí. Quiero pruebas de lo que somos..., de lo que siempre hemos sido.

Se me quebró la voz. —Os lo suplico. Por favor. Tomadme. Usadme. Adoradme. Lo que necesitéis..., pero no me hagáis esperar más.

—¿Cómo nos quieres, pequeña compañera? —frotó Seakal sus dedos haciendo dibujos en mi cadera, cada toque dejando rastros de fuego—. Dinos exactamente cómo quieres que te adoremos.

Tres machos me rodeaban. Todos duros y listos. Todos centrados enteramente en mí. Sin desear nada más que darme placer, hacerme perder el control, darme todo lo que necesitaba.

El poder que había en eso —ser el centro de su universo— hizo que el calor se enroscara en la parte baja de mi vientre y se extendiera por mis extremidades como oro fundido.

Mi mente daba vueltas con las posibilidades. Tres pollas. Seis manos. Tres bocas. Todo mío. Todos queriendo reclamarme a la vez.

Dioses, sí.

—Talesian —me estiré hacia él, rodeándole la nuca con la mano y atrayéndolo—. Te necesito dentro de mí. Pero quiero la polla de Seakal en mi boca mientras me follas.

Los ojos de Seakal soltaron un destello de fuego azul y una sonrisa depredadora se extendió por su rostro.

Me giré para encontrarme con la mirada carmesí de Navaree. —Y tú..., quiero tus dedos. Quiero que me estires. Prepárame. Llename por todas partes hasta que no quede ninguna parte de mí que no esté reclamada por uno de vosotros.

—Pequeña compañera codiciosa —murmuró Talesian, pero su voz estaba cargada de aprobación, de hambre, de amor.

—¿Por vosotros? Siempre.

Talesian subió gateando por mi cuerpo, con los músculos ondulando. Lo agarré en cuanto estuvo lo bastante cerca, tirando de él hacia abajo para un beso que fue todo dientes y desesperación. Saboreé mi propia esencia en su lengua —sal, almizcle y sexo— y gemí en su boca.

Se acomodó entre mis muslos, con el glande presionando contra mi entrada. Podía sentir lo mojada que estaba, lo preparada. Mi coño se contrajo con anticipación, anhelando ser llenado.

Pero se detuvo. Sus ojos buscaron los míos, y la emoción pura que había allí… amor, miedo y devoción absoluta. —Te quiero. Cuando venga la oscuridad, cuando el poder intente llevarte..., allí estaré. Atrayéndote de vuelta. Aferrándome a ti. No desaparecerás en la magia. Te lo juro.

Las lágrimas volvieron a asomar a mis ojos. —Prométemelo.

—Lo prometo, dulzura —sus caderas se balancearon hacia adelante, con su polla empujando en mi interior en un deslizamiento largo y lento que me estiró a la perfección—. Siempre te encontraré. No importa lo perdida que estés en ese poder. No importa cuánto te alejes. Te traeré de vuelta todas y cada una de las veces.

Mi coño se dilató alrededor de su grosor, con los músculos trabajando para acomodar su envergadura. La plenitud fue inmediata y abrumadora. Estaba duro como el acero, ardiendo, y la forma en que me llenaba hizo que mis ojos se pusieran en blanco. Su polla golpeaba lugares profundos en mi interior que enviaban chispas de placer que danzaban ante mi visión.

—Joder —la palabra salió estrangulada—. Talesian..., te siento..., dioses...

Se retiró lentamente, sacando casi toda su longitud. Gimoteé ante la pérdida. Luego volvió a embestir profundo. Lento. Controlado. Deliberado. Sus movimientos eran pausados, cada estocada calculada para golpear terminaciones nerviosas específicas que me hacían ver las estrellas.

La fricción era enervante. Perfecta. Su polla rozaba mis paredes internas, enviando oleadas de sensación a través de mí con cada embestida. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Acumulando placer con una precisión implacable.

Seakal se movió entre mis piernas junto a Talesian y se tumbó boca abajo. Su aliento rozó donde la polla de Talesian me estiraba, y me estremecí.

—Mírate —murmuró Seakal—. Cómo lo recibes. Tu precioso coño estirado al límite alrededor de su polla.

La mano de Navaree me acarició la mandíbula y me giró la cabeza hacia él. Sus ojos carmesí ardían mientras su otra mano recorría mi cuerpo —sobre mi pecho, haciendo que me arqueara hacia su toque; a través de mi vientre, donde los músculos brincaban bajo sus dedos — y luego más abajo.

Sus dedos encontraron el lugar donde la polla de Talesian desaparecía en mi interior. Exploró el lugar donde nos uníamos, sintiendo cómo me estiraba alrededor del grosor de Talesian. Sintiendo la humedad que nos cubría a ambos. La intimidad de aquello —sus dedos trazando el lugar donde otro macho me reclamaba— hizo que mi coño se contrajera.

—Tan llena —murmuró Navaree, con voz de grava y pecado—. Tomándolo de maravilla. Tu coño aferrándose a su polla como si estuvieras hecha para ello. Hecha para nosotros.

Su dedo recogió la humedad de allí, luego bajó por mis caderas y entre mis nalgas, hasta presionar contra el apretado anillo de músculo de abajo.

—Dime si es demasiado. —Sus ojos sostuvieron los míos, intensos y exigentes—. Dime que pare y lo haré.

—Sí. —Le agarré la muñeca, manteniendo su mano allí. Negándome a dejar que se alejara—. No paréis. Os quiero a todos. De todas las formas en que podáis tomarme. Quiero estar tan llena que no pueda ni respirar.

Navaree presionó su dedo contra mi ano y aplicó una presión constante. Mi cuerpo se resistió; los músculos se tensaron, cerrándose ante la intrusión. La sensación era extraña, casi incómoda, pero no iba a dejar que eso lo detuviera.

—Respira. Relájate por mí.

Lo intenté. Tomé aire temblorosamente y obligué a mis músculos a relajarse. Su dedo presionó con más fuerza y, lentamente, el apretado anillo de músculo comenzó a ceder.

El escozor era intenso. Agudo. Mi cuerpo intentaba expulsarlo, pero él se mantuvo firme, presionando más profundamente con una lentitud agónica. La sensación caminaba por la delgada línea entre el placer y el dolor, inclinándose hacia el dolor al principio.

—Eso es. —La voz de Navaree era tranquilizadora incluso mientras me penetraba—. Déjame entrar. Déjame reclamar esta parte de ti también.

La punta de su dedo venció la firme resistencia y yo jadeé. La plenitud fue inmediata y abrumadora. Con la polla de Talesian llenando ya mi coño, la suma del dedo de Navaree en mi culo me hizo sentir imposiblemente llena. Estirada más allá de lo que creía posible.

—Joder. —La palabra salió estrangulada—. Es... demasiado...

—Respira. Tu cuerpo se adaptará. Solo respira y deja que nosotros te cuidemos —ordenó Navaree.

Me obligué a respirar. Inspirar por la nariz. Espirar por la boca. Lentamente, el escozor empezó a calmarse. Mis músculos empezaron a relajarse alrededor de su dedo, aceptando la intrusión.

Presionó con más profundidad. Centímetro a centímetro, con lentitud, su dedo se deslizó por mi ano hasta que se hundió hasta el nudillo. La plenitud se duplicó. Se triplicó. No podía inhalar a fondo de lo llena que estaba.

Talesian había detenido sus movimientos, dejando que me adaptara a la penetración dual. Su polla permanecía enterrada en lo profundo de mi coño, gruesa, dura y palpitante.

—Buena chica —murmuró Navaree—. Recibiéndonos a los dos tan bien.

Entonces se movió. Sacó su dedo casi por completo antes de volver a presionar hacia dentro. El roce del dedo contra ese conducto tan estrecho envió un placer inesperado recorriéndome. Era diferente de lo que hacía la polla de Talesian: más agudo, más intenso, al borde de ser insoportable.

Talesian reanudó sus embestidas, moviéndose en oposición al dedo de Navaree. Cuando Talesian salía, Navaree presionaba hacia dentro. Cuando Talesian embestía profundo, Navaree se retiraba. El ritmo generaba una plenitud enloquecedora en la que nunca estaba vacía; siempre estaba llena por uno de ellos o por ambos.

La penetración dual me empujó a un territorio nuevo. Mi cuerpo se estiraba para acomodarlos a ambos, con cada terminación nerviosa disparada por la sensación. La delgada pared entre mi coño y mi

culo hacía que pudiera sentirlo todo: la polla de Talesian deslizándose por un lado, el dedo de Navaree presionando por el otro.

—Más —jadeé—. Por favor, Navaree. Más.



Capítulo treinta y cuatro

Compañera codiciosa —dijo, pero su voz denotaba aprobación. Orgullo—. ¿Quieres más?

—Sí. —Hice añicos las sábanas bajo mis puños—. Estírame. Prepárame. Quiero…, necesito…

Él añadió un segundo dedo.

La dilatación fue inmediata e intensa. Mi cuerpo se resistió con más fuerza esta vez; el apretado anillo muscular protestaba ante el aumento de grosor. Pero Navaree fue paciente. Trabajó con ambos dedos dentro lentamente, dejando que mi cuerpo se ajustara centímetro a centímetro.

El ardor regresó, ahora más agudo. Las lágrimas me escocieron en los ojos, pero bajo la incomodidad había placer. Oscuro, intenso y absolutamente devorador. La plenitud era casi insoportable —la polla de Talesian en mi coño, los dos dedos de Navaree estirando mi culo —, pero lo quería. Lo anhelaba. Necesitaba estar completamente llena.

—Eso es. —Los dedos de Navaree empujaron más profundo—. Me estás recibiendo tan bien… Tu estrecho culito estirándose alrededor de mis dedos. Pronto estarás lista para mi polla.

La promesa en sus palabras hizo que mi coño se contrajera alrededor de Talesian y le arrancara un gemido.

Los dedos de Navaree empezaron a moverse con más intención ahora. Entrando y saliendo en contrapunto al ritmo de Talesian. La penetración dual creó un patrón enloquecedor: nunca vacía, siempre llena, siempre estirada. Mi cuerpo estaba abrumado por la sensación; el placer crecía desde múltiples puntos a la vez.

—Por favor —mi voz se quebró al pronunciarlo—. Navaree, por favor. Necesito tu polla. Necesito sentirte dentro de mí. Tus dedos son perfectos, pero quiero…, dioses, necesito…

—Dímelo —ordenó él—. Dime exactamente qué es lo que quieres.

—Tu polla. —Las palabras salieron a borbotones, desesperadas y desvergonzadas—. Quiero tu polla en mi culo. Quiero que me llenes mientras Talesian me folla el coño. Quiero que me estiréis entre los dos hasta que no pueda respirar. Hasta que no pueda pensar. Hasta que no quede nada excepto vosotros dentro de mí.

Mis manos buscaron hacia atrás, encontraron su muslo y lo apretaron con fuerza. —Por favor, Navaree. Reclámame. Tómame. Te lo ruego. Hazme tuya por completo.

Sus dedos se detuvieron dentro de mí. Luego, lentamente —con una lentitud tortuosa—, los retiró. La pérdida me hizo sollozar; mi cuerpo ya echaba de menos la plenitud.

—¿Estás segura? —Su voz sonaba tensa—. Una vez que esté dentro de ti así…

—Estoy segura. —Me giré para mirarlo por encima del hombro, dejando que viera el hambre desesperada en mis ojos—. Quiero esto. Te quiero a ti. Todo de ti. Por favor.

Su voz fue un susurro ronco: —Como desees, mi compañera.

Se colocó detrás de mí y el grueso bálano de su polla presionó donde sus dedos me habían estirado tan bien. Era mucho más grande que sus dedos. Más grueso. Más caliente. La presión roma hizo que mi cuerpo se tensara.

—Relájate para mí, Zahra —dijo.

Inhalé una bocanada de aire temblorosa y relajé los músculos que querían resistirse. Él empujó hacia delante con una presión constante e inexorable. El ardor fue inmediato e intenso. Mi cuerpo luchaba contra la intrusión; el apretado anillo muscular se esforzaba por acomodar su grosor.

—No puedo…, es demasiado…

—Puedes. Tu cuerpo fue hecho para esto. Hecho para nosotros. Respira a través de ello. —Su voz era firme pero amable.

Empujó un poco más y la cabeza de su polla venció esa apretada resistencia. Grité: parte dolor, parte placer, todo sensación abrumadora.

—Joder, Zahra. —Su voz estaba rota—. Qué estrecha estás. Qué perfecta.

Se mantuvo quieto, dejando que me adaptara a la intrusión. Con la polla de Talesian todavía enterrada en mi coño y ahora la de Navaree estirando mi culo, estaba más llena de lo que jamás había estado. La presión era casi insoportable. No podía respirar hondo. No podía pensar más allá de la sensación de estar siendo estirada más allá de mis límites.

Lentamente, Navaree presionó más hondo. Centímetro a agonizante centímetro, su polla se deslizó en mi culo. El ardor se intensificó; mi cuerpo luchaba por aceptarlo. Pero bajo la incomodidad, el placer crecía. Oscuro e intenso y absolutamente devorador.

Él gimió. —Eso es. Me estás recibiendo tan bien. Mírate, rellena de nosotros. Tan hermosa.

Siguió empujando hasta que finalmente —por fin— sentí sus caderas presionar contra mi culo. Estaba totalmente asentado dentro de mí. Enterrado hasta la empuñadura en mi conducto más estrecho mientras Talesian llenaba mi coño.

La plenitud era indescriptible. Abrumadora. Perfecta.

No podía moverme. Apenas podía respirar. Solo podía sentir la forma en que me estiraban, me reclamaban, poseían cada centímetro de mi cuerpo.

—Dioses, Zahra. Estás magnífica así. Recibiéndonos a los dos. Qué valiente. Qué perfecta —dijo Talesian con voz áspera.

—Nuestra hermosa compañera. Mírate. Estirada alrededor de sus pollas. Absolutamente impresionante —murmuró Seakal con sus manos, que acariciaban mis costados.

La mano de Navaree subió suavemente por mi columna vertebral. —Cada centímetro de ti diseñado para recibir nuestras pollas. Para

ser adorada. Para ser amada.

Sus elogios me envolvieron, llenando los espacios huecos de mi pecho. Haciéndome sentir poderosa, querida y absolutamente deseada.

—Seakal. Por favor. Yo también te necesito. Necesito tu polla en mi boca. Quiero saborearte. Quiero a los tres dentro de mí a la vez.

Sus ojos brillaron con fuego azul. —¿Mi pequeña compañera quiere estar llena por todas partes?

Me lamí los labios. —Por favor. Quiero a todos mis compañeros en mi cuerpo. Quiero ser completamente reclamada. Completamente vuestra.

Se movió de inmediato, se puso de rodillas y se situó cerca de mi cabeza. Su polla estaba a la altura de mi boca, gruesa, dura y reluciente en la punta.

—Ábrete para mí, pequeña compañera —dijo con voz ronca.

Separé los labios y él se guio hacia el interior. Su sabor inundó mi boca. Gemí alrededor de su longitud, y la vibración le hizo gruñir.

Me metió la polla lentamente, deslizándola sobre mi lengua y más profundamente en mi boca. Hundí las mejillas, succionando mientras él presionaba hacia delante. Tomándolo tan profundo como pude antes de que mi garganta protestara.

Su mano se enredó en mi pelo, suave pero firme. —Toma mi polla. Qué buena compañera. Recibiéndonos a todos.

Talesian rodeó con sus manos la suave carne de mis pechos y me rodó los pezones entre los dedos. El toque envió un rayo directo a donde estaba enterrado dentro de mí.

Navaree me masajeaba el otro pecho mientras Seakal entraba y salía suavemente de mis labios. Estaba tan deliciosamente llena. Tan completamente adorada. Cada parte de mí reclamada, complacida y amada.

—Qué hermosa —suspiró Talesian—. Nunca he visto nada más perfecto que tú así.

—Siempre hemos querido una compañera. Soñamos con encontrar a la que nos completara. Pero tú, Zahra…, has superado nuestros sueños más salvajes —dijo Navaree con la voz cargada de emoción.

—Nunca imaginé que encontraríamos a alguien que pudiera con todos nosotros. Que quisiera. Que lo suplicara —dijo Seakal.

Sus palabras me envolvieron, llenándome de calidez, amor y de la absoluta certeza de que esto estaba bien. De que pertenecíamos juntos exactamente así.

Gemí alrededor de la polla de Seakal y agarré su culo, instándolos a moverse. Necesitaba que se movieran. La plenitud era perfecta, pero necesitaba fricción. Necesitaba que me reclamaran por completo.

—Nuestra compañera se impacienta. Quiere su orgasmo y lo quiere ya —dijo Talesian, con una sonrisa ladeada en sus labios perfectos.

Gemí como respuesta, poniendo los ojos en blanco cuando su polla se deslizó casi del todo fuera de mi coño antes de volver a clavarse dentro. El roce de su longitud contra mis paredes internas me hizo sollozar.

Cuando Talesian se retiraba, Navaree presionaba profundamente en mi culo. Cuando Talesian empujaba hacia delante, Navaree retrocedía. El ritmo significaba que nunca estaba vacía; siempre estaba llena por al menos uno de ellos, normalmente por ambos.

Seakal balanceaba las caderas, deslizando su polla dentro y fuera de mi boca. Embestidas poco profundas que me dejaban respirar entre cada una. Su mano en mi pelo guiaba mis movimientos, manteniéndome exactamente donde él quería.

Tres pollas. Tres machos. Todos moviéndose dentro de mí en un ritmo coordinado que me sacaba de quicio.

Las embestidas de Talesian se volvieron más fuertes. Más rápidas. Su polla golpeaba profundamente dentro de mi coño, restregándose contra ese punto que me hacía ver estrellas. Sus manos en mis pechos pellizcaban mis pezones al compás de sus estocadas.

El ritmo de Navaree coincidía con el de Talesian. El ardor se había desvanecido, reemplazado por un placer oscuro que aumentaba con cada roce. La polla de Seakal presionaba más profundamente en mi boca, golpeando el fondo de mi garganta. Tuve una arcada, las lágrimas brotaron, pero no me retiré. Quería tomarlo lo más

profundo posible. Quería complacerlo del mismo modo que ellos me complacían a mí.

—Falta poco —gruñó Talesian—. Puedo sentir cómo se contrae tu coño. Tú también estás cerca, ¿verdad, dulzura?

No pude responder con la polla de Seakal en la boca, pero gemí alrededor de ella. La vibración le hizo maldecir.

—Eso es. Córrete para nosotros. Déjanos sentir cómo te desmoronas —dijo Navaree, que deslizó su mano hasta mi vientre y presionó mi clítoris.

Mi cuerpo se tensó. Se apretó. Se retorció como una cuerda demasiado tensa.

Mi orgasmo estalló como una explosión, violento y devastador. Mi coño se cerró alrededor de la polla de Talesian, contrayéndose en pulsos rítmicos. Mi culo se apretó alrededor de la de Navaree, agarrándolo tan fuerte que rugió. Grité alrededor de la polla de Seakal, un sonido ahogado pero desesperado.

Ola tras ola de placer me atravesaron. Cada una más intensa que la anterior. Mi cuerpo convulsionó entre ellos, temblando violentamente mientras la liberación me destrozaba y me reconstruía simultáneamente.

A través del vínculo, sus luces álmicas resplandecieron. Carmesí, verde, azul y oro fundiéndose en una luz blanca incandescente que lo consumía todo. Sentí su placer mezclándose con el mío. Sentí el momento en que Talesian terminó, su polla latiendo mientras llenaba mi coño. Sentí a Navaree seguirlo, rugiendo mientras se vaciaba en mi culo. Sentí el gemido de Seakal, su liberación inundando mi boca.

Tragué, saboreé, temblé. Completamente abrumada. Completamente reclamada. Completamente suya.

Perfecto.

Floté en algún lugar fuera de mi cuerpo, con la conciencia dispersa como la luz a través de un prisma. Lentamente —muy lentamente—, la conciencia regresó en un goteo. El peso de las extremidades. La bocanada de aire irregular en mis pulmones. El temblor de unos músculos hipersensibles.

Fui consciente de la cama debajo de mí. Suave. Real. Centradora. Luego el calor que me rodeaba mientras tres cuerpos masculinos se

apretaban cerca, su calidez filtrándose en mi piel.

Seakal estaba sentado contra el cabecero, con el pecho agitado y la respiración entrecortada. El sudor brillaba en su piel, haciendo que sus escamas de zafiro resplandecieran. Sus ojos azules estaban oscuros y saciados, pero todavía hambrientos, como si pudiera devorarme de nuevo.

Las grandes manos de Navaree sujetaban mis caderas suavemente, manteniéndome estable mientras retiraba lenta y cuidadosamente su polla de mi culo. El roce al salir me hizo sollozar. El estiramiento. El ardor. El vacío repentino donde antes me había estado llenando tan por completo.

—Tranquila —murmuró con voz reconfortante—. Te tengo.

Cuando por fin se soltó, jadeé ante la pérdida. Mi cuerpo se sentía extraño. Demasiado vacío. Con un dolor que nunca antes había experimentado.

Talesian retiró su polla de mi coño con la misma lentitud cuidadosa. Cada centímetro que se alejaba me hacía sentir más hueca. Más despojada. Cuando salió del todo, emití un sonido que fue mitad sollozo, mitad protesta.

Eché de menos su calor al instante. Eché de menos la plenitud. Eché de menos la conexión de tenerlos enterrados dentro de mí.

La mano de Talesian acarició mi cadera. —Estamos aquí mismo. No nos vamos a ningún lado.

Pero los necesitaba más cerca. Necesitaba su contacto. Necesitaba...

Seakal se movió antes de que pudiera articular la necesidad. Trepó por encima de Talesian sin ninguna gracia; su rodilla aterrizó en el muslo de Talesian de tal forma que el otro macho gruñó en señal de protesta.

—Seakal —refunfuñó Talesian—. Hay espacio de sobra para todos...

—No es lo bastante rápido —me estrechó Seakal en sus brazos, pegándome a su pecho con seguridad posesiva—. Mi compañera me necesita.

Me derretí en su abrazo. Mi cuerpo quedó medio tumbado sobre su pecho, con una pierna enredada con la suya y mi cabeza bajo su

barbilla. Su corazón atronaba contra mi oreja, rápido, fuerte y real.

Navaree se curvó detrás de mí, envolviéndome con su complexión más grande en un nido de calor. Su brazo pasó por mi cintura, con la mano extendida posesivamente sobre mi vientre. Su aliento calentaba mi nuca.

Talesian se movió, colocándose detrás de Seakal, pero aún lo bastante cerca como para tocarme. Su mano encontró mi tobillo; sus dedos trazaban patrones suaves sobre mi piel. Conectados. Siempre conectados.

Los tres me rodeaban. Consolándome. Tocándome. Sus manos nunca dejaban de moverse, acariciando mi pelo, mi espalda, mis brazos. Toques suaves que me mantenían en la tierra. Me recordaban que era real. Que estaba aquí. Que era suya.

Nuestras luces álmicas pulsaban a través del vínculo. Ya no era la explosión fulgurante de antes, sino algo más suave ahora. Más estable. El ritmo de nuestro vínculo ahogaba mi latido frenético. Ralentizaba mi pulso acelerado. Las cuatro luces latían juntas —dentro, fuera, dentro, fuera— como un solo corazón en lugar de cuatro.

—Os siento —presioné mi mano contra mi pecho, donde el vínculo vibraba bajo mis costillas, una vibración que resonaba a través de hueso, músculo y alma—. A todos vosotros. Dentro de mí. Siendo parte de mí.

Los labios de Talesian presionaron mi sien en un beso suave como una pluma. —Y nosotros te sentimos a ti. Ahora estás entretejida en nuestras almas, Zahra. Cada hilo de nosotros enredado con cada hilo de ti. No hay forma de separarlo. No se puede deshacer.

—Nunca querría deshacerlo —susurré.

El zumbido constante del grimorio había desaparecido. Si era solo por ahora o para siempre, era un misterio. Pero incluso en este momento de paz, nos enfrentábamos a un futuro imposible. Seguíamos siendo responsables de encontrar al sexto miembro de la manada. Seguíamos encargados de salvar dos mundos moribundos.

Artus estaba ahí fuera, en alguna parte. El último fragmento del grimorio tenía que ser liberado y reunido a través de una barrera inestable entre nuestros mundos. La Tierra y Faerie seguían

balanceándose en el filo de la navaja entre la salvación y la aniquilación.

Aquí, protegida por el calor, el amor y la absoluta aceptación en este momento, yo no era la Elegida. No era un recipiente que portaba fragmentos de magia antigua. No era un arma forjada para luchar en batallas imposibles. No era la llave para desbloquear destinos que nunca pedí.

Era Zahra. Solo Zahra. Y era amada.

—Gracias —susurré las palabras contra el pecho de Seakal y luego giré la cabeza para dar un beso en el brazo de Navaree que me rodeaba—. Por verme. Por amarme. Por luchar por mí cuando yo no podía luchar por mí misma.

—Siempre —murmuró Navaree.

Los brazos de Seakal se apretaron a mi alrededor. —Eres nuestra, pequeña compañera. Y nosotros protegemos lo que es nuestro. Nada nos lo arrebatará. Ni la profecía. Ni la magia. Ni dioses ni monstruos ni mundos moribundos. Nada.

—Te elegimos a ti —tronó Navaree contra mi espalda—. Y seguiremos eligiéndote. Cada día. Cada instante. Cada aliento.

—Vale la pena luchar por ti. Morir por ti. Vale la pena quemar el mundo entero por ti —dijo Talesian.

Cerré los ojos, dejando que su presencia llenara todos los huecos vacíos de mi interior. Los espacios excavados por el miedo, el trauma y años de esconderme y ser pequeña. Su amor se vertía en esas heridas, calmándolas, sanándolas. No borraba las cicatrices, que siempre formarían parte de mí, pero las hacía soportables.

Mañana traería más batallas. Mañana tendría que ser fuerte otra vez. Tendría que cargar con el peso de la profecía, el poder y las expectativas que nunca pedí.

Pero esta noche era suya. Y ellos eran míos.

—Duerme, pequeña compañera. Montaremos guardia. Nadie te tocará esta noche. Nadie pasará a través de nosotros —murmuró Seakal sobre mi pelo, depositando un beso en mi coronilla.

—Te mantendremos a salvo del mundo. De la magia. De todo lo que quiera hacerte daño —prometió Talesian, buscando mi mano y entrelazando nuestros dedos.

La voz de Navaree retumbó desde su pecho hasta mi columna, con una vibración relajante. —Y mañana enfrentaremos lo que venga. Juntos. Como una manada. Como compañeros.

Dejé que mis ojos se cerraran, rodeada de calor, amor y el pulso constante de nuestro vínculo. Cuatro luces álmicas latiendo en perfecta sincronía. Cuatro corazones que se habían convertido en uno solo. Cuatro almas tan enredadas que nada podría separarlas.

Nuestra respiración se ralentizó y nos sumimos en el sueño, y aun así me sujetaban. Me protegían. Me amaban.

El apocalipsis podía esperar.

Esta noche, tenía todo lo que necesitaba.

.

*

.

Sobre la autora

—La magia no consiste en tener poder sobre los demás; consiste en encontrar la fuerza para ser uno mismo en un mundo que quiere cambiarte—.

.

Charmaine Ross es una autora de fantasía romántica que teje relatos de magia, mitología y el perdurable poder del amor frente a la oscuridad. Con una pasión por crear mundos inmersivos donde la magia antigua choca con las emociones modernas, crea historias que exploran temas como la resiliencia, la redención y los vínculos que trascienden el tiempo mismo.

.

Cuando no está perdida en los reinos de los cambiapieles y la magia de las hadas, Charmaine disfruta del yoga y de perderse en mundos ficticios creados por otros autores de talento. Cree que la magia más fuerte reside en las conexiones que forjamos con los demás, una filosofía que infunde vida a cada personaje que crea.

.

Contenido extra

.

¿Quieres saber más sobre la historia de Zahra? Entra en charmainerossauthor.com y únete a mi lista de correo para acceder a

contenido extra gratuito.

.

Deja una reseña

.

Si has disfrutado de la historia de Gilda, por favor, considera dejar una reseña en tu plataforma de libros favorita. Las reseñas ayudan a otros lectores a descubrir nuevos libros y autores, y significan muchísimo para escritores como yo. Ya sean unas pocas palabras sobre lo que te ha gustado o un desglose detallado de tus momentos favoritos, cada reseña marca la diferencia. Tus pensamientos y opiniones ayudan a dar forma a las historias que cuento, lo que me conecta con lectores que comparten mi amor por el romance sobrenatural. Gracias por dedicar tu tiempo a compartir tu experiencia con otros lectores.

.

Gracias por leer

.

Gracias por acompañar a Gilda en su viaje desde las sombras de la esclavitud hasta la luz de la verdadera pertenencia. Escribir su historia ha sido una experiencia increíble, y saber que lectores como tú han seguido su camino hacia la libertad y el amor hace que cada palabra valga la pena. Tu tiempo es precioso, y me siento honrada de que hayas elegido pasarlo en el mundo que he creado. Ya sea esta tu primera incursión en el romance sobrenatural o que seas un fan del género desde hace mucho tiempo, espero que el coraje de Gilda y la devoción de sus compañeros te hayan llegado al corazón del mismo modo que me llegaron a mí mientras escribía. Gracias por creer en el poder de las segundas oportunidades, en la familia elegida y en el amor que conquista incluso la magia más oscura. Hasta que nuestros caminos se vuelvan a cruzar en otra historia, feliz lectura.

.

*

.

El grimorio llama. La barrera se resquebraja. La última Elegida ha sido olvidada por ambos mundos... hasta ahora.

.

En lo más profundo de la interminable tundra helada de Faerie, Lyriana duerme en una tumba de hielo vivo. El fragmento de su alma, corrompido y perseguido, es la última esperanza para dos reinos moribundos. Pero la mente de Lyriana no le pertenece. Las sombras le susurran en la oscuridad. La magia del grimorio parpadea y arde en sus venas, un faro para aquellos que quieren salvarla... y para aquellos que querrían verla destruida.

.

Ahora, mientras las cenizas de Britheva se asientan y Artus acecha entre las ruinas, Zahra y sus hermanas corren para encontrar a la reina prisionera antes de que caiga la maldición final. Pero los vínculos de Lyriana están debilitados. Sus recuerdos están fracturados. Y sus compañeros —el rey Cedar, Ryland, Calder— esperan atrapados en estasis, con sus corazones sintonizados únicamente con su dolor.

.

Hará falta algo más que un rescate para despertar a Lyriana. Hará falta una ruptura: del poder, de la lealtad, del destino mismo. Si no consigue dominar la magia destinada a consumirla, tanto Faerie como la Tierra sucumbirán a un invierno eterno.

.

La caza ha comenzado. La manada no está completa. Solo eligiendo su verdadero yo —y reclamando el amor y el poder para los que estaba destinada— podrá Lyriana romper la maldición.

.

La batalla final se acerca.
Una reina perdida.
El vínculo de un rey roto por la traición.
Un amor lo bastante fuerte como para cambiar mundos.

.

El fin comienza con ella.

.

*

.

Magia desatada

Capítulo uno

.

Iba a morir de frío. Ni rápido ni de forma limpia. Moriría de ese tipo de muerte lenta en la que sentía cada segundo de cómo mi cuerpo se rendía antes de que la oscuridad me reclamara. Mis pulmones se agarrotaron, el aire se convirtió en cristal dentro de mi pecho. Un dolor agudo y cristalino se extendió por mis costillas, por mi columna, hasta la punta de los dedos. Entonces mi corazón tartamudeó, dio un vuelco. El silencio me aterrorizaba más que el dolor. Mi pulso se acalló y supe que me estaba desvaneciendo. La oscuridad se lo tragó todo.

Y entonces desperté.

Desperté ante la misma presión aplastante del hielo que envolvía mi cuerpo. El mismo momento de confuso terror antes de que mi cerebro se pusiera al día y recordara. Esto ya había pasado antes. Volvería a pasar. Los desmayos no cesaban nunca. Se detenían lo suficiente como para dejarme sentir cómo crecía el pavor antes de empezar de nuevo.

¿Dónde estaba? La pregunta surgía cada vez que recobraba el conocimiento, fragmentándose antes de que pudiera seguir el pensamiento hacia algo útil. ¿Una celda? ¿Una tumba? Alguien me había puesto aquí o yo había tropezado con esta prisión helada. Ninguna de las dos respuestas importaba cuando seguía perdiendo el conocimiento una y otra vez.

¿Cuánto tiempo llevaba pasando esto? ¿Horas? ¿Días? El tiempo no significaba nada cuando cada momento se desdibujaba en el mismo patrón. Dolor. Oscuridad. Despertar. Perder la consciencia de nuevo.

El hielo me oprimía cada centímetro, una tumba que no me dejaba descansar. No me liberaba hacia lo que viniera después. Me mantenía suspendida en el peor momento, el instante previo a perder el conocimiento, y se negaba a dejarme pasar al otro lado.

Intenté gritar, pero mi garganta estaba sellada por el hielo. El sonido moría antes de formarse, atrapado en mi interior con todas las demás cosas que no podía liberar. Terror. Horror. La necesidad desesperada de que esto —fuera lo que fuese— se detuviera.

El frío había convertido mis músculos en piedra. Mis dedos no se curvaban. Mis pies no se flexionaban. Incluso mis párpados se negaban a cerrarse, obligándome a mirar el tenue azul de la tumba de hielo mientras mi cuerpo se apagaba.

Lo único que podía hacer era sentir cómo llegaba la siguiente oleada brutal de inconsciencia. Sentir mis pulmones estallar con ese anhelo desesperado de aire. Sentir mi corazón luchando, cada latido más lento que el anterior. Sentir la oscuridad avanzando desde los bordes de mi visión, estrechando el mundo hasta un punto antes de tragarse eso también.

Y cuando volvía a despertar, el ciclo comenzaba de nuevo. Una y otra vez y otra vez, y no había nada que pudiera hacer para detenerlo. El patrón debería haberse atenuado con la repetición. No fue así. Intentaba prepararme para ello, disponerme a endurecerme, aguantar sin el pico de terror que llegaba cada vez, pero siempre se sentía como la primera vez. Cada despertar era un respiro temporal antes de lo inevitable. Mi mente no podía ajustarse. No podía aceptar. Seguía luchando, seguía esperando, seguía rompiéndose cuando el frío demostraba ser más fuerte que mi voluntad de sobrevivir.

¿Cuántas veces me había desmayado? ¿Diez? ¿Cien? Mis pensamientos se astillaban antes de que pudiera contar, fragmentándose como hielo bajo presión. No había un antes ni un después. Solo este bucle sin fin de agonía y confusión.

Lo peor era el saber. Esos breves segundos de consciencia entre desmayos cuando mi mente se aclaraba lo suficiente como para entender lo que estaba pasando. Para darme cuenta de que estaba atrapada. Para que el terror aumentara antes de que el frío me arrastrara de nuevo al fondo.

No sabía por qué estaba pasando esto.

No sabía quién me había hecho esto.

No sabía si ya estaba muerta y esto era una vida después de la muerte muy jodida.

A veces, en esos fugaces momentos de consciencia, sentía presencias rozando mi mente. Fantasmas cálidos donde todo lo demás estaba congelado. Constantes cuando mis pensamientos se

hacían añicos. Se colaban en los espacios entre la consciencia y el olvido, íntimos de una forma que hacía que me doliera el pecho.

Tres de ellos.

Probablemente nada más que delirios febriles. Alucinaciones por la hipotermia y cualquier tortura que me hubiera traído aquí. Mi mente quebrándose bajo la presión, inventando consuelo donde no existía ninguno.

Pero se sentían reales.

Se sentían como personas reales tendiendo la mano a través del hielo, anclándome cuando empezaba a irme a la deriva. Como un aliento acariciando mi piel en los momentos previos a que la oscuridad me reclamara. Como un calor floreciendo en el bajo vientre cuando todo lo demás era entumecimiento y dolor.

Me aferraba a estas presencias, me agarraba a ellas porque la alternativa era ahogarme a solas en la oscuridad helada. Siempre había estado sola y era... agradable no estarlo. Por una vez en mi jodida vida, quería dejar entrar a alguien.

Las presencias palpitaban contra mi consciencia. Insistentes. Negándose a dejarme desvanecer por completo, cuando deseaba no volver a despertar. Se entretejían a través de mis pensamientos fragmentados, atrapando las piezas antes de que se dispersaran. Uno se sentía como fuego apenas contenido. Otro como una sombra con forma. El tercero como una luz que se negaba a atenuarse.

Aguanta.

Las palabras no eran palabras. Más bien un sentimiento, una certeza que zumbaba a través de cualquier conexión que existiera entre nosotros. Entre mí y estas presencias fantasmales que no deberían existir.

Vamos a por ti.

Mentiras. Mentiras hermosas que mi mente rota susurraba para mantenerme cuerda. Pero me aferraba a ellas de todos modos porque cuando tocaban mi consciencia, algo en mí respondía.

Los recuerdos afloraban entre los desmayos. Trozos de la vida que una vez tuve cuando era muy joven. Flashes vívidos de mi vida cuando vivía en el castillo de Esoti, hecho de muros de piedra tan fríos que dolía tocarlos. Voces duras resonando por pasillos por los

que no se me permitía caminar. Ser lo bastante pequeña para que la gente mirara a través de mí en lugar de a mí. Recordaba eso. Recordaba ser invisible. Fregar suelos hasta que mis manos sangraban y el agua se volvía rosa en el cubo. El escozor de la piel agrietada. El dolor en mis rodillas de estar arrodillada demasiado tiempo.

Ver a una niña de pelo platino más joven que yo recibir palizas destinadas a alguien más grande, más fuerte, alguien que importara. El rostro de Serafine nunca se desdibujaba en el recuerdo, pero siempre recordaba el restallido de la carne contra la carne. La forma en que nunca emitía un sonido, sin importar cuántos moratones tuviera. Cómo yo había querido detener aquello y no me había movido, paralizada por mi propia pequeñez.

Había escapado. Huido al bosque de los lobos sin más plan que no mirar atrás jamás. Las ramas enganchándose en mi ropa, desgarrándome la piel. El mordisco del hambre que duró días. El peso del cansancio que se instaló en mis huesos y nunca se fue. El descubrimiento de la luz en mis palmas cuando la infección reptó por una herida en mi pierna; llamas rojas, naranjas y amarillas que danzaron por mi piel y cerraron la carne desgarrada sin dejar cicatrices.

Tenía diez años la primera vez que sané. La primera vez que supe que volver significaba la muerte segura y que no podía dejar que nadie viera lo que era capaz de hacer.

Vagué por las tierras durante años después de aquello. Siempre mirando por encima del hombro, por si uno de los guardias con poderes mágicos de Esoti venía a buscarme, pero nunca lo hicieron. Quizá era demasiado buena escondiéndome. Quizá a nadie le importaba que alguien como yo faltara.

Los recuerdos se comprimían aquí, los años se mezclaban en un único tramo de movimiento. Estaciones pasando. Pueblos apareciendo y desapareciendo. Sanando a gente por monedas o comida, cerrando heridas y curando fiebres. Manteniendo la cabeza gacha. Siempre en secreto y en silencio. Mudándome antes de que nadie pudiera hacer preguntas o recordar mi cara.

Se me daba bien desaparecer. Ser alguien olvidable. Hasta que dejé de serlo. Alguien en territorio de las panteras me delató y The Cadre vino a buscarme. Se acabó lo de sanar a la gente allí. Se acabó lo de que mi secreto estuviera a salvo.

Me arrojaron a una mazmorra, pero no a las mazmorras normales de horror bajo la fortaleza de Titan. Me arrojaron a una mazmorra especial, protegida mágicamente y olvidada. Tanto yo como los otros olvidados vivíamos en la oscuridad absoluta hasta que el guardia venía a hacernos daño. Estábamos enjaulados entre muros de piedra que rezumaban humedad. El olor a podredumbre y miedo. Gritos que rebotaban en esas paredes. Mis gritos. Los gritos de otros también. Personas a las que no pude salvar por mucho que quisiera.

Las cadenas se me habían clavado en las muñecas y tintineaban cuando temblaba. Especialmente durante la tortura que seguía y seguía y seguía. Tanto tiempo que olvidé lo que era no sentir dolor. A veces sanaba lo peor cuando los guardias se iban, pero nunca les entregué mi habilidad para sanar. Tendrían que habérmela arrancado de los huesos, incluso si hubiera podido dársela.

Pensé que moriría allí antes de que una onda expansiva estallara en la oscuridad y me lanzara a un hielo infinito. Despertares infinitos. Desmayos infinitos. Una y otra vez. Atrapada aquí sin salida.

Mis pensamientos se fracturaron. Los recuerdos se escapaban. El frío me arrastraba hacia abajo.

Pero las presencias permanecieron. Puntos cálidos de luz en la oscuridad. Y frío. Siempre tanto, tanto frío. Hasta que dejó de serlo. Hasta que el calor floreció a mi alrededor. Ardiente pero sin llegar a matarme. El calor imbuyó el hielo que envolvía mi cuerpo con una calidez tan intensa que parecía que estaba viva.

Fuego. Aunque no tenía palabras para describir de qué tipo. Solo sabía que estaba derritiendo la prisión que me contenía. Consumiendo la tumba de hielo en la que estaba congelada.

El hielo se resquebrajó. Un sonido como un trueno, partiendo el silencio. La presión alrededor de mi cuerpo cambió. Cedió. Más grietas se extendieron como una telaraña por la superficie; cada una de ellas cantaba mientras el hielo se rendía antes de que yo cayera.

El mundo dio vueltas. Tomé mi primera bocanada de aire, mis pulmones expandiéndose para absorber el preciado oxígeno mientras caía por el espacio sin nada a lo que asirme, nada que frenara mi descenso. Caí en picado antes de estamparme contra algo sólido. El dolor estalló a lo largo de mi columna, irradiándose hacia fuera. Me quedé aturdida, incapaz de moverme, incapaz de hacer nada excepto existir en las secuelas de la caída.

La sensibilidad regresó poco a poco. Al menos esta vez no me había desmayado. Mi cerebro estaba tan aletargado que tardé mucho tiempo en asimilarlo. Respiré. Respiraciones ásperas y dolorosas que sabían a sangre, pero respiraba. Mi corazón martilleaba contra mis costillas, demasiado rápido y demasiado fuerte, pero latía.

La nieve presionaba contra mi mejilla. El viento aullaba sobre mi piel empapada, convirtiendo el agua del hielo derretido en una fina capa de escarcha. Tenía tanto frío que no sentía las manos, pero estaba viva. Eso tenía que servir de algo.

Me quité la escarcha de las pestañas, intentando borrar el blanco interminable. ¿Me habría quedado ciega? Pensaba que la ceguera significaba oscuridad, pero de aquel blanco infinito surgieron formas. No estaba ciega, pero a mi alrededor todo era nieve e hielo y cielos grises interminables.

No había variación en la vasta extensión de la nada helada. Ni refugio. Ni calor. Ni señales de vida por ninguna parte en el páramo que me rodeaba. Nada más que un blanco infinito y gélido.

Había escapado de la tumba de hielo solo para morir congelada aquí. Más despacio. Siendo más consciente. Pero muerta de todos modos. Mis brazos temblaron por el esfuerzo mientras intentaba incorporarme, mis músculos gritando en señal de protesta. Cedieron a mitad de camino. Me desplomé de nuevo en la nieve y el impacto sacudió mi columna magullada.

La sensación se desvaneció. Hacia mis huesos. Hacia lugares que no sabía que pudieran sentir la temperatura. Mi cuerpo se estaba apagando de nuevo, solo que más lentamente que antes. Hipotermia en lugar de lo que fuera que me estaba pasando en el hielo. Busqué a mis amigos. A mis fantasmas, pero mi mente estaba vacía. No

hubo más palabras dulces de consuelo. No más caricias que no eran reales. Estaba sola. Otra vez.

No habían sido más que imaginaciones. Alucinaciones nacidas del trauma. Nada real. Nada que debiera lamentar haber perdido, pero el vacío me dolía de todos modos. ¡Qué suerte la mía, que las primeras personas a las que había dejado entrar fueran imaginarias!

Justo cuando mis párpados se cerraban y la oscuridad me alcanzaba, una figura apareció a través del blanco. Un varón. Alto. De pelo largo, protegido contra el frío con pieles blancas y voluminosas. Caminaba hacia mí por la nieve con una facilidad que indicaba que aquel infierno helado era su hogar. Y caminaba directo hacia mí.

Tenía que correr. Luchar. Hacer lo que fuera excepto quedarme aquí tumbada esperando lo que viniera después, pero mi cuerpo se negaba a obedecer. No podía mantenerme despierta. Mis ojos se cerraron a pesar de que cada instinto me gritaba que me mantuviera alerta.

Mis ojos se abrieron de golpe cuando un suave golpe sonó a mi lado. El hombre estaba acuclillado sobre mí.

Azul. Su piel era azul. No pálida ni enfermiza, sino de un azul intenso como el crepúsculo hecho forma. El color no debería haber sido hermoso, pero lo era. Sus orejas terminaban en puntas afiladas, visibles a través del cabello azul marino que le caía más abajo de los hombros. Más largo de lo que lo llevaría cualquier hombre humano. Los mechones se movían con el viento, revelando más de esa piel imposible, de esos pómulos marcados.

Pestañas espesas enmarcaban su mirada intensa. Sus rasgos eran angulosos, elegantes, el tipo de rostro que pertenecía a los cuadros o a los sueños. Hermoso de esa manera peligrosa. Era de otro mundo. Perfecto. El pensamiento encajó con una claridad aterradora.

Fae.

Era un fae.

Los fae no podían estar en la Tierra. Las barreras entre nuestros mundos habían sido selladas hacía un milenio, después de que el Rey Cedar diera la espalda a toda la humanidad. ¿Había estado

escondido aquí todo este tiempo? ¿Desde que se cerraron las barreras? ¿Cuántos otros de su especie habría aquí, ocultos en aquel páramo helado donde nadie buscaría?

—Ya la tengo —su voz era profunda—. Tenía acento. Me envolvió en pieles blancas tan gruesas como las que él mismo vestía, deslizando sus brazos bajo mi cuerpo y levantándome de la nieve como si no pesara nada—. Ahora está a salvo.

A salvo. Esa palabra de nuevo. Esta vez dicha por una criatura que no debería existir.

Debería exigir respuestas. Debería hacer cualquier cosa menos dejar que me llevara lejos de dondequiera que viniera yo.

Pero no podía. Mi cuerpo se había rendido en la lucha, dejándome lánguida en sus brazos mientras me sostenía contra su pecho. Su calor se filtraba a través de mi ropa empapada. Estaba más caliente que cualquier humano. Mi piel congelada absorbía aquel calor mientras mi mente intentaba asimilar lo que era él.

—Mi refugio no está lejos —dijo, con la voz baja en un murmullo que vibraba desde su pecho hasta el mío—. Haré que entre en calor. Le daré ropa seca. Comida. —Su acento se acentuaba en ciertas palabras, haciéndolas sonar líricas—. Va a estar bien. Se lo prometo.

Las palabras se desdibujaban. Refugio. Calor. Seguridad. Promesas que no tenía motivos para creer. El significado se me escapaba antes de que pudiera aferrarlo, perdido en la bruma del agotamiento, del frío y de la realidad imposible de ser sostenida por un varón fae que no debería existir.

Debí de quedarme dormida, porque cuando abrí los ojos a la fuerza, caminábamos entre árboles altos. El hielo y la nieve pesaban sobre las agujas de color verde oscuro y el aroma a pino fresco llenó mis pulmones. Estábamos en un bosque, no muy diferente al territorio de los lobos, pero los árboles no eran exactamente iguales. Eran demasiado altos. Demasiado gruesos. Nos protegían del viento helado que me había azotado en el campo de hielo. El frío seguía siendo brutal, pero al menos no intentaba arrancarme la piel de los huesos con cada ráfaga.

El varón me miró y una sonrisa curvó sus labios.

—Me alegra ver que ha vuelto a despertar.

—Me alegra haberme despertado —logré decir, y parpadeé ante su sonrisa radiante.

Nos adentró más en el bosque. Los árboles crecían más juntos. Sus ramas se enredaban en lo alto, creando un dosel que bloqueaba parte de la luz gris. Las sombras hacían que el frío se sintiera diferente. Más pesado. Más presente.

Unas lucecitas moradas parpadearon entre los árboles. Al principio las vi por el rabillo del ojo. Pensé que me había imaginado que flotaban entre las sombras. Se tejían entre las ramas y se acercaban a nosotros. El resplandor púrpura pulsaba suavemente: brillaba y se atenuaba en un ritmo que me recordaba a la respiración.

—Son hadas. La atraerán hacia el bosque si las deja —su voz de bajo vibró en mi interior.

—¿Hadas? No conocía ninguna. ¿No son luciérnagas?

—Aquí no tenemos luciérnagas.

Las luces se entrelazaban unas con otras en patrones que parecían deliberados. Juguetones, casi. Como si estuvieran bailando entre las sombras solo para ver qué hacíamos nosotros.

El varón les gritó. No eran palabras que yo entendiera. El idioma era áspero, gutural, lleno de sonidos que me raspaban los oídos. Pero no necesitaba conocer las palabras para entender el tono. Feroz. Tan afilado como para cortar. Violencia envuelta en lenguaje y lanzada contra aquellas hadas.

Las luces se apagaron y desaparecieron entre las sombras con tanta rapidez que fue como si nunca hubieran estado allí. Mi corazón martilleó contra mis costillas, el miedo disparándose a través del agotamiento.

Ese destello de crueldad había sido real. Este hombre tenía violencia en su interior. Cerca de la superficie. Lista para ser usada.

Su mirada bajó hacia mí y el cambio en su rostro me inquietó. Tenía el ceño liso y una sonrisa dócil curvaba sus labios carnosos.

—Son una plaga y, si no les grita, se quedan por aquí. Se alimentan de carne muerta, así que atraen a la gente al frío y esperan a que mueran. Yo la protegeré de ellas. Ya no volverán a molestarnos.

Su voz se había vuelto gentil de nuevo. Como si la violencia no hubiera ocurrido. Pero había ocurrido. Sabía lo que había visto antes en muchos hombres. Tenía que tener cuidado con este varón.

Mantuve mi expresión neutral. No dejé que el miedo se reflejara en mi rostro.

—Gracias —las palabras me supieron a ceniza. A mentira. Pero las forcé a salir de todos modos porque eso es lo que se hace cuando se es débil y se necesita que alguien que podría hacerte daño siga pensando que eres inofensiva. Agradecida. No una amenaza.

Una cabaña apareció entre los árboles. Pequeña. De madera toscamente labrada que parecía desgastada por el tiempo y el frío, medio enterrada bajo la nieve y el hielo. El humo subía por una chimenea de piedra. La promesa de calor después de tanto frío y muerte era abrumadora.

También era conveniente.

¿Cómo me había encontrado este hombre? Parecía que vivía en el bosque y, para cuando me encontró, yo estaba medio enterrada en la nieve en mitad de una tundra helada que se extendía de horizonte a horizonte. ¿Cómo me había encontrado en el momento preciso en que necesitaba que me rescataran?

Podría haber una respuesta razonable, pero yo estaba a su merced. No podía permitirme enfadarlo. No cuando la alternativa era morir congelada en un bosque de árboles muertos sin tener ni idea de dónde estaba.

El varón abrió la puerta. El calor nos envolvió mientras me llevaba al interior. La diferencia de temperatura fue tan extrema que dolió. Mi rostro ardía. Mis dedos gritaban mientras la sangre volvía a fluir por las extremidades que habían estado entumecidas durante demasiado tiempo.

El interior era sencillo. Una sola estancia con un fuego crepitando en un hogar de piedra. Estantes llenos de frascos y hierbas secas cuyos nombres desconocía. Todo ordenado. Pulcro. Nada fuera de su lugar. Pieles amontonadas en una cama baja en un rincón. Una sola cama.

Me puso en pie. Apoyé la mano en la pared para estabilizarme mientras él se daba la vuelta para cerrar la puerta. Ahora estábamos

encerrados juntos. Se giró para mirarme. Su expresión era amable. Preocupada. Todo en él gritaba que quería ayudar. Como si fuera todo lo que aparentaba ser, pero yo había visto aquel destello de crueldad. Eso no había sido producto de mi imaginación.

—Gracias por haberme rescatado —dije, cuidadosa, educada.

Negó con la cabeza como si caminar por la nieve hasta las pantorrillas y cargar conmigo de vuelta no fuera nada. —Me alegra haberla encontrado a tiempo.

—¿Y cómo me encontró? —Tragué saliva con dificultad, pero me mantuve firme. Necesitaba saberlo y estaría atenta por si mentía.

—Oí el hielo romperse —su acento suavizaba las palabras—. El sonido viaja de forma distinta aquí. Todo tiene eco. Estaba revisando mis trampas cuando oí el estallido. Fue bastante fuerte, ¿sabe? He vivido aquí lo suficiente para saber cómo suena el hielo al quebrarse. Fui a investigar. —Se le tensó la mandíbula—. Cuando llegué a la meseta, la encontré tumbada en la nieve. Pensé que llegaba demasiado tarde. Entonces vi que respiraba.

—¿Tiene trampas por aquí? —pregunté.

—Para comer —dijo con tono natural—. Conejos. A veces zorros. Cualquier cosa que haya aprendido a sobrevivir en el frío. —Miró hacia los estantes llenos de frascos y hierbas secas—. Aquí fuera se aprende a aprovecharlo todo. Piel. Hueso. Carne. No es una gran vida, pero es supervivencia. Solo me alegra haberla encontrado.

Su mirada volvió a mí. —¿Cómo se llama?

No debería darle ningún dato real, pero mis pensamientos estaban demasiado dispersos para inventar una historia creíble. Además, tendría que estar muy atenta si le daba un nombre falso para no fallar cuando me llamara. Me decidí por la verdad. —Lyriana.

Su sonrisa se ensanchó. La aprobación brilló en sus hermosas facciones.

—¿Y el suyo? —pregunté. Lo justo era lo justo. Si él tenía mi nombre, yo merecía el suyo.

—Kieran. —El nombre salió de su lengua con facilidad—. Significa «el oscuro» en la lengua antigua.

«Eso es una... cosa extraña que decirme. La gente no suele ir por ahí diciendo a los demás el significado de sus nombres, pero claro, él

no es humano».

Me lamí los labios agrietados, necesitando entender dónde estaba, cómo iba a encontrar un camino para salir. —¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar?

La confusión cruzó su rostro. Frunció el ceño, con aquellos ojos oscuros estudiándome como si hubiera preguntado algo absurdo. —Estamos en Faerie. —Inclinó la cabeza—. ¿Dónde creía que estaba?

Faerie. No en la Tierra. Ni en algún rincón helado del mundo al que me hubieran lanzado.

Faerie.

Estaba en Faerie.

.

LEE MAGIC UNLEASHED HOY MISMO